

EL DESPERTAR DE LOS DRAGONES

REYES Y HECHICEROS—LIBRO 1



MORGAN RICE

Lectulandia

Kyra, de 15 años, sueña con convertirse en un afamado guerrero al igual que su padre, aunque es la única chica en una fortaleza de hombres. Mientras batalla para entender sus habilidades especiales, su misterioso poder interior, se da cuenta que es diferente a los demás. Pero le han escondido un secreto acerca de su nacimiento y la profecía que la envuelve, dejándola sin saber quién es realmente.

Cuando Kyra cumple la edad y el señor local viene para llevársela, su padre quiere casarla para salvarla. Pero Kyra se rehúsa y emprende un viaje por su cuenta hacia un peligroso bosque donde encuentra a un dragón herido; desatando una serie de eventos que cambiarán al reino para siempre.

Mientras tanto Alec, de 15 años de edad, se sacrifica por su hermano tomando su lugar en el reclutamiento y es llevado hacia Las Flamas, un muro de llamas de cien pies de altura que mantiene a raya al ejército de Troles al este. Del otro lado del reino Merk, un mercenario que trata de olvidar su oscuro pasado, se aventura por el bosque para convertirse en un Observador en las Torres y ayudar a proteger la Espada de Fuego, la fuente mágica del poder del reino. Pero los Troles quieren la Espada también; así que se preparan para una invasión masiva que podría destruir el reino para siempre.

Lectulandia

Morgan Rice

El despertar de los dragones

Reyes y Hechiceros - 1

ePub r1.0

Titivillus 16.05.15

Título original: *Rise of the dragons*
Morgan Rice, 2014

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com



«Los hombres en ocasiones son amos de sus destinos:
El error, querido Brutus, no está en nuestras estrellas,
sino en nosotros, que somos subordinados».

William Shakespeare
Julius Caesar

CAPÍTULO UNO

Kyra estaba de pie en la loma cubierta de hierba, con el suelo congelado debajo de sus botas y nieve cayendo sobre ella, y trataba de ignorar el frío mientras levantaba su arco y apuntaba a su objetivo. Cerró un poco sus ojos, alejándose del resto del mundo —un soplo de viento, el sonido de un cuervo a lo lejos— y se forzó a sí misma a ver solo al delgado abedul, lejano, pálido, separándose en el paisaje de los pinos púrpura. A cuarenta yardas, este era el tipo de disparo que sus hermanos no podrían lograr, que ni siquiera los hombres de su padre lograrían; y eso le dio más determinación, siendo la más joven del grupo, y la única mujer entre ellos.

Kyra nunca había encajado. Claro, una parte de ella quería hacerlo, quería hacer lo que se esperaba de ella y pasar tiempo con las otras mujeres, en su lugar atendiendo tareas domésticas; pero en el fondo, eso no era lo que ella era. Ella era hija de su padre, tenía espíritu de guerrero igual que él y ella no podía ser contenida por las paredes de la fortaleza ni sucumbiría a una vida al lado de una chimenea. Tenía mejor puntería que estos hombres —y en verdad hasta podía superar a los mejores arqueros de su padre— y haría todo lo posible por demostrarles a ellos, y en especial a su padre, que merecía ser tomada en serio. Sabía que su padre la amaba, pero él se reusaba a verla por lo que era.

Kyra realizaba sus mejores entrenamientos lejos de la fortaleza, a las afueras en las llanuras de Volis, sola, lo que le caía bien, ya que siendo la única mujer en una fortaleza de guerreros, tuvo que aprender a estar sola. Se había acostumbrado a venir aquí cada día, a su lugar favorito, a la cima de la meseta que miraba a las imponentes paredes de piedra de la fortaleza, donde podía encontrar árboles delgados que fueran difíciles de impactar. El golpe de sus flechas se había convertido en un sonido común que hacía eco en el pueblo; ningún árbol se había salvado de sus flechas, con las cicatrices en los árboles mostrando que ya estaban acostumbrados.

Kyra sabía que la mayoría de los arqueros de su padre trataban de apuntar a los ratones que abundaban en las llanuras; cuando ella empezaba, también lo había intentado, y descubrió que podía matarlos muy fácilmente. Pero esto le molestaba. No tenía miedo, pero también era sensible, y matar a un ser viviente sin ningún propósito le desagradaba. Había hecho un voto de que no volvería a apuntar a un ser viviente de nuevo a menos que fuera peligroso o la estuviera atacando, como los Murcielobos que salían de noche y volaban cerca de la fortaleza de su padre. No tenía problema eliminándolos, especialmente después de que su hermano menor, Aidan, sufrió una mordedura de Murcielobo que lo dejó enfermo por media luna. Además, eran las criaturas más rápidas en los alrededores, y sabía que si le podía dar a uno, especialmente de noche, entonces podría darle a lo que fuera. Una vez pasó toda una noche de luna llena disparando desde la torre de su padre y salió corriendo al amanecer, emocionada al ver cantidades de Murcielobos en el suelo con sus flechas aún en ellos y con la gente del pueblo congregándose alrededor impresionados.

Kyra se obligó a enfocar. Se imaginó a sí misma disparando, levantando el arco, acercándolo a su barbilla y soltando sin dudar. Sabía que el disparo verdadero ocurría incluso antes de disparar. Había observado a muchos arqueros a su edad, en sus catorce años, jalar la cuerda y dudar, y en ese momento sabía que sus disparos fallarían. Respiró profundo, levantó el arco y en un movimiento decisivo estiró y soltó. Ni siquiera tuvo que mirar para saber que había impactado el árbol.

Un momento después oyó el golpe pero ella ya se había volteado, buscando su siguiente objetivo, uno que estuviera más lejos.

Kyra oyó un quejido a sus pies y volteó hacia Leo, su lobo, que caminaba junto a ella como siempre, pegándose a sus piernas. Todo un lobo adulto que casi le llegaba a la cintura, Leo era tan protector de Kyra como Kyra de él, los dos una imagen inseparable en la fortaleza de su padre. Kyra no podía ir a ninguna parte sin que Leo estuviera detrás de ella. Y siempre se mantenía a su lado a menos que una ardilla o conejo se cruzara por su camino, en cuyo caso él podía desaparecer por horas.

—No me olvidé de ti, chico, —dijo Kyra mientras buscaba en su bolsillo y le daba a Leo un hueso que había quedado del almuerzo. Leo lo tomó moviéndose felizmente a su lado.

Mientras Kyra caminaba con su aliento volviéndose niebla delante de ella, acomodó el arco en sus hombros y sopló en sus manos, frías y desnudas. Cruzó la amplia y plana meseta y miró alrededor. Desde este punto podía observar todo el paisaje, las colinas de Volis, generalmente verdes pero ahora cubiertas de nieve, la provincia de la fortaleza de su padre, ubicado en la esquina noreste del reino de Escalon. Desde este punto Kyra tenía una vista completa de todo lo que sucedía en la fortaleza de su padre, incluyendo las travesías de la gente del pueblo y los guerreros, razón por la que le gustaba estar ahí. Le gustaba estudiar los antiguos contornos de roca de la fortaleza de su padre, las formas de sus almenas y torres que se extendían de forma impresionante por las colinas, pareciendo ser infinitas. Volis era la estructura más alta en el panorama, con algunos de sus edificios levantándose cuatro pisos y enmarcado por capas impresionantes de almenas. Se completaba con una torre circular en su lado más alejado, una capilla para la gente, pero para ella, un lugar el cual escalar para estar sola y ver el panorama. El complejo de piedra estaba rodeado por una fosa, atravesada por un amplio camino principal y un puente de piedra arqueado; esto, a su vez, estaba rodeado por capas de impresionantes terraplenes, lomas, zanjas, muros, un lugar que se ajustaba a uno de los guerreros más importantes del Rey: su padre.

A pesar de que Volis, la última fortaleza antes de Las Llamas, estaba a varios días de cabalgata de Andros, la capital de Escalon, aún era hogar de muchos de los antiguos guerreros afamados del Rey. También se había convertido en un faro, un lugar que era el hogar de cientos de aldeanos y granjeros que vivían dentro o cerca de la protección de las murallas.

Kyra miró a las docenas de pequeñas cabañas de barro situadas en las colinas en

las afueras de la fortaleza, humo saliendo de las chimeneas, granjeros apurados preparándose para el invierno, y para el festival de esa noche. El hecho de que los aldeanos se sintieran suficientemente seguros viviendo en las afueras de la muralla principal, era para Kyra un símbolo de gran respeto a la fuerza de su padre, y algo que no se podía mirar en ninguna otra parte de Escalon. Después de todo, solo se necesitaba el sonido de un cuerno para que los hombres de su padre aparecieran en un instante.

Kyra bajó la vista hacia el puente levadizo, siempre lleno de multitudes de personas —agricultores, zapateros, carniceros, herreros, además de, por supuesto, guerreros— todos moviéndose desde la fortaleza al campo y de vuelta. Dentro de las paredes de la fortaleza no solo había un lugar para vivir y entrenar, sino también un sinfín de patios de piedra que se habían convertido en un lugar de reunión para los comerciantes. Cada día acomodaban sus puestos, las personas vendían sus productos, hacían trueques, mostraban su captura o caza del día, o alguna pieza exótica de tela o especia o dulce conseguida al otro lado del mar. Los patios de la fortaleza siempre estaban llenos de olores exóticos, ya sea de algún extraño té, o un guiso de cocina; ella podía pasarse horas ahí. Y justo detrás de las paredes, a la distancia, su corazón se apuró a observar el terreno circular de entrenamiento de los hombres de su padre, La Puerta del Peleador, y la pared de piedra baja que lo rodeaba. Observó con emoción como los hombres se acomodaban en líneas con sus caballos tratando de cortar sus objetivos, escudos colgando de los árboles. Se moría por entrenar con ellos.

Kyra escuchó una voz de repente, tan familiar como la suya, procedente de la casa del guarda mientras se volteaba inmediatamente en alerta. Había una conmoción en la multitud, y observó como a través del bullicio, separándose de la multitud y saliendo al camino principal, emergía su hermano menor, Aidan, guiado por sus dos hermanos mayores, Brandon y Braxton. Kyra se puso en guardia. Supo por el sonido de alarma en la voz de su hermano menor que sus hermanos mayores no tenían buenas intenciones.

Los ojos de Kyra se entrecerraron mientras observaba a sus hermanos mayores, sintiendo un conocido enojo subiendo dentro de ella haciendo que inconscientemente apretara más su arco. Entonces apareció Aidan, marchando entre ellos siendo un pie más chico, con ellos tomando sus brazos y arrastrándolo a la fuerza fuera de la fortaleza y hacia el campo. Aidan, un pequeño y sensible niño, apenas diez, se veía aún más vulnerable entre sus dos hermanos, brutos sobrecrecidos de diecisiete y dieciocho. Tenían características y apariencia similar, con quijadas fuertes y orgullosas barbillas, ojos marrones oscuros y cabello castaño ondulado, aunque Brandon y Braxton llevaban cabello corto, mientras Aidan lo tenía rebelde cayendo bajo sus ojos. Ellos se parecían mucho pero ninguno se parecía a ella, con su cabello semirubio y ojos gris claro. Vestida con sus medias tejidas, túnica de lana y capa, Kyra era alta y delgada, muy pálida según la opinión de otros, con una frente amplia y nariz pequeña, bendecida con notables características que habían hecho a más de un

hombre voltear dos veces. Especialmente ahora que estaba por cumplir quince, notó que su apariencia incrementaba.

Esto la ponía incómoda. No le gustaba llamar la atención, y ella no sentía ser bonita. No le interesaba la apariencia, solo el entrenar, el valor y el honor. Preferiría haberse parecido más a su padre como sus hermanos, el hombre al que admiraba y amaba más que a nada en el mundo, en vez de tener sus rasgos delicados. Siempre se miraba al espejo buscando algo de él en sus ojos, aunque sin importar qué tanto se esforzara, no podía encontrarlo.

—¡Dije que me suelten! —gritaba Aidan con una voz que llegaba hasta ahí.

Al escuchar la voz de preocupación de su hermano menor, un niño al que Kyra amaba más que a cualquier otro en el mundo, se levantó en un solo movimiento como un León cuidando a su cría. Leo igualmente se tensó con su pelo levantándose en su costado. Ya que su madre se había ido hace tiempo, Kyra se sentía obligada de cuidar a Aidan, de suplir a la madre que nunca tuvo.

Brandon y Braxton lo arrastraban por el camino alejándolo de la fortaleza por el descuidado camino que iba hacia el bosque, y vio cómo ellos trataban de que sostuviera una lanza, una muy grande para él. Aidan se había convertido en un objetivo fácil de sus burlas; Brandon y Braxton eran abusivos. Eran fuertes y hasta algo valientes, pero tenían más bravuconería que habilidades reales y siempre parecían meterse en problemas de los que no podían escapar. Era enloquecedor.

Kyra se dio cuenta de lo que pasaba: Brandon y Braxton arrastraban a Aidan con ellos a una de sus cacerías. Pudo ver los sacos de vino en sus manos y supo que habían estado bebiendo; eso la enfureció. No era suficiente el que fueran a matar a un animal indefenso, sino que también arrastraban a su hermano menor junto con ellos a pesar de sus protestas.

El instinto de Kyra se encendió y saltó a la acción corriendo cuesta abajo para enfrentarlos, con Leo corriendo a su lado.

—Ya eres lo suficientemente grande, —le dijo Brandon a Aidan.

—Es hora de que te vuelvas hombre, —dijo Braxton.

Bajando por las familiares colinas, no le tomó mucho a Kyra el alcanzarlos. Salió hacia el camino y los detuvo bloqueando su paso, respirando con dificultad, con Leo a su lado y dejando a sus hermanos boquiabiertos.

Inmediatamente pudo ver el alivio en el rostro de Aidan.

—¿Estás perdida? —se burló Braxton.

—Estás en nuestro camino, —dijo Brandon—. Vuelve a tus flechas y palos.

Los dos se rieron burlonamente, pero ella frunció el ceño, sin inmutarse, mientras Leo gruñía a su lado.

—Aleja a esa bestia de nosotros, —dijo Braxton tratando de sonar valiente pero con el miedo asomándose en su voz mientras apretaba más su lanza.

—¿Y a dónde creen que llevan a Aidan? —preguntó con seriedad, observándolos sin parpadear.

Hicieron una pausa y fruncieron sus rostros.

—Lo llevamos a donde nosotros queramos, —dijo Brandon.

—Va a una cacería para aprender a ser un *hombre*, —dijo Braxton, enfatizando la última palabra como dirigiéndola a ella.

Pero ella no cedería.

—Es muy joven, —replicó firmemente.

Brandon frunció el ceño.

—¿Quién lo dice? —preguntó.

—Lo digo yo.

—¿Y tú eres su madre? —preguntó Braxton.

Kyra se enrojeció llena de rabia, deseando que su madre estuviera aquí más que nunca.

—Tanto como tú eres su padre, —respondió.

Todos se mantuvieron ahí en silencio, y Kyra miró a Aidan, que le regresaba la mirada con ojos asustados.

—Aidan, —dijo ella—, ¿es esto algo que quieres hacer?

Aidan miró al piso, avergonzado. Él se mantuvo ahí, en silencio, evitando su mirada, y Kyra supo que tenía miedo de hablar, de provocar la desaprobación de sus hermanos mayores.

—Pues ahí lo tienes, —dijo Brandon—. No tiene objeción.

Kyra no se movió, llena de frustración, deseando que Aidan hablara pero sin poder obligarlo.

—No es muy sabio de su parte llevarlo a cazar, —dijo ella—. Viene una tormenta. Pronto oscurecerá. El bosque está lleno de peligros. Si quieren enseñarlo a cazar, llévenlo cuando sea mayor, otro día.

Esto los molestó.

—¿Y tú qué sabes de cazar? —preguntó Braxton—. ¿Qué has cazado además de tus árboles esos?

—¿Alguno de ellos te ha mordido recientemente? —añadió Brandon.

Ambos rieron y Kyra enmudeció pensando en qué hacer. Sin que Aidan hablara, no había mucho que pudiera hacer.

—Te preocupas mucho, hermana, —dijo Brandon al fin—. Nada le pasará a Aidan bajo nuestro cuidado. Queremos endurecerlo un poco, no matarlo. ¿De verdad crees que tú eres la única que se preocupa por él?

—Además, nuestro Padre está observando, —dijo Braxton—. ¿Quieres decepcionarlo?

Kyra inmediatamente miró por encima de sus hombros y arriba en la torre pudo divisar a su padre de pie en la ventana arqueada, observando. Sintió una gran decepción al ver que él observaba sin hacer nada.

Trataron de moverla, pero Kyra se mantuvo ahí, bloqueando el camino decididamente. Pareció como que estaban por empujarla, pero Leo se puso entre ellos

gruñendo y lo pensaron dos veces.

—Aidan, no es muy tarde, —le dijo—. No tienes que hacerlo. ¿Quieres regresar a la fortaleza conmigo?

Lo miró y pudo ver lágrimas en sus ojos, pero también pudo ver su tormento. Pasó un gran silencio, sin nada que lo rompiera además del aullido del viento y la cayente nieve.

Finalmente, se retorció.

—Quiero cazar, —murmuró a medias.

Sus hermanos la pasaron de imprevisto, golpeando con sus hombros, arrastrando a Aidan, y mientras se apuraban por el camino, Kyra se volteó y miró mientras sintió un malestar en el estómago.

Se dio vuelta hacia la fortaleza y miró hacia la torre, pero su padre ya se había ido.

Kyra observó mientras sus tres hermanos se perdían de vista entre la creciente tormenta hacia el Bosque de las Espinas, y sintió un hueco en el estómago. Pensó en tomar a Aidan y traerlo de vuelta, pero no quería avergonzarlo.

Sabía que tenía que dejarlo ir, pero no podía. Algo dentro de ella no se lo permitía. Sintió peligro, especialmente a inicios de la Luna de Invierno. No confiaba en sus hermanos mayores; sabía que no dañarían a Aidan, pero eran descuidados y muy rudos. Y lo peor de todo, confiaban demasiado en sus habilidades. Era una mala combinación.

Kyra no pudo soportarlo más. Si su padre no iba a actuar, entonces ella lo haría. Ahora era lo suficientemente mayor, no tenía que responderle a nadie más que a ella misma.

Kyra empezó a correr bajando por el camino solitario con Leo a su lado, dirigiéndose justo hacia el Bosque de las Espinas.

CAPÍTULO DOS

Kyra entró al tenebroso Bosque de las Espinas al oeste de la fortaleza, un bosque tan espeso que apenas se podía ver a través de este. Caminando lentamente junto a Leo, con la nieve y hielo crujiendo bajo sus pies, miró hacia arriba. Se sintió pequeñísima al ver los árboles de espinas que parecían no tener final. Eran antiguos árboles negros con ramas retorcidas que parecían espinas y gruesas hojas negras. Sintió que el lugar estaba maldito; nada bueno había salido nunca de este. Los hombres de su padre siempre regresaban heridos de las cacerías y más de una vez un troll, atravesando por Las Llamas, se había refugiado aquí utilizándolo como plataforma para atacar aldeanos.

Kyra sintió un escalofrío al entrar. Aquí estaba más oscuro, más frío, el aire era más húmedo, el olor de los árboles de espinas se sentía pesado como el de una tierra decadente, y los enormes árboles borraban lo que quedaba de la luz del día. Kyra, en guardia, se sentía furiosa hacia sus hermanos. Era peligroso aventurarse aquí sin la compañía de varios guerreros, especialmente al atardecer. Cada ruido la sobresaltaba. Se escuchó el lamento lejano de un animal y ella volteó tratando de hallarlo. Pero el bosque era denso y no pudo encontrarlo.

Sin embargo, Leo gruñó a su lado y se fue en busca de este de repente.

—¡Leo! —gritó.

Pero ya se había ido.

Suspiró molesta; siempre desobedecía cuando se encontraban un animal. Aunque ella sabía que regresaría eventualmente.

Kyra continuó sola mientras el bosque se volvía más oscuro, luchando para seguir el rastro de sus hermanos cuando escuchó una risa distante. Volvió toda su atención hacia ese ruido y pasó deprisa los gruesos árboles hasta que pudo divisar a sus hermanos a la distancia.

Kyra se quedó atrás, manteniendo la distancia, sin querer ser descubierta. Sabía que si Aidan la veía, se avergonzaría y le diría que se fuera. Se decidió a observar desde las sombras, solo cuidando que no se metieran en problemas. Era mejor para Aidan que no se sintiera avergonzado, que sintiera que era un hombre.

Una rama se rompió debajo de sus pies y Kyra se agachó, temiendo que el ruido la delatara pero sus borrachos hermanos mayores lo ignoraron, pues a casi treinta yardas de distancia y caminando deprisa, el ruido se vio apagado por sus risas. Pudo ver por el lenguaje corporal de Aidan que estaba tenso, casi a punto de echarse a llorar. Apretaba su lanza con fuerza, como tratando de probar que era un hombre, pero era obvio que la lanza era muy grande y tenía problemas para soportar su peso.

—¡Deprisa! —gritó Braxton volteándose hacia Aidan, que se quedó unos pies atrás.

—¿De qué tienes miedo? —le dijo Brandon.

—No tengo miedo —insistió Aidan.

—¡Silencio! —dijo Brandon de repente y se detuvo mientras ponía su palma en el pecho de Aidan, por primera vez con una expresión seria. Braxton también se detuvo mostrándose tenso.

Kyra se escondió detrás de un árbol mientras observaba. Se quedaron al borde de un claro, mirando hacia enfrente como si hubieran visto algo.

Ella se acercó despacio y en alerta tratando de ver mejor, y mientras pasaba entre dos grandes árboles se detuvo, pasmada, al darse cuenta de lo que estaban viendo. Ahí, de pie en el claro, buscando bellotas, estaba un jabalí. Pero no era un jabalí ordinario; era un monstruoso Jabalí de Cuernos Negros, el más grande jabalí que ella había visto, con largos y enrollados colmillos blancos y tres largos y afilados cuernos negros, uno saliendo de su nariz y dos de su cabeza. Era una extraña criatura de casi el tamaño de un oso, famosa por su crueldad e impresionante velocidad. Era un animal muy temido, y uno con el que los cazadores no querían encontrarse.

Significaba problemas.

Kyra, con los bellos de punta, deseó que Leo estuviera ahí pero al mismo tiempo estaba agradecida de que no estuviera, pues seguramente se lanzaría contra él sin saber si ganaría la confrontación. Kyra se acercó tomando lentamente el arco de sus hombros e instintivamente doblándose para tomar una flecha. Trató de calcular qué tan lejos estaba el jabalí de los chicos y qué tan lejos estaba ella y sabía que esto no era bueno. Había muchos árboles en el camino para conseguir un impacto directo y, con un animal de este tamaño, no había oportunidad de fallar. Dudaba que una flecha pudiera derribarlo.

Kyra notó el terror en la cara de sus hermanos, después vio a Brandon y Braxton cubriendo su temor con una cara de valentía, una que ella sintió se debía a la bebida. Ambos levantaron sus lanzas y caminaron hacia adelante. Braxton miró a Aidan petrificado y se volteó, lo tomó de sus hombros y lo hizo caminar también.

—Esta es una oportunidad para que te vuelvas hombre, —dijo Braxton—. Mata a este jabalí y cantarán canciones sobre ti por generaciones.

—Trae su cabeza y serás famoso de por vida, —dijo Brandon.

—Tengo... miedo, —dijo Aidan.

Brandon y Braxton se rieron burlonamente.

—¿Miedo? —dijo Brandon—. ¿Y qué diría nuestro padre si te escuchara decir eso?

El jabalí, alertado, levantó su cabeza mostrando sus brillantes ojos amarillos, y los miró mientras de su rostro escapaba un gruñido con rabia. Abrió su boca mostrando sus colmillos y babeando, mientras al mismo tiempo emitía gruñidos que parecían venir desde lo más dentro de él. Kyra, incluso estando lejos, sintió un punzón de miedo y solo podía imaginarse el miedo que estaba sintiendo Aidan.

Kyra se precipitó tratando de seguir al viento, determinada a llegar antes de que fuera muy tarde. Cuando estaba a solo unos pies de sus hermanos gritó:

—¡Déjenlo en paz!

Su áspera voz cortó el silencio, y sus hermanos emitieron un chillido claramente impresionados.

—Ya se divertieron, —añadió—. Fue suficiente.

Mientras que Aidan se miró aliviado, Brandon y Braxton la miraron con enojo.

—¿Y tú qué sabes? —respondió Brandon—. Deja de interferir con los verdaderos hombres.

Los gruñidos del jabalí crecieron mientras se acercaba a ellos, y Kyra, tanto temerosa como furiosa, se adelantó.

—Si son tan tontos como para enfrentar a esta bestia, entonces háganlo, —dijo ella—. Pero dejarán que Aidan se venga conmigo.

Brandon frunció el ceño.

—Aidan estará bien aquí, —replicó Brandon—. Está a punto de aprender a pelear. ¿No es así, Aidan?

Aidan se quedó mudo, paralizado por el miedo.

Kyra estaba a punto de dar otro paso y tomar el brazo de Aidan cuando se oyó un ajetreo en el claro. Miró al jabalí acercándose, un paso a la vez, amenazante.

—No atacará si no lo provocan, —dijo Kyra a sus hermanos—. Déjenlo ir.

Pero sus hermanos la ignoraron, ambos volteándose y levantando sus lanzas. Caminaron hacia adelante, hacia el claro, como si quisieran probar lo valientes que eran.

—Yo apuntaré a su cabeza, —dijo Brandon.

—Y yo a su garganta, —acordó Braxton.

El jabalí gruñó más fuerte, abriendo su boca más y dejando caer su saliva mientras daba otro paso.

—¡Retrocedan! —gritó Kyra desesperada.

Pero Brandon y Braxton se acercaron más, levantaron sus lanzas y las arrojaron repentinamente.

Kyra miró en suspenso mientras las lanzas volaban en el aire, preparándose para lo peor. Para su consternación, miró como la lanza de Brandon rozó su oreja, lo suficiente para hacerlo sangrar y provocarlo mientras que la lanza de Braxton pasó por un lado, pasando muy lejos de la cabeza.

Por primera vez, Brandon y Braxton se miraron asustados. Se quedaron ahí, con la boca abierta y una mirada tonta en sus rostros, con el brillo de la bebida rápidamente convirtiéndose en miedo.

El jabalí, enfurecido, bajó su cabeza y gruñó con un sonido horrible mientras se abalanzaba.

Kyra miró con horror como se lanzaba contra sus hermanos. Era lo más rápido que había visto para su tamaño, saltando en la hierba como si fuera un ciervo.

Mientras se acercaba, Brandon y Braxton corrieron por sus vidas, saltando en direcciones opuestas.

Esto dejó a Aidan solo, petrificado, sin poder moverse por el miedo. Abrió su

boca y dejó caer su lanza en el piso. Kyra sabía que no haría mucha diferencia; Aidan no habría podido defenderse aunque hubiera tratado. Ni un hombre adulto hubiera podido. Y el jabalí, casi dándose cuenta de esto, apuntó hacia Aidan y se lanzó sobre él.

Kyra, con su corazón retumbando, se lanzó hacia la acción sabiendo que solo tendría una oportunidad. Sin pensarlo se lanzó hacia adelante esquivando los árboles, con su arco ya en las manos sabiendo que solo podría disparar una vez y que tendría que ser un disparo perfecto. Iba a ser un disparo difícil, pues además de que el jabalí estaba moviéndose, ella estaba en estado de pánico pero aun así tendría que ser un disparo perfecto si querían sobrevivir.

—AIDAN, ¡AGÁCHATE! —gritó.

Primero no se movió. Aidan bloqueaba el camino previniendo un disparo limpio, y mientras Kyra levantaba su arco y corría hacia adelante se dio cuenta de que si Aidan no se movía, su único disparo se perdería. Lanzándose por el bosque, con sus pies resbalándose en la nieve y tierra húmeda, por un momento sintió que todo estaba perdido.

—¡AIDAN! —gritó de nuevo, desesperada.

Por un milagro esta vez la escucho, arrojándose a la tierra en el último segundo y dejando el campo libre para el disparo de Kyra.

Mientras el jabalí se lanzaba hacia Aidan, el tiempo repentinamente se hizo lento para Kyra. Sintió cómo entraba en una zona extraña, cómo algo se elevaba dentro de ella que no había experimentado antes y que no pudo entender por completo. El mundo se achicó y pudo enfocar. Podía escuchar el sonido de su propio corazón latiendo, su respirar, las hojas crujendo, un cuervo que volaba por encima. Se sintió más en sincronía con el universo de lo que nunca se había sentido, como si hubiera entrado en un reino en el que ella y el universo eran uno.

Kyra sintió en sus manos un hormigueo con una energía cálida y pulsante que no podía entender, como si algo extraño estuviera invadiendo su cuerpo. Fue como si, por un instante, se hubiera convertido en alguien mucho más grande que ella, alguien mucho más poderoso.

Kyra entró en un estado de inconsciencia, y se dejó llevar por el puro instinto y por esta nueva energía que fluía dentro de ella. Plantó sus pies en el suelo, levantó el arco, colocó una flecha y la dejó volar.

Supo en el momento en que la soltó que este era un disparo especial. No tuvo que mirar el camino de la flecha para saber que iba exactamente a donde ella quería: el ojo derecho de la bestia. Disparó con tal fuerza que penetró casi un pie antes de detenerse.

La bestia gruñó de repente mientras sus patas se desplomaban debajo de esta y cayó de cara en la nieve. Se deslizó a través de lo que quedaba del claro, retorciéndose aún con vida hasta que llegó a Aidan. Finalmente se detuvo delante de él, tan cerca que prácticamente se estaban tocando.

Se retorció en el piso y Kyra, ya con otra flecha en su arco, caminó hacia adelante, se paró al lado del jabalí y puso otra flecha directo en la cabeza. Finalmente dejó de moverse.

Kyra se quedó en el claro en silencio, su corazón latiendo, el hormigueo en las manos deteniéndose lentamente, la energía desvaneciéndose, y se preguntaba qué había pasado. ¿Realmente fue ella quién disparó?

Inmediatamente se acordó de Aidan, y mientras se apuró y lo tomó él la miró como si mirara a su madre, con sus ojos llenos de miedo pero intacto. Ella sintió un momento de alivio al darse cuenta que estaba bien.

Kyra se volteó y miró a sus dos hermanos mayores aún yaciendo en el claro, mirándola con asombro y admiración. Pero había algo más en sus miradas, algo que la molestó: sospecha. Como si ella fuera diferente a ellos. Un forastero. Era una mirada que Kyra ya había visto en unas escasas ocasiones, pero las veces suficientes como para reconocerla. Se dio vuelta y miró abajo a la enorme bestia monstruosa yaciendo en el suelo y se preguntó como ella, de apenas quince años, pudo hacerlo. Sabía que esto iba más allá de la habilidad. Se requería más que un tiro de suerte.

Siempre había habido algo sobre ella que era diferente a los demás. Se quedó allí, entumecida, queriendo moverse pero sin poder lograrlo. Ella sabía que lo que la había sacudido hoy no era la bestia, sino la forma en que la miraron sus hermanos. Y no podía dejar de preguntarse, por la millonésima vez, la pregunta a la que había temido enfrentarse toda su vida:

¿Quién era ella?

CAPÍTULO TRES

Kyra caminó detrás de sus hermanos mientras seguían su camino de vuelta a la fortaleza, viéndolos resistiendo el peso del jabalí, con Aidan a su lado y Leo en sus tobillos una vez que regresó de su propia cacería. Brandon y Braxton batallaron mientras cargaban a la bestia muerta entre los dos, atada a las dos lanzas y colocada en sus hombros. Su aspecto sombrío había cambiado drásticamente desde que habían salido del bosque hacia el cielo abierto, especialmente ahora con la fortaleza de su padre a la vista. Con cada paso, Brandon y Braxton recobraron la confianza casi hasta su usual arrogancia y al punto de la risa, admirándose a sí mismo jactándose de su presa.

—Fue *mi* lanza la que lo rozó, —Brandon le dijo a Braxton.

—Pero, —replicó Braxton—, fue mi lanza la que lo hizo moverse hacia la flecha de Kyra.

Kyra escuchaba sus mentiras enrojeciendo su rostro; sus brutos hermanos ya estaban convenciéndose de su propia historia, y ahora parecía que de verdad la creían. Ella ya anticipaba su jactancia en la sala de su padre, contándoles a todos de su presa.

Era enloquecedor. Sin embargo, sentía que no debía corregirlos. Creía firmemente en la ruedas de la justicia y sabía que, eventualmente, la verdad siempre sale a la luz.

—Mienten, —dijo Aidan mientras caminaba a su lado aún aturdido por el evento—. Saben que Kyra mató al jabalí.

Brandon miró sobre su hombro de manera arrogante, como si Aidan fuera un insecto.

—¿Y tú qué sabes? —preguntó a Aidan—. Estabas muy ocupado mojándote los pantalones.

Ambos rieron, como confirmando más su historia con cada paso.

—¿Y tú no corriste asustado? —preguntó Kyra defendiendo a Aidan, sin poder soportarlo un segundo más.

Con eso, ambos se callaron. Kyra pudiera haberlos corregido, pero no necesitaba alzar la voz. Caminó felizmente sintiéndose bien consigo misma, sabiendo dentro de sí que había salvado la vida de su hermano; esa era toda la satisfacción que necesitaba.

Kyra sintió una mano pequeña en su hombro y volteó para con Aidan que la consolaba con su sonrisa, claramente agradecido de estar vivo y en una pieza. Kyra se preguntó si sus hermanos mayores también apreciaban lo que había hecho por ellos; después de todo, si no hubiera aparecido cuando lo hizo ellos también habrían muerto.

Kyra miró al jabalí rebotar con cada paso e hizo una mueca; deseaba que sus hermanos lo hubieran dejado en el claro en donde pertenecía. Era un animal maldito, de fuera de Volis, y no pertenecía ahí. Era un mal presagio, especialmente viniendo del Bosque de las Espinas y justo en la víspera de la Luna de Invierno. Recordó un

viejo adagio que decía: *no te regocijes después de ser salvado de la muerte*. Sentía que sus hermanos estaban tentando al destino, trayendo oscuridad a sus hogares. No pudo dejar de sentir que esto anunciaba cosas malas por venir.

Pasaron una colina y mientras lo hicieron, la fortaleza se asomó frente a ellos junto con una amplia vista del paisaje. A pesar de las rachas de viento y la creciente nevada, Kyra sintió un gran alivio al estar en casa. Se miraba el humo saliendo de las chimeneas que abundaban en el pueblo y la fortaleza de su padre emitía un suave y acogedor resplandor producto de las lámparas que se preparaban para la llegada del crepúsculo. El camino se ensanchaba y mejoraba mientras se acercaban al puente, y empezaron a caminar más rápido y con tranquilidad en el último trecho. El camino estaba lleno de gente ansiosa por el festival a pesar del clima y la llegada de la noche.

Kyra no se sorprendió. El festival de la Luna de Invierno era uno de los días festivos más importantes del año, y todos estaban ocupados preparando el festín. Una gran cantidad de personas pasaban por el puente levadizo, apurados obteniendo las mercancías de los vendedores para poder unirse a la fiesta de la fortaleza; mientras que un igual número de personas se apuraban por salir de la puerta, apurados para llegar a sus hogares y celebrar con sus familias. Los bueyes jalaban los carros y cargaban mercancía en ambas direcciones, mientras los albañiles trabajaban en un nuevo muro que serviría como anillo a la fortaleza con el sonido de sus martillos constante en el aire puntuando el estruendo del ganado y los perros. Kyra se preguntó cómo es que trabajaban en este clima y cómo conseguían que no se les entumecieran las manos.

Mientras entraban en el puente uniéndose a las masas, Kyra miró hacia arriba y su estómago se apretó cuando miró, de pie junto a la puerta, a varios Hombres del Señor, soldados para el Señor Gobernador local nombrados por Pandesia y portando su distintiva armadura de cota de malla escarlata. Sintió un momento de indignación al verlos, compartiendo el mismo resentimiento que las demás personas. La presencia de los Hombres del Señor era en ocasiones opresiva pero en la Luna de Invierno lo era aún más cuando seguramente la razón por la que estaban ahí era para demandar cualquier retribución que pudieran de la gente. En su mente, eran carroñeros, matones y carroñeros sirviendo a los despreciables aristócratas que se habían quedado en el poder desde la invasión Pandesiana.

La culpa era de la debilidad del antiguo Rey, que los había entregado a todos pero eso ahora de poco servía. Ahora, para su desgracia, tenían que ceder ante esto hombres. Esto puso a Kyra furiosa. Esto convertía a su padre y a sus grandes guerreros y a toda su gente, en nada más que siervos elevados; ella deseaba desesperadamente que hubiera una revolución, que pelearan por su libertad, que pelearan la guerra que el antiguo Rey no había incitado por miedo. Pero también sabía que, si se levantaban ahora, se enfrentarían a la furia del ejército Pandesiano. Tal vez hubieran podido detenerlos si nunca les hubieran dado el paso; pero ahora estaban atrincherados y las opciones eran limitadas.

Llegaron al puente mientras se unían a la multitud y, al pasar, las personas se detenían y miraban apuntando hacia el jabalí. Kyra tuvo algo de satisfacción al ver que sus hermanos sudaban bajo el peso de este, jadeando y resoplando. Mientras pasaban, las cabezas volteaban y las personas abrían paso, plebeyos y guerreros por igual impresionados por la gran bestia. También miró algunas miradas supersticiosas, personas preguntándose al igual que ella si este era un mal presagio.

Sin embargo, todos los ojos miraban a sus hermanos con orgullo.

—¡Una gran captura para el festival! —dijo un granjero guiando su buey mientras se unía en el camino a ellos.

Brandon y Braxton se engrandecieron orgullosamente.

—¡Alimentará a la mitad de la corte de su padre! —dijo un carnicero.

—¿Cómo lo hicieron? —preguntó un guarnicionero.

Los hermanos intercambiaron miradas, y Brandon finalmente le sonrió al hombre.

—Con un buen disparo y falta de miedo, —respondió audazmente.

—Si no te aventuras en el bosque, —añadió Braxton—, no sabrás lo que puedes encontrar.

Algunos hombres vitorearon y palmearon sus espaldas. Kyra, a pesar de todo, detuvo su lengua. No necesitaba la aprobación de estas personas; sabía lo que había hecho.

—¡Ellos no mataron al jabalí! —gritó Aidan con indignación.

—Tú te callas, —dijo Brandon a media voz—. Algo más sobre eso y les diré que mojaste tus pantalones cuando nos atacó.

—¡Pero no lo hice! —protestó Aidan.

—¿Y te van a creer? —añadió Braxton.

Brandon y Braxton rieron, y Aidan miró a Kyra como si quisiera saber qué hacer.

Ella dijo que no con su cabeza.

—No te preocupes, —dijo ella—. La verdad siempre prevalece.

Las masas crecieron mientras cruzaban el puente, y pronto ya estaban hombro con hombro mientras pasaban sobre la fosa. Kyra podía sentir la excitación en el aire mientras caía el crepúsculo, mientras se encendían las antorchas en el puente y la nieve arreciaba. Volteó hacia arriba como siempre y se apuró a observar la gran puerta arqueada de piedra de la fortaleza protegida por una docena de los hombres de su padre. En la cima estaban los picos de una reja de hierro ya elevada, con sus filosas puntas y gruesas barras lo suficientemente fuertes para repeler a cualquier enemigo y listas para cerrarse con el mero sonido de un cuerno. La puerta se elevaba treinta pies de altura, y en su parte superior había una amplia plataforma que se extendía por toda la fortaleza y anchas almenas de piedra tripuladas con miradores manteniendo siempre un ojo vigilante. Volis era una gran fortaleza, lo que le daba a Kyra un gran orgullo. Pero lo que le daba más orgullo eran los hombres que ahí residían, los hombres de su padre, muchos de los mejores guerreros de Escalon que se reagrupaban lentamente en Volis después de ser dispersados desde la rendición del

Rey, atraídos como un imán hacia su padre. Ella más de una vez había instado a su padre para que se declarara el nuevo Rey, al igual que el resto de su gente pero él se limitaba a sacudir su cabeza y decir que eso no era para él.

Al acercarse a la puerta, una docena de los hombres de su padre salieron cabalgando y las masas les abrieron camino mientras se dirigían al campo de entrenamiento, un amplio terraplén circular en los campos fuera de la fortaleza rodado por una baja pared de piedra. Kyra se volteó y los miró con un corazón palpitante. El campo de entrenamiento era su lugar favorito. Ella solía ir y observarlos entrenar por horas, estudiando cada movimiento que hacían, la manera en que cabalgaban, la forma en que sostenían sus espadas, arrojaban lanzas, giraban las mazas de cadena. Estos hombres salían a entrenar a pesar de la caída de la noche y la nieve, incluso al inicio de una festividad, porque *querían* entrenar para ser mejores, porque preferían estar en el campo de batalla que en un festín igual que ella. Ella sentía que ellos eran su verdadera familia.

Otro grupo de los hombres de su padre salió a pie, y mientras Kyra se acercaba a la puerta con sus hermanos, ellos abrieron camino junto con las masas permitiendo que Brandon y Braxton pasaran con el jabalí. Silbaban en admiración y los grandes hombres musculosos se acercaron, casi un pie más altos que sus hermanos que no eran bajos, la mayoría portando grisáceas barbas, todos entre los treinta y cuarenta con muchas batallas encima y quienes había servido al antiguo Rey sufriendo la indignación de su rendimiento. Hombres que nunca se hubieran rendido. Eran hombres que lo habían visto todo y muy pocas cosas los impresionaban y el jabalí fue algo que llamó su atención.

—¿Lo mataron ustedes solos? —le preguntó uno a Brandon, acercándose y examinándolo.

La multitud se agrandó y Brandon y Braxton finalmente se detuvieron tomando la admiración y elogio de estos grandes hombres, tratando de no mostrar su agitada respiración.

—¡Lo hicimos! —Braxton dijo orgullosamente.

—De Cuerno Negro, —exclamó otro guerrero acercándose tocando la espalda del animal—. No había visto uno desde que era niño. Una vez ayudé a matar uno, pero estaba con un grupo de hombres, y dos de ellos perdieron dedos.

—Pues, no perdimos nada, —Braxton dijo con valentía—. Solo una punta de lanza.

Kyra se enrojeció mientras los hombres reían claramente admirando la presa, mientras que otro guerrero, el líder, Anvin, se acercó y examinó la presa detalladamente. Los hombres le abrieron camino mostrándole una gran cantidad de respeto.

El comandante de su padre, Anvin, era el hombre favorito de Kyra que solo respondía a su padre y guiaba a estos grandes guerreros. Anvin había sido como un segundo padre para ella, y lo había conocido tanto como podía recordar. Ella sabía

que él la apreciaba mucho y se preocupaba por ella; pero más importante, él siempre tenía tiempo para ella, mostrándole las técnicas de entrenamiento y armas cuando otros no lo hacían. Hasta la había dejado entrenar con los hombres en más de una ocasión, y había disfrutado cada una. Era el más fuerte de todos, pero también el de corazón más amable para los que apreciaba. Pero a los que no, Kyra sentía lástima por ellos.

Anvin tenía poca tolerancia para las mentiras; era el tipo de hombre que siempre tenía que conseguir la verdad absoluta de todo, sin importar lo que fuera. Tenía un ojo meticuloso, y mientras se acercaba a examinar al jabalí, Kyra lo miró observar las dos heridas de flecha. Tenía un ojo para los detalles, y si alguien se iba a dar cuenta de la verdad, sería él.

Anvin examinó las dos heridas, notando las dos puntas de flecha todavía dentro con los fragmentos de madera en donde sus hermanos habían roto sus flechas. Las había roto muy cerca de la punta para que nadie notara lo que lo había matado. Pero Anvin no era nadie.

Kyra miró a Anvin estudiar las heridas, sus ojos entrecerrándose, y sabía que había conseguido la verdad en un instante. Se agachó quitándose un guante y sacó la punta de flecha del ojo. La levantó aún con sangre y se volteó hacia sus hermanos con una mirada escéptica.

—Conque una punta de lanza, ¿verdad? —les preguntó.

Un silencio tenso cayó sobre el grupo mientras Brandon y Braxton se miraban nerviosos por primera vez. Se movían en su lugar.

Anvin miró a Kyra.

—¿O una punta de flecha? —añadió, y Kyra pudo ver como todo se acomodaba en su cabeza dándose cuenta de lo que había pasado.

Anvin caminó hacia Kyra, sacó una flecha de su carcaj y la acercó a la punta de flecha. Todos pudieron ver que eran iguales. Le dio a Kyra una mirada llena de orgullo, y Kyra sintió todos los ojos volteándose hacia ella.

—Tu disparo, ¿no es cierto? —le preguntó. Fue más una afirmación que una pregunta.

Ella asintió con la cabeza.

—Lo fue, —respondió agradecida por el reconocimiento de Anvin y sintiéndose vindicada.

—Y el disparo lo derribó, —concluyó él. Fue una observación, no una pregunta, con una voz definitiva mientras estudiaba al jabalí.

—No veo otras heridas más que estas dos, —añadió pasando su mano sobre este y deteniéndose en la oreja. La examinó y entonces miró a Brandon y Braxton con desdén—. A menos que llamen herida a este rasguño de lanza.

Levantó la oreja del jabalí y Brandon y Braxton se enrojecieron mientras el grupo de guerreros reía.

Otro de los famosos guerreros de su padre se acercó, Vidar, amigo cercano de

Anvin, un hombre bajo y delgado en sus treintas con rostro demacrado y una cicatriz en la nariz. Con su pequeña complexión no parecía ser mucho, pero Kyra lo sabía bien: Vidar era tan fuerte como la roca, famoso por su combate cuerpo a cuerpo. Era uno de los hombres más duros que Kyra había conocido, famoso por derribar a dos hombres el doble de su tamaño. Muchos hombres, debido a su pequeño tamaño, habían cometido el error de provocarlo solo para aprender una dura lección. Él también había tomado la tutela de Kyra, siempre protegiéndola.

—Parece que erraron, —concluyó Vidar—, y la chica los salvó. ¿Quién les enseñó a ustedes dos a disparar?

Brandon y Braxton se miraban más nerviosos claramente atrapados y ninguno dijo nada.

—Es algo muy grave el mentir sobre una presa, —dijo Anvin volteándose hacia sus hermanos—. Hablen ahora. Su padre querría que dijeran la verdad.

Brandon y Braxton se quedaron inmóviles claramente incómodos, mirándose uno a otro como debatiendo qué decir. Por primera vez desde que podía recordar, Kyra los miró sin palabras.

Justo cuando estaban a punto de abrir la boca, una voz ajena pasó entre la multitud.

—No importa quién lo mató, —dijo la voz—. Ahora es nuestro.

Kyra volteó junto con los otros sobresaltada por la extraña voz y su estómago se revolvió en cuanto vio a un grupo de los Hombres del Señor, reconocidos por su armadura escarlata, acercándose entre la multitud mientras los aldeanos se apartaban. Se acercaron al jabalí observándolo con codicia, y Kyra miró que querían esta presa como trofeo no porque la necesitaran, sino para humillar a su gente, para quitarles este punto de orgullo. A su lado, Leo gruñó, y ella le puso una mano en el cuello calmándolo y deteniéndolo.

—En el nombre de nuestro Señor Gobernador, —dijo el Hombre del Señor, un soldado corpulento con una frente baja, las cejas gruesas, una gran barriga, y una cara amontonada en la estupidez—, reclamamos este jabalí. Él les agradece de antemano su regalo en este festival.

Les hizo un gesto a sus hombres y estos se acercaron como si fueran a tomarlo.

Mientras lo hacían, Anvin se acercó repentinamente con Vidar a su lado y les impidió el paso.

Un gran silencio cayó sobre la multitud, nunca nadie se había enfrentado a los Hombres del Señor; era una regla no escrita. Nadie quería provocar la furia de Pandesia.

—Hasta donde yo sé, nadie te ha ofrecido un regalo, —dijo con una voz de acero—, o a tu Señor Gobernador.

La multitud creció con cientos de aldeanos acercándose a ver el tenso momento, sintiendo que venía un enfrentamiento. Al mismo tiempo, otros se alejaron creando espacio alrededor de los dos hombres mientras la tensión en el aire se volvía más

intensa.

Kyra sentía latir su corazón. De manera inconsciente apretó más su arco sabiendo que esto estaba creciendo. A pesar de lo mucho que deseaba pelear y conseguir libertad, también sabía que su gente no se podía permitir provocar la furia del Señor Gobernador; incluso si por un milagro los derrotaban, el Imperio Pandesiano estaba detrás de ellos. Podían llamar a divisiones de hombres tan vastas como el mar.

Pero, al mismo tiempo, Kyra estaba orgullosa de Anvin por enfrentarlos. Finalmente alguien lo había hecho.

El soldado frunció el ceño mientras examinaba a Anvin.

—¿Te atreves a desafiar a tu Señor Gobernador? —preguntó.

Anvin no se movió.

—Ese jabalí es nuestro, nadie te lo está dando, —dijo Anvin.

—Era suyo, —lo corrigió el soldado—, y ahora nos pertenece. —Volteó hacia sus hombres—. Tomen el jabalí, —les ordenó.

Los Hombres del Señor se acercaron, y mientras lo hacían, una docena de los hombres de su padre se acercaron, apoyando a Anvin y Vidar y obstruyendo el camino de los Hombres del Señor con sus armas en mano.

La tensión creció aún más, Kyra apretó su arco hasta que sus nudillos se pusieron blancos y mientras estaba ahí se sintió muy mal, como si todo lo que estaba pasando fuera su culpa ya que ella había matado al jabalí. Sintió que algo muy malo estaba a punto de pasar, y maldijo a sus hermanos por traer este mal presagio a la aldea, especialmente durante la Luna de Invierno. Siempre pasan cosas raras en las festividades, periodos místicos en los que se decía los muertos podían pasar de un mundo hacia el otro. ¿Por qué tuvieron que provocar sus hermanos a los espíritus de esta manera?

Mientras los hombres se encaraban y con los hombres de su padre preparados para sacar sus espadas, todos a punto de derramar sangre, una voz de autoridad repentinamente cortó por el aire retumbando en el silencio.

—¡La presa es de la chica! —dijo la voz.

Fue una voz fuerte, llena de confianza, una voz que ordenaba atención, una voz que Kyra admiraba y respetaba más que cualquier otra en el mundo: la de su padre. Era el Comandante Duncan.

Todos los ojos volteaban mientras su padre se acercaba, y la multitud abría paso dándole una gran cantidad de respeto. Ahí se detuvo, un hombre que parecía una montaña, el doble de alto que los otros, con hombros el doble de anchos, una barba castaña salvaje y pelo marrón bastante largo, veteado de gris, portando pieles en sus hombros y dos espadas largas en su cinturón y una lanza en su espalda. Su armadura, el negro de Volis, tenía un dragón tallado en la coraza, el símbolo de su casa. Sus armas tenían signos de muchas batallas y proyectaba experiencia. Era un hombre que debía ser temido, admirado, un hombre que todos sabían era recto y justo. Un hombre amado y, sobre todo, respetado.

—Es la presa de Kyra, —repitió, al mismo tiempo dando una mirada de desaprobación a sus hermanos y después volteando hacia Kyra ignorando a los Hombres del Señor—. Ella es la que decidirá su suerte.

Kyra se sorprendió por las palabras de su padre. Nunca se habría esperado esto, que pusiera tanta responsabilidad sobre sus hombros, que le dejara una decisión tan importante. Pues ambos sabían esta no solo era una decisión sobre el jabalí, sino sobre el futuro de su gente.

Soldados tensos se alinearon a cada lado, todos con sus manos en las espadas, y mientras ella observaba los rostros que la miraban esperando una respuesta, sabía que su siguiente decisión, sus siguientes palabras, serían las más importantes que jamás había dicho.

CAPÍTULO CUATRO

Merk pasaba despacio por la vereda del bosque, abriéndose camino pasando por Bosque Blanco mientras reflexionaba en su vida. Sus cuarenta años habían sido muy duros; nunca antes se había dado tiempo para pasear por el bosque, para admirar su belleza. Miró hacia abajo hacia las hojas blancas que se quebraban bajo sus pies, rematadas por el sonido de su bastón que golpeaba el suave suelo del bosque; volteó hacia arriba, admirando la belleza de los árboles de Aesop con sus brillantes hojas blancas y deslumbrantes ramas rojas resplandeciendo en el sol matutino. Cayeron algunas hojas sobre él dando la apariencia de nieve y, por primera vez en su vida, sintió verdadera paz.

Siendo de altura y complexión promedio, cabello negro oscuro, un rostro nunca afeitado, mandíbula amplia, pómulos alargados y grandes ojos negros rodeados de círculos negros, Merk siempre se miraba como si no hubiera dormido en días. Y así se sentía. Excepto hoy. Hoy por fin se sentía descansado. Aquí, en Ur, en la punta noroeste de Escalon, no caía nieve. Las brisas templadas del océano a un día de distancia hacia el oeste garantizaban un clima cálido y permitían que florecieran hojas de todos colores. También le permitían a Merk peregrinar llevando solo un manto, sin temer a vientos helados como lo hacían en muchas partes de Escalon. Todavía estaba acostumbrándose a la idea de llevar un manto en lugar de armadura, de portar un bastón en lugar de una espada, de romper hojas con su bastón en vez de atravesar enemigos con una daga. Todo era nuevo para él. Estaba tratando de ver lo que se sentía convertirse en esta nueva persona que tanto añoraba. Se sentía tranquilo, pero raro. Era como si pretendiera ser alguien que no era.

Pues Merk no era ningún viajante o monje, y tampoco un hombre pacífico. Dentro de él, aún era un guerrero. Y no cualquier guerrero; era un hombre que peleaba bajo sus propias reglas y que nunca había perdido una pelea. Era un hombre que no temía llevar sus peleas de la línea de batalla a los callejones traseros de las tabernas que tanto frecuentaba. Era lo que muchas personas llamarían un mercenario. Un asesino. Una espada a sueldo. Tenía muchos calificativos, algunos menos halagadores, pero a Merk no le importaban las etiquetas o lo que pensarán otras personas. Todo lo que le importaba es que era uno de los mejores.

Merk, como siguiendo esta tendencia, había tenido muchos nombres, cambiándolos a su capricho. No le gustaba el nombre que le había dado su padre, de hecho, tampoco le agradaba su padre, y él no iba a ir por la vida con el nombre que otra persona escogió para él. Merk era uno de los nombres más frecuentes, y por ahora le gustaba. No le importaba cómo otras personas lo llamaban. Solo le importaban dos cosas en la vida: encontrar el lugar exacto para la punta de su daga, y que sus empleadores le pagaran con oro recién acuñado, y en grandes cantidades.

Merk descubrió a temprana edad que tenía un don natural, que era superior a los demás en lo que hacía. Sus hermanos, al igual que su padre y todos sus afamados

ancestros, eran orgullosos y nobles caballeros que portaban las mejores armaduras, llevaban el mejor acero, cabalgaban en sus caballos, agitaban sus banderas con su pelo florido y ganaban competencias mientras las mujeres arrojaban flores a sus pies. No podían enorgullecerse más de sí mismos.

Pero a Merk le desagradaba ser el centro de atención. Todos esos caballeros parecían ser torpes para matar, altamente ineficientes, y Merk no los respetaba. Tampoco necesitaba el reconocimiento, las insignias, las banderas o los escudos de armas que los caballeros tanto ansían. Eso era para las personas a las que les faltaba lo más importante: la habilidad para quitarle la vida a un hombre de forma rápida, silenciosa y eficiente. Para él, no había nada más de qué hablar.

Cuando era más joven y sus amigos muy pequeños para defenderse por sí solos siempre venían a él, pues ya era conocido como alguien excepcional con la espada y siempre recibía sus pagos por defenderlos. Sus abusivos nunca volvían a molestarlos ya que Merk se aseguraba de que así fuera. La voz se corrió rápido acerca de su destreza, y mientras Merk aceptaba más y más pagos, sus habilidades para matar progresaban.

Merk pudo haber sido un caballero, un famoso guerrero como sus hermanos. Pero en lugar de eso decidió trabajar en las sombras. El ganar era lo que le interesaba, la eficiencia letal, y rápidamente se había dado cuenta de que los caballeros, debido a sus bellas armas y toscas armaduras, no podían matar ni la mitad de rápido o efectivo que él, un hombre solo con camisa de cuero y daga afilada.

Mientras caminaba golpeando las hojas con su bastón, recordó una noche en la taberna con sus hermanos cuando desenvainaron espadas con caballeros rivales. Sus hermanos estaban rodeados y superados en número, y mientras los lujosos caballeros se detenían en ceremonia, Merk no dudó. Se lanzó a través del callejón con su daga y cortó todas sus gargantas antes de que los hombres pudieran sacar sus espadas.

Sus hermanos debieron haberle agradecido por salvarlos pero en vez de eso se distanciaron de él. Le temían y le asignaban mala reputación. Ese fue el agradecimiento que recibió, y la traición lo dolió a Merk más de lo que pudo confesar. Esto profundizó su distanciamiento con ellos, con toda nobleza y con toda caballería. Todo era hipocresía y egoísmo a sus ojos; podían pasearse con su brillante armadura y mirarlo como algo insignificante, pero si no hubiera sido por él y su daga todos aún yacerían muertos en ese callejón.

Merk camino y camino, suspirando, tratando de olvidar el pasado. Mientras reflexionaba, se dio cuenta de que en realidad no entendía la fuente de su talento. Tal vez era porque era rápido y ágil; tal vez era que tenía manos y muñecas veloces; tal vez es porque tenía un talento especial para encontrar los puntos vitales de los hombres; tal vez porque nunca dudaba en dar ese paso extra, en dar esa estocada final en la que otros hombres se detenían; tal vez era que nunca tenía que atacar dos veces; o tal vez era porque sabía improvisar, matar con cualquier arma a su alcance, una púa, un martillo, un viejo leño. Él era más listo que los demás, más adaptable y rápido en

los pies, una combinación mortal.

Mientras crecía, todos esos orgullosos caballeros se habían distanciado de él y hasta se habían burlado de él a sus espaldas (pues nadie se atrevía a hacerlo en su cara). Pero ahora que habían pasado los años, ahora que se veían débiles y su fama se había extendido, él era el que era solicitado por reyes mientras los otros estaban olvidados. Porque lo que sus hermanos nunca habían entendido es que la *caballerosidad* no hacía a los reyes reyes. Era la violencia desagradable y brutal, el miedo, la eliminación de tus enemigos uno a uno, la horrible matanza que nadie más quería hacer lo que los hacía reyes. Y era a él a quien todos acudían cuando querían que el *verdadero* trabajo de rey se realizara.

Con cada golpe de su bastón, Merk recordaba a una de sus víctimas. Había matado a los peores enemigos del Rey —sin usar veneno—, para eso trajeron a los pequeños asesinos, los boticarios, las seductoras. A los peores por lo regular querían que los mataran mandando un mensaje, y para esto lo necesitaban a él. Algo horrible, algo público: una daga en el ojo; un cuerpo destrozado en la plaza, colgando de una ventana para que todos lo vieran al siguiente día, para que todos pensaran quién se había atrevido a oponerse al Rey.

Cuando el viejo Rey Tarnis entregó el reino abriéndole las puertas a Pandesia, Merk se sintió decepcionado, sin propósito por primera vez en su vida. Sin un Rey a quien servir se sentía a la deriva. Algo que había estado creciendo dentro de él había salido a la superficie, y por una razón que no pudo entender comenzó a pensar sobre la vida. Toda su vida había estado obsesionado con la muerte, con matar, con quitar vidas. Se había vuelto muy fácil. Pero ahora, algo dentro de él estaba cambiando; era como si apenas pudiera sentir el suelo estable bajo sus pies. Siempre había sabido de primera mano lo frágil que era la vida, lo fácil que era quitarla, pero ahora se preguntaba cómo preservarla. La vida era muy frágil, ¿no era el preservarla un desafío más grande que quitarla?

Y a pesar de sí mismo, empezó a preguntarse: ¿qué era eso que le estaba quitando a otros?

Merk no sabía qué había empezado toda esta reflexión, pero esto lo puso muy incómodo. Algo había surgido dentro de él, un gran mareo, y ahora le desagradaba el matar, ahora su desagrado por hacerlo era tan grande como solía agradarle con anterioridad. Deseaba poder descubrir qué era lo que estaba desencadenando todo esto, tal vez el haber matado a una persona en particular, pero no podía. Simplemente había aparecido sin causa. Y eso era lo que más le perturbaba.

A diferencia de otros mercenarios, Merk solo tomaba causas en las que creía. Fue hasta después en su vida, cuando se volvió muy bueno en lo que hacía, cuando los pagos se volvieron muy grandes, con personas muy importantes solicitándolo, que empezó a saltarse algunas líneas aceptando pagos por matar a personas que no tenían tanta culpa; o tal vez ninguna. Y esto era lo que lo estaba molestando.

Merk desarrolló una pasión igual de fuerte por deshacer todo lo que había hecho,

por probarles a los demás que podía cambiar. Quería borrar su pasado, borrar todo lo que había hecho, hacer penitencia. Había hecho un voto solemne consigo mismo de nunca volver a matar; de nunca levantar un dedo contra otra persona; de pasar el resto de sus días buscando el perdón de Dios; de dedicarse a ayudar a otros; de convertirse en mejor persona. Y era esto lo que lo había llevado hasta esta vereda del bosque por la que pasaba con cada golpe de us bastón.

Merk vio la vereda del bosque elevarse y luego sumergirse, brillando con la hojas blancas, y volteó de nuevo al horizonte hacia la Torre de Ur. Aún no había señal de ella. Sabía que eventualmente esta vereda lo llevaría ahí, con esta peregrinación que había estado llamándolo desde hace meses. Desde que era un niño había estado cautivado con cuentos acerca de los Observadores, una orden secreta de monjes/caballeros mitad hombre y mitad algo más cuyo trabajo era residir en las dos torres, la Torre de Ur en el noroeste y la Torre de Kos en el sudeste, y cuidar de la reliquia más valiosa del Reino: la Espada de Fuego. La leyenda decía que era la Espada de Fuego lo que le daba vida a Las Flamas. Nadie sabía con certeza en cuál de las torres estaba, ya que era un secreto muy cuidado que solo conocían los más antiguos Observadores. Si algún día era movida o robada, Las Flamas se perderían para siempre, y Escalon quedaría vulnerable a un ataque.

Se decía que velar por las torres era un gran llamado, un trabajo sagrado y honorable, si eras aceptado por los Observadores. Merk siempre soñaba con los Observadores cuando era niño, yendo a la cama de noche preguntándose cómo sería el unirse a sus filas. Quería perderse a sí mismo en la soledad, en el servicio, en reflexión, y sabía que no había mejor manera que convertirse en Observador. Merk se sentía listo. Había cambiado su cota de malla por cuero, su espada por un bastón y, por primera vez en su vida, había pasado toda una luna sin matar o cazar un alma. Empezaba a sentirse bien.

Mientras Merk pasaba una pequeña colina, levantó la vista esperanzado al igual que lo había hecho por días esperando que por fin se revelara la Torre de Ur en el horizonte. Pero aún no encontraba nada, nada más que bosque hasta donde se podía observar. Pero aun así sabía que se estaba acercando, después de tantos días de caminar, la torre no podía estar muy lejos.

Merk continuó bajando por la vereda con el bosque volviéndose cada vez más denso hasta que, en el fondo, se topó con un gran árbol caído que bloqueaba el camino. Se detuvo y lo observó admirando su tamaño, debatiendo cómo poder pasarlo.

—Yo diría que ya has ido lo suficientemente lejos, —dijo una voz siniestra.

Merk de inmediato reconoció las intenciones oscuras de la voz, algo en lo que ya era experto, y ni siquiera necesitó voltear para saber lo que se avecinaba. Escuchó hojas crujendo todo alrededor, y del bosque salieron rostros que encajaban con la voz: degolladores, cada uno más desesperado que el anterior. Eran los rostros de hombres que mataban sin razón. Los rostros de ladrones comunes y asesinos que

cazaban a los débiles con violencia sin sentido. A los ojos de Merk, eran lo más bajo que existía.

Merk vio que estaba rodeado y sabía que había caminado en una trampa. Observó a su alrededor rápidamente sin que se dieran cuenta, con sus viejos instintos activándose, y contó a ocho de ellos. Todos llevaban dagas y estaban vestidos en garras, con rostros, manos y uñas sucias, sin afeitar, todos con una mirada desesperada que decía que no habían comido en muchos días. Y que estaban aburridos.

Merk se tensó mientras el jefe de los bandidos se acercaba, pero no porque le temiera; Merk podía matarlo, matarlos a todos, en un parpadeo si lo deseaba. Lo que lo puso tenso fue la posibilidad de verse obligado a la violencia. Estaba determinado a mantener su voto sin importar el costo.

—¿Y qué tenemos aquí? —preguntó uno de ellos, acercándose y rodeando a Merk.

—Parece un monje, —dijo otro con voz burlona—. Pero sus botas son diferentes.

—Tal vez es un monje que se cree soldado, —se rio otro.

Todos se echaron a reír y uno de ellos, un zoquete de hombre en sus cuarentas al que le faltaba un diente, se acercó con su mal aliento y tocó a Merk en el hombro. El viejo Merk habría matado a cualquier hombre que se hubiera acercado la mitad de eso.

Pero el nuevo Merk estaba determinado a ser un mejor hombre, a levantarse por encima de la violencia incluso si esta parecía buscarlo. Cerró los ojos y respiró profundo, obligándose a mantener la calma.

No sucumbas a la violencia, se decía una y otra vez.

—¿Qué está haciendo este monje? —preguntó uno de ellos—. ¿Ora?

Todos volvieron a reír.

—¡Tu dios no te va a salvar ahora chico! —exclamó otro.

Merk abrió los ojos y le regresó la mirada al cretino.

—No deseo hacerte daño, —dijo con calma.

Las risas se volvieron más fuertes que antes, y Merk se dio cuenta que mantenerse calmado y no reaccionar con violencia era lo más difícil que jamás había hecho.

—¡Tenemos suerte entonces! —respondió otro.

Todos volvieron a reír y después guardaron silencio mientras el líder se acercaba cara a cara a Merk.

—Pero tal vez, —dijo con voz seria, tan cerca que Merk podía oler su mal aliento—, nosotros queremos dañarte a ti.

Un hombre se acercó detrás de Merk, lo tomó por el cuello con su brazo y empezó a apretar. Merk jadeó cuando sintió que lo ahogaban con un apretón lo suficientemente fuerte para causarle dolor pero no para cortar todo el aire. Su reflejo inmediato fue voltearse y matar al hombre. Sería muy sencillo; conocía el punto de presión perfecto en el antebrazo para hacer que lo soltara. Pero se obligó a no hacerlo.

Déjalos pasar, se dijo a sí mismo. El camino a la humillación debe empezar en algún lado.

Merk se encaró al líder.

—Tomen lo que quieran, —dijo Merk jadeando—. Tómenlo y sigan su camino.

—¿Y qué hay si lo tomamos y nos quedamos aquí? —respondió el líder.

—Nadie te está preguntando lo que podemos o no podemos tomar chico, —dijo otro.

Uno de ellos se adelantó y saqueó la cintura de Merk, pasando sus manos ambiciosas por las pocas cosas que le quedaban en el mundo. Merk se obligó a mantener la calma mientras las manos pasaban por todo lo que tenía. Por último sacaron su gastada daga de plata, su arma favorita, y aun así Merk, a pesar de lo doloroso que era, no reaccionó.

Deja que pase, se dijo.

—¿Qué es esto? —preguntó uno—. ¿Una daga?

Observó a Merk.

—¿Qué hace un elegante monje como tú cargando una daga? —preguntó otro.

—¿Qué estás haciendo chico, tallando árboles? —dijo otro.

Todos se rieron y Mark apretó los dientes, preguntándose qué tanto más podría resistir.

El hombre que tomó la daga se detuvo, observó a la muñeca de Merk y le subió la manga. Merk se preparó, dándose cuenta de que lo habían encontrado.

—¿Qué es esto? —preguntó el ladrón tomando y levantando su muñeca, examinándola.

—Se parece a un zorro, —dijo uno.

—¿Por qué tiene un monje un tatuaje de zorro? —preguntó otro.

Uno más se acercó, un hombre alto y delgado con cabello rojo y tomó su muñeca examinándola de cerca. La soltó y miró a Merk con ojos precavidos.

—No es un zorro, idiota, —les dijo a sus hombres—. Es un lobo. Es la marca de un hombre del Rey, un mercenario.

Merk sintió su rostro enrojecerse al darse cuenta de que miraban su tatuaje. No quería ser descubierto.

Los ladrones se quedaron todos en silencio, observándolo, y por primera vez, Merk sintió duda en sus rostros.

—Es de la orden de los asesinos, —dijo uno volteando la vista hacia él—. ¿Cómo obtuviste esa marca, chico?

—Probablemente se la puso él mismo, —respondió otro—. Hace que el camino sea seguro.

El líder le hizo una señal a su hombre quien dejó de tomar a Merk del cuello, y Merk respiró profundo sintiéndose aliviado. Pero entonces el líder se acercó y puso un cuchillo en el cuello de Merk y Merk se preguntó si moriría hoy en ese mismo lugar. Se preguntaba si este era un castigo por toda la matanza que había hecho. Se

preguntó si estaba listo para morir.

—Respóndele, —gruñó el líder—. ¿Te lo pusiste tú mismo, chico? Dicen que tienes que matar a cien hombres para obtener esa marca.

Merk respiró, y en el silencio que ahora se presentó debatía qué decir. Finalmente suspiró.

—A mil, —dijo.

El líder parpadeó confundido.

—¿Qué? —preguntó.

—A mil hombres, —explicó Merk—. Es lo que necesitas para este tatuaje. Y me lo dio el mismísimo Rey Tarnis.

Todos lo miraban asombrados y un gran silencio cayó sobre el bosque, tan silencioso que Merk podía escuchar a los insectos rondar. Se preguntó qué pasaría ahora.

Uno de ellos empezó a reírse histéricamente y todos los demás lo siguieron. Se rieron sin parar mientras Merk estaba parado ahí, claramente pensando que era lo más gracioso que habían oído.

—Esa es buena, chico, —dijo uno—. Eres tan bueno mintiendo como siendo monje.

El líder acercó la daga más a su cuello, lo suficiente para empezar a sacar sangre.

—Dije que me respondas, —repitió el líder—. La *verdad*. ¿Quieres morir ahora, chico?

Merk se quedó parado sintiendo el dolor y pensó en la pregunta, en realidad pensó en ella. ¿En verdad quería morir? Era una buena pregunta, mucho más profunda que lo que suponía el ladrón. Mientras pensaba en ello, realmente pensando en ello, se dio cuenta que una parte de él sí quería morir. Estaba cansado de la vida, cansado hasta los huesos.

Pero mientras profundizaba en ello, Merk llegó a la conclusión de que no estaba listo para morir. Todavía no. No hoy. No cuando estaba a punto de empezar de nuevo. No cuando apenas empezaba a disfrutar la vida. Quería una oportunidad de cambiar. Quería la oportunidad de servir en la Torre, de convertirse en un Observador.

—La verdad es que no, —respondió Merk.

Finalmente miró a su captor a los ojos, con una determinación creciendo dentro de él.

—Y debido a eso, —continuó—, te voy a dar una oportunidad de soltarme antes de que los mate a todos.

Todos lo miraban en silencio hasta que el líder frunció el ceño y rompió en acción.

Merk sintió la hoja empezando a cortar su garganta y algo dentro de él tomó el control. Era su parte profesional, la que había entrenado toda su vida, la parte de él que ya no podía soportar. Significaba romper su voto; pero esto ya no le importaba.

El viejo Merk apareció tan pronto que era como si en realidad nunca se hubiera

ido, y tan solo en un parpadeo volvió al modo de asesino.

Merk se concentró y vio todos los movimientos de sus enemigos, cada contracción, cada punto de presión, cada vulnerabilidad. El deseo de matarlos lo envolvió como un viejo amigo, y Merk le permitió que tomara el control.

En un movimiento como de rayo, Merk tomó la muñeca del líder, hundió su dedo en un punto de presión, la doblo hasta que llegó a romperse, tomó la daga mientras caía y, en un solo movimiento, cortó la garganta del hombre de oreja a oreja.

El líder ahora lo miró con una mirada de asombro antes de desplomarse al suelo, muerto.

Merk se volteó y miró a los otros, todos en silencio y con las bocas abiertas impactados.

Ahora era el turno de Merk para reír mientras los observaba, disfrutando de lo que estaba a punto de ocurrir.

—A veces, chicos, —dijo—, simplemente eligen molestar al hombre incorrecto.

CAPÍTULO CINCO

Kyra estaba en el centro del abarrotado puente sintiendo todos los ojos sobre ella, todos esperando su decisión sobre la suerte del jabalí. Sus mejillas se sonrojaron; no le gustaba ser el centro de atención. Pero amaba a su padre por reconocerla y sintió un gran sentido de orgullo, especialmente por poner esa decisión en sus manos.

Pero al mismo tiempo, también sintió una gran responsabilidad. Sabía que cualquier decisión que tomara decidiría el futuro de su gente. A pesar de su desagrado por los Pandesianos, no quería la responsabilidad de lanzar a su gente hacia una guerra que no podrían ganar. Pero tampoco quería retraerse envalentonando a los Hombres del Señor, deshonor a su pueblo, hacerlos parecer débiles, especialmente después de que Anvin y los otros ya los habían encarado.

Ella se dio cuenta de la sabiduría de su padre: al poner la decisión en sus manos hizo parecer como que la decisión era de ellos y no de los Hombres del Señor, y tan solo este acto le daba honra a su gente. También se dio cuenta de que había puesto la decisión en sus manos por una razón: debió darse cuenta de que esta situación requería una tercera voz para que todos mantuvieran su reputación, y la eligió a ella porque era conveniente y porque sabía que no se apresuraría, que sería moderada. Mientras más lo pensaba, más se daba cuenta de por qué la había elegido a ella: No para incitar una guerra, podía haber elegido a Anvin para hacer eso, sino para librarlos de una.

Llegó a una decisión.

—La bestia esta maldita, —dijo despectivamente—. Casi mata a mis hermanos. Viene desde el Bosque de las Espinas y fue muerta en la víspera de Luna de Invierno, día en el que está prohibido cazar. Fue un error el hacer que cruzara nuestras puertas, debió haberse dejado pudrir en las afueras donde pertenece.

Se volvió burlonamente a los Hombres del Señor.

—Llévenla a su Señor Gobernador, —dijo sonriendo—. Háganos un favor.

Los Hombres del Señor pasaron su vista de ella hacia la bestia, y sus expresiones cambiaron; ahora parecía como si hubieran mordido algo podrido, como si ya no la quisieran.

Kyra vio que Anvin y los otros la miraban con aprobación, agradecidos, y su padre más que todos. Lo había conseguido, había logrado que su gente mantuviera su reputación librándolos de una guerra, y había lanzado una burla hacia Pandesia al mismo tiempo.

Sus hermanos soltaron al jabalí en el piso e hizo un sonido de golpe al caer en la nieve. Se hicieron hacia atrás humillados, con dolor en sus hombros.

Todos los ojos ahora voltearon hacia los Hombres del Señor que se quedaron de pie sin saber qué hacer. Claramente las palabras de Kyra habían calado profundo; ahora miraban a la bestia como si fuera algo desagradable que había sido arrastrado desde las entrañas de la tierra. Era claro que ya no la querían. Y ahora que era de

ellos, parecía que habían perdido todo el interés.

Su comandante, después de un largo y tenso silencio, les hizo una señal a sus hombres para que tomaran la bestia, después se volteó resoplando y se fue visiblemente molesto, como sabiendo que había sido burlado.

La multitud se dispersó, la tensión se fue y hubo un sentimiento de alivio. Muchos de los hombres de su padre se acercaron con aprobación poniendo sus manos en sus hombros.

—Bien hecho, —dijo Anvin mirándola con aprobación—. Serás un buen gobernante algún día.

Los aldeanos volvieron a sus asuntos, volvió el bullicio y el ajetreo, la tensión se disipó y Kyra se volteó buscando los ojos de su padre. Los encontró mirándola y a tan solo unos cuantos pies. Delante de sus hombres, siempre era reservado en todo lo relacionado con ella, y esta no fue la excepción, tenía una expresión de indiferencia, pero le dio una pequeña señal con la cabeza que ella sabía era de aprobación.

Kyra volteó y vio a Anvin y Vidar tomando sus lanzas y su corazón se sobresaltó.

—¿Puedo ir con ustedes? —le preguntó a Anvin sabiendo que iban al campo de entrenamiento junto con todos los hombres de su padre.

Anvin miró nervioso hacia su padre sabiendo que no estaría de acuerdo.

—La nieve arrecia, —dijo finalmente Anvin, dudando—. La noche ya cae también.

—Eso no los detiene a ustedes, —replicó Kyra.

Él le devolvió una sonrisa.

—No, es cierto, —admitió.

Anvin volteó con su padre de nuevo, y ella miró y lo vio negarse con la cabeza antes de darse la vuelta y volver adentro.

Anvin suspiró.

—Están preparando un gran festín, —dijo—. Es mejor que entres.

Kyra lo podía oler, el aire estaba pesado con finas carnes rostizadas, y vio que sus hermanos volvía adentro junto con docenas de aldeanos todos apurándose para preparar el festival.

Pero Kyra se volteó y miró con nostalgia hacia los campos, hacia el campo de entrenamiento.

—La comida puede esperar, —dijo—. El entrenamiento no. Déjame ir.

Vidar sonrió y dijo que no con la cabeza.

—¿Segura que eres una chica y no un guerrero? —preguntó Vidar.

—¿No puedo ser ambos? —respondió.

Anvin soltó un gran suspiro y finalmente negó con la cabeza.

—Tu padre me arrancaría el pellejo, —dijo.

Pero finalmente asintió.

—No aceptarás un no por respuesta, —concluyó—, y tienes más corazón que la mitad de mis hombres. Supongo que podemos usar a uno más.

Kyra corrió a través del paisaje nevado siguiendo a Anvin, Vidar y varios de los hombres de su padre con Leo a su lado como siempre. La nieve se volvía gruesa pero no le importaba. Se sintió libre y con gran excitación como siempre se sentía al pasar la Puerta del Peleador, un arco bajo cortado en la cerca de piedra en el campo de entrenamiento. Respiró profundo al ver que el cielo se abría y corrió hacia ese lugar que amaba tanto con sus colinas verdes ahora cubiertas de nieve rodeado por una pared de piedra, con tal vez un cuarto de milla de anchura y profundidad. Sintió como si todo fuera como debería ser al ver a los hombres entrenar; cabalgando en sus caballos, levantando lanzas, apuntando a objetivos distantes y volviéndose mejores. Para ella, esto era de lo que se trataba la vida.

Este campo de entrenamiento estaba reservado para los hombres de su padre; a las mujeres no se les permitía estar aquí ni a los chicos que aún no cumplían los dieciocho años de edad, y a quienes no se les había invitado. Cada día Brandon y Braxton esperaban impacientes ser invitados, pero Kyra sospechaba que nunca pasaría. La Puerta del Peleador era para guerreros honorables y con experiencia, no para fanfarrones como sus hermanos.

Kyra corrió por los campos sintiéndose más feliz y más viva aquí que en cualquier otra parte. La energía era intensa y estaba lleno de docenas de los hombres más finos de su padre, todos portando armaduras un poco diferentes, guerreros de todas las regiones de Escalon, todos los cuales con el paso del tiempo habían sido atraídos a la fortaleza de su padre. Había hombres del sur, desde Thebus y Leptis; desde las Tierras Medias, principalmente de la capital, Andros, pero también de las montañas de Kos; había occidentales desde Ur; hombres del río desde Thusis y sus vecinos de Esephus. Había hombres que vivían cerca del Lago de Ire, y hombres de lugares tan lejanos como las cascadas de Everfall. Todos tenían colores, armaduras y armas diferentes, todos hombres de Escalon pero cada uno representando su propia fortaleza. Era un deslumbrante conjunto de poder.

Su padre, el antiguo campeón del Rey, un hombre que estimulaba respeto, era el único hombre en estos tiempos, en este fracturado reino, en el que los hombres podían confiar. De hecho, cuando el antiguo Rey había rendido el reino sin luchar, era a su padre a quien el pueblo le pedía que tomara el trono y siguiera la lucha. Con el tiempo, lo mejor de los antiguos guerreros del Rey lo habían buscado, y ahora, con la fuerza volviéndose más grande cada día, Volis estaba consiguiendo una fuerza que casi se igualaba a la de la capital. Kyra se dio cuenta que quizá fue esto por lo que los Hombres del Rey sintieron la necesidad de humillarlos.

En cualquier otro lugar de Escalon, el Señor Gobernador de Pandesia no permitía que los caballeros se reunieran con tanta libertad por temor a una sublevación. Pero aquí, en Volis, era diferente. Aquí, no tenían elección: tenían que permitirlo porque

necesitaban a los mejores hombres disponibles para cuidar de Las Flamas.

Kyra se volteó y miró más allá de las paredes, más allá de las blancas colinas y, en el horizonte a la distancia, incluso a través de la nevada apenas alcanzaba a ver el tenue resplandor de Las Flamas. El muro de fuego que protegía la frontera oriental de Escalon, Las Flamas, un muro de fuego de cincuenta pies de profundidad y varios cientos de altura, ardía tan brillante como siempre, iluminando la noche, con su contorno visible en el horizonte y volviéndose más pronunciado con el caer de la noche. Alargándose casi cincuenta millas de ancho, Las Flamas era lo único que se interponía entre Escalon y la nación de troles salvajes al este.

Aun así, suficientes troles rompían a través cada año para sembrar el caos, y si no fuera por Los Guardianes, los valientes hombres de su padre que cuidaban de Las Flamas, Escalon sería una nación esclava de los troles. Los troles, que temían al agua, solo podían atacar a Escalon por tierra, y Las Flamas era lo único que los mantenía a raya. Los Guardianes hacían guardia por turnos, patrullaban en rotación, y Pandesia los necesitaba. Otros también estaban estacionados en Las Flamas, reclutas, esclavos y criminales, pero los hombres de su padre, Los Guardianes, eran los únicos verdaderos soldados entre el montón y los únicos que sabían mantener Las Flamas.

En compensación, Pandesia le permitía a Volis y a sus hombres algo de libertad, como campos de entrenamiento y armas reales; un poco de libertad para que se sintieran como guerreros libres, incluso si era una ilusión. No eran hombres libres, y ellos lo sabían. Existían en un balance extraño entre libertad y esclavitud que a nadie le agradaba.

Pero al menos aquí, en la Puerta del Peleador, estos hombres eran libres como alguna vez lo habían sido, guerreros que podían competir y entrenar mejorando sus habilidades. Representaban lo mejor de Escalon, mejores guerreros que los que Pandesia podía ofrecer, todos ellos veteranos de Las Flamas, y todos sirviendo aquí a solo un día de distancia. Kyra no deseaba nada más que unirse a sus filas, probarse a sí misma, estacionarse en Las Flamas, pelear con troles reales mientras pasaban y ayudar a proteger su reino de la invasión.

Pero sabía que esto nunca sería permitido. Era muy joven para ser elegida y además una chica. No había otras mujeres en las filas, e incluso si las hubiera, su padre no lo permitiría. Sus hombres también habían empezado a cuidarla como una niña desde que empezó a visitarlos hace años, les divertía su presencia como si fuera un espectador. Pero después que los hombres se iban siempre se quedaba atrás, sola, entrenando día y noche en los campos vacíos con sus armas y blancos. Se sorprendían aún más al llegar el siguiente día y encontrar marcas de flechas en sus blancos, y más sorprendidos aun de ver que estaban en el centro. Pero con el tiempo se acostumbraron a ello.

Kyra empezó a ganarse su respeto, especialmente en las raras ocasiones en las que le habían permitido unirse. Ahora, dos años después, todos sabían que podía darle a blancos que la mayoría de ellos no, y la tolerancia que tenían hacia ella se

convirtió en algo más: respeto. Claro, no había participado en batallas como estos otros hombres, ni había matado a un hombre o sido guardia en Las Flamas, ni había peleado con un trol. No podía blandir una espada o hacha o alabarda, o luchar como estos hombres podían. Ni siquiera se acercaba a su fuerza física, lo que la decepcionaba mucho.

Aun así Kyra había aprendido que tenía talento natural con dos armas, las cuales la hacían a pesar de su tamaño y sexo un formidable oponente: su arco y su bastón. El primero lo había tomado de manera natural, mientras que se había topado con el segundo de manera accidental hace algunas lunas cuando no pudo levantar una espada ancha. En aquel entonces los hombres se rieron de su incapacidad de levantar una espada y, como insulto, uno de ellos le dio un bastón burlonamente.

—¡Trata mejor de levantar este palo! —le gritó y los otros rieron. Kyra nunca olvidó su vergüenza en ese momento.

Al principio, los hombres de su padre vieron su bastón como una broma; después de todo, lo utilizaban como arma de entrenamiento, estos hombres valientes que cargaban espadas y hachas y alabardas, que podían cortar un árbol con un simple golpe. Miraban a su palo de madera como un juego, y esto le había dado menos respeto del que ya tenía.

Pero había transformado una broma en una inesperada arma de venganza, un arma a la que temer, un arma contra la que muchos de los hombres de su padre no se podían defender. Kyra se había sorprendido con su peso ligero, y se sorprendió aún más al descubrir su talento natural con este, tan rápido que podía conectar golpes mientras los soldados aún estaban levantando sus espadas. Más de uno de los hombres con los que había entrenado se había quedado negro y morado por este; un golpe a la vez, había encontrado respeto de nuevo.

Kyra, por muchas noches de entrenamiento sola y enseñándose a sí misma, había conseguido movimientos que impresionaban a los hombres, movimientos que ninguno de ellos podían entender. El interés por su bastón había crecido, y ella les enseñaba. En la mente de Kyra, su arco y bastón se complementaban el uno al otro siendo igual de necesarios: su arco para combate a larga distancia y el bastón para pelear de cerca.

Kyra también descubrió que tenía un don que le faltaba a los hombres: era ágil. Era como un pez pequeño en un mar de tiburones lentos, y aunque estos hombres de edad tenían gran poder, Kyra podía bailar alrededor de ellos, podía saltar en el aire, incluso podía saltar por encima de ellos y caer en la tierra con rotación perfecta; o de pie. Y cuando su agilidad se combinaba con su técnica de bastón, se formaba una combinación letal.

—¿Qué hace *ella* aquí? —dijo una voz ronca.

Kyra, de pie en un costado del campo de entrenamiento al lado de Anvin y Vidar, escuchó caballos acercándose y se volteó para ver a Maltren cabalgando y flanqueado por algunos de sus amigos soldados, aún respirando con dificultad mientras sostenía

su espada. Él la miró hacia abajo con desdén y ella sintió como se apretaba su estómago. De todos los hombres de su padre, Maltren era el único que no la quería. Por alguna razón la odiaba desde la primera vez que la vio.

Maltren se sentó en su caballo y hervía; con su nariz chata y feo rostro, era un hombre al que le encantaba odiar, y había encontrado un nuevo blanco en Kyra. Siempre se había opuesto a su presencia aquí, probablemente porque era una chica.

—Deberías estar en la fortaleza de tu padre, chica, —dijo—, preparando el festín junto con las otras chicas jóvenes e ignorantes.

Leo, junto a Kyra, le gruñó a Maltren, y Kyra lo calmó acariciando su cabeza.

—¿Y por qué se le permite a este lobo estar en nuestros campos? —añadió Maltren.

Anvin y Vidar le dieron a Maltren una mirada fría y dura poniéndose del lado de Kyra y Kyra mantuvo su lugar sonriendo sabiendo que tenía su protección y que él no podía obligarla a irse.

—Tal vez deberías regresar al campo de entrenamiento, —dijo ella con voz burlona—, y dejar de preocuparte tanto de lo que haga una niña joven e ignorante.

Maltren se enrojeció incapaz de responder. Se dio la vuelta listo para irse pero no sin antes dar un último insulto.

—Hoy es día de lanzas, —dijo—. Mejor no te entrometas en el camino de hombres verdaderos lanzando armas verdaderas.

Se volteó y cabalgó con los otros y mientras lo miraba irse, su felicidad de estar aquí se vio afectada por su presencia.

Anvin le dio una mirada consoladora y le puso una mano en el hombro.

—La primera lección de un guerrero, —dijo—, es aprender a vivir con los que te odian. Te guste o no, vas a terminar peleando lado a lado con ellos, dependiendo en ellos por tu vida. Muchas veces tus peores enemigos no vendrán de afuera sino desde adentro.

—Y aquellos que no pueden pelear, hablan demasiado, —dijo una voz.

Kyra miró a Arthfael acercándose, sonriendo, apresurándose a ponerse de su lado como siempre. Igual que Anvin y Vidar, Arthfael, un alto y feroz guerrero de cabeza calva y una larga y rígida barba negra, tenía una debilidad por ella. Era uno de los mejores con la espada y pocos lo igualaban y siempre buscaba defenderla. Su presencia le dio tranquilidad.

—Solo es habladuría, —añadió Arthfael—. Si Maltren fuera un mejor guerrero, se preocuparía más de él mismo que de otros.

Anvin, Vidar y Arthfael se subieron a sus caballos y se unieron a los otros, y Kyra se quedó viéndolos y pensando. ¿Por qué había odio en algunas personas? Se preguntaba. No sabía si algún día lo entendería.

Mientras cabalgaban en los campos en anchos circuitos, Kyra se sorprendía al estudiar a los grandes caballos de guerra, deseosa del día en que pudiera tener uno. Vio a los hombres darle la vuelta a los campos junto al muro de piedra, sus caballos

derrapando en la nieve. Los hombres tomaron espadas entregadas por los escuderos, y mientras completaban la vuelta las lanzaban a blancos distantes: escudos colgando de ramas. Al impactar se escuchaba un distintivo sonido metálico.

Ella se dio cuenta de que era más difícil de lo que parecía el lanzar mientras se montaba y más de uno falló, especialmente al apuntar a los blancos más pequeños. De aquellos que impactaban, muy pocos lo hacían en el centro, excepto por Anvin, Vidar, Arthfael y otros más. Se dio cuenta que Maltren falló varias veces, maldiciendo en voz baja y lanzándole miradas como si ella tuviera la culpa.

Kyra, tratando de mantenerse caliente, sacó su bastón y empezó a darle vueltas en sus manos, sobre su cabeza, dándole muchas vueltas, doblándolo y girándolo como si estuviera vivo. Lanzaba estocadas a enemigos imaginarios, bloqueaba golpes imaginarios, cambiaba de mano, lo pasaba sobre su cuello, por su cintura, casi como si fuera un tercer brazo, su madera bien gastada por años de moldearlo.

Mientras los hombres circulaban en los campos, Kyra corrió hacia su pequeño campo, una pequeña sección del campo de entrenamiento descuidada por los hombres pero que a ella le gustaba. Pequeñas piezas de armadura colgaban de cuerdas en un conjunto de árboles dispersadas a diferentes alturas, y Kyra corría y pretendía que cada blanco era un oponente golpeando cada uno con su bastón. El aire se llenó con su sonido metálico mientras corría por el bosque, golpeando, esquivando y agachándose mientras le regresaban los golpes. En su mente ella atacaba y defendía de manera gloriosa, conquistando a un ejército de enemigos imaginarios.

—¿Ya mataste a alguien? —dijo una voz burlona.

Kyra se volteó y vio a Maltren en su caballo, riéndose burlonamente de ella antes de irse. Ella se enfureció deseando que alguien lo pusiera en su lugar.

Kyra tomó un descanso al ver a los hombres terminar con las lanzas y desmontar formando un círculo en el centro del claro. Sus escuderos se acercaron con rapidez y les pasaron espadas de entrenamiento de madera hechas de grueso roble, pesando casi como el acero. Kyra se quedó en la periferia emocionada al observar a los hombres enfrentarse uno al otro, deseando más que nada el unírseles.

Antes de empezar, Anvin se paró en medio y los miró a todos.

—En este día festivo, entrenamos por un botín especial, —anunció—. ¡El vencedor obtendrá la porción selecta del festín!

A esto le siguió un grito de emoción mientras los hombres se abalanzaban entre sí con el golpeteo de sus espadas de madera llenando el aire, empujándose mutuamente de ida y vuelta.

El entrenamiento era marcado por el sonido de un cuerno que sonaba cada vez que un peleador era impactado y enviándolo hacia la banca. El cuerno sonaba con frecuencia y pronto las líneas se volvieron delgadas, con la mayoría de los hombres a los lados observando.

Kyra se mantuvo al margen con ellos deseando participar, aunque no se le permitía. Aunque hoy era su cumpleaños, ya tenía quince años y se sentía lista. Sintió

que era tiempo de abogar por su causa.

—¡Déjame participar! —Le pedía a Anvin que estaba de pie cerca observando.

Anvin se negó con la cabeza sin quitar los ojos de la acción.

—¡Hoy cumpla los quince años! —insistió—. ¡Permíteme pelear!

Él le dio una mirada escéptica.

—Este es un campo de entrenamiento para hombres, —replicó Maltren de pie en el costado después de perder un punto—. No para niñas pequeñas. Puedes sentarte y observar junto con los escuderos y traernos agua si así te lo pedimos.

Kyra se enrojeció.

—¿Te da tanto miedo ser derrotado por una niña? —respondió ella sintiendo una oleada de ira en su interior. Después de todo, era la hija de su padre, y nadie podía hablarle de esa manera.

Algunos de los hombres se rieron, y esta vez Maltren se enrojeció.

—Es un buen punto, —dijo Vidar—. Tal vez deberíamos dejarla entrenar. ¿Qué podemos perder?

—¿Entrenar con qué? —replicó Maltren.

—¡Mi bastón! —gritó Kyra—. Contra sus espadas de madera.

Maltren rio.

—Eso hay que verlo, —dijo.

Todos los ojos se posaron en Anvin mientras pensaba qué hacer.

—Si te lastimas, tu padre me mataría, —dijo.

—No me haré daño, —respondió.

Estuvo pensando por bastante tiempo hasta que finalmente suspiró.

—Creo que no hay problema entonces, —dijo—. Por lo menos esto te tendrá en silencio. Mientras estos hombres no tengan objeción, —añadió volteando hacia los soldados.

—¡Hagámoslo! —dijeron al unísono una docena de los hombres de su padre con entusiasmo animándola. Kyra los adoró por ello, más de lo que pudo decir. Se dio cuenta de la admiración que sentían por ella, el mismo cariño que expresaban por su padre. Ella no tenía muchos amigos, y estos hombres eran el mundo para ella.

Maltren se mofó.

—Dejen que la niña haga el ridículo entonces, —dijo—. Puede que aprenda una lección de una vez por todas.

El cuerno sonó, y mientras otro hombre salía del círculo Kyra se apresuró a entrar.

Kyra sintió como todos los ojos la observaban sin esperarse esto. Se encontró de frente al oponente, un hombre alto y robusto de unos treinta años, un poderoso guerrero al que había conocido desde los días de su padre en la corte. Al haberlo observado, sabía que era un buen peleador, pero también que era confiado, que se abalanzaba en el inicio de las peleas y era descuidado.

Se volteó hacia Anvin frunciendo el ceño.

—¿Qué insulto es este? —preguntó—. No voy a pelear con una niña.

—Te insultas a ti mismo temiendo el pelear conmigo, —respondió Kyra indignada—. Tengo dos brazos y dos piernas igual que tú. ¡Si no vas a pelear conmigo, entonces acepta la derrota!

Él parpadeó sorprendido y frunció el ceño de nuevo.

—Muy bien, —dijo—. No vayas corriendo con tu padre después de que pierdas.

Se abalanzo a toda velocidad como ella sabía que lo haría, levantó la espada de madera en lo alto y la bajó con fuerza apuntando al hombro. Era un movimiento que ella había anticipado, uno que le había visto realizar muchas veces, uno que él mismo anunció con el movimiento de sus brazos. Su espada de madera era potente, pero también era pesada y torpe comparada con su bastón.

Kyra lo observó de cerca esperando hasta el último momento, entonces se hizo a un lado dejando que el golpe cayera con fuerza a su lado. En el mismo movimiento, giró el bastón y lo impactó en el lado de uno de sus hombros.

Gimió mientras se tambaleaba hacia un lado. Se quedó allí, aturdido, molesto por tener que aceptar la derrota.

—¿Alguien más? —preguntó Kyra con una gran sonrisa y volteando a ver al círculo de hombres.

La mayoría de ellos sonreían claramente orgullosos de ella, orgullosos de verla crecer y llegar a este punto. Excepto claro por Maltren quién fruncía el ceño. Parecía como que estaba a punto de desafiarla cuando de repente apareció otro soldado, encarándose con expresión seria. Este hombre era más pequeño y más ancho, con una descuidada barba roja y ojos feroces. Se dio cuenta por la manera en que sostenía su espada de que este era más cuidadoso que su anterior oponente. Ella lo tomó como un cumplido: finalmente empezaban a tomarla en serio.

Atacó y Kyra no entendió por qué, pero por una razón fue muy fácil para ella el saber qué hacer. Era como si su instinto se encendiera y tomara su lugar. Se sintió mucho más ligera y ágil que estos hombres con sus pesadas armaduras y gruesas espadas de madera. Todos estaban peleando con poder y esperaban que sus enemigos los desafiaran y los bloquearan. Sin embargo, Kyra no tenía problema en esquivarlos y se rehusaba a pelear en sus términos. Ellos peleaban con potencia, pero ella con velocidad.

El bastón de Kyra se movía en su mano como si fuera una extensión de ella; lo giraba tan rápido que sus oponentes no tenían tiempo de reaccionar, estaban a mitad de su movimiento cuando ella ya estaba detrás de ellos. Su nuevo oponente tiró una estocada al pecho, pero ella simplemente se movió a un lado y giró su bastón hacia arriba golpeando su muñeca y haciendo que soltara la espada. Entonces atacó con el otro extremo y lo impactó en la cabeza.

El cuerno sonó dándole el punto a ella y él la miró sorprendido tomándose la cabeza con su espada en el suelo. Kyra, examinando su acto, dándose cuenta de que seguía en pie, estaba un poco sorprendida.

Kyra se había convertido en la persona a derrotar, y ahora los hombres, sin volver a dudar, formaban una fila para probar sus habilidades contra ella.

La tormenta de nieve rugía mientras las antorchas alumbraban el crepúsculo y Kyra entrenaba con un hombre tras otro. Ya no sonreían: sus expresiones ahora eran serias, de asombro, y después de molestia al ver que nadie podía tocarla, y todos terminaban derrotados por ella. Contra uno de los hombres saltó sobre él mientras él golpeaba y cayó detrás de él golpeándolo en el hombro; con otro dio vueltas en el piso, cambió de mano el bastón y dio el golpe decisivo, sin que nadie lo esperara, con su mano izquierda. Sus movimientos siempre eran diferentes, parte gimnasta y parte espadachín, así que no podían anticiparla. Los hombres salían del círculo avergonzados, todos sorprendidos por su derrota.

Pronto solo quedaban algunos hombres. Kyra se paró en medio del círculo respirando agitada buscando a su siguiente oponente. Anvin, Vidar y Arthfael la miraban desde el lado, sonriendo con admiración en sus rostros. Si su padre no estaba allí para verla y estar orgulloso, al menos estos hombres lo hacían.

Kyra derrotó a otro oponente con un golpe detrás de la rodilla y haciendo que sonara el cuerno y, finalmente, sin nadie más presente, Maltren caminó dentro del círculo.

—Juego de niños, —dijo caminando hacia ella—. Puedes girar tu vara de madera. En batalla, no te servirá de nada. Contra una espada de verdad, tu bastón se partiría en dos.

—¿Eso pasaría? —preguntó ella con valentía y sin miedo, sintiendo la sangre de su padre fluyendo dentro de ella y sabiendo que tenía que enfrentarse a él de una vez por todas, especialmente con todos los hombres viéndola.

—¿Entonces por qué no lo intentamos? —dijo.

Maltren la miró sorprendido, claramente no esperando esa respuesta. Entonces entrecerró los ojos.

—¿Por qué? —respondió él—. ¿Para que puedas correr hacia tu padre?

—No necesito la protección de mi padre, ni la de nadie, —respondió—. Esto es entre tú y yo, sin importar lo que pase.

Maltren volteó a ver a Anvin claramente incómodo, como si se hubiera metido en un pozo del que no podía salir.

Anvin lo miró también claramente preocupado.

—Aquí entrenamos con espadas de madera, —dijo él—. No permitiré que nadie se lastime durante mi guardia, mucho menos la hija de nuestro comandante.

Pero Maltren se puso serio de repente.

—La chica quiere armas reales, —dijo con voz firme—, entonces démoselas. Tal vez aprenda una lección de vida.

Sin esperar otro momento, Maltren cruzó el campo, sacó su espada real de su vaina con el sonido timbrando en el aire y volvió rápidamente. La tensión creció mientras todos se quedaban en silencio sin saber qué hacer.

Kyra se encaró a Maltren sintiendo sus manos sudorosas a pesar del frío, a pesar de una ráfaga de viento que movió las antorchas hacia los lados. Sintió como la nieve se convertía en hielo quebrándose bajo sus botas y se obligó a concentrarse sabiendo que este no era un desafío ordinario.

Maltren dejó salir un gruñido tratando de intimidarla y se lanzó levantando su espada que resplandecía con las antorchas. Ella sabía que Maltren era un peleador diferente a los otros, más impredecible, menos honorable, un hombre que peleaba para sobrevivir más que para ganar. Se sorprendió al ver que él apuntaba directo a su pecho.

Kyra se agachó y lo esquivó mientras la espada pasaba justo a su lado.

Los hombres se quedaron sin aliento, indignados, y Anvin, Vidar y Arthfael se acercaron.

—¡Maltren! —dijo Anvin furioso como a punto de detenerlo.

—¡No! —gritó Kyra manteniéndose enfocada en Maltren, respirando fuerte mientras él se acercaba de nuevo—. ¡Déjenos pelear!

Maltren inmediatamente giró y lanzó otro golpe, y otro y otro. Ella esquivaba cada vez, o se hacía para atrás, o saltaba sobre sus golpes. Era fuerte pero no tan rápido como ella.

Entonces él levantó la espada en alto y la dejó caer, claramente esperando que ella bloqueara y esperando partir su bastón en dos.

Pero Kyra lo vio venir y en lugar de eso se movió y giró su bastón hacia un lado golpeando la espada en el costado de la hoja, desviándola y al mismo tiempo protegiendo su bastón. En el mismo movimiento aprovechó la apertura y lanzó un golpe impactándolo en el plexo solar.

Gimió y cayó sobre una rodilla mientras sonaba un cuerno.

Hubo una gran ovación y todos los hombres la miraban orgullosos mientras se posicionaba victoriosa sobre Maltren.

Maltren, enardecido, la miró y en vez de conceder la derrota como los otros, de repente se abalanzó atacándola con su espada.

Era un movimiento que Kyra no se esperaba asumiendo que se rendiría honorablemente. Mientras venía sobre ella, Kyra se dio cuenta de que ya no tenía muchos movimientos a su disposición con tan poco tiempo. Ya no tenía tiempo para esquivar.

Kyra se lanzó al piso, giró hacia un lado y, al mismo tiempo, giró el bastón y golpeó a Maltren detrás de las rodillas barriendo sus piernas debajo de él.

Cayó de espaldas en la nieve perdiendo el agarre sobre su espada y Kyra inmediatamente se puso de pie y se paró sobre él, sosteniendo la punta de su bastón contra su cuello y presionando. Al mismo tiempo, Leo se puso a su lado y gruñía junto a la cara de Maltren a solo unas pulgadas, con su saliva cayendo en la mejilla de Maltren y esperando la orden para atacar.

Maltren miró hacia arriba con sangre en su labio, aturdido y finalmente

humillado.

—Eres una deshonra para los hombres de mi padre, —dijo Kyra aún furiosa—. ¿Qué piensas ahora de mi pequeña vara?

Un tenso silencio cayó sobre todos mientras lo mantenía tendido, con una parte de ella queriendo levantar su bastón y golpearlo, queriendo soltar a Leo. Ninguno de los hombres trató de detenerla o vino a ayudarlo.

Dándose cuenta de que estaba solo, Maltren volteó a verla con miedo.

—¡KYRA!

Una voz áspera cortó el silencio de repente.

Todos los ojos voltearon y su padre apareció de repente, marchando dentro del círculo portando sus pieles, rodeado de una docena de hombres y viéndola con desaprobación.

Se detuvo a unos cuantos pies de ella, observándola, y ella ya anticipaba el discurso que se avecinaba. Mientras miraban el uno al otro, Maltren se escabulló debajo de ella y se fue, y ella se preguntó por qué no regañó a Maltren en lugar de a ella. Eso la enfureció, dejando a padre e hija encarándose con miradas llenas de furia, ella tan testaruda como él, ninguno dispuesto a ceder.

Finalmente su padre se volteó sin decir una palabra con sus hombres siguiéndolo y marchó de regreso a la fortaleza sabiendo que ella lo seguiría. La tensión se rompió mientras todos los hombres lo siguieron y Kyra, de mala gana, se unió. Comenzó a caminar con dificultad a través de la nieve, viendo las luces distantes de la fortaleza sabiendo lo que estaba por venir, pero ya no le importaba.

Ya sea que él la aceptara o no, en este día ella fue aceptada entre sus hombres, y para ella, era todo lo que importaba. Ella sabía que desde este día todo cambiaría.

CAPÍTULO SEIS

Kyra marchó al lado de su padre por los corredores de piedra de la Fortaleza de Volis, una impresionante fortaleza del tamaño de un castillo pequeño, con paredes de piedra lisas, techos cónicos, puertas gruesas y adornadas de madera, un antiguo recinto que había servido para albergar a los Guardianes de Las Flamas y para proteger a Escalon por siglos. Ella sabía que era una fortaleza crucial para su Reino, pero aun así también era un hogar para ella, el único hogar que había tenido. En muchas ocasiones dormía escuchando el sonido de los guerreros, de festines, de perros peleando por las sobras, chimeneas silbando con sus brasas y rachas de viento pasando por las grietas. Con todas sus peculiaridades, amaba cada rincón de ella.

Mientras Kyra trataba de mantener el paso, se preguntaba qué era lo que preocupaba a su padre. Caminaron rápidos y silenciosos con Leo a su lado, tarde para el festín, pasando corredores con soldados y sirvientes haciendo reverencias mientras pasaban. Su padre caminaba más rápido que de costumbre, y a pesar de que iban tarde, ella sabía que esto era inusual. Generalmente él caminaba a su lado, teniendo una gran sonrisa para ella lista debajo de su barba, ponía un brazo en sus hombros, a veces bromeando o contando los eventos del día.

Pero ahora caminaba sombrío con una cara seria a varios pasos adelante de ella, y llevaba lo que parecía ser un gesto de desaprobación, uno que había visto en pocas ocasiones. También se veía preocupado y ella asumió que se debía a los asuntos del día, a la imprudente caza de sus hermanos, los Hombres del Señor llevándose el jabalí, y tal vez también porque ella, Kyra, había estado entrenando. Al principio asumió que él estaba preocupado por el festín, los días festivos siempre eran una carga teniendo que hospedar tanto a guerreros como a visitantes hasta muy pasada la medianoche como era tradición. Cuando su madre estaba viva y era anfitriona de los eventos, Kyra había escuchado que era más sencillo para él. Él no era alguien muy sociable y se esforzaba por mantener los manierismos.

Pero mientras el silencio crecía, Kyra se preguntó si era algo totalmente distinto. Se imaginó que seguramente tenía que ver con ella entrenando con los hombres. Su relación con su padre, que solía ser simple, se había vuelto complicada mientras ella crecía. Él parecía indeciso sobre qué hacer con ella, sobre qué tipo de hija quería. Por otro lado, él siempre le enseñaba los principios de un guerrero, sobre cómo pensaba un caballero y la conducta que debería tener. Tuvieron muchas conversaciones sobre valor, honor, coraje, y en muchas ocasiones se quedaba hasta tarde contando sobre las batallas de sus ancestros, historias que a ella le encantaban y las únicas que deseaba oír.

Pero al mismo tiempo, Kyra ahora se daba cuenta de que él estaba más consciente de lo que decía, qué se obligaba a guardar silencio como si se diera cuenta de que no debería estar hablando de ello, como sabiendo que había hecho crecer algo dentro de ella y ahora quisiera tomarlo de vuelta. Hablar de batallas y valor era algo natural

para él, pero ahora que Kyra ya no era una niña, ahora que se convertía en mujer y hasta en un nuevo guerrero, había una parte de él que parecía sorprendida por esto, como si nunca hubiera esperado que creciera. Parecía no saber cómo tratar con una hija ya grande, especialmente una que deseaba ser un guerrero, como si no supiera en qué dirección dirigirla. Ella se dio cuenta de que él no sabía qué hacer con ella, y una parte de él hasta se sentía incómoda con ella. Aun así ella sentía al mismo tiempo que él estaba secretamente orgulloso. Simplemente no podía permitirse el mostrarlo.

Kyra no pudo resistir su silencio un momento más, tenía que saber lo que pasaba.

—¿Estás preocupado por el festín? —preguntó.

—¿Por qué debería preocuparme? —respondió sin mirarla, claro signo de que estaba ocupado—. Todo está preparado. De hecho, vamos tarde. Si no hubiera venido a la Puerta del Peleador a encontrarte, ya estaría sentado en mi mesa, —concluyó resentido.

Se dio cuenta de que eso era: su entrenamiento. El hecho de que estaba enojado la enojaba también. Después de todo había derrotado a sus hombres y merecía su aprobación. En vez de eso, actuaba como si nada hubiera pasado y, además, como si estuviera decepcionado.

Ella quería saber la verdad y, molesta, decidió provocarlo.

—¿Me viste derrotar a tus hombres? —dijo queriendo avergonzarlo, exigiendo la aprobación que él le negaba.

Vio cómo su rostro se enrojecía aunque muy sutilmente, pero no dijo ninguna palabra mientras siguieron caminando, lo cual la puso aún más molesta.

Continuaron caminando y pasaron por el Corredor de los Héroes, atravesando la Cámara de la Sabiduría, y estaban por llegar al Gran Salón donde ya no podría soportarlo.

—¿Qué pasa padre? —exigió—. Si estás decepcionada de mí solo dímelo.

Finalmente se detuvo frente a las puertas arqueadas que llevaban al comedor, se volteó y la miró con frialdad. Su mirada la lastimó. Su padre, la persona que amaba más que nadie en el mundo, que siempre tenía una sonrisa lista para ella, ahora la miraba como si fuera un extraño. No podía entenderlo.

—No quiero volver a verte en esos campos, —dijo con una voz molesta y fría.

El tono de su voz le dolió más que sus palabras, y sintió un escalofrío de traición corriendo a través de ella. Si hubiera venido de alguien más esto apenas si la hubiera molestado, pero viniendo de él, el hombre a quien amaba y admiraba tanto, que siempre había sido amable con ella, ese tono hizo que se le enfriara la sangre.

Pero Kyra no era alguien que se rendía con facilidad, característica que había aprendido de él.

—¿Y por qué es eso? —demandó ella.

Su expresión se oscureció.

—No necesito darte una razón, —dijo—. Soy tu padre. Soy el comandante de esta fortaleza y de mis hombres. Y no quiero que tú entrenes con ellos.

—¿Te da miedo el que los derrote? —dijo Kyra esperando una reacción de él, rehusándose a dejarlo cerrar el tema para siempre.

Él se puso rojo y pudo ver que sus palabras también lo habían lastimado.

—La arrogancia es para la gente común, —dijo—, no para los guerreros.

—Pero yo no soy un guerrero, ¿verdad padre? —Lo incitó.

Él entrecerró los ojos incapaz de responder.

—Ya tengo quince años. ¿Deseas que pelee toda mi vida contra árboles y ramas?

—No deseo que pelees en absoluto, —respondió—. Eres una chica, ahora una mujer. Deberías estar haciendo lo que hacen las mujeres, cocinando, tejiendo, lo que sea que tu madre te hubiera enseñado a hacer si estuviera viva.

Ahora la expresión de Kyra se oscureció.

—Siento no poder ser la chica que tú deseas, padre, —respondió—. Siento no poder ser como las otras chicas.

Su expresión ahora se vio adolorida también.

—Pero sí soy la hija de mi padre, —continuó—. Soy la chica que tú criaste. Y el desaprobarme a mí es como desaprobarte a ti mismo.

Se quedó ahí con las manos en la cintura y sus ojos grisáceos claros llenos de la fuerza de un guerrero mirándolo. Él la miró de vuelta con sus ojos cafés detrás de su cabello y barba y negó con la cabeza.

—Este es un día de fiesta, —dijo—, un festín no solo para guerreros sino también para visitantes y dignatarios. Vendrán personas de todo Escalon y de países extranjeros. —Él la examinó con desaprobación—. Traes ropa de guerrero. Ve a tu cuarto y ponte un atuendo de mujer como el de las otras mujeres que estarán en la mesa.

Ella se enrojeció y enfureció, y él se acercó y apuntó hacia ella con el dedo.

—Y no quiero volverte a ver en el campo con mis hombres de nuevo, —le advirtió.

Él se volteó de repente y los sirvientes le abrieron las grandes puertas dejando entrar una oleada de ruido que los recibía junto con el aroma de carne rostizada, perros que corrían y fuegos rugientes. La música se paseaba por el aire, y el estruendo de actividad procedente del salón era envolvente. Kyra vio a su padre entrar seguido por los sirvientes.

Varios sirvientes se quedaron ahí sosteniendo las puertas, esperando mientras Kyra se quedó ahí furiosa debatiendo qué hacer. Nunca en su vida había estado tan enojada.

Finalmente se dio la vuelta y se alejó junto con Leo, lejos del salón y dirigiéndose a su cuarto. Por primera vez en su vida en ese momento sentía odio por su padre. Había pensado que él era diferente, por encima de todo esto; pero ahora se daba cuenta de que era un hombre más pequeño de lo que pensaba, y esto, más que cualquier otra cosa, le dolía. El haberle quitado lo que ella más amaba, los campos de entrenamiento, era como una daga al corazón. La idea de vivir su vida confinada a las

sedas y los vestidos la dejó con un sentimiento de desesperación que no había sentido antes.

Deseaba dejar Volis, y nunca volver.

* * *

El comandante Duncan se sentó a la cabeza de la mesa del banquete en el gran salón comedor de la fortaleza Volis y observó a su familia, guerreros, sirvientes, consejeros, asesores y visitantes, más de cien personas acomodadas en la mesa para el festín, con un peso en el corazón. De todas las personas frente a él, la que estaba más en su mente es la única a la que trataba de no mirar: su hija, Kyra. Duncan siempre había tenido una relación especial con ella, siempre había tenido la necesidad de ser tanto padre y madre, de compensar por la pérdida de su madre. Pero él sabía que estaba fallando como padre, y mucho más como madre también.

Duncan siempre se había preocupado por cuidarla, siendo la única chica en una familia de hombres y una fortaleza llena de guerreros, y especialmente porque era una chica diferente a las otras, una chica que tenía que admitir se parecía mucho a él. Estaba muy sola en un mundo de hombres, y siempre estaba tratando de prestarle atención no solo por obligación, sino también porque la amaba profundamente, más de lo que podía decir y, aunque le costara admitirlo, incluso tal vez más que a sus hijos varones. Tenía que admitir también que, aunque pareciera extraño, de todos sus hijos era en ella en la que más veía características de él. Su presteza; su fiera determinación; su espíritu de guerrero; su negativa a dar marcha atrás; su falta de miedo; y su compasión. Ella siempre defendía a los débiles, especialmente a su hermano menor, y siempre estaba de parte de lo que era justo sin importar el costo.

Esta era otra razón por la que su conversación lo había molestado tanto dejándolo con ese ánimo. Al observarla en el campo de entrenamiento esa tarde, blandiendo su bastón contra esos hombres con impresionante habilidad y destreza, su corazón había saltado con orgullo y felicidad. Él odiaba a Maltren, una molestia y una espina en su costado, y él estaba eufórico que su hija, de entre todas las personas, lo hubiera puesto en su lugar. Él estaba más que orgulloso de que ella, una chica de quince, pudiera enfrentarse a sus hombres e incluso derrotarlos. Tenía un gran deseo de abrazarla, de llenarla de elogios enfrente de los demás.

Pero como su padre, no podía hacerlo. Duncan quería lo mejor para ella y muy en lo profundo sentía que se estaba encaminando por una vereda peligros, un camino de violencia en un mundo de hombres. Sería la única mujer en un campo de hombres peligrosos, hombres con deseos carnales, hombres que, con la sangre exaltada, pelearían hasta la muerte. Ella no sabía lo que era una verdadera batalla, lo que el dolor, el derramamiento de sangre y la muerte eran de cerca. Esa no era la vida que

quería para ella, incluso si estuviera permitido. Él quería que estuviera segura aquí en la fortaleza, viviendo una vida doméstica de paz y comodidad. Pero no sabía cómo hacer que ella quisiera eso también.

Todo esto lo había dejado confundido. Pensó que al rehusarse a encomiarla podría disuadirla. Pero muy en lo profundo temía que no fuera así, y de que el rehusarse a hacerlo simplemente la alejaría más. Odiaba la forma en que tendría que actuar esta noche, y odiaba la forma en que se sentía. Pero no tenía idea de qué más hacer.

Lo que lo molestaba todavía más es lo que hacía eco en su cabeza: la profecía acerca de ella el día que había nacido. Siempre lo había considerado una tontería, las palabras de una bruja; pero hoy, al observarla y ver su destreza, se dio cuenta de lo especial que era y se preguntaba si podía ser verdad. Y ese pensamiento lo asustaba más que nada. Su destino se acercaba con rapidez, y él no tenía manera de detenerlo. ¿Cuánto tiempo pasaría hasta que todos supieran la verdad sobre ella?

Duncan cerró los ojos y negó con la cabeza tomando un gran trago de su saco de vino tratando de sacar todo esto de su mente. Después de todo, se suponía que esta era una noche para celebrar. El solsticio de invierno había llegado, y al abrir los ojos vio la nieve entrando por la ventana ahora una tormenta de nieve en toda regla, con nieve acumulándose en la roca como si llegara a tiempo para la festividad. Mientras afuera el viento resoplaba, ellos estaban seguros aquí en la fortaleza, manteniéndose calientes con las chimeneas, con el calor corporal, con la comida asada y con el vino.

De hecho, al mirar a su alrededor todo el mundo parecía feliz, los juglares, trovadores y músicos hacían sus rondas mientras los hombres reían y se regocijaban compartiendo historias de batalla. Duncan miró con aprecio al festín delante de él, la mesa del banquete cubierta con toda clase de comida y delicias. Sintió orgullo al ver los escudos colgando alto en el muro, cada uno elaborado a mano con una cresta diferente, con cada insignia representando una casa diferente de su pueblo, de cada guerrero que había venido a pelear junto con él. También observó todos los trofeos de guerra colgando, memorias de toda la vida al pelear por Escalon. Sabía que era un hombre afortunado.

Y por mucho que le gustaba fingir lo contrario, tenía que enfrentarse a la realidad de que su Reino se encontraba bajo ocupación. El antiguo rey, el Rey Tarnis, había rendido a su pueblo dejándolos en la vergüenza, había bajado los brazos sin siquiera pelear permitiendo la invasión de Pandesia. Esto había salvado víctimas y ciudades, pero también les había robado su espíritu. Tarnis siempre había argumentado que Escalon no podía defenderse, que incluso si mantenían la Puerta del Sur, el Puente de los Lamentos, Pandesia podía rodearlos y atacar por el mar. Pero todos sabían que este era un argumento débil. Escalon fue bendecido con playas hechas de acantilados de cien pies de altura, olas rompientes y afiladas rocas en su base. Ningún barco podía acercarse y cualquier ejército que tratara de penetrarlas pagaría un alto precio. Pandesia podría atacar por mar, pero el precio sería muy considerable incluso para un gran imperio como ese. Por tierra era la única opción, y esto solo dejaba el estrecho

de la Puerta del Sur, que todos en Escalon sabían se podía defender. La rendición había sido una elección de simple debilidad y nada más.

Ahora él y los otros guerreros estaban sin rey, dejados a la deriva en sus propias provincias, sus propias fortalezas, y cada uno obligado a doblar su rodilla y responder al Señor Gobernador instalado por el Imperio Pandesiano. Duncan todavía podía recordar el día en que se había visto obligado a jurar un nuevo juramento de fidelidad, lo que había sentido cuando le hicieron doblar su rodilla, se sintió enfermo al pensar en ello.

Duncan trató de recordar el pasado, cuando había estado estacionado en Andros, cuando todos los caballeros de todas las casas habían estado juntos peleando por una causa, por un rey, una capital, una bandera, con una fuerza diez veces más grande que la que tenía ahí. Ahora estaban desparramados en las partes más lejanas del Reino, con los hombres aquí siendo todo lo que quedaba de una fuerza unificada.

El Rey Tarnis siempre había sido un rey débil; Duncan lo había sabido desde el principio. Como su comandante en jefe, él tenía la tarea de defenderlo, incluso si no lo merecía. Una parte de Duncan no se sorprendió de que el Rey se hubiera rendido, pero sí lo sorprendió lo rápido en que todo se derrumbó. Todos los grandes caballeros se dispersaron con el viento, todos volviendo a sus propias casas sin ningún rey que reinara y ahora cediendo todo el poder a Pandesia. Ya no había rastro de leyes y su Reino, una vez pacífico, se había convertido en un lugar en el que abundaba el crimen. Ya no era segura viajar por los caminos que una vez fueron seguros fuera de las fortalezas.

Las horas pasaban y mientras se terminaba la comida y se retiraban los platos, los tarros de cerveza se llenaban. Duncan tomó varios chocolates y se los comió saboreando cada uno mientras bandejas con manjares de la Luna de Invierno eran traídas a la mesa. Se pasaron tazas de chocolate cubiertas de crema de cabra fresca y Duncan, con el trago subiéndosele a la cabeza y necesitando enfocarse, tomó una en sus manos y la saboreó. Se la tomó de un solo trago sintiendo su calor en el vientre. La nieve arreciaba afuera ganando fuerza a cada momento, los bufones jugaban juegos, los bardos contaban historias, los músicos interpretaban melodías, y la noche siguió sin que nadie prestara atención al clima. Era una tradición de la Luna de Invierno el celebrar hasta pasar medianoche, el darle la bienvenida al invierno como si fuera un amigo. La leyenda decía que si se mantenía la tradición el invierno no sería largo.

Duncan, a pesar de todo, finalmente volteó y miró a Kyra; estaba sentada, desconsolada, mirando hacia abajo como si estuviera sola. No se había cambiado la ropa de guerrero como él había dicho; por un momento su furia se encendió, pero decidió dejarlo pasar. Pudo ver que ella también estaba molesta; ella, al igual que él, sentía las cosas muy profundo.

Duncan decidió que era tiempo de hacer las paces con ella, de al menos consolarla si no podían llegar a un acuerdo, y estaba a punto de levantarse e ir hacia

ella cuando de repente las grandes puertas del salón del banquete se abrieron súbitamente.

Un visitante se apresuró en la habitación, un pequeño hombre con lujosas pieles viniendo de otra tierra con cabello y capa cubiertos de nieve y fue escoltado por sirvientes de la mesa del banquete. Duncan se sorprendió al recibir a un visitante tan tarde, especialmente bajo esta tormenta, y mientras el hombre se quitaba su capa, Duncan notó que portaba el púrpura y amarillo de Andros. Duncan se dio cuenta de que había venido desde la capital, un viaje de tres días.

Los visitantes habían llegado toda la noche, pero ninguno tan tarde y ninguno desde Andros. Al ver esos colores Duncan recordó al antiguo rey y a mejores tiempos.

Hubo silencio en la habitación mientras el visitante llegaba a su asiento y le hacía una reverencia a Duncan esperando que se le invitara a sentarse.

—Perdóname, mi señor, —dijo—. Traté de llegar más temprano, pero la tormenta me lo impidió. No fue mi intención faltar al respeto.

Duncan asintió con la cabeza.

—No soy ningún señor, —lo corrigió Duncan—, solo un comandante. Aquí todos somos iguales sin importar la clase, hombres y mujeres. Todos los visitantes son bienvenidos sin importar la hora.

El visitante asintió amablemente y estaba a punto de sentarse cuando Duncan levantó una mano.

—Nuestra tradición dice que los visitantes de lugares lejanos deben tener un asiento honorable. Ven, siéntate a mi lado.

El visitante, sorprendido, asintió amablemente y fue guiado por los sirvientes, un hombre delgado y bajo con mejillas y ojos demacrados, tal vez en sus cuarenta pero pareciendo mayor, a un asiento cerca de Duncan. Duncan lo examinó y detectó ansiedad en sus ojos; el hombre parecía exaltado para ser un visitante en día festivo. Sabía que algo andaba mal.

El visitante se sentó agachando la cabeza y la sala volvió a su alegría. El hombre, claramente hambriento, tomó el tazón de sopa y chocolate delante de él pasándoselos con un gran pedazo de pan.

—Dime, —dijo Duncan en cuanto el hombre terminó y ansioso de saber más—, ¿qué noticias traes de la capital?

El visitante retiró lentamente su plato y miró hacia abajo evitando los ojos de Duncan. Hubo silencio en la mesa al mirar la expresión sombría en su rostro. Todos esperaban la respuesta.

Finalmente miró a Duncan con ojos rojos y llorosos.

—Ninguna noticia buena de portar, —dijo.

Duncan se preparó para escucharlo.

—Dilo entonces, —dijo Duncan—. Las malas noticias se hacen más rancias con el tiempo.

El hombre volvió a mirar a la mesa moviendo sus dedos con nerviosismo.

—A partir de la Luna de Invierno, una nueva ley Pandesiana se promulga sobre nuestra tierra: *puellae nuptias*.

Duncan sintió su sangre cuajar con estas palabras mientras un sonido de indignación sonó por toda la mesa, indignación que él compartió. *Puellae Nuptias*. No tenía sentido.

—¿Estás seguro? —demandó Duncan.

El visitante asintió.

—Desde hoy, la primer hija no casada de cada hombre, señor, y guerrero en nuestro Reino que ha llegado a los quince años puede ser pedida en matrimonio por el Señor Gobernador local, para él o para quien él lo desee.

Duncan inmediatamente miró a Kyra y vio la mirada de sorpresa e indignación en sus ojos. Todos los otros hombres en la habitación, todos los guerreros, también miraron a Kyra, todos entendiendo la gravedad de la noticia. El rostro de cualquier otra chica se hubiera llenado de terror, pero ella parecía tener una expresión de venganza.

—¡No la tomarán! —gritó Anvin indignado con su voz elevándose en el silencio—. ¡No tomarán a ninguna de nuestra jóvenes!

Arthfael sacó su daga y la clavó en la mesa.

—¡Podrán tomar nuestro jabalí, pero peharemos hasta la muerte antes de que tomen a nuestras mujeres!

Los guerreros levantaron un grito de aprobación con su enojo encendido también por el trago. De inmediato, el estado de ánimo en la sala se había vuelto rancio.

Duncan se levantó lentamente con su apetito arruinado y hubo silencio mientras se levantaba de la mesa. Todos los otros guerreros se levantaron también como símbolo de respeto.

—Esta fiesta ha terminado, —anunció con voz pesada. Incluso mientras decía las palabras, se dio cuenta de que todavía no era medianoche— un terrible presagio para la Luna de Invierno.

Duncan caminó hacia Kyra en el silencio pasando filas de soldados y dignatarios. Se paró al lado de su silla y la miraba a los ojos mientras ella le regresaba una mirada llena de fuerza y determinación, mirada que lo llenó de orgullo. Leo, a su lado, también lo miraba.

—Ven hija mía, —dijo—. Tú y yo tenemos mucho de qué hablar.

CAPÍTULO SIETE

Kyra se sentó en la habitación de su padre, una pequeña habitación de piedra en los pisos superiores de la fortaleza, con altos y afilados techos y una chimenea de mármol enorme ennegrecida por los años de uso, y se miraban en el silencio sombrío. Se sentaron en lados opuestos del fuego cada uno sobre una pila de pieles viendo cómo se desmoronaba la leña con crujidos y silbidos.

La mente de Kyra se alejó de la noticia mientras acariciaba el pelaje de Leo echado a sus pies y aún era difícil aceptar que fuera cierto. Los cambios habían llegado a Escalon y se sentía como si en este día su vida hubiera terminado. Observó las llamas y se preguntaba para qué seguir viviendo si Pandesia la arrebatara lejos de su familia, de su fortaleza, de todo lo que conocía y amaba y la daba en matrimonio a un grotesco Señor Gobernador. Preferiría morir.

Kyra generalmente hallaba consuelo al estar en esta habitación en la que había pasado interminables horas leyendo, perdiéndose en cuentos de valor y leyendas que en realidad nunca supo si eran verdad o fantasía. A su padre le gustaba sacar los libros antiguos y leer en voz alta a veces hasta que se llegaba la mañana, crónicas de otros tiempos, de otros lugares. Más que nada, a Kyra le gustaban las historias de guerreros, de grandes batallas. Leo siempre estaba a sus pies y en ocasiones Aidan se les unía. En más de un amanecer Kyra regresaba a su habitación con sueño en su rostro e intoxicada por las historias. Le gustaba leer incluso más que lo que le gustaban las armas, y mientras miraba las paredes de la habitación de su padre llenas de libreros, pergaminos y volúmenes encuadernados en piel que habían pasado de generación en generación, deseaba poder perderse en ellos ahora.

Pero al mirar el sombrío rostro de su padre volvió a la terrible realidad. Esta noche no era para leer. Nunca había visto a su padre tan perturbado, como si fuera la primera vez en la que no estaba seguro qué hacer. Sabía que su padre era un hombre orgulloso, todos sus hombres eran orgullosos, y en los días en que Escalon tenía un Rey, una capital, una corte en la cual reunirse, todos hubieran dado sus vidas por la libertad. No era el camino de su padre el regatear o rendirse. Pero el antiguo Rey los había vendido, se había rendido por ellos dejándolos en esta terrible posición. Siendo un ejército dispersado y fragmentado, no podían luchar contra un enemigo que ya estaba instalado en medio de ellos.

—Hubiera sido mejor que nos hubieran derrotado en pelea ese día, —dijo su padre con voz pesada—, habernos enfrentado a Pandesia de manera noble y perder. De todos modos, la rendición del antiguo Rey fue una derrota, solo que esta fue larga, lenta y cruel. Día tras día, año tras año nos quitan una libertad tras otra, cada una haciéndonos menos de lo que somos.

Kyra sabía que tenía razón, pero aun así podía entender la decisión del Rey Tarnis: Pandesia cubría la mitad del mundo. Con su vasto ejército de esclavos podrían haber destrozado Escalon hasta que no quedara nada. Nunca se habrían retraído sin

importar los millones de hombres que hubiera tomado. Al menos ahora Escalon estaba intacto y sus personas vivas, si a esto se le pudiera llamar vida.

—Para ellos, esto no es sobre tomar a nuestras mujeres, —continuó su padre interrumpido por el crepitar del fuego—. Se trata de poder. De sujeción. De aplastar lo que queda de nuestras almas.

Su padre miró las llamas y ella se dio cuenta de que pensaba en su pasado y en su futuro al mismo tiempo. Kyra rogaba que se volteara y le dijera que había llegado el tiempo de pelear, de defender todo en lo que creían; que él nunca dejaría que se la llevaran.

Pero en vez de eso, haciendo que su decepción y enojo crecieran, se sentó en silencio, mirando y meditando sin darle las garantías que ella necesitaba. No tenía idea de lo que estaba pensando, especialmente después de la discusión que habían tenido.

—Recuerdo el tiempo en que servía al Rey, —dijo lentamente tranquilizándola con su voz fuerte y profunda como siempre lo hacía—, cuando toda la tierra era una. Escalon era invencible. Solo teníamos que mantener Las Flamas para mantener fuera a los troles y la Puerta del Sur para resistir a Pandesia. Fuimos un pueblo libre por siglos, y así es como debió seguir siendo.

Guardó silencio por mucho tiempo mientras se oía el crujido del fuego y Kyra esperó impaciente que terminara mientras acariciaba la cabeza de Leo.

—Si Tarmis nos hubiera ordenado defender la puerta, —continuó—, la habríamos defendido hasta el último hombre. Todos habríamos muerto gustosos por nuestra libertad. Pero una mañana amanecimos encontrando a hombres ocupando nuestras tierras, —dijo mientras sus ojos despertaban en agonía como si volviera a ver lo que había pasado.

—Ya sé todo esto, —le recordó Kyra impaciente, cansada de oír la misma historia.

Se volteó hacia ella con sus ojos llenos de derrota.

—Cuando tu propio rey se ha rendido, —preguntó—, cuando el enemigo ya está dentro, ¿qué razón queda para pelear?

Kyra se enfureció.

—Tal vez los reyes no siempre merecen su título, —dijo ella perdiendo la paciencia—. Después de todo, los reyes son hombres, y los hombres cometen errores. Tal vez, a veces, el camino más honorable es desafiar a tu rey.

Su padre suspiró sin prestarle mucha atención mientras observaba el fuego.

—Aquí en Volis hemos vivido bien comparado con el resto de Escalon. Nos permiten tener armas, armas *verdaderas*, no como en otros lugares en los que se les prohíbe todo el acero bajo pena de muerte. Nos permiten entrenar, nos dan la ilusión de libertad, solo lo suficiente para mantenernos contentos. ¿Sabes por qué lo hacen? —le preguntó volteando a verla.

—Porque tú eras el mejor caballero del Rey, —respondió—. Porque quieren darte

honores que se ajusten a tu rango.

Él negó con la cabeza.

—No, —respondió—. Es solo porque nos necesitan. Necesitan que Volis cuide de Las Flamas. Somos todo lo que se interpone entre Marda y ellos. Pandesia le teme a Marda más que a nosotros. Es solo porque somos los Guardianes. Ellos patrullan a Las Flamas con sus propios hombres, sus propios reclutas, pero ningunos son tan efectivos como nosotros.

Kyra pensó en ello.

—Siempre pensé que estábamos por encima de todo, por encima del alcance de Pandesia. Pero esta noche, —dijo con gravedad volteando a verla—, me di cuenta de que no es así. Esta noticia... he esperado algo parecido por años. No me di cuenta del tiempo que pasó. Y a pesar de todos esos años de preparación, ahora que llegó... no hay nada que pueda hacer.

Bajó la cabeza mientras ella lo miraba horrorizada, sintiendo como brotaba indignación dentro de ella.

—¿Estás diciendo que permitirás que me tomen? —preguntó—. ¿Estás diciendo que no pelearás por mí?

Su rostro se oscureció.

—Eres joven, —dijo con enojo—, ingenua. No entiendes cómo funciona el mundo. Ves solo esta pelea y no el resto del reino. Si peleo por ti, si mis hombres pelean por ti, tal vez ganemos una batalla. Pero volverán, no con cien hombres, ni con mil, ni con diez mil, sino con un mar de hombres. Si peleo por ti, condeno a todo mi pueblo a la muerte.

Sus palabras la cortaron como un cuchillo dejándola temblando por dentro, no solo sus palabras, sino también la desesperanza dentro de ellas. Una parte de ella deseaba salir corriendo enferma y decepcionada de este hombre al que tanto había idolatrado. Sentía como si llorara por dentro por la traición.

Se puso de pie, temblando, y le frunció el ceño.

—Tú, —le dijo—, tú, siendo el más guerrero más grande de nuestra tierra, ¿estás asustado por proteger el honor de tu propia hija?

Ella miró como su cara se enrojecía, humillado.

—Cuida lo que dices, —le advirtió.

Pero Kyra no se podía retractar.

—¡Te odio! —gritó.

Ahora fue el turno de él de levantarse.

—¿Quieres que toda nuestra gente sea asesinada? —le gritó de vuelta—. ¿Todo por tu honor?

Kyra no se pudo contener. Por primera vez desde que podía recordar, se echó a llorar herida profundamente por la falta de cuidado de su padre.

Se acercó para consolarla, pero ella bajó la cabeza y se volteó mientras lloraba. Entonces se controló y se volteó rápidamente limpiándose las lágrimas, mirando al

fuego con los ojos llorosos.

—Kyra, —dijo él suavemente.

Ella volteó a verlo y miró que había lágrimas en sus ojos también.

—Por supuesto que pelearía por ti, —dijo—. Pelearía por ti hasta que mi corazón dejara de latir. Yo y todos mis hombres moriríamos por ti. Pero en la guerra que le seguiría tú también morirías. ¿Es eso lo que quieres?

—¿Y mi esclavitud? —dijo de vuelta—. ¿Es eso lo que *tú* quieres?

Kyra sabía que estaba siendo egoísta, que se estaba poniendo primero ella, y esa no era su naturaleza. Por supuesto que no dejaría que toda su gente muriera por ella. Todo lo que quería era oír a su padre decir las palabras: *Yo pelearé por ti. No importan las consecuencias. Tú eres primero. Tú importas más.*

Pero él se mantuvo en silencio, y eso le dolió más que nada.

—¡Yo pelearé por ti! —dijo una voz.

Kyra se volteó sorprendida y vio a Aidan entrar en la habitación sosteniendo una pequeña lanza y tratando de expresar valentía en su rostro.

—¿Qué estás haciendo aquí? —dijo su padre—. Estoy hablando con tu hermana.

—¡Y yo estaba escuchando! —dijo Aidan entrando mientras Leo iba hacia él y lo lamía.

Kyra no pudo resistir el sonreír. Aidan compartía la misma característica de desafío que ella, incluso si era demasiado joven y pequeño para que su habilidad coincidiera con su voluntad.

—¡Yo pelearé por mi hermana! —añadió—. ¡Incluso contra todos los troles de Marda!

Ella lo abrazó y le dio un beso en la frente.

Entonces se limpió las lágrimas y se volteó hacia su padre oscureciendo su mirada. Necesitaba una respuesta; necesitaba que él lo dijera.

—¿No te importo yo más que tus hombres? —preguntó ella.

Él la miró con sus ojos llenos de dolor.

—Tú me importas más que el mundo, —dijo—. Pero no solo soy padre, soy un Comandante. Mis hombres también son mi responsabilidad. ¿Puedes entender eso?

Ella frunció el ceño.

—¿Y en dónde se traza esa línea, padre? ¿Cuándo exactamente importa más tu gente que tu familia? Si el secuestro de tu propia hija no es esa línea, ¿entonces cuáles es? Estoy segura de que si se tratara de uno de tus *hijos*, entonces irías a la guerra.

Él oscureció el semblante.

—No se trata de eso, —respondió.

—¿De verdad? —dijo con determinación—. ¿Por qué vale la vida de un chico más que la de una chica?

Su padre se enfureció respirando con fuerza y aflojando su chaleco, estaba más agitado de lo que nunca lo había visto.

—Hay otra forma, —dijo finalmente.

Ella lo miró confundida.

—Mañana, —dijo lentamente con su voz tomando un tono de autoridad, como si hablara con sus concejales—, elegirás a un chico, a cualquier chico que te guste de entre nuestra gente. Estarán casados antes del atardecer. Cuando vengan los Hombres del Señor, estarás casada. Intocable. Estarás segura aquí con nosotros.

Kyra lo miraba de vuelta horrorizada.

—¿De verdad esperas que me case con un chico extraño? —preguntó—. ¿Elegir uno como si nada? ¿Alguien a quien no amo?

—¡Lo *harás*! —gritó su padre con determinación y enrojeciendo el rostro—. Si tu madre estuviera viva, ella se encargaría de esto, ella lo hubiera hecho de hace tiempo atrás, desde antes de que sucediera esto. Pero no lo está. Tú no eres un guerrero, eres una chica. Y las chicas se casan. Y este es el final del asunto. Si no has elegido a un esposo para el final del día, yo elegiré uno para ti; ¡y ya no se hablará más de esto!

Kyra lo miraba con disgusto y enojo, pero sobre todo, decepcionada.

—¿Entonces así es como el gran Comandante Duncan gana batallas? —preguntó tratando de herirlo—. ¿Encontrando lagunas en la ley para esconderse de su ocupante?

Kyra no esperó una respuesta y se dio la vuelta saliendo corriendo de la habitación, con Leo a su lado, y azotó la gruesa puerta de roble detrás de ella.

—¡KYRA! —gritó su padre, pero el golpe de la puerta amortiguó su voz.

Kyra pasó por el corredor sintiendo todo su mundo moviéndose dentro de ella, como si ya no estuviera caminando en terreno firme. Se dio cuenta con cada paso de que ya no podía quedarse allí. Que su presencia los pondría en peligro a todos. Y eso era algo que no podía permitir.

Kyra no podía entender las palabras de su padre. Ella *nunca* se casaría con nadie que no amara. Ella nunca simplemente se rendiría a vivir una vida doméstica como el resto de las mujeres. Preferiría primero morir. ¿Es que él no lo sabía? ¿Es que no conocía a su propia hija?

Kyra se detuvo en su habitación, se puso las botas de invierno, se arropó con sus pieles más gruesas, tomó su arco y su bastón y siguió caminando.

—¡KYRA! —Sonó la voz enojada de su padre en algún lugar del corredor.

Ella no le daría oportunidad de alcanzarla. Siguió caminando pasando corredor tras corredor determinada a no volver a ver a Volis nunca más. Lo que sea que la esperara allá afuera, en el mundo real, lo enfrentaría sin dudar. Sabía que podía morir, pero al menos sería *su* decisión. Al menos no viviría de acuerdo a los deseos de otra persona.

Kyra llegó a la puerta principal de la fortaleza con Leo a su lado y los sirvientes, de pie junto a las gastadas antorchas, la miraron confundidos.

—Mi señora, —dijo uno—. Es tarde. La tormenta arrecia.

Pero Kyra se mantuvo ahí, determinada, hasta que finalmente se dieron cuenta de que no se echaría para atrás. Intercambiaron una mirada incierta y entonces cada uno

se acercó y abrieron lentamente la gruesa puerta.

En el momento en que lo hicieron, una helada ráfaga de viento aulló y la golpeó en el rostro con el viento azotando rastros de nieve. Se ajustó más las pieles y miró hacia abajo viendo como la nieve le llegaba hasta las espinillas.

Kyra salió hacia la nieve sabiendo que era peligroso hacerlo de noche, con el bosque lleno de criaturas, avezados delincuentes y a veces troles. Especialmente en esta noche de todas las noches, la Luna de Invierno, la única noche del año en que se suponía deberían mantenerse adentro con las puertas abarrotadas, la noche en la que los muertos cruzaban los mundos y cualquier cosa podría pasar. Kyra miró hacia arriba y vio a la enorme y rojiza luna colgando en el horizonte como si la desafiara.

Kyra respiró profundo, dio el primer paso y no volteó hacia atrás, lista para enfrentarse a lo que fuera que trajera la noche.

CAPÍTULO OCHO

Alec se sentó en la herrería de su padre con el gran yunque de hierro enfrente, muy gastado por años de uso, levantó su martillo y golpeó en el acero caliente brillante de una espada que acababa de sacar del fuego. Sudaba con frustración tratando de sacar su furia con el martillo. Habiendo llegado apenas a los dieciséis años, era más chico que la mayoría de los otros chicos pero también más fuerte, con hombros anchos, músculos crecientes, y una gran cabellera ondulada negra que caía pasando sus ojos. Alec no era uno que se rendía fácilmente. Su vida había sido dura, como este hierro, y al sentarse junto al fuego retirando el cabello de los ojos con el dorso de la mano, cavilaba contemplando la noticia que acababa de recibir. Nunca había sentido tal desesperación. Golpeó el martillo una y otra vez y mientras el sudor caía de su frente chillando en la espada, quería desaparecer todos sus problemas con el martillo.

Toda su vida Alec había sido capaz de controlar cosas, de trabajar lo que fuera necesario para arreglarlo todo. Pero ahora, por primera vez en su vida, tenía que sentarse a observar cómo llegaba la injusticia a su pueblo, a su familia, y no había nada que él pudiera hacer.

Alec golpeó una y otra vez con el metal silbando en sus oídos y sudor ardiendo en sus ojos sin que le importara. Quería golpear en el hierro hasta que no quedara nada y, mientras golpeaba, no pensaba en la espada sino en Pandesia. Los mataría a todos si pudiera, a estos invasores que venían a llevarse a su hermano. Alec golpeaba la espada imaginando que eran sus cabezas, deseando poder tomar el destino con sus manos y moldearlo a su gusto, deseando ser lo suficientemente poderoso para enfrentarse a Pandesia él mismo.

Hoy, la Luna de Invierno, era su día más odiado, el día en que Pandesia recorrió todas las aldeas en Escalon y reclutó a todos los chicos que habían llegado a los dieciocho años para servicio en Las Flamas. Alec, faltándole dos años, estaba a salvo. Pero su hermano, Ashton, que había cumplido dieciocho en la última cosecha, no. ¿Por qué Ashton de entre todos? Se preguntaba. Ashton era su héroe. A pesar de haber nacido con el pie zambo, siempre tenía una sonrisa en su rostro, una disposición alegre, más alegre que Alec, y siempre había hecho lo mejor de su vida. Era lo opuesto de Alec que sentía todo en lo profundo, que siempre se atrapaba en una tormenta de emociones. Sin importar cuanto trataba de ser feliz como su hermano, Alec no podía controlar sus pasiones y generalmente terminaba rumiando. Le habían dicho que tomaba la vida muy en serio, que tenía que relajarse; pero para él, la vida era un asunto serio y duro, y simplemente no sabía cómo.

Ashton, por otro lado, era calmado y balanceado y feliz a pesar de su posición en la vida. También era un buen herrero como su padre, y ahora él solo era el que proveía a la familia especialmente después de la enfermedad de su padre. Si Ashton era llevado, su familia caería en la pobreza. Y peor, Alec quedaría destrozado pues había escuchado las historias y sabía que la vida de recluta significaría la muerte para

su hermano. Con el pie zambo de Ashton, era cruel e injusto de Pandesia el llevarlo. Pero Pandesia no era conocida por su compasión, y Alec tenía el desagradable sentimiento de que este era el último día en que su hermano estaría en casa.

No eran una familia adinerada no vivían en una aldea pudiente. Su hogar era solo lo suficiente, una pequeña casa de una sola planta con una herrería adjunta en los márgenes de Soli, a un día de distancia de la capital cabalgando al norte y a un día del Bosque Blanco hacia el sur. Era una aldea tranquila rodeada de tierra en una campiña alejada de la mayoría de las cosas, un lugar con el que se encontraban las personas en su camino a Andros. Su familia tenía el suficiente pan para cada día, y era todo lo que deseaban. Usaban sus habilidades con el hierro en el mercado y esto les daba todo lo que necesitaban.

Alec no deseaba mucho en la vida, pero sí buscaba justicia. Se estremecía al pensar en su hermano siendo arrebatado para servir a Pandesia. Había escuchado las historias de lo que era ser un recluta, servir como guarda en Las Flamas que ardían todo el día y toda la noche, convertirse en un Guardián. Alec había escuchado que los esclavos Pandesianos que cuidaban Las Flamas eran hombres duros, esclavo de todo el mundo, reclutas, criminales, y lo peor del ejército Pandesiano. La mayoría no eran nobles guerreros de Escalon, no eran los nobles Guardianes de Volis. Alec había escuchado que el mayor peligro en Las Flamas no eran los troles, sino los otros Guardianes. Sabía que Ashton no podría protegerse; era un buen herrero, pero no un peleador.

—¡ALEC!

El chillido del tono de su madre atravesó el aire imponiéndose sobre el martilleo.

Alec bajó su martillo y respiraba fuerte sin darse cuenta de lo duro que había trabajado y se limpió la frente con el dorso de su mano. Volteó y observó a su madre asomándose con desaprobación junto al marco de la puerta.

—¡Te he estado llamando por diez minutos! —dijo con dureza—. ¡La cena está lista! No tenemos mucho tiempo antes de que lleguen y todos te estamos esperando. ¡Ven de una vez!

Alec salió de su meditación, bajó su martillo, se levantó a regañadientes y halló su camino entre el amontonado taller. No podía posponer lo inevitable.

Entró a la casa a través de la puerta abierta pasando a su decepcionada madre y se detuvo a observar la mesa que estaba preparada con lo mejor, que no era mucho. Era una sencilla tabla de madera y cuatro sillas de madera y una copa de plata había sido colocada en el centro, la única cosa de valor que poseía la familia.

Sentados en la mesa y esperándolo estaban su hermano y su padre con tazones de estofado delante de ellos.

Ashton era alto y delgado con rasgos oscuros, mientras que su padre a su lado era un hombre largo y el doble de ancho que Alec, con una crecida barriga, frente baja, cejas gruesas y las manos callosas de un herrero. Se parecían entre ellos pero ninguno se parecía a Alec, a quien siempre le habían dicho que con sus brillantes ojos verdes y

cabello ondulado y desordenado se parecía a su madre.

Alec los miró y de inmediato notó el miedo en el rostro de su hermano y la ansiedad en su padre, ambos dando apariencia de estar en un velatorio. Sintió un hoyo en el estómago al entrar en la habitación. Cada uno tenía un tazón de estofado delante y, mientras Alec se sentaba adelante de su hermano, su madre también le pasó un tazón y luego se sentó tomando uno ella también.

Aunque ya había pasado la hora de la cena y para este momento generalmente ya estaba hambriento, Alec apenas podía olerlo con el estómago revuelto.

—No tengo hambre, —murmuró rompiendo el silencio.

Su madre le dio una mirada fría.

—No me importa, —dijo—. Comerás lo que se te da. Esta tal vez sea nuestra última comida juntos como familia, no le faltarás al respeto a tu hermano.

Alec volteó hacia su madre, una mujer común en sus cincuenta con un rostro que reflejaba una vida de dificultades, y vio la determinación en los deslumbrantes ojos verdes que lo miraban, el mismo aspecto determinado que tenía él mismo.

—¿Podemos entonces pretender que nada está pasando? —preguntó.

—También es nuestro hijo, —respondió—. Tú no eres el único aquí.

Alec volteó hacia su padre con un sentimiento de desesperación.

—¿Dejarás que suceda, padre? —preguntó.

Su padre frunció el ceño pero se mantuvo callado.

—Arruinas una encantadora comida, —dijo su madre.

Su padre levantó una mano y cayó el silencio. Volteó hacia Alec y le dio una mirada.

—¿Y qué deseas que haga? —le preguntó con voz seria.

—¡Tenemos armas! —insistió Alec esperando una pregunta como esta—. ¡Tenemos acero! ¡Somos unos de los pocos que lo tienen! ¡Podemos matar a cualquier soldado que se le acerque! ¡Nunca se lo esperarán!

Su padre negó con desaprobación.

—Son los sueños de un hombre joven, —dijo—. Tú, que nunca has matado a un hombre en tu vida. Supongamos que matas al soldado que tome a Ashton, ¿y qué hay de los doscientos detrás de él?

—¡Entonces escondamos a Ashton! —insistió Alec.

Su padre negó con la cabeza.

—Tienen una lista de cada muchacho en esta aldea. Saben que está aquí. Si no lo entregamos, nos matarán a cada uno de nosotros. —Suspiró molesto—. ¿Crees que no he pensado en todas estas cosas muchacho? ¿Crees que eres el único al que le importa? ¿Crees que quiero que envíen lejos a mi único hijo?

Alec se detuvo confundido por sus palabras.

—¿A qué te refieres con *único* hijo? —preguntó.

Su padre se sonrojó.

—No dije *único*; dije *mayor*.

—No, dijiste *único*, —insistió Alec confundido.

Su padre se enrojeció y levantó la voz.

—¡Deja de centrarte en eso! —gritó—. No en un momento como este. ¡Dije *mayor* y eso es a lo que me refería y eso es todo! ¡No quiero que se lleven a mi muchacho tanto como tú no quieres que se lleven a tu hermano!

—Alec, relájate, —dijo una voz compasiva, la única calmada en la habitación.

Alec volteó a través de la mesa para mirar a Ashton sonriéndole, bien compuesto como siempre.

—Todo estará bien, mi hermano, —dijo Ashton—. Voy a servir mi deber y regresaré.

—¿Regresar? —repitió Alec—. Toman a Guardianes por siete años.

Ashton sonrió.

—Entonces te veré en siete años, —respondió sonriendo aún más—. Espero que estés más alto que yo para entonces.

Así era Ashton, siempre tratando de que Alec se sintiera mejor, siempre pensando en los demás, incluso en momentos como este.

Alec sintió su corazón romperse.

—Ashton, no puedes ir, —insistió—. No sobrevivirás Las Flamas.

—Yo... —Ashton empezó.

Pero sus palabras fueron interrumpidas por una gran conmoción afuera. Vino el sonido de caballos cabalgando en la aldea, de hombres clamando. Toda la familia se vio el uno al otro con miedo. Se sentaron congelados mientras las personas empezaron a apurarse afuera de la ventana. Alec ya podía ver a todos los muchachos y familias alineándose afuera.

—No tiene sentido posponerlo ahora, —dijo su padre levantándose y poniendo sus palmas en la mesa, su voz rompiendo el silencio—. No debemos sufrir la deshonra de que entren a nuestra casa y lo arrastren afuera. Debemos formarnos afuera con los otros con orgullo, y oremos para que cuando vean el pie de Ashton se comporten como humanos y lo dejen quedarse.

Alec se levantó a regañadientes de la mesa mientras los otros salían de la casa.

Mientras salía a la fría noche, Alec se sorprendió con lo que vio: había una conmoción en la aldea como nunca antes. Las calles brillaban con antorchas y todos los muchachos mayores de dieciocho estaban formados, con sus familias a sus lados nerviosas y observando. Nubes de polvo llenaban las calles mientras las caravanas de Pandesianos entraban en la aldea, docenas de soldados en la armadura escarlata de Pandesia en carruajes impulsados por grandes sementales. Detrás de ellos remolcaban carrozas hechas de barras de hierro que se sacudían en la carretera.

Alec examinó las carrozas y vio que estaban llenas de muchachos de todo el país, observando con rostros duros y asustados. Se sobresaltó al verlo pensando en lo que le esperaba a su hermano.

Todos se detuvieron en la aldea y cayó un silencio tenso mientras todos esperaban

sin aliento.

El comandante de los soldados Pandesianos saltó de su carruaje, un soldado alto sin bondad en sus ojos negros y una gran cicatriz en una de sus cejas. Caminó lentamente examinando las filas de muchachos con la ciudad tan silenciosa que se podían oír sus espuelas tintineando mientras pasaba.

El soldado inspeccionó a cada muchacho levantando sus barbillas y mirándolos a los ojos, tocando sus hombros, empujando a cada uno para probar su equilibrio. Asintió con la cabeza al pasar y mientras lo hacía, sus soldados detrás tomaban a los muchachos y los metían en los carros. Algunos muchachos fueron silenciosos; pero algunos protestaron, y estos fueron rápidamente golpeados con mazos y echados en los carros junto con los otros. A veces una madre lloraba o un padre gritaba, pero nada podía detener a los Pandesianos.

El comandante continuó, despojando a la aldea de sus bienes más valiosos, hasta que finalmente se detuvo enfrente de Ashton al final de la línea.

—Mi hijo es cojo, —dijo su madre rápidamente con desesperación—. Sería inútil para ustedes.

El soldado miró a Ashton de arriba a abajo y se enfocó en su pie.

—Súbete los pantalones, —dijo—, y quítate la bota.

Ashton lo hizo apoyándose en Alec para balancearse, y mientras Alec lo miraba, conocía a su hermano lo suficiente para saber que estaba humillado; su pie siempre había sido una fuente de vergüenza para él, más pequeño que el otro, torcido y destrozado, obligándolo a cojear mientras caminaba.

—También trabaja para mí en la herrería, —añadió el padre de Alec—. Es nuestra única fuente de ingreso. Si se lo llevan, la familia no tendrá nada. No podremos sobrevivir.

El comandante, terminando de examinar su pie, le hizo un gesto para que Ashton se volviera a poner la bota. Entonces se volvió y miró al padre con ojos firmes y fríos.

—Ahora vives en nuestra tierra, —dijo con una voz pesada—, y tu hijo ahora es nuestra propiedad para hacer lo que queramos. ¡Llévenselo! —ordenó el comandante y al hacerlo, los soldados se acercaron.

—¡NO! —Lloró la madre de Alec desconsolada—. ¡NO A MI HIJO!

Se apresuró y tomó a Ashton asiéndose de él y cuando lo hizo, un soldado Pandesiano se acercó y la golpeó en el rostro con el dorso de su mano.

El padre de Alec tomó el brazo del soldado y al hacerlo varios soldados se le echaron encima y lo derribaron.

Mientras Alec observaba viendo a los soldados llevarse a Ashton, no pudo resistirlo más. La injusticia de todo esto era demasiada, sabía que no podría vivir con esto por el resto de sus días. La imagen de su hermano siendo arrastrado quedaría impresa en su mente para siempre.

Algo dentro de él se desató.

—¡Llévenme en su lugar! —dijo Alec gritando e involuntariamente acercándose

y poniéndose entre Ashton y los soldados.

Todos se detuvieron y lo observaron claramente sorprendidos.

—¡Somos hermanos de la misma familia! —continuó Alec—. La ley dice que tomen a un muchacho de cada familia. ¡Dejen que yo sea ese muchacho!

El comandante se acercó y lo miró con recelo.

—¿Y qué edad tienes muchacho? —demandó.

—¡Ya he pasado los dieciséis años! —exclamó con orgullo.

Los soldados rieron mientras el comandante se burló.

—Eres muy joven para ser recluta, —concluyó despidiéndolo.

Pero mientras se volteaba para irse, Alec se apresuró adelante rehusándose a ser despedido.

—¡Yo soy mejor soldado que él! —insistió Alec—. Puedo arrojar una lanza más lejos y cortar más profundo con una espada. Mi puntería es mejor y soy más fuerte que muchachos el doble de mi edad. *Por favor*, —suplicó—. Dame una oportunidad.

Mientras el comandante lo miraba, Alec, a pesar de su confianza fingida, estaba aterrorizado por dentro. Sabía que había tomado un gran riesgo: fácilmente podría haber sido echado en prisión o matado por esto.

El comandante lo examinó por lo que pareció una eternidad, con toda la aldea en silencio, hasta que finalmente les hizo una señal a sus hombres.

—Dejen al cojo, —ordenó—. Tomen al chico.

Los soldados arrojaron a Ashton y se acercaron tomando a Alec, y en tan solo un momento, Alec sintió como era arrastrado. Todo sucedió tan rápido que no pareció real.

—¡NO! —Lloró la madre de Alec.

Él la miró llorando mientras era arrastrado y arrojado con severidad dentro del carro de hierro junto con los otros muchachos.

—¡No! —gritó Ashton—. ¡Dejen a mi hermano en paz! ¡Llévenme a mí!

Pero no había más que hacer. Alec fue arrojado dentro del carro que apestaba a olor corporal y miedo, chocando con otros muchachos que lo empujaron con rudeza, y la puerta de hierro fue azotada detrás de él haciendo un eco. Alec sintió un gran alivio al haber salvado la vida de su hermano, sentimiento que era mayor a su miedo. Había dado su vida por la de su hermano, y lo que fuera que pasara ahora importaría muy poco comparado con eso.

Mientras se sentaba en el piso contra las barras de hierro con el carro ya en movimiento, sabía que probablemente no iba a sobrevivir. Se topó con los ojos furiosos de los otros muchachos que lo sumieron en la oscuridad, y mientras era sacudido a lo largo de la carretera, sabía que en el viaje que le esperaba habría un millón de maneras de morir. Se preguntaba cómo sería la suya. ¿Chamuscado por Las Flamas? ¿Apuñalado por un muchacho? ¿Comido por un trol?

O pasaría lo más improbable: ¿sería que, a pesar de todo, sobreviviría?

CAPÍTULO NUEVE

Kyra caminó entre la arreciante nieve con Leo apoyándose en su pierna, con el sentimiento de su cuerpo siendo lo único que la mantenía de pie en un mar blanco. Con nieve golpeándola en el rostro, apenas si podía ver más allá de unos cuantos pies, con la única luz viniendo de la rojiza luna brillando a través de las nubes cuando estas no la tapaban por completo. El frío la mordía hasta los huesos, y a tan solo unas cuantas horas de su hogar, ya extrañaba el calor de la fortaleza de su padre. Se imaginaba sentada junto a la chimenea sobre una pila de pieles, tomando chocolate derretido y perdiéndose en un libro.

Kyra obligó a salir a estos pensamientos de su mente y en vez de eso doblo sus esfuerzos con determinación. Se alejaría de la vida que su padre había creado para ella sin importar el costo. No la obligarían a casarse con un hombre que no conocía ni amaba y mucho menos para complacer a Pandesia. No se le obligaría a vivir una vida de hogar ni la harían renunciar a sus sueños. Preferiría morir aquí en el frío y la nieve que vivir una vida que otros habían preparado para ella.

Kyra avanzó empujando nieve que le llegaba hasta las rodillas, adentrándose en la oscura noche en el peor clima que había experimentado. Se sentía irreal. Podía sentir una energía especial en el aire esta noche en la que se decía los muertos compartían la tierra con los vivos, en la que otros temían dejar sus hogares, en la que los aldeanos abarrotaban ventanas y puertas incluso en el mejor de los climas. El aire se sentía espeso y no solo con nieve: podía sentir a los espíritus a su alrededor. Sentía como si la estuvieran observando, como si estuviera caminando hacia su destino; o hacia su muerte.

Kyra pasó una colina y alcanzó a ver un poco del horizonte, y por primera vez en este viaje se llenó de esperanza. Allá, en la distancia, alumbrando el cielo a pesar de la tormenta, estaban Las Flamas, el único faro en un mundo de blanco. En esta noche oscura la llamaban como a un imán, este lugar sobre el que tanto se había preguntado toda su vida y al que le había prohibido ir su padre. Se sorprendió de haberse acercado tanto, y se preguntó si había caminado hacia allí de manera inconsciente desde que había salido.

Kyra se detuvo para recobrar el aliento. Las Flamas. El gran muro de fuego que se extendía cincuenta millas a lo largo de la frontera este de Escalon, lo único que separaba a su país de las extensas tierras de Marda, el reino de los troles. El lugar en el que su padre y su padre antes que él habían servido con lealtad protegiendo su tierra, lugar en el que todos los hombres de su padre, todos los Guardianes, cumplían su deber en rotación.

Estaban más altas y brillantes de lo que se imaginaba, todos los hombres se jactaban de esto y más, y se preguntaba que fuerza mágica las mantenía encendidas, cómo podían arder día y noche y si alguna vez se apagarían. Verlas en persona solo ocasionó más preguntas que respuestas.

Kyra sabía que miles de hombres estaban posicionados a lo largo de Las Flamas, todo tipo de hombres, los profesionales de Volis, pero también Pandesianos, esclavos, reclutas y criminales. Técnicamente, todos eran Guardianes, pero ninguno de ellos tenía la habilidad que tenían los hombres de su padre después de cuidar Las Flamas por generaciones. Del otro lado habitaban miles de troles desesperados por atravesarlas. Era un lugar peligroso. Un lugar místico. Un lugar para el desesperado, el audaz, y el valiente.

Kyra tenía que verlo de cerca. Si no esto, por lo menos necesitaba orientarse en la tormenta, calentar sus manos y decidir a dónde ir.

Kyra bajó la colina entre la nieve utilizando su bastón para equilibrarse, con Leo a su lado marchando hacia Las Flamas. Aunque estaba a alrededor de una milla de distancia, se sentía como diez, y lo que debió haber sido una caminata de diez minutos le tomó una hora mientras la nieve arreciaba y el frío le calaba hasta los huesos. Se volteó tratando de mirar a Volis, pero hacía tiempo que se había perdido en un mundo de blanco. Tenía mucho frío para poder regresar de todos modos.

Con las piernas temblando de frío, los dedos entumeciéndose y su bastón pegado en su mano, Kyra finalmente bajó la colina y sintió un repentino estallido de calor mientras Las Flamas se extendían delante de ella. El espectáculo la dejó sin aliento. A solo unas cuantas yardas, la luz era tan brillante que alumbraba toda la noche haciendo que pareciera de día, y Las Flamas se levantaban tan alto que, cuando miró hacia arriba, no pudo ver su final. El calor era tan intenso que incluso desde aquí se pudo calentar, con su cuerpo volviendo lentamente a la vida sintiendo sus manos y dedos de nuevo. El crujido y siseo del fuego era tan intenso que opacaba hasta al silbido del viento.

Kyra, hipnotizada, se acercó sintiéndose más y más caliente como si caminara hacia la superficie del sol. Sintió como se deshela al acercarse, volvió a sentir sus dedos otra vez, hormigueando mientras los sentía de nuevo. Era como estar frente a una gran chimenea y sintió cómo volvía a la vida. Se mantuvo ahí hipnotizada como una polilla en el fuego, observando esta maravilla del mundo, la más grande maravilla de su tierra, lo único que los mantenía a salvo, y lo único que nadie entendía. Ni los historiadores, ni los reyes, ni siquiera los hechiceros. ¿Cuándo había empezado? ¿Qué las mantenía vivas? ¿Cuándo se apagarían?

Se decía que los Observadores conocían las respuestas. Pero por supuesto, ellos nunca las revelarían. La leyenda decía que la Espada de Fuego, cuidadosamente guardada en una de las dos torres, nadie sabía en cuál, mantenía vivas a Las Flamas. Las Torres, cuidadas por un culto de hombres, los Observadores, una orden antigua parte hombre y parte algo más, estaban cada una bien ocultas y protegidas en dos partes opuestas de Escalon, una en la costa oeste, en Ur, y la otra en la esquina sureste de Kos. Los Observadores estaban acompañados también por los mejores caballeros que el reino podía ofrecer, todos con el objetivo de mantener la Espada de Fuego oculta y Las Flamas encendidas.

Su padre le había dicho que más de un trol de los que habían atravesado Las Flamas habían tratado de encontrar las torres, de robar la Espada, pero ninguno lo había logrado. Los Observadores eran muy buenos en su trabajo. Después de todo, incluso Pandesia con todo su poder no se atrevía a ocupar las Torres, a enojar a los Observadores con el riesgo de bajar Las Flamas.

Kyra detectó movimiento y en la distancia vio soldados patrullando, cargando antorchas en la noche, caminando a lo largo de Las Flamas con espadas a las caderas. Se separaban unas cincuenta yardas con mucho territorio que cubrir. Su corazón latió más deprisa al mirarlos. Lo había conseguido.

Kyra se mantuvo ahí sintiéndose viva, sabiendo que algo podría pasar en cualquier momento. Sabía que en cualquier momento un trol podía atravesar el fuego. Por supuesto, el fuego mataba a la mayoría, pero algunos, utilizando escudos, lograban pasar con vida al menos lo suficiente para matar tantos soldados como fuera posible. A veces un trol incluso sobrevivía el paso y vagaba por los bosques aterrorizando aldeas. Recordó la ocasión en que uno de los hombres de su padre trajo la cabeza de un trol; fue una imagen que nunca olvidaría.

Mientras Kyra observaba Las Flamas, tan misteriosas, se preguntó sobre su propia suerte al estar tan lejos de casa. ¿Qué pasaría con ella ahora?

—Oye, ¿qué estás haciendo aquí? —gritó una voz.

Un soldado, uno de los hombres de su padre, la había visto y caminaba hacia ella.

Kyra no quería una confrontación. Estaba caliente y había recuperado su espíritu, así que era tiempo de marcharse.

Le silbó a Leo y los dos se fueron juntos hacia la tormenta, hacia el bosque distante. No sabía a dónde iba a ir ahora pero, inspirada por Las Flamas, sabía que su destino estaba allá afuera en algún lugar, incluso si aún no podía verlo.

* * *

Kyra caminaba con dificultad en la noche, fría hasta los huesos y contenta de tener a Leo a su lado mientras se preguntaba qué tanto más podría ella resistir. Había buscado refugio en todos lados, un lugar para esconderse del viento y la nieve y, a pesar del riesgo, se había acercado hacia el Bosque de las Espinas, el único lugar a la vista. Las Flamas ya estaban muy detrás de ella, su resplandor ya no se veía en el horizonte, y la luna de sangre ya estaba muy escondida por las nubes dejándola sin luz para ver. Con los dedos entumecidos otra vez, su situación parecía ponerse más grave con cada momento. Empezaba a preguntarse si había sido imprudente el haber dejado la fortaleza. Se preguntaba si a su padre, dispuesto a dejar que se la llevaran, siquiera le importaría.

Kyra sintió un nuevo arrebato de cólera mientras caminaba por la nieve,

marchando sin saber a dónde pero determinada a alejarse de la vida que habían preparado para ella. Mientras otra racha de viento pasaba y Leo se quejaba, Kyra levantó la vista y se sorprendió al ver que lo había logrado: delante de ella estaba el imponente Bosque de las Espinas.

Kyra se detuvo sintiéndose inquieta, sabiendo lo peligroso que era, incluso de día y en grupo. El venir aquí sola y de noche, y en Luna de Invierno con espíritus rondando, era imprudente. Sabía que cualquier cosa podría pasar.

Pero otra racha de viento sopló arrojando nieve en la parte posterior de su cuello enfriándola hasta los huesos, y esto impulsó a Kyra hacia adelante, pasando el primer árbol con sus ramas pesadas por la nieve y se adentró al bosque.

Al entrar, Kyra sintió alivio de inmediato. Las gruesas ramas la protegían del viento y aquí había más silencio. La fuerte nevada aquí solo era un suspiro manteniéndose a raya por las gruesas ramas, y por primera vez desde que había estado afuera, Kyra pudo ver. Ya empezaba a sentirse tibia.

Kyra aprovechó la oportunidad para quitarse la nieve de los brazos, hombros y cabello mientras Leo también se sacudía arrojando nieve en todos lados. Metió la mano en su bolsa y sacó un pedazo de carne seca para él, y él la tomó deseoso mientras ella acariciaba su cabeza.

—No te preocupes amigo, voy a encontrarnos refugio, —dijo.

Kyra se adentró más profundo en el bosque buscando cualquier refugio que pudiera encontrar entendiendo que tendría que quedarse aquí toda la noche hasta que pasara la tormenta, esperar al nuevo día y continuar su viaje por la mañana. Buscó una roca que sirviera como refugio, o el rincón de un árbol o de preferencia una cueva, lo que fuera, pero no halló nada.

Kyra fue más profundo con nieve hasta las rodillas, chocando con ramas cubiertas de nieve en el espeso bosque; mientras lo hacía, escuchaba extraños sonidos de animales a su alrededor. Oyó un ronroneo profundo a su lado y se giró y miró hacia las ramas gruesas, pero estaba muy oscuro. Kyra se apresuró sin querer saber que bestia se encontraba aquí y sin desear una confrontación. Apretó su arco con fuerza sin saber si podría usarlo debido a lo entumecidas que estaban sus manos.

Kyra subió una pequeña pendiente y, al hacerlo, se detuvo y observó hacia abajo aprovechando un poco de luz de luna que pasaba entre las nubes. Debajo, enfrente de ella, había un lago reluciente con aguas azul como el hielo, translucido, y lo reconoció de inmediato: el Lago de los Sueños. Su padre la había traído aquí una vez cuando era una niña, y habían encendido una vela colocándola en una hoja de lirio en honor a su madre. Se rumoreaba que este era un lugar sagrado, un gran espejo que permitía ver tanto la vida arriba como la vida abajo. Era un lugar místico, un lugar al que no se venía sin buena razón, un lugar en el que los deseos de corazón no podían ser ignorados.

Kyra caminó hacia el lago sintiéndose atraída. Tropezó por la colina empinada utilizando su bastón para equilibrarse, pasando entre los árboles, resbalando y

recuperándose, hasta que llegó a la orilla. De manera extraña su orilla, hecha de una fina arena blanca, no tenía nieve. Era mágico.

Kyra se arrodilló en la orilla del agua temblando por el frío y miró hacia abajo. Vio su reflejo con la luz de luna, su cabello rubio cayendo en sus mejillas, sus ojos grises claros, sus pómulos altos, sus rasgos delicados que no se parecían a los de su padre o hermanos, mirándola de vuelta. En sus ojos, se sorprendió al ver una mirada de desafío, los ojos de un guerrero.

Al mirar su reflejo, recordó las palabras de su padre de hace muchos años: *una oración sincera en el Lago de los Sueños no puede denegarse.*

Kyra, en una encrucijada en su vida como nunca antes, necesitaba guía más que nunca. Nunca se había sentido tan confundida sobre qué hacer y a dónde dirigirse. Cerró los ojos y oró con todas sus fuerzas.

Dios, no sé quién eres. Pero pido tu ayuda. Dame algo, y yo te daré lo que sea que pidas de regreso. Muéstrame qué camino tomar. Dame una vida de honor y valentía. De valor. Permíteme convertirme en un gran guerrero, de estar a la merced de ningún hombre. Dame la libertad de hacer lo que yo elija, no lo que otro elija para mí.

Kyra estaba arrodillada, entumecida en el frío, al borde de su capacidad, sin lugar a dónde ir en el mundo, orando con todo su corazón y con toda su alma. Perdió toda noción de tiempo y espacio.

Kyra no tenía idea de cuánto tiempo había pasado cuando abrió los ojos, con copos en los párpados. Se sentía cambiada de algún modo, sin entenderlo, como si una paz interior hubiera llegado a ella. Miró de nuevo hacia el lago y, esta vez, lo que vio la dejó sin aliento.

Regresándole la mirada no vio su propio reflejo, sino el reflejo de un dragón. Tenía feroces ojos amarillos brillantes y escamas rojas antiguas, y sintió como la sangre se le enfriaba al verlo abrir su boca mientras le rugía.

Kyra, asustada, soltó un grito esperando ver un dragón a su lado. Miró todo en derredor pero no halló nada.

Solo estaban ella y Leo que gemía suavemente.

Kyra se volteó y volvió a mirar el lago, pero esta vez solo encontró su reflejo.

El corazón le golpeó en el pecho. ¿Había sido un efecto de la luz? ¿O su propia imaginación? Por supuesto, no podría haber sido posible, los dragones no habían venido a Escalon en mil años. ¿Estaba perdiendo la cordura? ¿Qué significaba todo esto?

Kyra se estremeció al escuchar un ruido aterrador lejos en el bosque, algo como un aullido, o posiblemente un cacareo. Leo lo escuchó y se volteó gruñendo erizando el pelo. Kyra examinó el bosque y en la distancia vio un débil resplandor detrás de la línea de árboles. Era como si hubiera una fogata, pero no había fuego. Solo un misterioso resplandor blanco.

Kyra sintió como el pelo de la nuca se le erizaba mientras sentía como si otro

mundo la estuviera vigilando. Sentía como si hubiera abierto el portal hacia el otro mundo. Tanto como cada parte de ella le pedía voltearse y correr, se encontró hipnotizada, su cuerpo actuando por cuenta propia mientras se levantaba y empezaba a caminar hacia la luz.

Kyra atravesó la colina junto con Leo, con el resplandor volviéndose más brillante mientras pasaban los árboles. Finalmente llegó a la cresta y, al hacerlo, se detuvo en seco, horrorizada. Delante de ella, en un pequeño claro, estaba una imagen que nunca se hubiera esperado, y una que nunca olvidaría.

Una anciana, con rostro más blanco que la nieve, grotesca, cubierta de verrugas y cicatrices, miraba hacia abajo hacia lo que parecía ser un fuego delante de ella acercando sus arrugadas manos. Pero el fuego emitía un blanco brillante y no había troncos debajo de este. Miró arriba hacia Kyra con ojos azules como de hielo, ojos sin blancos, todo color, y sin pupilas. Era lo más espantoso que Kyra jamás había visto, y su corazón se congeló dentro de ella. Todo su ser le decía que se volteara y corriera, pero no pudo controlarse al seguir acercándose.

—La Luna de Invierno, —dijo la anciana con una voz extrañamente profunda—. Cuando los muertos no están totalmente vivos y los vivos no están totalmente muertos.

—¿Y tú de cuál eres? —preguntó Kyra acercándose.

La mujer se rio con un horrible sonido que le dio escalofríos. Leo gruñó a su lado.

—La pregunta es, —dijo la mujer—, ¿de cuál eres tú?

Kyra frunció el ceño.

—Yo estoy viva, —insistió.

—¿Lo estás? A mis ojos, tú estás más muerta que yo.

Kyra se preguntó a qué se refería y sintió que era un reproche, una reprimenda por no ir adelante valerosa y siguiendo su propio corazón.

—¿Qué es lo que buscas, valiente guerrero? —preguntó la mujer.

El corazón de Kyra se aceleró con el término y se sintió envalentonada.

—Quiero una mayor vida, —dijo—. Quiero ser un guerrero. Como mi padre.

La anciana volvió a mirar hacia la luz y Kyra sintió un alivio cuando sus ojos dejaron de mirarla. Cayó un gran silencio entre ellas mientras Kyra esperaba confundida.

Finalmente, al ver que el silencio parecía extenderse para siempre, el corazón de Kyra se sumió en la decepción. Tal vez la mujer no respondería. O tal vez su deseo no era posible.

—¿Puedes ayudarme? —preguntó Kyra al fin—. ¿Puedes cambiar mi destino?

La mujer la volvió a mirar con ojos encendidos, intensos, aterradores.

—Elegiste una noche en la que todo es posible, —respondió lentamente—. Si deseas algo con la fuerza suficiente, puedes tenerlo. La pregunta es: ¿qué estás dispuesta a sacrificar por ello?

Kyra pensó, su corazón latiendo con las posibilidades.

—Daré cualquier cosa, —dijo—. *Lo que sea.*

Hubo otro gran silencio y el viento aullaba. Leo empezó a gimotear.

—Todos nacemos con un destino, —dijo finalmente la anciana—. Pero también debemos elegirlo por nosotros mismos. El destino y el libre albedrío realizan una danza durante toda tu vida. Hay una constante batalla entre los dos. Qué lado ganará... bueno, eso depende.

—¿Depende de qué? —preguntó Kyra.

—Tu fuerza de voluntad. Qué tan desesperadamente quieres algo, y lo bendecida que seas por Dios. Y tal vez más que nada, de lo que estés dispuesta a sacrificar.

—Sacrificaré, —dijo Kyra sintiendo la fuerza elevándose dentro de ella—. Lo sacrificaré *todo* con tal de no vivir la vida que otros han preparado para mí.

En el largo silencio que le siguió, la mujer vio a Kyra a los ojos con tal intensidad que Kyra casi tuvo que voltearse.

—Júramelo, —dijo la anciana—. En esta noche, júrame que pagarás el precio.

Kyra se acercó solemnemente con el corazón golpeándole el pecho, sintiendo que su vida estaba a punto de cambiar.

—Lo *juro*, —proclamó, diciéndolo más en serio que cualquier otra palabra que había dicho en su vida.

La seguridad de su tono cortó el aire, su voz cargando una autoridad que incluso la sorprendió a ella.

La anciana la miró y, por primera vez, asintió con la cabeza mientras su rostro se transformaba en lo que parecía ser una mirada de respeto.

—Serás un guerrero, y aún más, —proclamó la mujer fuertemente levantando las palmas a sus lados, con su voz retumbando más y más fuerte mientras continuaba—. Serás el más grande de todos los guerreros. Mayor que tu padre. Y todavía más, serás un gran gobernante. Alcanzarás un poder más allá de lo que puedas soñar. Naciones enteras mirarán hacia ti.

El corazón de Kyra golpeaba en su pecho al escuchar la proclamación de la mujer dicha con tal autoridad, como si ya hubiera sucedido.

—Pero también serás tentada por la oscuridad, —continuó la mujer—. Habrá una gran batalla dentro de ti, oscuridad peleando con luz. Si puedes derrotarte a ti misma, entonces el mundo será tuyo.

Kyra se quedó allí, tambaleándose, sin dar crédito a todo. ¿Cómo era posible? Seguramente tenía a la persona equivocada. Nunca nadie le había dicho que sería importante, que sería una persona especial. Todo parecía tan extraño para ella, tan inalcanzable.

—¿Cómo? —preguntó Kyra—. ¿Cómo es esto posible? Solo soy una chica.

La mujer sonrió con una terrible sonrisa maligna que Kyra recordaría toda su vida. Se acercó, tan cerca que Kyra se estremeció de miedo.

—A veces, —la anciana sonrió—, tu destino te espera justo a la vuelta de la esquina, esperando tu próximo respiro.

De repente hubo un resplandor de luz y Kyra se cubrió los ojos mientras Leo gruñía y se abalanzaba sobre la anciana.

Cuando Kyra abrió los ojos, la luz había desaparecido. La mujer se había ido y Leo saltaba en el vacío. En el claro del bosque no había nada más que oscuridad.

Kyra miró a todos lados impactada. ¿Se lo habría imaginado todo?

De repente, como respondiendo a sus pensamientos, se oyó un chillido primordial horrible como si los cielos mismos se lamentaran. Kyra se congeló en su lugar y pensó en el lago, en su reflejo.

Pues aunque nunca había visto uno con sus propios ojos ella sabía, simplemente *sabía* que era el sonido de un dragón; que la estaba esperando pasando el claro.

Allí de pie sola y sin la mujer, Kyra sintió cómo se tambaleaba tratando de procesar todo lo que había pasado, lo que podría significar. Pero más que nada, trató de entender ese sonido. Fue un rugido, un sonido que nunca antes había escuchado, tan primitivo como si estuviera naciendo la tierra. La aterrorizó y la atrajo al mismo tiempo, dejándola sin otro lugar al que ir. Resonó dentro de ella de una manera que no pudo entender, y se dio cuenta de que era un sonido que había estado escuchando en algún rincón de su cabeza toda su vida.

Kyra se apresuró entre el bosque con Leo a su lado, tropezando con nieve hasta las rodillas y con ramas golpeándole el rostro sin que le importara, sintiendo la urgencia de alcanzarlo. Pues al escuchar el rugido otra vez, Kyra se dio cuenta de que era un llamado por ayuda.

Supo que el dragón estaba muriendo y que necesitaba ayuda urgente.

CAPÍTULO DIEZ

Merk estaba en el claro del bosque, con un hombre muerto a sus pies y mirando a los otros siete ladrones boquiabiertos. Ahora tenían una mirada de respeto y miedo en sus ojos, claramente dándose cuenta del error que habían cometido al confundirlo con otro viajero indefenso.

—Estoy cansado de matar, —dijo Merk calmadamente y con una sonrisa en el rostro—, así que hoy es su día de suerte. Tienen una oportunidad para voltearse y correr.

Un largo y tenso silencio cayó sobre ellos mientras se miraban el uno al otro tratando de decidir qué hacer.

—Mataste a nuestro amigo, —dijo uno.

—Tu *examigo*, —lo corrigió Merk—. Y si sigues hablando, te sucederá lo mismo. El ladrón frunció el ceño y levantó su mazo.

—Aún hay siete de nosotros y tú estás solo. Baja el cuchillo lentamente y levanta las manos y tal vez no te cortemos en pedazos.

Merk sonrió aún más. Se dio cuenta que estaba cansado de resistir las ganas de matar, de resistirse a quien era. Era mucho más sencillo el dejar de resistirse, volver a ser el asesino que era.

—Tuvieron su advertencia, —dijo sacudiendo la cabeza.

El ladrón se abalanzó levantando su mazo y tratando de golpear desesperadamente.

Merk se sorprendió. Para un hombre grande, lanzaba golpes más rápido de lo que se hubiera imaginado. Pero era torpe y Merk simplemente se agachó, lo apuñaló en el estómago y se hizo a un lado dejándolo caer de cara al piso.

Otro ladrón avanzó levantando su daga y apuntando al hombro de Merk, pero Merk lo desvió tomando su muñeca y le encajó su propia daga en el corazón.

Merk observó a un ladrón apuntando con su arco, así que rápidamente tomó a otro ladrón que se acercaba y lo volteó convirtiéndolo en escudo humano. Su rehén soltó un gemido mientras la flecha le atravesaba el pecho.

Merk entonces arrojó al hombre hacia adelante hacia el que tenía el arco, bloqueando el disparo y después sacando su daga y lanzándola. Giró atravesando todo el claro hasta que se encajó en el cuello del hombre matándolo.

Eso dejó a tres hombres quienes ahora miraban a Merk con rostros confundidos, como debatiendo si deberían atacar o correr.

—¡Nosotros somos tres y el solo uno! —dijo uno de ellos—. ¡Ataquemos juntos!

Todos atacaron a la vez y Merk se quedó ahí, esperando, relajado. No tenía arma y así es como él lo quería; había aprendido que a veces la mejor forma de matar enemigos, especialmente al ser superado en número, era utilizar sus propias armas contra ellos.

Merk esperó a que lo atacara el primero, un muchacho torpe que blandía una

espada, todo poder y nada de técnica. Merk se hizo a un lado, tomó al muchacho por la muñeca, la rompió, y le quitó el arma cortándole la garganta. Al venir el otro Merk se dio la vuelta y lo cortó a través del pecho. Entonces se giró para mirar al tercer ladrón y lanzó espada, movimiento que el hombre no se esperaba. Esta giró y se introdujo en el pecho del hombre, haciendo que cayera de espaldas.

Merk se quedó de pie observando a los ocho hombres muertos, analizando su trabajo con el ojo de un asesino profesional. Al hacerlo se dio cuenta de que uno de ellos, el que tenía el mazo, seguía vivo retorciéndose en su estómago. El viejo Merk tomó el control y no pudo resistirse al acercarse al hombre, aún insatisfecho. *No dejes enemigos vivos. Nunca. No dejes que vean tu rostro.*

Merk caminó casualmente hacia el ladrón, lo alcanzó con su bota y lo pateó dándole la vuelta hasta que quedó de espaldas. El ladrón lo miró sangrando por la boca con ojos llenos de miedo.

—Por favor... no lo hagas, —le rogó—. Yo te habría dejado ir.

Merk sonrió.

—¿De veras? —preguntó—. ¿Habría sido antes o después de torturarme?

—¡Por favor! —gritó el hombre empezando a llorar—. ¡Dijiste que habías renunciado a la violencia!

Merk se hizo para atrás y pensó en ello.

—Tienes razón, —dijo.

El hombre lo miró otra vez con esperanza en sus ojos.

—Lo hice, —añadió Merk—. Pero lo que sucede, es que hoy ustedes despertaron algo en mí, algo que preferiría se hubiera quedado dormido.

—¡Por favor! —dijo el hombre sollozando.

—Me pregunto, —dijo Merk pensativo—, ¿cuántas mujeres y niños inocentes has matado en este camino?

El hombre continuó sollozando.

—¡RESPÓNDEME! —gritó Merk.

—¿Qué importa? —respondió el hombre entre sollozos.

Merk bajó la punta de su espada hacia el cuello del hombre.

—Importa para mí, —dijo Merk—, importa mucho.

—¡Bien, bien! —dijo—. No lo sé. ¿Docenas? ¿Cientos? Es lo que he estado haciendo toda mi vida.

Merk pensó en ello; por lo menos era una respuesta honesta.

—Yo mismo he matado a muchos hombres en la vida, —dijo Merk—. No de todos estoy orgulloso, pero todo fue con una causa, con un propósito. A veces me engañaban para que matara a un inocente pero en esos casos, siempre mataba a la persona que me había contratado. Nunca maté a mujeres, y nunca maté a niños. Nunca cacé a los inocentes o indefensos. Nunca robé y nunca hice trampa. Creo que esto me hace algo así como un santo, —dijo Merk riendo con su propia broma.

Suspiró.

—Pero *tú*, —continuó—, tú eres basura.

—¡Por favor! —gritó el hombre—. ¡No puedes matar a un hombre desarmado!

Merk pensó en ello.

—Tienes razón, —dijo y observó alrededor—. ¿Vez esa espada a tu lado? Tómalas.

El hombre miró a su lado con miedo en sus ojos.

—No, —dijo temblando.

—Tómala, —dijo Merk empujando la punta de su espada en el cuello del hombre—, o te mato.

El ladrón finalmente la alcanzó y agarró la empuñadura de la espada sosteniéndola con manos temblorosas.

—¡No puedes matarme! —gritó el hombre de nuevo—. ¡Juraste no volver a matar!

Merk sonrió todavía más y, en un solo movimiento, introdujo su espada en el pecho del hombre.

—Lo mejor de empezar de nuevo, —dijo Merk—, es que siempre hay un mañana.

CAPÍTULO ONCE

Kyra se apresuró entre la nieve, empujando las gruesas ramas en su camino, con el lamento del dragón aún haciendo eco en sus oídos, y se apresuró al claro cuando de repente se detuvo en seco. Toda su anticipación no la pudo preparar para lo que ahora veía enfrente de ella.

Se quedó sin aliento —no por la tormenta o el frío o el viento— por lo que miraba, algo que nunca había visto antes en su vida. Había escuchado las historias noche tras noche en la habitación de su padre, las antiguas leyendas de dragones, y se preguntaba si eran verdad. Había tratado de imaginarlos en su mente, se había quedado despierta muchas noches tratando de visualizar, y aun así no podía creer que fuera cierto.

Hasta ahora.

Pues delante de ella, apenas a veinte pies de distancia, Kyra se paralizó al encontrarse cara a cara con un dragón vivo verdadero. Era aterrador y sin embargo magnífico. Gemía mientras estaba de lado tratando sin éxito de levantarse, moviendo un ala y con la otra pareciendo estar rota. Era inmenso, masivo, con cada una de sus escamas color rojo escarlata del tamaño de ella. Kyra se dio cuenta de las docenas de árboles caídos y comprendió que debió haber caído del cielo creando este claro. Se encontraba en un banco de nieve empinado cerca de un río brotante.

Al observarlo boquiabierto, Kyra trató de procesar lo que veía. Un dragón. Aquí, en Escalon. En Volis, en el Bosque de las Espinas. No era posible. Ella sabía que los dragones vivían en el otro lado del mundo, y nunca en su vida, o en la vida de su padre, o en la del padre de su padre, se había visto uno en Escalon, mucho menos cerca de Volis. No tenía sentido.

Parpadeó varias veces y se talló los ojos pensando que debía ser una ilusión.

Pero ahí estaba, gimiendo de nuevo, encajando sus garras en la nieve manchada de rojo con su sangre. Definitivamente estaba herido. Y definitivamente era un dragón.

Kyra sabía que debía voltearse y correr, y parte de ella quería hacerlo; después de todo, este dragón seguramente podría matarla con un simple suspiro, y mucho más con un golpe de sus garras. Había escuchado cuentos del daño que podría causar un dragón, de su odio por la humanidad, de su habilidad de destrozar a una persona en un parpadeo, o de eliminar una aldea entera con un suspiro.

Pero algo dentro de Kyra la hizo no moverse. No supo si era valor o tontedad o su propia desesperación, o algo más profundo. Pues en el fondo, tan descabellado como sonara, sintió una conexión primitiva con esta criatura que no pudo entender.

Parpadeó lentamente mirando a Kyra con la misma sorpresa y, mientras lo hacía, lo que aterrizó más a Kyra no fueron sus colmillos o sus garras o su tamaño, sino sus ojos. Eran enormes orbes amarillos brillantes, tan feroces, tan antiguos, tan conmovedores, y la miraban directo a los ojos. El vello de sus brazos se levantó al

darse cuenta de que eran los mismos ojos que había visto en su reflejo en el Lago de los Sueños.

Kyra se preparó esperando ser asesinada, pero el dragón no lanzó fuego. En vez de eso, simplemente la miraba. Estaba sangrando y la sangre bajaba por la nieve hasta el río, y a Kyra le dolía verlo. Quería ayudarlo y, lo que era más, estaba obligada a hacerlo. Cada clan en el reino tenía un juramento que regía sus vidas, una ley familiar sagrada que tenían que mantener bajo el riesgo de atraer una maldición a sus familias. La ley de su familia, pasada generación tras generación, era nunca matar a un animal herido, de hecho, era la propia insignia de la casa de su padre: un caballero sosteniendo a un lobo. Su familia lo había llevado más allá al pasar las generaciones, tomando como ley el ayudar a cualquier animal herido que se encontraran.

Mientras Kyra observaba cómo respiraba con dificultad, su corazón se conmovió y pensó en la obligación de su familia. Sabía que el volverle la espalda causaría una terrible maldición sobre su familia, y tomó la determinación de ayudarlo a recuperarse sin importar el costo.

Mientras Kyra se quedaba allí incapaz de moverse, se dio cuenta de que no podía irse por otra razón: sintió una conexión más fuerte con esta bestia que con cualquier otro animal que se había encontrado, incluso más que con Leo que era como un hermano para ella. Sentía como si se acabara de reunir con un viejo amigo perdido. Podía sentir el tremendo poder y orgullo y fiereza del dragón, y tan solo el estar al lado de él la inspiraba. La hizo sentir como si el mundo fuera mucho más grande.

Mientras Kyra estaba en la orilla del claro debatiendo sobre qué hacer, se sorprendió por el sonido de una rama quebrándose junto con una risa, la risa de un hombre cruel. Al observar se asombró de ver a un soldado vestido con una armadura escarlata y finas pieles de los Hombres del Señor salir hacia el claro, portando una lanza y parándose junto al dragón.

Kyra se estremeció mientras el soldado lastimaba al dragón en una de sus costillas haciéndolo gemir y retorcerse; sintió como si la hubieran acuchillado a ella misma. Claramente el soldado estaba tomando ventaja de esta criatura herida, preparándose para matarla pero torturándola primero. El pensamiento torturó a Kyra.

—¡Mi hacha, muchacho! —gritó el soldado.

Un chico de unos trece años entró cuidadoso en el claro guiando a un caballo. Parecía un escudero y se acercaba aterrorizado mientras vigilaba con cuidado al dragón. Hizo como se le ordenó y sacó una larga hacha de la montura y la puso en la mano de su amo.

Kyra observaba con una sensación de temor mientras el soldado se acercaba con la hoja brillando en la luz de la luna.

—Yo diría que este será un gran trofeo, —dijo claramente orgulloso de sí mismo—. Cantarán canciones acerca de mí por generaciones, esta es la mejor presa que existe.

—¡Pero tú no lo mataste! —protestó el escudero—. ¡Lo encontraste herido!

El soldado se volteó y levantó la espada hacia el cuello del chico amenazándolo.

—Yo lo *maté* chico, ¿entendido?

El chico tragó saliva y asintió lentamente.

El soldado regresó hacia la bestia, levantó su hacha y examinó el cuello expuesto del dragón. El dragón trató de alejarse, de levantarse, pero no pudo hacerlo.

El dragón de repente se volteó y miró directamente a Kyra como si la hubiera recordado, con sus ojos amarillos brillantes y ella se dio cuenta de que estaba rogándole.

Kyra no pudo resistirse más.

—¡NO! —gritó.

Sin pensarlo, Kyra corrió hacia el claro bajando por la cuesta, resbalando en la nieve con Leo a su lado. No se detuvo a pensar que una confrontación con un Hombre del Señor era un crimen castigado con la muerte, o que estaba sola y expuesta, que sus acciones podían hacer que la mataran. Pensaba solo en salvar la vida del dragón, en proteger lo que era inocente.

Mientras se apresuraba adelante, de manera instintiva sacó el arco de sus hombros, colocó una flecha y apuntó hacia el Hombre del Señor.

El soldado miró paralizado al encontrarse con otra persona aquí, en medio de la nada, mucho más al ser una chica apuntándole con un arco. Se quedó parado sosteniendo su hacha, y entonces la bajó lentamente mientras se volteaba y la encaraba.

Los brazos de Kyra se estrecharon mientras sostenía la cuerda del arco y apuntaba al pecho del hombre, sin querer disparar si no tenía que hacerlo. Nunca antes había matado a un hombre, y no estaba segura si podría.

—Baja tu hacha, —le ordenó utilizando su voz más feroz. Deseaba en un momento como este poseer la voz profunda y demandante de su padre.

—¿Y quién me lo ordena? —dijo el hombre con voz burlona, pareciendo divertirse.

—Soy Kyra, —respondió—, hija de Duncan, *Comandante* de Volis. —Añadió esta última parte con énfasis esperando que esto lo hiciera retroceder.

Pero el solo sonrió aun más.

—Un título sin valor, —respondió—. Ustedes son siervos de Pandesia, igual que el resto de Escalon. Tú le respondes al Señor Gobernador; al igual que todos.

La examinó de arriba a abajo y se lamió los labios, entonces dio un paso amenazante hacia ella claramente sin tener miedo.

—¿Sabes cuál es el castigo por apuntar con un arma a un Hombre del Señor, chica? Podría meterlos en prisión a ti y a tu padre y a toda tu gente solo por esto.

El dragón de repente respiró más fuerte, con dificultad, y el soldado se volteó observándolo y recordando. Claramente estaba tratando de respirar fuego, pero no podía.

El soldado volvió a mirar a Kyra.

—¡Tengo trabajo que hacer! —le dijo impaciente—. Este es tu día de suerte. Vete corriendo para con tu padre y siéntete afortunada de que te deje vivir. ¡Ahora lárgate!

Le dio la espalda burlonamente, ignorándola completamente como si fuera inofensiva. De nuevo levantó su hacha acercándose más y la puso en el cuello del dragón.

Kyra sintió que se ruborizaba de rabia.

—¡No te lo volveré a advertir! —le dijo con una voz más baja y con más determinación que la sorprendió hasta a ella.

Tiró un poco más de su arco y el soldado se volteó y la miró, y esta vez no sonrió como dándose cuenta de que hablaba en serio. Kyra se confundió al ver que la miraba por encima de su hombro, como si observara algo detrás de ella. Entonces de repente detectó movimiento con la esquina de su ojo, pero era muy tarde.

Kyra sintió un golpe viniendo de un costado. Salió volando hacia un lado y soltó su arco con la flecha disparando hacia el aire, mientras un cuerpo pesado caía sobre ella y la derribaba hacia el suelo. Cayó en nieve tan profunda que apenas podía respirar.

Desorientada, Kyra buscó llegar a la superficie y se dio cuenta que había un soldado encima de ella manteniéndola en el suelo. Vio a cuatro de los Hombres del Señor parados junto a ella y entonces se dio cuenta: había más de ellos escondiéndose en el bosque. Supo que había sido estúpido de su parte el pensar que el soldado estaba solo. Estos hombres debieron andar por ahí todo el tiempo. Por fin se dio cuenta de que esta era la razón por la que el soldado estaba tan relajado, incluso con un arco apuntándole.

Dos de los hombres la pusieron de pie con rudeza, mientras los otros dos se acercaban. Tenían apariencia cruel con rostros groseros, sin afeitar, con sed de sangre, o peor. Uno empezó a quitarle el cinturón.

—¿Conque eres una chica con un arco? —preguntó uno burlándose.

—Debiste haberte quedado en casa en el fuerte de tu padre, —dijo otro.

Apenas había terminado de hablar cuando se escuchó un gruñido y Leo saltó de entre la nieve atacando a uno y tirándolo.

Otro de los hombres se volteó y pateó a Leo, pero Leo se volteó y mordió su tobillo derribándolo. Leo atacó a los dos soldados gruñendo y mordiendo mientras lo pateaban.

Pero los otros dos soldados se mantuvieron concentrados en Kyra, y con Leo casi amarrado sintió una ola de pánico. Pero de manera extraña, a pesar de las circunstancias, se dio cuenta de que no sentía pánico por ella sino por el dragón. Con la esquina de su ojo vio cómo el primer soldado levantaba su hacha de nuevo y se acercaba al dragón, y sabía que en solo un momento estaría muerto.

Kyra reaccionó instintivamente. Mientras uno de los soldados momentáneamente soltaba un poco el agarre en su brazo distraído por Leo, ella alcanzó el bastón que estaba enfundado en su espalda y lo bajó en ángulo con increíble velocidad. Golpeó a

uno de ellos perfectamente en el punto de presión en la sien derribándolo antes de que pudiera reaccionar.

Entonces volvió a tomar el bastón, deslizó su agarre hasta arriba para poder usarlo como arma a corta distancia y golpeó al otro soldado en el puente de la nariz. Él gimió derramando sangre y cayó sobre sus rodillas.

Kyra sabía que esta era su oportunidad de acabar con estos dos hombres. Ahora estaban derribados y Leo seguía peleando con los otros dos.

Pero su corazón seguía con el dragón, era todo en lo que podía pensar, y sabía que no había mucho tiempo. Así que en vez de eso buscó su arco, lo levantó, colocó una flecha y sin mucho tiempo para pensar y mucho menos para apuntar se preparó para disparar. Tenía un solo disparo y sabía que tendría que ser certero. Sería su primer disparo en acción, en batalla real, en la oscuridad, con la nieve y el viento, entre árboles y ramas y con un objetivo a veinte yardas de distancia. Sería el primer disparo en el que se jugara la vida.

Kyra invocó todo su entrenamiento, los largos días y noches de práctica, todo lo que tenía dentro y se obligó a concentrarse. Se obligó a convertirse en uno con su arma.

Kyra estiró y soltó, y el tiempo se detuvo mientras observaba la flecha volar con un silbido, sin certeza de que impactaría. Había muchas variables en juego, desde las ráfagas de viento, las ramas que se mecían, sus manos congeladas y hasta el movimiento del soldado.

Kyra escuchó con satisfacción el golpe de su flecha en el blanco y oyó al soldado gemir. Observó su rostro a la luz de la luna contorsionarse por el dolor, y vio cómo soltaba su hacha de manera inofensiva y caía muerto.

El dragón miró hacia Kyra y sus ojos se encontraron. Sus grandes ojos amarillos que brillaban incluso de noche parecían reconocer lo que había hecho, y en ese momento sintió como que él sabía que ella lo había salvado, y que acababan de hacer una conexión para toda la vida.

Kyra se quedó sorprendida apenas creyendo lo que acababa de hacer. ¿En realidad había matado a un hombre? Y no a cualquier hombre, a un Hombre del Señor. Había roto la ley sagrada de Escalon. Era un acto del que no se podía regresar, un acto que provocaría una guerra y afectaría a toda su gente. ¿Qué es lo que había hecho?

Pero aun así, no se arrepentía ni tenía dudas sobre lo que había hecho. Sentía como si hubiera caminado hacia su destino.

Un dolor punzante en la mandíbula la regresó a su situación mientras Kyra sentía unos nudillos gruesos y callosos chocando contra su piel. Su mundo se llenó de dolor mientras tropezaba por el golpe en el rostro y cayó en la nieve de manos y rodillas con el mundo dándole vueltas. Antes de que pudiera recuperarse sintió una patada en las costillas, y entonces sintió a un segundo soldado derribándola y sosteniendo su rostro contra la nieve.

Kyra trataba de recuperar el aliento mientras otro soldado la ponía de pie. Ahora

se encaraba a los dos hombres que había dejado vivir. Leo gruñía pero aún seguía peleando con los otros dos. Un soldado sangraba de la nariz y el otro de la sien, y Kyra se dio cuenta de que debió haberlos matado cuando tuvo la oportunidad. Trató con todas sus fuerzas de liberarse, pero sin resultados. Podía ver la mirada asesina en sus ojos.

Uno de ellos echó una mirada a su comandante muerto, y entonces se acercó y se rio.

—Felicidades, —dijo—. Por la mañana, tu fortaleza y tu gente serán arrasados.

La golpeó con el dorso de la mano y su rostro se llenó de dolor mientras se desmoronaba.

El otro soldado la tomó firmemente y acercó su daga a su cuello, mientras el otro tomaba la hebilla de su cinturón.

—Antes de que mueras, vas a recordarnos, —dijo—. Será la última memoria de tu corta vida.

Kyra escuchó un gemido y vio cómo uno de los soldados apuñalaba a Leo. Hizo una mueca como si la hubieran apuñalado a ella, pero Leo, sin miedo, se volteó y encajó los dientes en la muñeca del soldado.

Kyra sintió la daga en su cuello y sabía que estaba sola. Pero en vez de miedo se sintió liberada. Sintió su furia, su deseo de venganza contra los Hombres del Señor crecer dentro de ella. En este hombre tenía un blanco perfecto. Puede que perdiera, pero no perdería sin dar pelea.

Esperó hasta el último momento en el que el soldado se acercó tomándola de la ropa, entonces se plantó en un pie, se dobló hacia atrás y usó su increíble flexibilidad para lanzar una patada directamente hacia arriba con toda su fuerza.

Kyra sintió su pie impactar con gran fuerza entre las piernas del hombre y lo vio gemir y caer de rodillas sabiendo que había sido un golpe perfecto. Al mismo tiempo, Leo se liberó de sus atacantes y se abalanzó sobre el hombre que había caído hundiéndolo en sus colmillos en su garganta.

Se volvió para enfrentarse al único soldado que seguía de pie, y este sacó una espada y la encaró. Kyra levantó su bastón de la nieve y se preparó; el soldado rio.

—Un bastón contra una espada, —se burló—. Mejor ríndete ahora y tu muerte no será tan dolorosa.

Él atacó y lanzó un golpe y, mientras lo hacía, los instintos de Kyra se activaron; se imaginó de nuevo en el campo de entrenamiento. Mientras él atacaba ella esquivaba a izquierda y derecha utilizando su velocidad como ventaja. El soldado era grande y fuerte y tenía una pesada espada, pero ella era ligera y sin pesos, y mientras él se abalanzaba con un golpe particularmente feroz tratando de partirla por la mitad, ella se movió y lo dejó sin equilibrio; ella giró su bastón y lo golpeó en la muñeca haciendo que soltara la espada perdiéndola en la nieve.

Él la miró sorprendido, y entonces rio y atacó solo con sus manos tratando de derribarla. Kyra esperó y en el último momento se agachó y levantó la punta de su

bastón directamente hacia arriba impactando con la barbilla. El golpe hizo que se le doblara todo el cuello hacia atrás y lo mandó de espaldas a la nieve, dejando de moverse. Leo se lanzó sobre él y encajó sus colmillos en el cuello asegurándose de que estuviera muerto.

Kyra, asumiendo que todos sus atacantes estaban muertos, se confundió al escuchar movimiento detrás de ella. Se volteó y vio a uno de los soldados a los que Leo había atacado otra vez de pie, cojeando hasta su caballo y sacando una espada de la montura. El soldado se apuró hacia Leo que aún tenía sus colmillos en el cuello del otro soldado y dándole la espalda.

El corazón de Kyra se aceleró; estaba muy lejos para llegar a tiempo.

—¡LEO! —gritó.

Pero Leo, ocupado gruñendo, no se dio cuenta.

Kyra sabía que tendría que tomar una acción drástica o vería a Leo ser asesinado delante de sus ojos. Su arco aún estaba en la nieve y muy lejos de ella.

Pensó con rapidez. Levantó su bastón y lo rompió con la rodilla partiéndolo en dos. Tomó una de las mitades con la punta afilada, apuntó, se hizo para atrás y la arrojó como una lanza.

Silbó en el aire y ella rogaba por que diera en el blanco.

Kyra respiró con alivio al ver como atravesaba el cuello del soldado justo antes de que alcanzara a Leo. El hombre se tambaleó y cayó a los pies de Leo, muerto.

Kyra se quedó en silencio respirando con dificultad y viendo la matanza a su alrededor, con los cinco Hombres del Señor derribados en la nieve manchada de sangre, y apenas podía creer lo que había hecho. Pero antes de que pudiera procesarlo, de repente detectó movimiento con la esquina de su ojo. Se volteó y miró al escudero que corría hacia su caballo.

—¡Espera! —gritó Kyra.

Sabía que tenía que detenerlo. Si regresaba con el Señor Gobernador le diría todo lo que había pasado. Sabrían que había sido ella la que había hecho todo esto y su padre y su familia serían asesinados.

Kyra levantó su arco, apuntó, y espero hasta tener un buen disparo. Finalmente el muchacho salió al claro, y mientras las nubes se abrían dejando la luna brillar, tuvo su oportunidad.

Pero no pudo disparar. Después de todo, el chico no había hecho nada, y algo dentro de ella simplemente no podía matar a un chico inocente.

Kyra bajó su arco con manos temblorosas y lo vio alejarse, sintiéndose enferma sabiendo que sería su sentencia de muerte. Seguramente se desataría una guerra por esto.

Con el escudero escapando, Kyra sabía que tenía poco tiempo. Debería correr entre el bosque hacia la fortaleza de su padre y advertirles a todos de lo que había pasado. Necesitarían tiempo para prepararse para la guerra, para sellar la fortaleza, o para correr por sus vidas. Sintió un terrible sentimiento de culpa pero, al mismo

tiempo, de deber.

Pero Kyra no podía ir a ningún lado. En cambio, se quedó allí y observó hipnotizada como el dragón batió su buena ala y le devolvió la mirada. Sintió que debía estar a su lado.

Kyra caminó rápidamente a través de la nieve por la orilla hacia el río hasta que estuvo enfrente del dragón. Este levantó su cuello solo un poco y ella lo observó, mirando sus ojos, y el dragón le devolvió la mirada con una expresión inescrutable. En su mirada Kyra parecía detectar gratitud, pero también furia. No podía entenderlo.

Kyra se acercó con Leo gruñendo a su lado, hasta que estaba a solo unos pies. Apenas si podía respirar. No podía creer que estuviera parada tan cerca de una criatura tan magnífica. Sabía lo peligroso que era esto, que el dragón podría matarla en cualquier momento si así lo deseaba.

Kyra levantó su mano lentamente incluso cuando el dragón parecía estar molesto, y con el corazón latiendo de miedo lo alcanzó y tocó sus escamas. Su piel era tan áspera, tan gruesa, tan primitiva, era como tocar el inicio del tiempo. Su mano temblaba mientras sus dedos lo tocaban, y no por el frío.

Su presencia aquí era todo un misterio y su mente se apresuraba con un millón de preguntas.

—¿Qué es lo que te lastimó? —preguntó Kyra tocando las escamas—. ¿Qué estás haciendo en esta parte del mundo?

Hubo un sonido como un gruñido desde lo profundo de su garganta y Kyra quitó su mano atemorizada. No podía entender a esta bestia, e incluso cuando acababa de salvarle la vida, Kyra de repente sintió como que era una muy mala idea estar tan cerca de él.

El dragón miró a Kyra y lentamente levantó una garra afilada hasta que tocó el cuello de Kyra. Kyra se quedó paralizada, aterrada, preguntándose si le cortaría el cuello.

Algo brilló en sus ojos y pareció cambiar de opinión. Retiró su garra y entonces, para su sorpresa, en un movimiento rápido cortó hacia abajo.

Kyra sintió un dolor agudo y gimió mientras la garra cortaba su mejilla, sacando sangre. Era solo un rasguño, pero Kyra sabía que era suficiente para dejar una cicatriz.

Kyra se tocó la herida viendo la sangre fresca en sus manos, y tuvo un gran sentimiento de traición y confusión. Volvió a ver a los ojos amarillos brillantes del dragón, llenos de desafío, y estaba perdida tratando de entender a esta criatura. ¿La odiaba? ¿Había cometido un error salvando su vida? ¿Por qué solo la había rasguñado cuando podía haberla matado?

—¿Quién eres? —le preguntó suavemente, temerosa.

Oyó una voz, una voz antigua, retumbando en su mente:

Theos.

Se sorprendió. Estaba segura de que era la voz del dragón.

Kyra esperó deseando que le dijera más, pero de repente, sin aviso, Theos rompió el silencio gimiendo y levantando la cabeza y tratando de alejarse de ella. Caía y giraba violentamente tratando con desesperación de levantarse.

Kyra no podía entender por qué.

—¡Espera! —gritó Kyra—. ¡Estás herido! ¡Déjame ayudarte!

Le dolía el verlo moverse tanto con sangre fluyendo de su herida, sin poder mover una de sus alas. Era tan grande que cada que caía levantaba una gran nube de nieve, estremecía el suelo, hacía que temblara la tierra y rompía la quietud de la noche. Trató con todas sus fuerzas de levantarse en el aire, pero no podía.

—¿A dónde deseas ir? —gritó Kyra de nuevo.

Theos se dejó caer de nuevo y esta vez bajó el empinado banco de nieve, rodando una y otra vez fuera de control incapaz de detenerse. Rodó justo hasta la rápida corriente del río.

Kyra miró con horro, sin poder ayudar, mientras el dragón se agitaba en las revueltas aguas del río.

—¡NO! —dijo apresurándose hacia abajo.

Pero no había nada que pudiera hacer. Los grandes rápidos se llevaron a Theos, agitando, chillando, río abajo, pasando por el bosque entre una curva y perdiéndose de vista.

Kyra lo vio desaparecer y mientras lo hacía, su corazón se rompió dentro de ella. Lo había sacrificado todo, su vida, el destino de su pueblo, para salvar a esta criatura, y ahora se había ido. ¿Había valido la pena todo esto? ¿Había todo esto sucedido en verdad?

Kyra se volteó y vio a los cinco hombres muertos aún en la nieve, miró a Leo, herido, a su lado; se tocó el rostro y sintió la herida en su mejilla, vio la sangre; y supo que todo había sido muy real. Había sobrevivido un encuentro con un dragón. Había matado a cinco de los Hombres del Señor.

Sabía que después de esta noche su vida no volvería a ser la misma.

Kyra notó el rastro del caballo que se metía hacia el bosque y recordó al muchacho que iba a alertar a los otros. Sabía que los Hombres del Señor vendrían por su pueblo.

Kyra se volvió y corrió dentro del bosque con Leo a su lado, determinada a volver a Volis, a alertar a su padre y a su gente, si es que no era demasiado tarde.

CAPÍTULO DOCE

Vesuvius, Rey de los Troles y Gobernador Supremo de Marda, estaba de pie en la enorme caverna debajo de la tierra en un balcón de piedra a cien pies de altura, y miraba hacia abajo examinando el trabajo de su ejército de troles. Miles de troles trabajaban en esta gran caverna subterránea, golpeando la roca con picos y martillos, destrozando tierra y piedra con el sonido de la minería pesado en el aire. Un sin fin de antorchas se alineaban en las paredes mientras que las corrientes de lava cruzaban el suelo chispeantes y emitiendo un resplandor, alumbrando la caverna y manteniéndola caliente mientras los troles sudaban y jadeaban con el calor.

Vesuvius sonreía ampliamente, con una grotesca cara de trol, deforme, dos veces el tamaño de la de un humano, con dos grandes colmillos que salían de su boca, y ojos rojos pequeños que disfrutaban viendo a las personas sufrir. Quería que su pueblo se esforzara, que trabajaran más de duro de lo que nunca lo habían hecho, pues sabía que era solo mediante un gran esfuerzo que lograría lo que sus padres no habían podido. Siendo el doble del tamaño de un trol normal y el triple del tamaño de un humano, Vesuvius era todo músculo y rabia y sabía que él era diferente, que iba a conseguir lo que los otros antes de él no habían podido. Había elaborado un plan en el que ninguno de sus ancestros había pensado, uno que le traería gloria a su nación para siempre. Sería el más grande túnel jamás creado, uno que los pasaría por debajo de Las Flamas y hasta dentro de Escalon, y con cada golpe de martillo el túnel se volvía más profundo.

Ni siquiera una vez en siglos habían conseguido crear un plan para cruzar Las Flamas en masa; en algunas ocasiones algunos troles lograban pasar, pero la mayoría morían en estas misiones suicidas. Lo que Vesuvius necesitaba era un ejército entero de troles que cruzaran juntos, de una sola vez, para destruir Escalon de una vez por todas. Sus padres no habían podido entender cómo hacerlo y se habían vuelto complacientes, resignándose a una vida en la tierra de Marda. Pero él no. Él, Vesuvius, era más sabio que sus padres, más fuerte, más determinado, y más despiadado. Un día, mientras meditaba, había pensado en que si no podía pasar por entre Las Flamas o por encima de ellas, entonces tal vez podría pasar por debajo. Captivado por la idea, había puesto su plan en marcha y no se había detenido desde entonces, juntando a miles de sus soldados y esclavos para construir lo que llegaría a ser la más grande creación del reino de los troles: un túnel por debajo de Las Flamas.

Vesuvius miraba con satisfacción mientras uno de sus capataces azotaba a un esclavo humano, uno que habían capturado en el Oeste, encadenado a los cientos de otros esclavos. El humano gritó y cayó y fue azotado hasta que murió. Vesuvius sonrió al ver que los otros humanos trabajaban más duro. Sus troles eran casi el doble del tamaño de un humano, y su apariencia era mucho más grotesca también, con músculos abultados y rostros deformes llenos de una insaciable sed de sangre. Había descubierto que los humanos eran una buena manera en la que su gente podía desatar

su violencia.

Pero mientras observaba, Vesuvius estaba frustrado: sin importar a cuantas personas esclavizara, a cuantos de sus soldados pusiera a trabajar ni qué tan duro los azotara, lo mucho que los torturara o que matara a su propia gente para motivarlos, el progreso seguía lento. La roca era muy dura y el trabajo muy extenso. Sabía que ha este paso nunca completarían el túnel en su vida, y su sueño de invadir Escalon seguiría siendo un sueño.

Por supuesto, tenían más que suficiente espacio aquí en Marda, pero no era espacio lo que Vesuvius quería. Él quería matar, subyugar a todos los humanos, tomar todo lo que era de ellos simplemente porque era divertido. Lo quería todo. Y sabía que si quería llegar a lograrlo, había llegado el tiempo para medidas más drásticas.

—¿Mi Señor y Rey? —dijo una voz.

Vesuvius se volteó viendo a varios de sus soldados de pie portando la distintiva armadura verde de la nación de los troles con su insignia, la cabeza de un jabalí rugiente con un perro en la boca, estampada en el frente. Sus hombres bajaron la cabeza por respeto mirando hacia el piso, como se les había enseñado a hacerlo en su presencia.

Vesuvius observó que llevaban a un soldado trol entre ellos, con armadura destrozada, el rostro cubierto de tierra y cenizas y con marcas de quemaduras.

—Pueden dirigirme la palabra, —ordenó.

Levantaron las barbillas lentamente y lo miraron a los ojos.

—Este fue capturado dentro de Marda, en el Bosque del Sur, —reportó uno—. Fue capturado regresando de entre Las Flamas.

Vesuvius miró por encima del soldado cautivo con grilletes y se llenó de disgusto. Cada día mandaba a hombres al oeste, a través de Marda, con la misión de atravesar Las Flamas y salir del otro lado en Escalon. Si sobrevivían el viaje se les ordenaba causar tanto terror en los humanos como pudieran. Si sobrevivían eso, entonces las órdenes eran buscar las dos Torres y robar la Espada de Fuego, un arma mítica que supuestamente mantenía Las Flamas. La mayoría de los troles nunca regresaban del viaje, eran muertos al pasar por Las Flamas o eventualmente por los humanos en Escalon. Era una misión de ida: se les ordenaba *nunca* regresar a menos que lo hicieran con la Espada de Fuego en las manos.

Pero de vez en cuando algunos troles se escabullían de vuelta, la mayoría desfigurados por su viaje entre Las Flamas, sin haber cumplido la misión pero tratando de regresar de todos modos a un lugar seguro en Marda. Vesuvius no podía soportar a estos troles a los que consideraba desertores.

—¿Y qué noticias traes del Oeste? —preguntó—. ¿Encontraste la Espada? —añadió conociendo ya la respuesta.

El soldado tragó saliva aterrorizado.

Negó con la cabeza lentamente.

—No, mi Señor y Rey, —dijo con su voz quebrándose.

Vesuvius se enfureció en silencio.

—¿Entonces por qué has regresado a Marda? —demandó.

El trol mantuvo la cabeza baja.

—Fui emboscado por un grupo de humanos, —dijo—. Fui afortunado en escapar y poder regresar aquí.

—¿Pero por qué volviste? —Presionó Vesuvius.

El soldado lo miró estando confundido y nervioso.

—Porque terminé mi misión, mi Señor y Rey.

Vesuvius se enfureció.

—Tu misión era encontrar la Espada, o morir tratando.

—¡Pero logré atravesar Las Flamas! —suplicó—. ¡Maté a muchos humanos y logré volver!

—Y dime, —Vesuvius dijo con bondad, acercándose y poniendo una mano en el hombro del trol mientras caminaba con él lentamente hacia la orilla del balcón—. ¿De verdad pensaste mientras volvías que yo te dejaría vivir?

Vesuvius entonces tomó al trol por la parte trasera de su camisa, caminó hacia adelante y lo lanzó sobre el borde.

El soldado se sacudió gritando a través del aire tanto como sus grilletes se lo permitían. Todos los soldados debajo se detuvieron y miraron hacia arriba viéndolo caer. Cayó por cien pies hasta que finalmente se detuvo con un golpe en la dura roca debajo.

Todos los trabajadores miraron a Vesuvius, y él los miraba de vuelta sabiendo que este sería un buen recordatorio para todos los que le fallaran.

Rápidamente volvieron al trabajo.

Vesuvius, aún furioso y necesitando desquitarse con alguien, volvió del balcón y caminó por las escaleras de caracol de piedra talladas en la pared del cañón seguido por sus hombres. Quería ver su progreso de cerca, y mientras estaba allá abajo, sabía que podía encontrar a un patético esclavo al que podría destrozar a golpes.

Vesuvius bajó las escaleras talladas en la negra roca descendiendo piso tras piso hasta la base de la enorme caverna que se volvía más caliente mientras más abajo se iba. Docenas de sus soldados lo seguían mientras caminaba por piso de la caverna, pasando entre corrientes de lava, entre hordas de trabajadores. Mientras lo hacía, miles de soldados y esclavos dejaban de trabajar y le abrían camino inclinando sus cabezas diferencialmente.

Aquí estaba muy caliente, con la base no solo caliente por el sudor de los hombres, sino por las corrientes de lava que corrían por la habitación y salían de las paredes, por las chispas que salían de las rocas cuando los hombres las golpeaban con sus picos y hachas. Vesuvius marchó a través del piso de la gran caverna hasta que finalmente llegó a la entrada del túnel. Se quedó de pie allí y observó: con cien pies de ancho y cincuenta pies de alto, el túnel estaba siendo cavado para que descendiera gradualmente, más y más profundo debajo de la tierra, lo suficientemente profundo

para que pudiera soportar a un ejército para cuando llegara el momento de pasar debajo de Las Flamas. Un día penetrarían Escalon, saldrían en la superficie y tomarían miles de vidas humanas. Sabía que sería el mejor día de su vida.

Vesuvius marchó hacia adelante, tomó un látigo de uno de sus soldados y empezó a azotar soldados a diestra y siniestra. Todos volvieron a trabajar golpeando la roca el doble de rápido, golpeando la dura roca negra hasta que nubes de polvo llenaban el aire. Entonces volvió a los esclavos humanos, hombres y mujeres que habían sido tomados cautivos de Escalon y que habían logrado traerlos de vuelta. Estas eran las misiones que más disfrutaba, las que solo tenían el objetivo de aterrorizar el Oeste. La mayoría de los humanos morían en el camino de vuelta; pero suficientes sobrevivían, incluso si lo hacían quemados y mutilados, y a estos los hacía trabajar hasta los huesos en sus túneles.

Vesuvius se concentraba en ellos. Puso el látigo en la mano de un humano y apuntó hacia una mujer.

—¡Mátala! —ordenó.

El humano se quedó parado, temblando, y simplemente se negó con la cabeza.

Vesuvius arrebató el látigo de su mano y en vez de eso azotó al hombre una y otra vez hasta que dejó de resistirse y murió.

Los otros volvieron a trabajar evitando su mirada, mientras que Vesuvius dejó caer el látigo respirando con dificultad y miró hacia atrás hacia la boca de la caverna. Era como mirar a su némesis. Era una creación a la mitad que no avanzaba. Todo progresaba muy lentamente.

—Mi Señor y Rey, —dijo una voz detrás de él.

Vesuvius se volteó lentamente y vio a varios de sus soldados del Mantra, su división élite de troles vestidos en armadura negra y verde reservada para las mejores tropas. Estaban ahí orgullosos sosteniendo alabardas a los lados. Estos eran los pocos troles a los que Vesuvius respetaba, y al verlos su corazón se inquietó. Solo podía significar una cosa: traían noticias.

Vesuvius había enviado al Mantra en una misión hace varias lunas: encontrar al gigante que vivía en el Gran Bosque del que se rumoreaba había matado miles de troles. Su sueño era capturar a este gigante, traerlo de vuelta, y utilizar su fuerza para completar su túnel. Vesuvius había mandado misión tras misión y nadie había regresado. Todos habían sido descubiertos muertos, matados por el gigante.

Mientras Vesuvius observaba a los hombres, su corazón latía más rápido con la esperanza.

—Hablen, —ordenó.

—Mi Señor y Rey, hemos encontrado al gigante, —reportó uno—. Lo hemos acorralado. Nuestros hombres esperan tus órdenes.

Vesuvius sonrió lentamente, complacido por primera vez desde que podía recordar. Su sonrisa creció mientras elaboraba un plan en su mente. Por fin se dio cuenta de que todo sería posible; finalmente tendría la oportunidad de atravesar Las

Flamas.

Le devolvió la mirada a su comandante, lleno de determinación, dispuesto a hacer lo que fuera.

—Llévenme a él.

CAPÍTULO TRECE

Kyra tropezaba por la nieve que le pasaba las rodillas hallando su camino por el Bosque de las Espinas apoyándose en su bastón, tratando de avanzar peleando contra lo que ya se había convertido en toda una tormenta. La tormenta arrasaba con tal fuerza que ahora penetraba las gruesas ramas del bosque, golpeando a los grandes árboles y con rachas de viento tan fuertes que casi los partían por la mitad. Las ráfagas de viento y nieve la golpeaban en el rostro limitando la visibilidad, haciendo difícil que avanzara incluso a pie. Mientras el viento arreciaba cada vez más, se le hizo difícil dar siguiera unos cuantos pasos.

La rojiza luna ya se había ido como si hubiera sido devorada por la tormenta, y ahora no tenía luz para seguir guiándose. E incluso si la tuviera, apenas si podría ver algo. Ahora todo lo que tenía para apoyarse era a Leo que caminaba despacio, herido, junto a ella, con su presencia siendo su único consuelo. Con cada paso sus pies parecían ir cada vez más profundo y se preguntaba si estaba haciendo progreso. Sintió una urgencia de volver a su gente, de advertirles, y esto hacía que cada paso fuera más frustrante.

Kyra trató de mirar hacia arriba tratando de esquivar el viento, esperando encontrar algo que la guiara, cualquier cosa, tratando de ver si estaba yendo en el camino correcto. Pero estaba perdida en un mundo de blanco. Su mejilla quemaba con el rasguño del dragón, sintiendo como si estuviera en llamas. La tocó con la mano y se manchó un poco de sangre, lo único tibio que le quedaba en el universo. No obstante, su mejilla pulsaba como si el dragón la hubiera infectado.

Cuando una ráfaga de viento particularmente fuerte la derribó de espaldas, Kyra finalmente se dio cuenta de que no podía continuar; tenía que encontrar refugio. Estaba desesperada por llegar a Volis antes que los Hombres del Señor, pero sabía que su continuaba caminando de esta manera entonces terminaría muriendo ahí. Su único consuelo era que los Hombres del Señor no serían capaces de atacar con este clima; y eso si el escudero había logrado llegar a casa.

Kyra miró alrededor buscando refugio, pero incluso eso era difícil. Viendo nada más que blanco y con el viento silbando tan fuerte que apenas si podía pensar, Kyra empezó a sentir pánico, teniendo visiones de ella y Leo congelándose ahí mismo en la nieve y sin que nadie los encontrara. Sabía que si no encontraba algo pronto, estarían muertos por la mañana. La situación se había vuelto seria y ahora estaba desesperada. Se dio cuenta que de todas las noches para dejar Volis, había elegido la peor.

Como si sintiera su nueva intuición, Leo empezó a gemir y se alejó de ella corriendo. Cruzó un claro y al llegar al otro lado empezó a cavar con fiereza en un montón de nieve.

Kyra observó curiosa mientras Leo arañaba y aullaba, cavando más y más profundo en la nieve preguntándose qué había encontrado. Finalmente lo pudo ver y se dio cuenta que había encontrado una pequeña cueva tallada en el costado de una

gran roca. Con el corazón latiéndole esperanzado se acercó y agachó descubriendo que era lo suficientemente ancho para darles refugio. También estaba encantada de ver que estaba seco y protegido del viento.

Se agachó y besó su cabeza.

—Lo conseguiste chico.

Él la lamió de vuelta.

Se arrodilló y entró a la cueva con Leo a su lado, y mientras entraba, tuvo una inmediata sensación de alivio. Finalmente había silencio; el sonido del viento se había reducido y por primera vez no le lastimaba el rostro o los oídos; por primera vez estaba seca. Pudo volver a respirar.

Kyra se arrastró en agujas de pino más y más profundo en la cueva, preguntándose qué tan profunda sería hasta que llegó a la pared del fondo. Se sentó recargada en esta y miraba hacia afuera. Ráfagas ocasionales de nieve entraban ahí pero la cueva se mantenía generalmente seca sin que pudieran llegar hasta ella. Por primera vez podía relajarse.

Leo se acurrucó a su lado con su cabeza en su regazo y ella lo acercó más a su pecho mientras se recargaba en la pared, temblando, tratando de mantenerse caliente. Le quitó la nieve de la piel tratando de que se secara y le examinó la herida. Por suerte, no era profunda.

Kyra utilizó nieve para limpiársela y él se quejó mientras ella lo tocaba.

—Shhh, —dijo.

Metió la mano en su bolsillo y le dio la última pieza de carne seca; él la comió con avidez.

Mientras se recargaba sentada en la oscuridad, escuchando al violento viento, viendo como la nieve se volvía a juntar tapándole la vista, Kyra sintió como si fuera el fin del mundo. Trató de cerrar los ojos sintiéndose cansada hasta los huesos, congelada, necesitando dormir desesperadamente, pero el rasguño en su mejilla la mantenía despierta, pulsando.

Eventualmente sus ojos se le volvieron pesados y empezaron a cerrarse. El pino debajo de ella se sentía extrañamente cómodo, y mientras su cuerpo se acomodaba a la roca y a pesar de sus mejores esfuerzos, muy pronto se encontró sucumbiendo al dulce sueño.

* * *

Kyra volaba en la espalda de un dragón sosteniéndose para salvar su vida, moviéndose más rápido de lo que ella creía posible mientras chillaba y batía sus alas. Eran tan grandes y magníficos, y se volvían más grandes mientras más los miraba pareciendo extenderse por todo el mundo.

Miró hacia abajo y su estómago se hizo un nudo al ver debajo de ella las colinas de Volis. Nunca las había visto desde este ángulo, desde tan alto. Volaron sobre un exuberante paisaje con colinas verdes, extensiones de bosques, grandes ríos y fértiles viñedos. Eran terrenos familiares y Kyra pronto pudo reconocer la fortaleza de su padre, imponente, con sus antiguos muros de piedra cubriendo el campo y ovejas pastando fuera de este.

Pero mientras el dragón volaba hacia abajo, Kyra inmediatamente sintió que algo andaba mal. Vio humo que se elevaba, y no el humo de chimeneas, sino humo espeso y negro. Al mirar más de cerca, vio que era la fortaleza de su padre la que estaba en llamas con olas de fuego consumiéndolo todo. Vio a un ejército de los Hombres del Señor que se extendía hasta el horizonte rodeando la fortaleza, quemándola, y pudo escuchar los gritos, sabía que todos a los que conocía y amaba en el mundo estaban siendo asesinados.

—¡NO! —Trató de gritar.

Pero las palabras se quedaron atoradas en su garganta sin poder salir.

El dragón giró su cuello totalmente hacia atrás y la miró directamente a los ojos, y Kyra se sorprendió al ver que era el mismo dragón al que había salvado, con sus penetrantes ojos amarillos clavando la vista en ella. Theos.

Tú me salvaste, lo escuchó decir en su mente. Ahora yo te salvaré. Ahora somos uno, Kyra. Somos uno.

De repente, Theos giró rápidamente y Kyra perdió el equilibrio y cayó.

Gritaba mientras atravesaba el aire, con el suelo acercándose cada vez más.

—¡NO! —Gritó Kyra.

Kyra se sentó gritando en la oscuridad sin saber dónde estaba. Miró a todos lados respirando con dificultad hasta que se dio cuenta: estaba en la cueva.

Leo gemía a su lado con su cabeza en el regazo mientras lamía su mano. Ella respiraba fuertemente tratando de recordar en dónde estaba. Todavía estaba oscuro afuera y la tormenta seguía arreciando, el viento silbaba y la nieve se amontonaba. El palpar en su mejilla había empeorado, y al tocarse con las manos vio que tenía sangre fresca. Se preguntaba cuándo iba a dejar de sangrar.

—¡Kyra! —dijo una voz mística sonando casi como un suspiro.

Kyra, sorprendida, se preguntaba quién podría estar en esta cueva con ella y observaba en la oscuridad en alerta. Volteó y miró una figura desconocida de pie delante de ella en la cueva. Traía una túnica larga y negra y una capa y sostenía un bastón; parecía ser un hombre mayor con cabellos blancos saliendo de su capucha. Su bastón brillaba emitiendo una suave luz en la oscuridad.

—¿Quién eres? —le preguntó sentándose derecha, en guardia—. ¿Cómo llegaste aquí?

Él se acercó y ella trató de ver su rostro, pero la oscuridad no la dejaba.

—¿Qué es lo que buscas? —preguntó él con una voz antigua y de algún modo tranquilizándola.

Ella lo pensó tratando de entender.

—Busco el ser libre, —dijo—. Busco el ser un guerrero.

Él negó despacio con la cabeza.

—Olvidas algo, —dijo—. Lo más importante de todo. ¿Qué es lo que buscas?

Kyra lo miraba confundida.

Finalmente él se acercó otro paso más.

—Buscas tu destino.

Kyra pensó en sus palabras.

—Y aún más, —dijo—, buscas saber quién eres.

Se acercó una vez más ahora muy cerca pero todavía oscurecido por las sombras.

—¿Quién eres, Kyra? —preguntó.

Ella lo miró confundida queriendo responder pero en ese momento no tenía idea.

Ya no estaba segura de nada.

—¿Quién eres? —demandó él elevando su voz haciendo que resonara en las paredes, lastimando sus oídos.

Kyra levantó las manos hacia su rostro preparándose mientras él se acercó.

Kyra abrió los ojos de nuevo y se asustó al ver que no había nadie. No pudo entender lo que estaba pasando. Bajó las manos lentamente y, mientras lo hacía, se dio cuenta que esta vez estaba totalmente despierta.

Brillante luz de día entraba en la cueva reflejándose en la nieve y en las paredes cegándola. Parpadeó desorientada tratando de recuperarse. El salvaje viento se había ido; la nieve se había detenido. En vez de eso, había nieve bloqueando parte de la entrada y detrás de esta un mundo con un cielo azul y aves cantando. Era como si el mundo hubiera vuelto a nacer.

Kyra apenas podía creerlo: había sobrevivido toda la noche.

Leo la mordió impaciente en el pantalón y la empujaba.

Desorientada, Kyra se puso de pie lentamente y, mientras lo hacía, se tambaleó por el dolor. No solo estaba todo su cuerpo adolorido por el combate, por los golpes que había recibido, sino particularmente por la herida en la mejilla que quemaba como si estuviera en llamas. Recordó la garra del dragón y se tocó el rostro; aunque solo era un rasguño, seguía misteriosamente húmedo y cubierto de sangre.

Al levantarse se sintió mareada, y son sabía si era por el cansancio, el hambre, o el rasguño del dragón. Caminó tambaleándose sintiéndose extraña mientras seguía a Leo que la guiaba impaciente fuera de la cueva y de vuelta al día, cavando en la nieve para ampliar la entrada.

Kyra se arrastró para salir y al levantarse se encontró con un impresionante mundo de blanco. Levantó las manos a los ojos con la cabeza partiéndosele por la visión. Se sentía considerablemente más tibio, sin viento, con aves cantando y el sol filtrándose entre los árboles en el claro. Escuchó un silbido y se volteó para un ver un enorme montón de nieve resbalar de un pesado pino y caer con fuerza en el suelo del bosque. Volteó hacia abajo y miró que estaba parada en nieve hasta los muslos.

Leo guio el camino saltando por la nieve y ella estaba segura que eran en dirección a Volis. Ella lo siguió con problemas para mantener le paso.

Kyra batallaba para dar cada uno de sus pasos. Se mojó los labios y se sentía más y más mareada. La sangre palpitaba en su mejilla y empezó a preguntarse si la herida la había infectado. Se sintió a sí misma cambiando. No podía explicarlo, pero sentía como si la sangre del dragón estuviera pulsando dentro de ella.

—¡Kyra!

Se escuchó un grito distante como si estuviera a un mundo de distancia. Este fue seguido por varias otras voces gritando su nombre, con los gritos siendo absorbidos por la nieve y los pinos. Le tomó un momento el darse cuenta, el reconocer las voces: eran los hombres de su padre. Estaban ahí buscándola.

Kyra sintió una oleada de alivio.

—¡Aquí! —dijo pensando que estaba gritando, pero se sorprendió al darse cuenta que su voz apenas si era un suspiro. En ese momento se dio cuenta de lo débil que realmente era. Su herida le estaba ocasionando algo, algo que no podía entender.

De repente, las rodillas se le doblaron debajo de ella, y Kyra se encontró cayendo en la nieve sin poder resistirse.

Leo aulló y se volteó corriendo hacia las voces distantes.

Quería llamarlo, llamarlos a todos, pero ahora estaba muy débil. Se quedó ahí en la nieve profunda y volteó hacia arriba hacia el mundo de blanco, hacia el resplandeciente sol de invierno, y cerró los ojos como si un sueño al que ya no se pudiera resistir se la llevara.

CAPÍTULO CATORCE

Alec sostenía su cabeza en las manos tratando de detener el dolor mientras el carro, lleno de muchachos, se tambaleaba por la carretera como lo había hecho todo el camino. Los baches y topes parecían nunca acabar, y este primitivo carro de madera con barras de hierro y ruedas de madera parecía haber sido construido para que fuera lo más incómodo posible. Con cada salto, la cabeza de Alec golpeaba con la madera detrás de él. Después del primer hoyo estaba seguro de que esto no podía continuar por mucho tiempo, que el camino pronto terminaría.

Pero pasaron las horas y ahora parecía como si el camino solo fuera a empeorar. Había estado despierto toda la noche sin esperanza de poder dormir, si no por los saltos entonces por el olor de los otros muchachos, por los codazos y empujones que lo mantenían despierto. Toda la noche el carro se detuvo en aldeas recogiendo a más muchachos, amontonándolos en la oscuridad. Alec podía sentirlos observándolo, examinándolo, un mar de rostros abatidos que lo miraban con ojos llenos de cólera. Todos eran mayores, miserables, y buscaban una víctima.

Al principio Alec asumió que como estaban todos juntos en esto, todos reclutados contra su voluntad para servir en Las Flamas, habría solidaridad entre ellos. Pero rápidamente aprendió que este no era el caso. Cada muchacho era su propia isla, y si Alec recibía cualquier tipo de comunicación, era solo hostilidad. Eran rostros duros sin rasurar y con cicatrices, narices que parecían haberse roto en demasiadas peleas, y Alec empezaba a darse cuenta que no todos los muchachos en este carro acababan de cumplir los dieciocho años, algunos eran mayores, más maltratados por la vida, parecían criminales, ladrones, violadores, asesinos, puestos junto con los otros y enviándolos todos juntos a servir a Las Flamas.

Alec, sentado en la madera dura y acorralado sintiendo como si este fuera un viaje al infierno, estaba seguro de que esto no podría ser peor; pero las paradas del carro nunca terminaban y, para su asombro, cada vez metían a más y más muchachos. Cuando había entrado por primera vez, una docena de muchachos parecían estar apretados sin mucho espacio para moverse; pero ahora, con más de dos docenas y contando, Alec apenas si podía respirar. Los muchachos que habían entrado después de él tenían que quedarse parados tratando de sostenerse del techo, de cualquier cosa, pero con la mayoría resbalando y cayendo sobre los otros con cada salto del carro. Más de un muchacho enojado empujó a los demás y las peleas parecían no terminar; toda la noche se daban codazos y se empujaban el uno al otro. Alec observó sin creerlo cuando un muchacho le arrancaba la oreja de un mordisco a otro. Lo único bueno del asunto es que no tenían mucho espacio para moverse ni siquiera para poder mover los hombros y lanzar un golpe, así que las peleas no tenían más opción que detenerse con juramentos de terminarlas después.

Alec escuchó aves cantar y miró hacia afuera con ojos cansados alcanzando a ver el primer resplandor de la mañana a través de las barras de hierro. Se maravilló de

que hubiera amanecido, de que hubiera sobrevivido a la noche más larga de su vida.

Mientras el sol iluminaba el carro, Alec empezó a tener una mejor vista de todos los nuevos muchachos que habían llegado. Era por mucho el más joven del grupo y también, al parecer, el menos peligroso. Era un salvaje grupo de muchachos musculosos y malgeniados, todos con cicatrices, algunos tatuados pareciendo los muchachos olvidados de la sociedad. Todos estaban en el borde, amargados por la larga noche, y Alec sintió que el carro estaba listo para una explosión.

—Te vez muy joven para estar aquí, —dijo una voz profunda.

Alec miró a un muchacho tal vez uno o dos años más grande sentado a su lado, hombro con hombro. Alec se dio cuenta de que era él con el que había estado apretado toda la noche, un muchacho con espaldas anchas, músculos fuertes y la inocente y simple cara de un granjero. Su rostro no se parecía a los otros, más abierto y amigable, tal vez un poco ingenuo, y Alec sintió que podía confiar en él.

—Tomé el lugar de mi hermano, —respondió Alec solamente, preguntándose qué tanto decirle.

—¿Tenía miedo? —preguntó el muchacho confundido.

Alec negó con la cabeza.

—Cojo, —lo corrigió Alec.

El muchacho asintió como entendiendo, mirando Alec con un nuevo respeto.

Guardaron silencio y Alec examinó al muchacho.

—¿Y tú? —preguntó Alec—. Tú tampoco pareces tener dieciocho.

—Diecisiete, —dijo el muchacho.

Alec pensó.

—¿Entonces por qué estás aquí? —le preguntó.

—Soy voluntario.

Alec se quedó sorprendido.

—¿*Voluntario*? ¿Pero por qué?

El muchacho bajó la vista y se encogió de hombros.

—Quería irme lejos.

—¿Lejos de qué? —preguntó Alec sin entenderlo.

El muchacho guardó silencio y Alec pudo ver algo sombrío pasar por su rostro. Él también guardó silencio y pensó que no iba a responder, pero finalmente el muchacho murmuró:

—De casa.

Alec vio la tristeza en su rostro y lo pudo entender. Claramente algo muy horrible había ocurrido en la casa del muchacho, y por los moretones en los brazos del muchacho y la mirada de tristeza mezclada con ira, Alec se lo podía imaginar.

—Lo siento, —Alec respondió.

El muchacho lo miró con una expresión de sorpresa como si no esperara encontrar compasión en este carro. De repente le extendió la mano.

—Marco, —dijo.

—Alec.

Estrecharon manos siendo la del muchacho el doble de grande que la de Alec, con un apretón tan fuerte que le dejó la mano adolorida. Alec sintió que había encontrado un amigo en Marco, y este era un alivio entre el mar de rostros a su alrededor.

—Supongo que tú eres el único voluntario, —dijo Alec.

Marco lo miró y se echó para atrás.

—Supongo que tienes razón. La mayoría de estos fueron reclutados o encarcelados.

—¿Encarcelados? —preguntó Alec sorprendido.

Marco asintió.

—Los Guardianes no están compuestos solo de reclutas, sino que una gran cantidad de ellos también son criminales.

—¿A quién le estás diciendo criminal, muchacho? —dijo una voz salvaje.

Ambos se voltearon para ver a un muchacho que había envejecido prematuramente debido a una vida dura, mirándose de cuarenta años pero no siendo mayor de veinte, con una cara marcada y ojos pequeños. Se agachó y miró a Marco en el rostro.

—No estaba hablando contigo, —respondió Marco desafiante.

—Pues ahora lo estás, —dijo el muchacho claramente buscando una pelea—. Dilo de nuevo. ¿Te atreves a llamarme criminal a la cara?

Marco se enrojeció y apretó la mandíbula poniéndose molesto también.

—Si te queda el saco, —dijo Marco.

El otro muchacho enrojeció de ira y Alec admiraba el desafío de Marco, su intrepidez. El muchacho se lanzó hacia Marco poniendo sus manos alrededor de su cuello y apretando con todas sus fuerzas.

Todo pasó tan rápido y Marco estaba claramente con la guardia baja, y en este lugar tan pequeño no tuvo espacio para moverse. Sus ojos se ensancharon mientras perdía aire, tratando de quitarse las manos del muchacho de encima. Marco era más grande pero el muchacho tenía manos fuertes, callosas, probablemente por años de asesinatos y Marco no podía aflojar el agarre.

—¡PELEA! ¡PELEA! —gritaban algunos de los muchachos.

Los otros miraban dándoles un poco de atención observando la violencia, una de la docena de peleas que se habían desatado durante la noche.

Marco, batallando, se hizo para enfrente rápidamente y le dio un cabezazo al otro muchacho impactándolo en la nariz. Se escuchó el sonido de algo rompiéndose y le brotó sangre de la nariz.

Marco trató de levantarse para tener mayor ventaja, pero mientras lo hacía, otro de los muchachos le puso su gran bota en el hombro sin dejarlo levantarse. Al mismo tiempo el primer muchacho, con sangre aún brotándole de la nariz, puso su mano en la cadera y sacó algo brillante. Resplandeció con la primera luz de la mañana y Alec se dio cuenta impactado de que era una daga. Todo estaba pasando tan rápido que no

había tiempo para que Marco reaccionara.

El muchacho la empujó hacia adelante tratando de apuntar al corazón de Marco.

Alec reaccionó. Se lanzó hacia adelante tomando la muñeca del muchacho con las dos manos y lo derribó inmovilizándolo, salvando a Marco del impacto mortal a tan solo un momento de que la daga tocara su pecho. Aun así la daga alcanzó a tocar a Marco, rompiéndole la camisa pero sin llegar a la piel.

Alec y el muchacho cayeron a la madera peleando por la daga mientras que Marco pudo alcanzar y doblar el tobillo de su otro atacante rompiéndolo con un crujido.

Alec sintió manos grasosas en su rostro, sintió las largas uñas del muchacho rasguñándolo tratando de alcanzar los ojos. Alec sabía que tenía que actuar rápido y soltó la mano que tenía la daga, se dio la vuelta y lanzó su codo sintiendo un crujido satisfactorio mientras el codo impactaba con la mandíbula del muchacho.

El muchacho lo dejó y cayó de rostro en el piso.

Alec, respirando con dificultad y con el rostro ardiéndole por los arañazos, logró levantarse con Marco poniéndose a su lado y viéndose rodeados por los otros muchachos. Los dos se mantuvieron lado a lado mirando a sus atacantes que permanecían en el piso sin moverse. El corazón de Alec golpeaba en su pecho y, mientras estaba parado ahí, decidió que no quería volver a sentarse; lo dejaba muy vulnerable a los ataques por arriba. Prefería permanecer de pie el resto del camino sin importar lo largo que fuera el viaje.

Alec observó y miró todos los ojos hostiles que lo miraban y esta vez, en vez de voltearse, les regresaba la mirada dándose cuenta de que necesitaba proyectar confianza si quería sobrevivir entre este grupo. Finalmente todos parecieron darle una mirada que parecía de respeto y después miraron hacia otro lado.

Marco miró hacia abajo examinando la rasgadura en la que la daga casi había atravesado su corazón. Miró hacia Alec con un rostro lleno de gratitud.

—Tienes un amigo para toda la vida, —dijo Marco con sinceridad.

Tomó el brazo de Alec en señal de saludo y Alec apretó también sintiéndose bien. Un amigo: eso era exactamente lo que necesitaba.

CAPÍTULO QUINCE

Kyra abrió lentamente los ojos, desorientada, preguntándose dónde estaba. Vio un techo de piedra encima de ella con luz de antorchas rebotando en las paredes y sintió que estaba recostada en una lujosa cama de pieles. No podía entenderlo; lo último que recordaba era ella cayendo en la nieve con la seguridad de que iba a morir.

Kyra levantó la cabeza mirando alrededor esperando ver el bosque nevado. Pero en vez de eso se sorprendió al ver un grupo de rostros familiares a su lado, su padre, sus hermanos Brandon y Braxton y Aidan, Anvin, Arthfael, Vidar, y una docena de los mejores guerreros de su padre. Estaba de vuelta en la fortaleza, en su habitación, en su cama, y todos la miraban preocupados. Kyra sintió una presión en el brazo y se volteó para ver a la curandera de la corte, Lyra, con sus grandes ojos marrones y largo cabello plateado estando a su lado tomándole el pulso.

Kyra abrió los ojos totalmente dándose cuenta de que ya no estaba en el bosque. De alguna manera había regresado. Escuchó un lamento a su lado y sintió la nariz de Leo a su lado, y entonces se dio cuenta: él los debió haber guiado hasta ella.

—¿Qué ha pasado? —preguntó ella confundida tratando de entender lo sucedido.

El grupo parecía bastante aliviado al verla despierta y hablando, y su padre se acercó con su rostro lleno de remordimiento y alivio mientras sostenía su mano firmemente. Aidan se apresuró y tomó su otra mano, y ella sonrió al ver a su hermano a su lado.

—Kyra, —dijo su padre con una voz llena de compasión—. Ahora estás en casa, a salvo.

Kyra miró la culpa en el rostro de su padre y entonces lo recordó todo: su discusión la noche anterior. Entendió que él debía sentirse responsable. Después de todo, fueron sus palabras lo que la habían hecho marcharse.

Kyra sintió un dolor agudo y gimió mientras Lyra le tocaba la mejilla con un trapo frío; tenía algún tipo de ungüento en este y la herida quemaba y después se enfriaba.

—Agua del Lirio, —explicó Lyra tranquilizándola—. Me tomó seis ungüentos para averiguar lo que podría curar esta herida. Tienes suerte de que podamos curarla, la infección ya estaba muy mal.

Su padre le miró la mejilla con una expresión de preocupación.

—Dinos lo que pasó, —dijo—. ¿Quién te hizo esto?

Kyra se levantó apoyándose en un codo con su cabeza dándole vueltas mientras lo hacía, sintiendo todos los ojos sobre ella y con los hombres en silencio esperando. Trató de recordar, de ponerlo todo junto.

—Recuerdo... —empezó con voz ronca—. La tormenta... Las Flamas... el Bosque de las Espinas.

La frente de su padre se frunció en preocupación.

—¿Por qué te aventuraste ahí? —preguntó—. ¿Por qué caminaste tan lejos en una

noche como esta?

Trató de recordar.

—Quería ver Las Flamas por mí misma, —dijo—. Y entonces... necesitaba refugio. Recuerdo... el Lago de los Sueños... y después... una mujer.

—¿Una mujer? —preguntó—. ¿En el Bosque de las Espinas?

—Era... antigua... la nieve no la tocaba.

—Una bruja, —dijo Vidar.

—Tales cosas salen en la Luna de Invierno, —añadió Arthfael.

—¿Y qué es lo que te dijo? —demandó su padre desesperado.

Kyra podía ver la confusión y preocupación en todos los rostros, y decidió detenerse y no decirles de la profecía acerca de su futuro. Ella aún estaba tratando de procesarla y temía que si se los dijera ellos pensarían que estaba loca.

—Yo... no recuerdo, —dijo.

—¿Ella te hizo esto? —preguntó su padre mirándole la mejilla.

Kyra negó con la cabeza y tragó sintiendo la garganta seca y Lyra se precipitó hacia delante y le dio agua de un saco. Ella lo tomó y se dio cuenta de lo sedienta que estaba.

—Escuché un lamento, —continuó Kyra—. Uno que nunca había escuchado.

Se sentó sintiéndose más lúcido ahora que todo volvía hacia ella. Miró a su padre directo a los ojos preguntándose cómo iba a reaccionar.

—Un lamento de dragón, —dijo simplemente preparándose para su reacción, preguntándose si le iban a creer.

La habitación rompió en un gemido audible de incredulidad mientras los hombres la observaban. Un intenso silencio cayó sobre ellos y ella nunca los había visto tan sorprendidos.

Nadie habló por lo que pareció una eternidad.

Finalmente su padre negó con la cabeza.

—Los dragones no han venido a Escalon por mil años, —dijo—. Tal vez escuchaste algo más. Posiblemente tus oídos te jugaron un truco.

Thonos, el historiador y filósofo del antiguo rey y ahora residente de Volis, dio un paso adelante con su larga barba gris y apoyado en su bastón. Hablaba en muy pocas ocasiones y, cuando lo hacía, siempre ocasionaba un gran respeto, una bóveda de conocimiento y sabiduría olvidada.

—En la Luna de Invierno, —dijo con una voz frágil—, tal cosa sería posible.

—Lo vi, —insistió Kyra—. Yo lo salvé.

—¿Lo *salvaste*? —preguntó su padre mirándola como si estuviera loca—. ¿Tú salvaste a un dragón?

Todos los hombres la miraban como si hubiera perdido la cabeza.

—Ha sido la herida, —dijo Vidar—. Le ha afectado la mente.

Kyra se sonrojó deseando desesperadamente que le creyeran.

—No me ha afectado la mente, —insistió—. ¡Yo no miento!

Miró todos los rostros desesperada.

—¿Cuándo ha sabido alguno de ustedes que yo mienta? —demandó.

Todos la miraban inseguros.

—Denle a la chica una oportunidad, —dijo Vidar—. Escuchemos su historia.

Su padre asintió con la cabeza.

—Sigue, —le dijo.

Kyra se mojó los labios sentándose derecha.

—El dragón estaba herido, —recordó—. Los Hombres del Señor lo tenían acorralado. Iban a matarlo. Yo no podía dejar que muriera, no así.

—¿Y qué hiciste? —preguntó Anvin sonando menos escéptico que los otros.

—Yo los maté, —dijo con una voz pesada mirando hacia la pared, recordándolo todo, dándose cuenta de lo absurda que sonaba su historia. Apenas si la creía ella misma—. Los maté a todos.

Otro gran silencio cayó sobre la habitación incluso más grave que el primero.

—Sé que no me creen, —añadió finalmente.

Su padre se aclaró la garganta y le apretó la mano.

—Kyra, —dijo sombrío—. Encontramos a cinco hombres muertos cerca de ti, Hombres del Señor. Si lo que dices es verdad, ¿te das cuenta de lo serio que es esto? ¿Te das cuenta de lo que has hecho?

—No tuve opción, Padre, —dijo—. El juramento de nuestra casa, tenemos prohibido el abandonar a un animal herido que puede morir.

—¿Un dragón no es un animal! —respondió enojado—. Un dragón es un...

Pero su voz se apagó, claramente sin saber que decir mientras miraba a la pared.

—Si los Hombres del Señor están todos muertos, —dijo Arthfael rompiendo el silencio, tocándose la barba—, ¿entonces qué importa? ¿Quién podrá saber que la chica los mató? ¿Cómo los llevará el rastro hacia nosotros?

Kyra sintió un agujero en el estómago, pero sabía que tenía que decirles toda la verdad.

—Había uno más, —añadió reacia—. Un escudero. Un muchacho. Lo vio todo. Escapó a caballo.

Todos la miraban con rostros sombríos.

Maltren dio un paso hacia adelante y frunció el ceño.

—¿Y entonces por qué dejaste a este vivo? —demandó.

—Solo era un muchacho, —dijo—. Desarmado. Cabalgando dándome la espalda. ¿Debería haberlo atravesado con una flecha?

—Dudo que hayas puesto una flecha en ninguno de ellos, —dijo Maltren—. Pero si lo hiciste, ¿es mejor dejar a un chico vivir y permitir que todos muramos?

—Nadie nos ha dejado morir, —regañó su padre a Maltren, defendiéndola.

—¿No lo ha hecho? —preguntó—. Si no está mintiendo, entonces los Hombres del Señor están muertos, Volis es culpable, tienen testigo, y estamos todos acabados.

Su padre volteó hacia ella con el rostro más pesado que jamás le había visto.

—Estas son de verás noticias graves, —dijo sonando como de un millón de años.

—Lo siento, Padre, —dijo—. No quise causar ningún problema.

—¿No quisiste? —respondió Maltren—. ¿Mataste por accidente a cinco de los Hombres del Señor? ¿Y todo para qué?

—Te lo dije, —dijo—. Para salvar al dragón.

—Para salvar un dragón imaginario, —se burló Maltren—. Eso hace que valga la pena. Uno que, si es que existió, hubiera estado gustoso de destrozarte.

—No me destrozó, —respondió.

—No más habladuría acerca de este dragón, —dijo su padre levantando la voz, agitado—. Ahora dinos la verdad. Aquí todos somos hombres. Lo que haya pasado, dinos. No te juzgaremos.

Sintió como queriendo llorar por dentro.

—Ya te lo he dicho, —dijo.

—Yo le creo, —dijo Aidan parándose a su lado. Ella lo apreciaba mucho por esto.

Pero al regresar al mundo de rostros, estaba claro que nadie más lo hacía. Un gran silencio cayó sobre la habitación.

—No es posible, Kyra, —dijo finalmente su padre suavemente.

—Lo es, —dijo de repente una voz oscura.

Todos voltearon mientras se abría la puerta de la habitación y entraban varios de los hombres de su padre, quitándose la nieve de las pieles y el cabello. El hombre que habló, con el rostro aún rojo por el frío, miró a Kyra como si estuviera pasmado.

—Encontramos huellas, —dijo—. En el río. Cerca de donde estaban los hombres. Huellas muy grandes para ser de cualquier cosa que camina en la tierra. Huella de un dragón.

Los hombres ahora voltearon para con Kyra no tan seguros.

—¿Y entonces dónde está el dragón? —dijo Maltren.

—El rastro lleva hacia el río, —reportó el hombre.

—No podía volar, —dijo Kyra—. Como dije, estaba herido. Rodó hacia los rápidos y no volví a verlo.

Volvió a haber un gran silencio en la habitación y ahora estaba claro que todos le creían. La miraban sorprendidos.

—¿Dices que miraste a este dragón? —preguntó su padre.

Ella asintió.

—Estuve tan cerca como estamos tú y yo ahora, —respondió.

—¿Y cómo sobreviviste? —preguntó.

Tragó saliva insegura.

—Es por eso que tengo esta herida, —dijo tocándose la mejilla.

Todos miraron su mejilla examinándola con nueva evidencia.

Mientras Kyra se tocaba con los dedos se dio cuenta de que quedaría una cicatriz, que cambiaría su apariencia para siempre; pero de alguna extraña manera esto no le importaba.

—Pero no creo que quisiera herirme, —añadió.

Ellos la miraron como si estuviera loca. Quería explicarles la conexión que había tenido con la criatura, pero no creía que fueran a entenderlo.

Todos la miraban asombrados hasta que su padre preguntó:

—¿Por qué arriesgaste tu vida para salvar a un dragón? ¿Por qué nos pondrías en peligro a todos?

Era una buena pregunta, una para la que Kyra no tenía respuesta. Deseaba tenerla. No podía poner en palabras los sentimientos, las emociones, el sentimiento de destino que había tenido cerca de la bestia, y no pensaba que estos hombres fueran a entender. Pero aun así sabía que los había puesto en peligro a todos, y se sentía muy mal por esto.

Todo lo que pudo hacer fue bajar la cabeza y decir:

—Perdóname, Padre.

—No es posible, —dijo Maltren agitado—. Es imposible encararse a un dragón y vivir.

—A menos, —dijo Anvin de manera extraña mirando a Kyra y después volteando hacia su padre—, a menos que tu hija sea.

Su padre de repente le lanzó una mirada a Anvin, y Anvin inmediatamente se detuvo.

Kyra miró de uno al otro confundida, preguntándose qué es lo que Anvin estaba por decir.

—¿A menos que yo sea *qué*? —Kyra demandó.

Pero Anvin volteó a otro lado y no dijo más. Toda la habitación cayó en el silencio y mientras ella analizaba los rostros se dio cuenta de que todos evitaban mirarla, como si todos conocieran algún secreto acerca de ella.

Su padre de repente se levantó de su lado y le soltó la mano. Se puso derecho de manera que anunciaba el fin de la reunión.

—Ahora debes descansar, —dijo. Entonces volteó con gravedad hacia sus hombres—. Viene un ejército, —dijo seriamente con su voz llena de autoridad—. Debemos prepararnos.

CAPÍTULO DIECISÉIS

Kyra estaba de pie en el tibio campo de verano asombrada con el mundo que la rodeaba. Todo estaba brotando con impresionantes colores, las colinas tan verdes, tan vibrantes, marcadas con brillantes flores rojas y amarillas. Los árboles brotaban en todas partes con su denso follaje balanceándose en el viento y cargado de fruta. Las colinas se extendían con viñedos maduros y el olor de las flores y las uvas estaba pesado en el aire veraniego. Kyra se preguntaba en dónde estaba, a dónde había ido su gente, a dónde se había ido el invierno.

Entonces llegó un chillido alto en el cielo, y Kyra volteó hacia arriba para ver a Theos dando vueltas sobre su cabeza. Se abalanzó hacia abajo posándose en el césped a unos pies de distancia y la miraba con unos intensos y brillantes ojos amarillos. Algo sin palabras pasó entre ellos, con una conexión tan intensa que no se necesitaban palabras.

Theos de repente dobló su cabeza, gruñó y lanzó fuego directamente hacia ella.

Por alguna razón, Kyra no tenía miedo. No se movió mientras las llamas se aproximaban sabiendo de alguna manera que él nunca la dañaría. El fuego se dividió expandiéndose hacia la izquierda y derecha de ella, encendiendo el campo a su alrededor pero sin dañarla.

Kyra volteó y se horrorizó al ver las llamas extendiéndose en el campo, viendo todo el verde y todo lo que había traído el verano poniéndose negro. El paisaje cambió delante de sus ojos, los árboles volviéndose ceniza y la hierba reemplazada con tierra.

El fuego se elevaba cada vez más alto y se extendía cada vez más rápido y, en la distancia, observó con horror cómo consumía a Volis, hasta que no quedó nada más que escombros y ceniza.

Theos finalmente se detuvo, y Kyra volteó y lo observó. Kyra se quedó ahí a la sombra del dragón, sintiendo su gran tamaño y sin saber qué esperar. Él quería algo de ella pero no podía darse cuenta de qué.

Kyra se acercó para tocar sus escamas y este de repente levantó una garra, gruñó, y le cortó la mejilla.

Kyra se sentó en la cama gimiendo y tocándose la mejilla con el terrible dolor extendiéndose en ella. Se sacudió tratando de alejarse del dragón, pero se sorprendió en vez de eso al sentir manos humanas sobre ella calmándola y tratando de detenerla.

Kyra parpadeó y volteó hacia arriba viendo un rostro familiar a su lado colocando una compresa en su mejilla.

—Shh, —dijo Lyra consolándola.

Kyra miró a su alrededor desorientada y finalmente se dio cuenta de que había estado soñando. Estaba en casa, en la fortaleza de su padre, aún en su habitación.

—Solo fue una pesadilla, —dijo Lyra.

Kyra se dio cuenta de que debió haberse dormido de nuevo sin saber cuánto

tiempo había pasado. Miró hacia la ventana y se dio cuenta que la luz del sol había sido reemplazada por oscuridad. Se sentó derecha alarmada.

—¿Qué hora es? —preguntó.

—Muy tarde en la noche, mi señora, —respondió Lyra—. La luna ya ha salido y colocado.

—¿Y qué pasó con el ejército que venía? —preguntó con el corazón golpeándole.

—Ningún ejército ha venido, mi señora, —respondió—. La nieve aún está alta y ya era casi de noche cuando despertaste. Ningún ejército puede marchar así. No te preocupes, solo has dormido por unas horas. Ahora descansa.

Kyra se echó para atrás y suspiró; sintió una nariz húmeda en su mano y volteó para ver a Leo quien le lamía la mano.

—Él no se ha movido de tu lado, mi señora, —Lyra sonrió—. Y tampoco él.

Le hizo una señal y Kyra volteó conmoviéndose al ver a Aidan acostado, tirado en un montón de pieles junto al fuego con un libro encuadernado con cuero en la mano, profundamente dormido.

—Él te leía mientras dormías, —añadió.

Kyra se llenó de cariño por su hermano menor, y esto hizo que se alarmara aún más por los problemas que venían.

—Puedo sentir que estás tensa, —añadió Lyra mientras presionaba la compresa en su mejilla—. Soñaste sueños perturbadores. Es por la marca del dragón.

Kyra la vio mirando de manera temerosa y significativa y se preguntó por qué.

—No entiendo qué me está sucediendo, —dijo Kyra—. Nunca había soñado antes; no de esta manera. Se sienten como más que sueños, como si realmente estuviera allí. Como si mirara a través de los ojos del dragón.

La enfermera la miró con sus ojos compasivos y le puso las manos en el regazo.

—Es algo muy sagrado el ser marcado por un animal, —dijo Lyra—. Y este no es un animal ordinario. Si una criatura te toca, entonces compartes una sinergia para siempre. Puede que veas lo que él ve o sientas lo que él siente o escuches lo que él escuche. Puede que pase esta noche; o el siguiente año. Pero en algún momento pasará.

Lyra la miró indagando.

—¿Entiendes, Kyra? Ya no eres la misma chica que eras ayer cuando saliste de aquí. Esa no es una simple marca la que tienes en la mejilla, es un símbolo. Ahora cargas contigo la marca de un dragón.

Kyra arrugó su frente tratando de entender.

—¿Pero eso qué significa? —preguntó Kyra tratando de darle sentido a todo esto.

Lyra suspiró exhalando por un largo tiempo.

—El tiempo te lo dirá.

Kyra pensó en los Hombres del Señor, en la guerra que se avecinaba, y sintió una oleada de urgencia. Lanzó sus pieles y se puso de pie y al hacerlo, se sintió mareada como si no fuera ella. Lyra se apresuró y la tomó del hombro equilibrándola.

—Debes recostarte, —le pidió Lyra—. No se te ha quitado la fiebre.

Pero Kyra sintió una urgencia de ir a ayudar y no podía quedarse en cama por más tiempo.

—Voy a estar bien, —respondió tomando su capa y poniéndosela sobre los hombros para protegerse de la corriente. Mientras se movía para irse sintió una mano en el hombro.

—Por lo menos tómate esto, —le pidió Lyra pasándole una taza.

Kyra observó y vio un líquido rojo adentro.

—¿Qué es?

—Mi propio brebaje, —respondió con una sonrisa—. Te calmará la fiebre y aliviará el dolor.

Kyra tomó un gran trago sosteniéndolo con ambas manos y lo sintió espeso pasándolo con dificultad. Hizo una mueca y Lyra sonrió.

—Sabe a tierra, —dijo Kyra.

Lyra sonrió aún más.

—No es famoso por su sabor.

Pero Kyra ya se sentía mejor, con su cuerpo inmediatamente sintiéndose más tibio.

—Gracias, —le dijo. Se dirigió a Aidan, se agachó y lo besó en la frente teniendo cuidado de no despertarlo. Entonces se volteó y salió rápido de la habitación con Leo a su lado.

Kyra pasó por los corredores sin fin de Volis, todos oscuros y alumbrados solo por antorchas que parpadeaban en las paredes. Solo unos cuantos guardias cuidaban a esta hora con el resto de la fortaleza cayado, durmiendo profundamente. Kyra subió por la escalera de espirar y se detuvo enfrente de la habitación de su padre cuidada por un guardia. Él la miró con algo de reverencia en sus ojos y ella se preguntaba qué tanto ya se habría extendido la historia. Él le hizo un gesto con la cabeza.

—Mi señora, —dijo.

Ella respondió.

—¿Está mi padre en su habitación?

—No podía dormir, la última vez que lo vi caminaba hacia el estudio.

Kyra se apresuró por los corredores de piedra bajando la cabeza mientras pasaba por un arco cónico y bajó las escaleras de espiral hasta que llegó al extremo más alejado de la fortaleza. El pasillo terminaba en una gruesa puerta arqueada de madera que llevaba a la biblioteca y se acercó para abrirla pero entonces se dio cuenta de que ya estaba entreabierta. Se detuvo al escuchar voces preocupadas y urgentes que venían desde adentro.

—Te digo que eso *no* fue lo que vio, —dijo la voz molesta de su padre.

Estaba agitado y ella decidió no entrar pensando que sería mejor esperar. Se detuvo ahí esperando a que las voces se detuvieran, curiosa por saber con quién hablaba y sobre qué. ¿Estaban hablando de ella? Se preguntó.

—Si ella de veras vio un dragón, —dijo una voz quebradiza que Kyra reconoció inmediatamente como la de Thonos, el asesor más antiguo de su padre—, entonces no queda mucha esperanza para Volis.

Su padre murmuró algo que ella no pudo entender y entonces cayó un gran silencio en la habitación mientras Thonos suspiraba.

—Los antiguos pergaminos, —Thonos respondió con voz forzada—, hablan del despertar de los dragones, un tiempo en el que todos sucumbiremos bajo sus flamas. No tenemos un muro para mantenerlos fuera. Solo tenemos colinas y el cielo. Y si han venido, han venido por una razón.

—¿Pero qué razón? —preguntó su padre—. ¿Qué haría que un dragón cruzara el mundo?

—Tal vez una mejor pregunta, Comandante, —Thonos respondió—, ¿es qué pudo haberlo herido?

A esto le siguió un gran silencio interrumpido solo por el crujir del fuego, hasta que Thonos habló de nuevo.

—Supongo que no es el dragón lo que más te preocupa, ¿verdad? —Thonos preguntó.

Hubo otro largo silencio y Kyra, aunque sabía que no debía estar escuchando, no pudo resistirse y se acercó más observando por la abertura. Su corazón se sintió pesado al ver a su padre ahí con la cabeza en las manos y preocupado.

—No, —dijo con una voz gruesa y cansada—. No lo es, —admitió.

Kyra se preguntó de qué estarían hablando.

—Piensas en las profecías, ¿no es así? —le preguntó—. ¿En cuando ella nació?

Kyra se acercó latiéndole el corazón en los oídos sabiendo que hablaban de ella pero sin entender de qué se trataba.

No hubo respuesta.

—Yo estuve ahí, Comandante, —Thonos dijo finalmente—. Igual que tú.

Su padre suspiró pero no levantó la cabeza.

—Es tu hija. ¿No crees que sería justo decírselo? ¿Sobre su nacimiento? ¿Sobre su madre? ¿Es que no tiene derecho a saber quién es?

El corazón de Kyra le dio un golpe en el pecho; odiaba los secretos, especialmente sobre ella. Se moría por saber de qué hablaban.

—Este no es el momento, —dijo su padre finalmente.

—Pero nunca es el momento, ¿verdad? —dijo el anciano.

Kyra respiró con agudeza sintiéndose apuñalada.

De repente se volteó y se fue corriendo sintiendo una pesadez en el pecho con las palabras de su padre sonándole en los oídos. Le dolían más que un millón de cuchillos, más que cualquier cosa que le pudieran hacer los Hombres del Señor. Se sintió traicionada. Estaba manteniendo un secreto de ella, un secreto que había guardado toda su vida. Le había estado mintiendo.

¿Es que no tiene derecho a saber quién es?

Toda su vida Kyra había sentido como que las personas la miraban diferente, como si supieran algo sobre ella que ella no sabía, como si fuera una extranjera, y ella nunca entendió por qué. Ahora lo entendía. No es que se sintiera diferente a los demás; *era* diferente. ¿Pero cómo?

¿Quién era?

CAPÍTULO DIECISIETE

Vesuvius marchaba con cien troles siguiéndole por el Gran Bosque, subiendo el terreno elevado muy empinado para que los caballos los siguieran. Marchó con una gran determinación y, por primera vez, optimismo. Cortaba entre la gruesa vegetación con su espada y sabía que podía haber pasado sin tener que cortarla pero quería hacerlo: disfrutaba matando cosas.

Con cada paso Vesuvius escuchaba el rugido del gigante capturado escuchándose más fuerte, haciendo que temblara la tierra debajo. Notó el temor en el rostro de los otros troles, y esto lo hizo sonreír. Ese miedo era lo que estaba esperando ver; significaba que, a pesar de los rumores, el gigante realmente había sido capturado.

Cortó lo que quedaba de hierba pasando el puente y, al hacerlo, el bosque se abrió en un gran claro delante de él. Vesuvius se detuvo al no estar preparado para lo que veía. Al otro lado del claro había una gran cueva cuyo arco se elevaba unos cien pies de altura y, encadenado a la roca con cadenas de cincuenta pies de largo por tres de grueso, una en cada tobillo y muñeca, estaba la criatura más horrible e inmensa que había visto. Era un verdadero gigante, una horrible pieza de la creación, elevándose por lo menos cien pies de alto y treinta pies de ancho, con el cuerpo como el de un humano pero con cuatro ojos, sin nariz y una boca que solo era quijada y dientes. Abrió la boca en un rugido con un terrible sonido y Vesuvius, que no le temía a nada, que se había enfrentado a las peores criaturas vivas, tuvo que admitir que incluso él estaba atemorizado. Abrió su boca más y más grande con dientes afilados de cinco pies de largo y parecía como si estuviera listo para tragarse al mundo.

También se miraba furioso. Rugió una y otra vez pisando la tierra y peleando con las cadenas que lo ataban mientras el suelo temblaba, la cueva temblaba, y toda la montaña se estremecía. Era como si esta criatura, con todo su poder, estuviera moviendo la montaña por sí sola, como si toda su energía no pudiera ser contenida. Vesuvius sonrió; era exactamente lo que necesitaba. Una criatura como esta podría atravesar por el túnel, hacer lo que un ejército de troles no podía.

Vesuvius se acercó y entró al claro viendo las docenas de soldados muertos, con sus cuerpos llenando el suelo y mientras lo hacía, los cientos de soldados esperando se alinearon con atención. Podía ver el miedo en sus rostros como si no supieran qué hacer con el gigante ahora que lo habían capturado.

Vesuvius se detuvo en la orilla del claro apenas a distancia de las cadenas del gigante sin querer terminar como estos cuerpos, y al hacerlo, este se volteó y lo atacó con sus largas garras y solo errando por unos cuantos pies.

Vesuvius se quedó de pie mirándolo mientras su comandante se apuró a su lado manteniendo la distancia por el perímetro para mantenerse fuera del alcance del gigante.

—Mi Señor y Rey, —dijo el comandante con una reverencia respetuosa—. El gigante ha sido capturado. Es tuyo para llevarlo de vuelta. Pero no podemos atarlo.

Hemos perdido a muchos soldados intentándolo y nos hemos quedado sin ideas de qué hacer.

Vesuvius se quedó con las manos en la cintura sintiendo los ojos de todos los troles sobre él mientras él examinaba a la bestia. Era un gran espécimen de la creación, y mientras miraba hacia abajo gruñéndole ansioso por destruirlo, Vesuvius pudo ver cuál era el problema. Se dio cuenta de una sola vez como siempre lo hacía de cómo resolverlo.

Vesuvius puso una mano en el hombro de su comandante y se le acercó.

—Estás tratando de acercártele, —dijo suavemente—. Debes dejarlo que él venga. Debes dejar que baje la guardia y entonces atarlo. Debes darle lo que quiere.

Su comandante lo miró confundido.

—¿Y qué es lo que quiere, mi Señor y Rey?

Vesuvius empezó a hablar llevando a su comandante hacia adelante entrando en el claro y hacia el gigante.

—Pues a *ti*, —Vesuvius respondió finalmente, como si fuera lo más obvio en el mundo y entonces empujó a su comandante con todas sus fuerzas y lo mandó tambaleándose dentro del claro.

Vesuvius se hizo hacia atrás seguro fuera del alcance y vio cómo el gigante miraba hacia abajo sorprendido. El soldado se puso de pie tratando de correr pero el gigante respondió de inmediato lanzando una de sus garras, levantándolo y apretando sus manos en su cintura mientras lo acercaba a sus ojos. Se lo acercó y le arrancó la cabeza de una mordida comiéndose sus gritos.

Vesuvius sonrió satisfecho de haberse deshecho de un comandante inepto.

—Si necesito enseñarte qué hacer, —le dijo al cuerpo que una vez había sido su comandante—, ¿entonces por qué me molesto en tener un comandante?

Vesuvius se volteó y miró al resto de sus soldados y todos lo miraban petrificados, pasmados. Apuntó hacia un soldado que estaba cerca.

—Tú, —dijo.

El soldado volteó a verlo nervioso.

—¿Sí, mi Señor y Rey?

—Tú eres el siguiente.

Los ojos del trol se abrieron y cayó de rodillas levantando sus manos hacia él.

—¡No puedo hacerlo, mi Señor y Rey! —Lloró—. ¡Te lo ruego, no a mí, elige a alguien más!

Vesuvius dio un paso adelante y asintió amigablemente.

—Bien, —respondió. Se acercó y cortó la garganta del trol con su daga y el trol cayó a sus pies, muerto—. Yo lo haré.

Vesuvius miró a sus otros soldados.

—Levántenlo, —ordenó—, y arrójenlo al alcance del gigante. Cuando se acerque, tengan las cuerdas listas. Lo atarán cuando venga por la carnada.

Una media docena de soldados tomaron el cuerpo, se acercaron, y lo arrojaron al

claro. Los otros soldados siguieron la orden de Vesuvius apresurándose a cada lado del claro con las enormes cuerdas listas.

El gigante examinó al trol fresco a sus pies como pensando. Pero finalmente, como Vesuvius había predicho, exhibió su limitada inteligencia y se agachó tomando el cuerpo, exactamente como Vesuvius lo había pensado.

—¡Ahora! —gritó.

Los soldados lanzaron las cuerdas sobre la espalda del gigante tomando y estirando cada lado dejándolo en el piso. Más soldados se acercaron y lanzaron más cuerdas, docenas de ellos, una y otra vez atando su cuello, brazos y piernas. Tiraron con todas sus fuerzas mientras lo rodeaban y la bestia se sacudía y rugía, pero pronto no hubo nada que pudiera hacer. Atado por docenas de cuerdas gruesas y sostenido por cientos de hombres, se dejó caer de rostro a la tierra rugiendo desamparado.

Vesuvius caminó y se le puso cerca, lo que nunca habría hecho hace unos momentos, y miró satisfecho a su presa.

Finalmente, después de todos estos años, sonrió ampliamente.

—Ahora, —dijo lentamente saboreando cada palabra—, Escalon será mío.

CAPÍTULO DIECIOCHO

Kyra se paró junto a la ventana de su habitación mirando el amanecer sobre el campo con un sentimiento de anticipación y temor. Había pasado una larga noche llena de pesadillas dando vueltas sobre su cama después de escuchar las palabras de su padre. Aún podía escuchar las palabras sonando en su cabeza:

¿Es que no tiene derecho a saber quién es?

Toda la noche había soñado con una mujer con el rostro oscurecido y portando un velo, una mujer que estaba segura era su madre. Había tratado de alcanzarla una y otra vez solo para despertar sola y jadeando en su cama.

Kyra ya no sabía lo que era real y lo que era un sueño, lo que era verdad y lo que era mentira. ¿Cuántos secretos le habían estado ocultando? ¿Qué era lo que no le podían decir?

Kyra finalmente despertó al amanecer tomando su mejilla que aún le ardía por la herida, y se puso a pensar sobre su madre. Toda su vida le habían dicho que su madre había muerto cuando ella nació, y ella no tenía razón para creer otra cosa. Kyra sentía que en realidad no se parecía a nadie en su familia o en la fortaleza, y mientras más lo pensaba, más se daba cuenta de que todos la miraban un poco diferente, como si en realidad no perteneciera a este lugar. Pero nunca se había imaginado que esto tenía una razón, que su padre le había estado mintiendo, que había guardado un secreto. ¿Estaba viva su madre? ¿Por qué tuvieron que ocultarla de ella?

Kyra estaba junto a la ventana temblando por dentro asombrada de como su vida había cambiado drásticamente en tan solo un día. También sintió un fuego quemando en sus venas, pasando de su mejilla a su hombro y después a su muñeca, y sabía que ya no era la misma persona. Podía sentir el calor del dragón pasando dentro de ella, pulsando en su interior. Se preguntaba qué significaba esto. ¿Volvería a ser la misma persona otra vez?

Kyra miró hacia abajo a cientos de personas moviéndose de un lado a otro y se asombró al ver tal actividad tan temprano. Generalmente esta hora del día era tranquila. Pero no hoy. Los Hombres del Señor venía por ellos como una tormenta que se formaba, y su gente sabía que iba a haber una retribución. El espíritu en el aire también era diferente hoy. Su gente siempre había sido rápida en rendirse. Pero parecía que ahora su espíritu se había endurecido, y estaba feliz de verlos prepararse para pelear. Muchos de los hombres de su padre estaban asegurando los bancos de tierra, aumentando la guardia en las puertas, bajando el portón, tomando sus posiciones en las murallas, abarrotando las ventanas y cavando zanjas. Los hombres seleccionaban y afilaban sus armas, tomaban flechas, preparaban sus caballos y se reunían con nerviosismo en el patio. Todos se preparaban.

Kyra apenas podía creer que ella había desatado todo esto; sintió una gran culpa y orgullo al mismo tiempo. Pero más que nada, sintió miedo. Sabía que su gente no podría sobrevivir un ataque directo de los Hombres del Señor quienes, después de

todo, tenían al ejército Pandesiano detrás de ellos. Podrían resistir, pero cuando Pandesia llegara con toda su fuerza, todos seguramente morirían.

—Me alegra verte levantada, —dijo una voz alegre.

Kyra se giró sorprendida al igual que Leo, sin pensar que alguien más estuviera despierto en el fuerte a esta hora y sintió alivio al ver a Anvin de pie en la puerta con una sonrisa, acompañado por Vidar, Arthfael, y varios más de los hombres de su padre. Mientras el grupo la miraba, se dio cuenta de que esta vez la miraban diferente. Había algo diferente en sus ojos: respeto. Ya no la miraban como si fuera una chica, una observadora, sino ahora como si fuera uno de ellos. Un igual.

Esa mirada hizo que se le recuperara el corazón, la hizo sentir como que todo había valido la pena. No había nada que ella había querido más que el ganarse el respeto de estos hombres.

—¿Entonces te sientes mejor? —preguntó Vidar.

Kyra lo pensó, y mientras abría y cerraba los puños y extendía las manos, se dio cuenta de que ya estaba mejor, de hecho, estaba más fuerte que antes. Mientras asentía con la cabeza también pudo ver que la miraban con algo más: un toque de miedo. Como si tuviera algún tipo de poder que ellos no conocían o en el que no confiaban.

—Me siento renacida, —respondió.

Anvin sonrió más.

—Bien, —dijo—. Lo vas a necesitar. Necesitaremos todas las manos disponibles.

Ella lo miró sorprendida y emocionada.

—¿Me estás ofreciendo la oportunidad de pelear con ustedes? —le preguntó con el corazón golpeándola. Ninguna noticia pudiera ser tan emocionante para ella.

Arthfael sonrió y se acercó tomándola del hombro.

—Solo no se lo digas a tu padre, —dijo.

Leo se acercó y lamió las manos de estos hombres mientras ellos le acariciaban la cabeza.

—Tenemos un pequeño regalo para ti, —dijo Vidar.

Kyra estaba sorprendida.

—¿Un regalo? —preguntó.

—Considéralo una bienvenida, —dijo Arthfael—, solo algo para ayudarte a olvidar ese rasguño en la mejilla.

Él se hizo a un lado junto con los otros y Kyra se dio cuenta de que estaba invitándola a que los siguiera. No había nada que ella deseara más. Ella sonrió de vuelta sintiéndose feliz por primera vez desde hace un largo tiempo.

—¿Es esto lo que se necesita para ser invitado por su grupo? —preguntó ella con una sonrisa—. ¿Tuve que matar a cinco Hombres del Señor?

—Tres, —la corrigió Arthfael—. Si recuerdo bien, Leo mató a dos de ellos.

—Sí, —dijo Anvin—. Y el sobrevivir a un encuentro con un dragón también cuenta un poco.

Kyra marchó con los hombres en los campos de la fortaleza de su padre con Leo a su lado, las botas crujendo en la nieve, energizada por la actividad a su lado, la fortaleza tan ocupada, llena con un sentimiento de propósito y sorprendentemente despierta tan de mañana. Pasó carpinteros, zapateros, talabarteros, albañiles, todos trabajando duro en su oficio mientras que un sinnúmero de hombres afilaban sus espadas y otras cuchillas en unas rocas. Mientras pasaban, Kyra sintió que las personas se detenían y la miraban; sus oídos le ardían. Todos deberían saber por qué venían los Hombres del Señor, lo que había hecho. Se sintió culpable y temió que las personas la odiasen.

Pero se sorprendió al ver que todos la miraban con admiración; y con algo más, tal vez miedo. Debieron haber descubierto que sobrevivió a un encuentro con un dragón, y parecía que no sabían qué pensar de ella.

Kyra miró hacia arriba examinando el cielo con la esperanza de ver a Theos recuperado, volando alto por encima de ella. Pero al mirar hacia el cielo no vio nada. ¿En dónde estaba? se preguntó. ¿Habría sobrevivido? ¿Podría volver a volar? ¿Estaba ya al otro lado del mundo?

Mientras caminaban cruzando el fuerte, Kyra tuvo curiosidad de a dónde la llevaban y que clase de regalo le habían preparado.

—¿A dónde vamos? —le preguntó a Anvin mientras daban vuelta en una estrecha calle de piedra. Pasaron a aldeanos cavando en la nieve mientras montones de hielo y nieve resbalaban de los techos de arcilla. Salía humo de todas las chimeneas del pueblo mientras el olor llenaba este día de invierno.

Pasaron por otra calle y Kyra pudo ver una amplia y baja vivienda de piedra cubierta de nieve con una puerta de roble roja, una que se diferenciaba de las demás y que Kyra reconoció inmediatamente.

—¿No es ese el taller del herrero? —preguntó.

—Lo es, —respondió Anvin mientras caminaba.

—¿Pero por qué me traen aquí? —preguntó.

Llegaron a la puerta y Vidar sonrió mientras la abría y entraba.

—Ya verás.

Kyra se agachó para entrar por la puerta y luego se paró dentro de la herrería con Leo siguiéndola y los otros detrás de ella y, mientras entraba, se sorprendió por el calor ocasionado por la fragua. Inmediatamente notó todas las armas que reposaban en los yunques de herrero y los examinó con admiración: espadas y hachas aún en progreso, algunas aún al rojo vivo siendo moldeadas.

El herrero estaba sentado con tres de sus aprendices con sus rostros cubiertos de hollín y los miró sin expresión a través de su espesa barba negra. El lugar estaba lleno de armas esparcidas en todas las superficies, en el suelo, colgando de gancho, y

parecía que estaba trabajando en docenas a la vez. Kyra conocía a Brot, el herrero, un hombre bajo y fornido con el ceño perpetuamente fruncido en concentración, un hombre de pocas palabras y cuya vida eran sus armas. Era conocido por ser brusco, importándole más un pedazo de acero que un hombre.

Pero las pocas veces que Kyra había hablado con él, Brot había probado ser a pesar de su semblante un hombre amable y apasionado cuando hablaba de sus armas. Debió haber sentido una conexión con Kyra ya que compartían el mismo amor por las armas.

—Kyra, —dijo pareciendo complacido de verla—. Siéntate.

Se sentó delante de él en una banca vacía sintiendo el calor de la fragua en su espalda. Anvin y los demás se pusieron a su alrededor mientras Brot trabajaba en sus armas: una lanza, una hoz, una maza en curso con su cadena aún en preparación. Kyra miró una espada con sus orillas aún ásperas esperando ser afilada. Detrás de él trabajaban sus aprendices con el ruido de sus herramientas llenando el aire. Uno martillaba un hacha con chispas volando en toda dirección, mientras que otro alcanzaba con sus largas pinzas sacando una tira de acero al rojo vivo de la forja y poniéndola en el yunque preparándola para ser martillada. El tercero utilizaba sus pinzas para tomar una alabarda de su yunque y colocarla en un gran contenedor de hierro, con el agua silbando en cuanto tocó su superficie y emitiendo una nube de vapor.

Para Kyra, esta herrería siempre había sido el lugar más excitante en Volis.

Mientras los observaba, su corazón le latió más rápido preguntándose cuál sería el regalo que le tenían preparado.

—Oí hablar de sus hazañas, —dijo Brot sin mirarla a los ojos y mientras examinaba una espada probando su peso. Era una de las espadas más largas que jamás había visto, y él fruncía el ceño y entrecerraba los ojos mientras la examinaba pareciendo insatisfecho.

Sabía que era mejor no interrumpirlo y esperó con paciencia en silencio a que continuara.

—Qué lástima, —dijo finalmente.

Kyra lo miró confundido.

—¿Qué? —preguntó.

—Que no hayas matado al muchacho, —dijo—. No estaríamos en este lío si lo hubieras hecho, ¿no es cierto?

Seguía sin mirarla a los ojos mientras pesaba la espada, y sintió como se ruborizaba sabiendo que tenía razón pero sin arrepentirse de sus acciones.

—Una lección para ti, —añadió—. Mátales a todos, siempre. ¿Me entiendes? —le preguntó con un tono duro mientras levantaba la vista para verla a los ojos con seriedad—. *Mátales a todos.*

A pesar de su tono duro y brusco, Kyra admiraba a Brot por siempre decir lo que pensaba y lo que otros no se atrevían. También lo admiraba por su falta de miedo: el

tener armas de acero estaba prohibido por Pandesia bajo pena de muerte. Las armas de los hombres de su padre estaban permitidas solo porque cuidaban de Las Flamas, pero Brot también forjaba armas para docenas de otras personas ayudando a abastecer a un ejército secreto. Podían haberlo atrapado y matado en cualquier momento pero él nunca dudaba en cumplir su deber.

—¿Es por esto por lo que me has llamado? —preguntó confundida—. ¿Para darme consejos sobre matar hombres?

Él martilleó una espada en el yunque delante de él trabajando por un rato, ignorándola hasta que estuvo listo. Aún mirando hacia abajo respondió:

—No. Para ayudarte a matarlos.

Ella parpadeó confundida y Brot se volteó haciéndole una seña a uno de sus aprendices quién se apuró y le pasó un objeto.

Brot miró hacia ella.

—Escuché que perdiste dos armas anoche, —dijo—. Un arco y un bastón, ¿cierto?

Ella asintió preguntándose a dónde iba con todo esto.

Brot movió su cabeza con desaprobación.

—Es debido a que juegas con varas. Armas de niños. Haz matado a cinco Hombres del Señor y haz sobrevivido al encararte con un dragón, y eso es más que cualquiera en esta habitación. Ahora eres un guerrero, y mereces armas de guerrero.

Se hizo hacia atrás mientras uno de sus aprendices le pasaba algo y entonces se volteó y puso un largo objeto en la mesa cubierto con un paño de terciopelo rojo.

Ella lo miró con duda con su corazón latiendo en anticipación y él asintió como respuesta.

Kyra lo tomó retirando lentamente el paño rojo y emitió un jadeo con lo que vio: Ante ella se extendía un hermoso arco largo, su mango tallado, adornado, y cubierto de una hoja delgada de metal brillante. Nunca había visto un arco como este.

—Acero Alkano, —explicó mientras ella lo levantaba y admiraba lo ligero que era—. El más fuerte del mundo; y también el más ligero. Es escaso, utilizado por los reyes. Estos hombres han pagado por este y mis muchachos lo han estado preparando toda la noche.

Kyra se volteó y vio a Anvin y a los otros que le daban una sonrisa y su corazón se llenó de gratitud.

—Siéntelo, —le dijo Brot—. Anda.

Kyra levantó el arco y lo pesó sorprendiéndose de lo bien que quedaba en sus manos.

—Es incluso más ligero que mi antiguo de madera, —dijo confundida.

—Es de madera de Beechum en su interior, —dijo—. Más fuerte que el que tenías y también más ligera. Este arco nunca se romperá y tus flechas irán mucho más lejos.

Ella lo admiró sin palabras dándose cuenta de que esto era lo más amable que alguien había hecho por ella. Brot le pasó un carcaj lleno de flechas todas con puntas

nuevas brillantes, y mientras tocaba una se dio cuenta de lo afiladas que estaban. Inspeccionó su intrincado diseño.

—Punta ancha dentada, —dijo Brot orgulloso—. Si impactas con una de estas, la punta nunca saldrá. Están diseñadas para matar.

Kyra miró a Brot y a los otros sobrecogida, sin saber qué decir. Lo que más significado tenía para ella no eran las armas sino lo que habían hecho estos hombres por ella.

—No sé cómo agradecerles, —dijo—. Daré lo mejor de mí para honrar tu trabajo y para merecer esta arma.

—Aún no he terminado, —dijo con voz ronca—. Extiende tus brazos.

Ella lo hizo confundida y él se acercó a examinarlos, le subió las mangas y examinó sus antebrazos. Finalmente asintió satisfecho.

—Debe ser suficiente, —dijo.

Brot le hizo una señal a uno de sus aprendices quién se acercó con dos objetos brillantes y los puso en sus antebrazos. Mientras el frío metal tocaba su piel, Kyra se sorprendió al ver que eran brazaletes, largos y delgados protectores de antebrazo. Iban desde su muñeca hasta su codo, y después de colocarse con un sonido, se ajustaron a la perfección.

Kyra dobló sus codos admirada examinando los brazaletes, y mientras lo hizo se sintió invencible, como si fueran parte de su nueva piel. Eran ligeros pero muy fuertes, protegiéndola de muñeca a codo.

—Brazaletes, —dijo Brot—. Lo suficientemente delgados para que te puedas mover pero tan fuertes que resistirán el impacto de una espada. —Él la miró a los ojos—. Estos no solo son para protección de la cuerda cuando uses tu arco, estos son extra largos hechos también de acero Alkano. Están diseñados para reemplazar un escudo. Esta será tu armadura. Si un enemigo viene hacia ti con una espada, ahora tienes lo necesario para defenderte.

De repente tomó una espada de la mesa, la levantó alto y la dejó caer directo a su cabeza.

Kyra reaccionó sorprendida levantando sus brazos sobre su cabeza con sus nuevos brazaletes, y se sorprendió al ver que resistieron el golpe con chispas volando.

Brot sonrió bajando la espada complacido.

Kyra examinó sus brazaletes y sintió una gran felicidad.

—Me has dado todo lo que siempre hubiera querido, —dijo Kyra sintiéndose lista para abrazarlos.

Pero Brot levantó una mano y la detuvo.

—No *todo*, —la corrigió.

Brot le hizo un gesto a su tercer aprendiz quien trajo un largo objeto envuelto en un paño de terciopelo negro.

Kyra lo miró con curiosidad y entonces colocó su arco en su espalda y se acercó para tomarlo. Lo desenvolvió lentamente, y cuando por fin vio lo que estaba debajo

se quedó sin palabras.

Era un bastón, una obra de belleza, incluso más largo que su anterior y, lo más sorprendente de todo, brillante. Igual que el arco, estaba cubierto de una placa de acero Alkano ligera y con luz reflejándose de esta. Pero incluso con todo este metal, mientras lo pesaba con las manos sintió que era más ligero que su antiguo bastón.

—La siguiente vez, —dijo Brot—, cuando golpeen tu bastón este no se romperá. Y cuando golees a un enemigo, el impacto será más severo. Es un arma y escudo al mismo tiempo. Y eso no es todo, —dijo señalando hacia este.

Kyra miró hacia abajo confundida sin saber qué era lo que señalaba.

—Tuércelo, —dijo.

Hizo como le ordenó y al hacerlo, para su sorpresa, el bastón se separó en dos partes iguales. En cada punta había un cuchillo afilado de varias pulgadas de largo.

Kyra lo miró extasiada y Brot sonrió.

—Ahora tienes más maneras de matar a un hombre, —dijo.

Ella miró los resplandecientes cuchillos, la mejor obra que había visto, y se quedó sin aliento. Él había diseñado esta arma solo para ella, dándole un bastón que se convertía en dos lanzas, un arma única que se ajustaba a su fuerza. Ella lo volvió a unir poniéndolo suavemente en su lugar, tan perfecto que no podía darse cuenta de que había un arma escondida en su interior.

Ella miró a Brot y a todos los hombres con lágrimas en los ojos.

—Nunca voy a poder agradecerles, —dijo.

—Ya lo has hecho, —dijo Anvin acercándose—. Nos has traído una guerra, una guerra que nosotros estábamos muy temerosos por iniciar. Nos has hecho un gran favor.

De repente y antes de que pudiera procesar esas palabras, una serie de cuernos sonaron en la distancia, uno tras otro y resonando en la fortaleza.

Todos se miraron uno al otro sabiendo lo que esto significaba: era hora de la batalla.

Habían llegado los Hombres del Señor.

CAPÍTULO DIECINUEVE

Merk caminaba por el camino del bosque con las sombras alargándose mientras seguía el sendero del Bosque Blanco, con los ladrones muertos ahora a un día de distancia de él. No había dejado de caminar desde entonces tratando de libra a su mente del incidente, de volver al lugar pacífico en el que una vez había estado. No era sencillo. Con sus piernas empezando a cansarse, Merk estaba más ansioso que nunca de encontrar la Torre de Ur, de caminar hacia su nueva vida como un Observador y examinó el horizonte tratando de poder ver algo a través de los árboles.

Pero no había señal de esta. Este viaje se empezaba a sentir más como un peregrinaje, uno que nunca terminaría. La Torre de Ur estaba más alejada y más escondida de lo que se había imaginado.

Encontrar a esos ladrones había despertado algo dentro de él, había hecho que Merk se diera cuenta de lo complicado que era deshacerse de su viejo ser. No sabía si tendría la disciplina. Solo deseaba que los Observadores lo aceptaran en su orden; si no, y sin ningún lugar al que ir, seguramente volvería a su antigua vida.

Adelante, Merk vio cómo la madera cambiaba y vio un conjunto de antiguos árboles blancos, con troncos tan anchos como diez hombres y elevándose hacia el cielo con sus ramas extendiéndose como una cortina de hojas rojas brillantes. Uno de los árboles con un amplio y curvo tronco parecía particularmente atrayente y Merk, con dolor en sus pies, se sentó junto a este. Se recargó e inmediatamente sintió un gran alivio, sintió cómo el dolor se iba de su espalda y piernas después de horas de caminar. Se quitó las botas y sintió el dolor pulsando en sus pies y suspiró cuando una fresca brisa pasaba sobre ellos.

Merk metió la mano en su bolsa y sacó lo que quedaba de carne seca de un conejo que había atrapado la otra noche. La mordió y masticó lentamente cerrando los ojos, descansando, preguntándose qué le depararía el futuro. Sentado junto al árbol y bajo las crujientes hojas se sentía lo suficientemente bien.

Los ojos de Merk estaban pesados y él les permitió cerrarse por un momento necesitando descansar.

Cuando los abrió, Merk se sorprendió al ver que el cielo había oscurecido, dándose cuenta de que se había dormido. Ya era el ocaso y se dio cuenta de inmediato de que podría haber dormido toda la noche si no hubiera sido despertado por un ruido.

Merk se sentó y se puso inmediatamente en guardia con sus instintos activándose. Tomó el mango de su daga oculta en sus caderas y esperó. Él no quería recurrir a la violencia, pero hasta que llegara a la Torre, se dio cuenta de que podría pasar cualquier cosa.

El sonido se volvió más fuerte y se escuchaba como si alguien corriera atravesando el bosque. Merk estaba confundido: ¿qué hacía alguien más aquí en el medio de la nada y en el ocaso? Por el sonido de las hojas, Merk se pudo dar cuenta

de que era una persona, y que era ligera. Tal vez un niño o una chica.

Y como lo había pensado en un momento después apareció una chica corriendo por el bosque, llorando. Él la observaba sorprendido mientras ella corría por el bosque, se tropezaba y caía, pero manteniéndose lejos de él. Cayó con el rostro en la tierra. Era bonita, tal vez de dieciocho años, pero descuidada, con su cabello hecho un desastre lleno de tierra y hojas y su ropa rasgada y maltratada.

Merk se puso de pie, y mientras ella intentaba ponerse de pie lo alcanzó a ver y sus ojos se llenaron de pánico.

—¡Por favor no me lastimes! —Lloró poniéndose de pie y retirándose.

Merk levantó sus manos.

—No te haré daño, —dijo lentamente poniéndose de pie—. De hecho, ya estaba por irme.

Ella se alejó varios pies llena de terror y aún llorando, y él no dejaba de preguntarse qué había pasado. Lo que sea que haya sido, él no quería involucrarse, ya tenía suficientes problemas.

Merk se dio la vuelta hacia el sendero y empezó a caminar cuando una voz gritó detrás de él:

—¡No, espera!

Él se volteó y la miró de pie desesperada.

—Por favor, necesito tu ayuda, —le rogó.

Merk la miró y vio lo hermosa que era a pesar de su descuidada apariencia, con un cabello rubio sin lavar, ojos azul claro, y un rostro con rasgos perfectos cubierto de lágrimas y tierra. Traía ropa común de granjero y se dio cuenta de que no era rica. Parecía como si hubiera estado huyendo por bastante tiempo.

Él negó con la cabeza.

—No tienes el dinero para pagarme, —dijo Merk—. Yo no puedo ayudarte en lo que sea que necesites. Además, estoy de camino en una misión.

—No lo entiendes, —le rogó acercándose—. Mi familia; nuestro hogar fue invadido esta mañana. Mercenarios. Mi padre ha sido herido. Él los ahuyentó pero volverán pronto con muchos más hombres para matarlo, para matar a toda mi familia. Dijeron que quemarían toda nuestra granja. ¡Por favor! —rogó acercándose más—. Te daré lo que sea. ¡*Lo que sea!*

Merk se quedó de pie sintiendo lástima por ella pero decidido a no involucrarse.

—Hay muchos problemas en el mundo, señorita, —dijo—. Y no puedo resolverlos todos.

Se volvió de nuevo para irse cuando la voz volvió a gritar:

—¡Por favor! —gritó—. Es una *señal*, ¿no lo ves? El que me hubiera encontrado aquí contigo en medio de la nada. No esperaba encontrar a nadie pero te encontré a ti. Estabas destinado a estar aquí, destinado a ayudarme. Dios te está dando una oportunidad de redención. ¿No crees en las señales?

Se quedó allí y la vio llorando y se sentía culpable pero, sobre todo, dividido. Una

parte de él pensó en todas las personas que había matado en su vida y se preguntó: ¿qué importan unas más? Pero siempre habían solo unas más. Parecía nunca terminar. Tenía que poner la línea en algún lugar.

—Lo siento señorita, —le dijo—. Pero yo no soy tu salvador.

Merk se dio la vuelta de nuevo y empezó a retirarse determinado a no volver a detenerse, a ahogar su llanto y lamento con las hojas debajo de sus pies bloqueando el sonido.

Pero sin importar qué tanto crujían las hojas, su llanto continuaba sonando en una parte detrás de su cabeza, llamándolo. Se volteó y vio cómo ella corría perdiéndose en el bosque y trataba de sentir algo de alivio. Pero más que nada, se sintió perseguido, perseguido por un llanto que no quería escuchar.

Maldijo mientras caminaba enojado deseando nunca habérsela encontrado. ¿Por qué? Se preguntaba. ¿Por qué él?

Esto lo siguió molestando sin dejarlo en paz y empezó a odiar este sentimiento. Se empezó a preguntar, ¿era esto lo que se sentía tener una consciencia?

CAPÍTULO VEINTE

El corazón de Kyra golpeaba mientras caminaba con su padre y sus hermanos, Anvin y todos los soldados, marchando solemnemente por las calles de Volis, todos preparándose para la guerra. Hubo un solemne silencio en el aire mientras los cielos se ponían grises, una ligera nieve volvía a caer mientras sus botas pisaban la nieve y se acercaban a la puerta principal de la fortaleza. Los cuernos sonaban una y otra vez y su padre guiaba a los hombres de manera estoica, con Kyra sorprendiéndose por lo calmado que estaba como si hubiera hecho esto mil veces.

Kyra miró hacia adelante y, a través de las barras de acero del portón, alcanzó a ver un poco del Señor Gobernador guiando a cien de sus hombres que vestían en armadura escarlata con la bandera Pandesiana amarilla y azul moviéndose en el aire. Galopaban a través de la nieve en sus grandes caballos negros portando la mejor armadura y cargando las mejores armas, todos dirigiéndose directamente hacia las puertas de Volis. El sonido de sus caballos se escuchaba hasta aquí y Kyra podía sentir el suelo retumbando debajo de ella.

Mientras Kyra marchaba con el corazón golpeándole, sostenía su nuevo bastón, tenía el arco en la espalda y portaba sus nuevos brazaletes, y se sentía renacida. Finalmente se sentía como un *verdadero* guerrero con armas de verdad. Estaba encantada de tenerlas.

Mientras caminaban, Kyra estaba feliz de ver a su pueblo marchando sin miedo, todos uniéndose en la marcha para encontrarse con el enemigo. Vio a todos los aldeanos mirando a su padre y a sus hombres con esperanza, y se sintió honrada al marchar junto con ellos. Todos parecían tener una confianza infinita en su padre, y ella sospechaba que si estuvieran bajo cualquier otro liderazgo los aldeanos no estarían tan calmados.

Los Hombres del Señor se acercaron mientras un cuerno sonaba otra vez y el corazón de Kyra latía con fuerza.

—Sin importar qué pase, —dijo Anvin poniéndose a su lado y hablando bajo—, sin importar qué tanto se acerquen, no hagas nada sin la orden de tu padre. Ahora él es tu comandante. Te hablo no como su hija, sino como uno de sus hombres. Ahora eres uno de *nosotros*.

Ella asintió honrada.

—No deseo ser la causa de la muerte de nuestra gente, —dijo.

—No te preocupes, —dijo Arthfael acercándose por el otro lado—. Este día se acercaba desde hace mucho tiempo. Tú no iniciaste la guerra, ellos lo hicieron. Fue en el momento en que cruzaron la Puerta del Sur e invadieron Escalon.

Kyra, confortada, apretó su agarre en el bastón lista para lo que viniera. Tal vez el Señor Gobernador sería razonable. ¿Tal vez negociaría una tregua?

Kyra y los otros llegaron al portón y se detuvieron mirando hacia su padre.

Él se quedó ahí mirando sin ninguna expresión con un rostro duro, preparado. Se

volteó hacia sus hombres.

—No nos esconderemos detrás de puertas de hierro por miedo al enemigo, —gritó—, sino que nos encontraremos como hombres más allá de la puerta. ¡Levántenla! —ordenó.

Hubo un sonido de esfuerzo mientras los soldados levantaban el grueso portón. Finalmente se detuvo con un golpe, y Kyra se unió a los otros mientras salían marchando.

Marcharon por el puente de madera con sus botas haciendo eco, cruzaron el pozo y todos se detuvieron del otro lado, esperando.

Un retumbar llenó el aire mientras los Hombres del Señor se detenían a unos pies delante de ellos. Kyra estaba a varios pies detrás de su padre agrupada junto con los otros, y trató de llegar a las líneas frontales deseando estar a su lado y encararse a los Hombres del Señor.

Kyra vio al Señor Gobernador, un hombre calvo de mediana edad con un poco de cabello gris y una gran barriga, sentado cómodamente en su caballo a doce pies de distancia mirándolos con una expresión como si él fuera muy bueno para ellos. Cien de sus hombres estaban a caballo detrás de él con expresiones serias y portando un gran arsenal. Ella pudo ver que todos estos hombres estaban preparados para la guerra y para morir.

Kyra se sintió orgullosa al ver a su padre enfrente de sus hombres sin dudar ni mostrar temor. Tenía una expresión de comandante en guerra, una que no había visto antes. No era el rostro del padre que conocía, sino el rostro que guardaba para sus hombres.

Un largo y tenso silencio llenaba el aire interrumpido solo por el silbar del viento. El Señor Gobernador tomó su tiempo examinándolos por un minuto, claramente tratando de intimidarlos, obligándolos a que observaran lo asombrosos que eran sus caballos y armaduras y armamento. El silencio se extendió tanto tiempo que Kyra empezó a preguntarse si alguien lo rompería y empezó a darse cuenta que el silencio de su padre, su recepción callada y fría de pie con todos sus hombres preparados era en sí un acto de desafío. Lo amaba por esto. Él no era un hombre que se echaría para atrás contra nadie sin importar las probabilidades.

Leo era el único que hacía un sonido gruñéndoles en silencio.

Finalmente el Señor Gobernador aclaró su garganta mientras miraba a su padre.

—Cinco de mis hombres están muertos, —anunció con voz congestionada. Se mantuvo en su caballo sin bajarse a su nivel—. Tu hija ha roto la sagrada ley Pandesiana. Conoces la consecuencia: el tocar a un Hombre del Señor se castiga con la muerte.

Él guardó silencio y su padre no respondió. Mientras el viento y la nieve empezaban a tomar fuerza el único sonido que se escuchaba era el de las ondeantes banderas. Los hombres, en un número similar a ambos lados, se miraban en un tenso silencio.

Finalmente el Señor Gobernador continuó.

—Debido a que soy un Señor misericordioso, —dijo—, no voy a ejecutar a tu hija; ni te mataré a ti ni a tus hombres ni a tu gente, que es mi derecho. De hecho, estoy dispuesto a poner este desagradable asunto detrás de nosotros.

El silencio continuó mientras el Gobernador, tomando su tiempo, examinó sus rostros lentamente deteniéndose en el de Kyra. Ella sintió un escalofrío mientras sus ojos codiciosos se posaron sobre ella.

—En cambio, voy a tomar a tu hija, que es mi derecho. No está casada y tiene la edad y como sabes, la ley Pandesiana me lo permite. Tu hija, *todas* sus hijas, ahora son nuestra propiedad.

Él se burló de su padre.

—Considérate afortunado de que no les imponga un castigo más severo, —concluyó.

El Señor Gobernador se volteó y les hizo una señal a sus hombres, y entonces dos de sus soldados con apariencia feroz desmontaron y empezaron a cruzar el puente, con sus botas y espuelas haciendo eco en la madera hueca mientras pasaban.

El corazón de Kyra le golpeaba en el pecho mientras los vio venir por ella; quería tomar acción, tomar su arco y disparar, blandir su bastón. Pero recordó las palabras de Anvin sobre esperar la orden de su padre, sobre lo disciplinados que tenían que ser los soldados y, por difícil que fuera, se obligó a esperar.

Mientras se acercaban, Kyra se preguntó qué haría su padre. ¿Permitiría que se la llevaran estos hombres? ¿Pelearía por ella? Ya sea que ganaran o perdieran, que se la llevaran o no, no importaba para ella; lo que más le importaba era que su padre se preocupaba tanto que se les había encarado.

Pero mientras se acercaban, su padre no reaccionó. El corazón de Kyra palpitaba en su cuello. Sintió una oleada de decepción dándose cuenta que iba a permitir que se la llevaran. Hizo que quisiera llorar.

Leo gruñó con furia poniéndose enfrente de ella con el pelo levantado; pero ellos no se detuvieron. Sabía que si le ordenaba lanzarse él lo haría; pero no quería que lo hirieran esas armas, ni tampoco quería desafiar el comando de su padre y desatar una guerra.

Los hombres estaban a solo unos pies cuando de repente, en el último momento, su padre les hizo una señal a sus hombres y seis de ellos avanzaron, Kyra estaba entusiasmada por ver y ellos bajaron sus alabardas bloqueando el camino de los soldados.

Los soldados se detuvieron con su armadura golpeando el metal de las alabardas y miraron a su padre con sorpresa claramente sin esperarse esto.

—No darán un paso más, —dijo. Su voz era fuerte y oscura, una voz que nadie podría desafiar. Tenía un tono de autoridad y no de un sirviente.

En ese momento Kyra lo amó más que nunca.

Él se volteó y miró al Señor Gobernador.

—Aquí somos todos hombres libres, —dijo—, hombre y mujer, joven y viejo por igual. La decisión es de ella. Kyra, —dijo volteándose hacia ella—, ¿deseas irte con estos hombres?

Ella le devolvió la mirada suprimiendo una sonrisa.

—No, —respondió con firmeza.

Miró de nuevo al Señor Gobernador.

—Ahí lo tienes, —dijo—. La decisión es de ella. No tuya ni mía. Si deseas obtener algo de mi propiedad o de mi oro como recompensa por tu pérdida, —le dijo al Gobernador—, puedes tenerlo. Pero no tendrás a mi hija, a ninguna de nuestras hijas, sin importar lo que haya escrito un escriba en una ley Pandesiana.

El Señor Gobernador lo observaba con sorpresa en el rostro, claramente no acostumbrado a que le hablaran de esa manera; o a que lo desafiaran. Parecía como que no sabía qué hacer. Obviamente esta no era la bienvenida que estaba esperando.

—¿Te atreves a bloquear a mis hombres? —preguntó—. ¿A rechazar mi oferta?

—No es una oferta, —respondió Duncan.

—Piénsalo con cuidado, sirviente, —lo regañó—. No la ofreceré dos veces. Si la rechazas te enfrentarás a la muerte, tú y tu gente. Seguramente sabes que no estoy solo, hablo de parte de todo el ejército Pandesiano. ¿Crees que vas a poder enfrentarte a Pandesia tú solo cuando tu propio Rey ha entregado su reino, cuando las probabilidades están todas contra ti?

Su padre se encogió de hombros.

—Yo no peleo por probabilidades, —respondió—. Yo peleo por causas. El número de tus hombres no me importa. Lo que importa es nuestra libertad. Puede que ganes, pero nunca te llevarás nuestro espíritu.

El rostro del gobernador se puso duro.

—Cuando todas tus mujeres y niños estén gritando al ser llevados, —dijo—, recuerda la decisión que tomaste hoy.

El Señor Gobernador se dio la vuelta, espolé a su caballo y se marchó seguido por varios asistentes dirigiéndose hacia el camino por el que había llegado en el nevado campo.

Pero sus soldados se quedaron atrás, y su comandante levantó su bandera a lo alto y ordenó:

—¡AVANCEN!

Los Hombres del Señor se bajaron de sus caballos, formaron una fila y marcharon en perfecta disciplina sobre el puente dirigiéndose hacia ellos.

Kyra, con el corazón golpeándola, se volteó y miró hacia su padre al igual que todos esperando la orden, y de repente levantó un puño a lo alto y, con un feroz grito de pela, lo bajó.

De repente el cielo se cubrió con flechas. Kyra miró sobre su hombro y observó a varios de los arqueros de su padre apuntando desde las almenas y disparando. Las flechas silbaban a su lado y observaba como golpeaban a los Hombres del Señor a

izquierda y derecha.

Los gemidos llenaban el aire mientras hombres morían todo alrededor. Era la primera vez que había visto a tantos hombres morir de cerca y la visión la paralizó.

Al mismo tiempo su padre sacó una espada corta de cada lado de sus caderas, se acercó y apuñaló a los dos soldados que habían venido por su hija y cayendo muertos a sus pies.

Al mismo tiempo, Anvin, Vidar, y Arthfael levantaron lanzas y las arrojaron cada uno matando a un soldado que se abalanzaba por el puente. Brandon y Braxton arrojaron sus lanzas también rozando a un soldado en el brazo y a otro en la pierna, hiriéndolos al menos.

Más hombres atacaron y Kyra, inspirada, puso el bastón a un lado y tomó su nuevo arco por primera vez, colocó una flecha y disparó. Apuntó hacia el comandante que guiaba a los hombres a cargar en caballo y miró con satisfacción como la flecha surcaba el aire y le penetraba el pecho. Era su primer disparo con su nuevo arco y la primera vez que mataba a un hombre en combate formal; y mientras su comandante caía al suelo, ella miraba sorprendida por lo que acababa de hacer.

Al mismo tiempo, una docena de los Hombres del Señor levantaron sus arcos y dispararon también, y Kyra miró con horror como ahora las flechas pasaban en sentido contrario y cómo los hombres de su padre gemían heridos y se desplomaban a su lado.

—¡POR ESCALON! —gritó su padre.

Sacó su espada y guio el ataque cruzando el puente hacia el grupo de Hombres del Señor. Sus soldados lo siguieron de cerca y Kyra tomó su bastón siguiéndolo también, emocionada al apresurarse a la batalla y queriendo estar al lado de su padre.

Mientras atacaban, los Hombres del Señor prepararon otra ronda de flechas y las dispararon de una vez lanzando un muro de flechas hacia ellos.

Pero entonces, para la sorpresa de Kyra, los hombres de su padre levantaron grandes escudos mientras se agachaban todos juntos en perfecta disciplina. Ella sea agachó detrás de ellos mientras escuchaba el golpe de las mortíferas flechas siendo detenidas.

Todos saltaron poniéndose de pie y atacaron, y ella se dio cuenta de la estrategia de su padre, acercarse lo suficiente a los Hombres del Señor para que sus flechas fueran inútiles. Pronto llegaron hasta la pared de soldados y hubo un gran sonido mientras el metal de los hombres chocaba en batalla, espadas contra espadas, alabardas contra escudos, lanzas contra armadura. Era aterrador y emocionante al mismo tiempo.

Apretados en el puente y sin ningún lugar a dónde ir los hombres pelearon mano a mano, gimiendo, cortando y bloqueando, con el choque del metal siendo ensordecedor. Leo se abalanzó y encajó sus colmillos en el pie de un hombre, mientras uno de los hombres de su padre gritaba al lado de ella y ella veía cómo era atravesado por una espada, con sangre saliendo de su boca.

Kyra observó a Anvin darle un cabezazo a un hombre y después encajarle la espada en el estómago. Observó a su padre utilizar su escudo como arma golpeando a dos de los hombres tan fuerte que los derribó del puente y hacia el foso. Nunca antes había visto a su padre en acción, y esta era una visión feroz. Y más impresionante aún era ver cómo los hombres se formaban a su alrededor, y era claro que habían peleado lado a lado por muchos años. Tenían una camaradería que ella envidiaba.

Los hombres de su padre pelearon tan bien que tomaron a los Hombres del Señor por sorpresa quienes claramente no se esperaban una resistencia tan organizada. Los Hombres del Señor peleaban por su Gobernador que ya los había abandonado, mientras los hombres de su padre peleaban por sus hogares, por sus familias y por sus vidas, estando todo aquí. Su pasión y su ventaja les dieron impulso.

De cerca y con poco espacio para moverse, Kyra vio a un soldado con su espada levantada viniendo hacia ella e inmediatamente tomó su bastón con ambas manos, lo puso de lado y lo levantó sobre su cabeza como un escudo. El hombre la atacó con una espada ancha y rogó por que el acero Alkano de Brot resistiera.

La espada resonó contra el bastón como si fuera un escudo y, para su alivio, el bastón no se rompió.

Kyra giró el bastón y golpeó al soldado en un costado de su cabeza. Él se tambaleó hacia atrás y entonces ella lo pateó lanzándolo de espaldas y gritando hacia el foso.

Otro soldado la atacó desde un costado con mayal y ella se dio cuenta de que no iba a poder reaccionar a tiempo. Pero Leo se apresuró y se le lanzó sobre el pecho derribándolo y poniéndose encima de él.

Otro soldado se acercó con un hacha girándola de lado hacia ella; apenas tuvo tiempo de reaccionar y de girar el bastón para bloquearla. Sostuvo su bastón de manera vertical apenas soportando la fuerza del soldado mientras el hacha se le acercaba. Aprendió una valiosa lección comprendiendo que no podría enfrentarse a estos hombres de frente. No podía superarlos en poder; tenía que pelear a su fuerza y no a la de ellos.

Perdiendo fuerza mientras el hacha se acercaba más, Kyra recordó el invento de Brot. Torció el bastón separándolo en dos partes y se hizo hacia atrás mientras el hacha pasaba por su lado fallando. El soldado se confundió claramente no esperando esto y, en el mismo movimiento, Kyra levantó las dos mitades de su bastón encajándolas en el pecho del soldado, matándolo.

Hubo un grito de personas que marchaban detrás de ella y Kyra volteó para encontrarse con un grupo de aldeanos, agricultores, albañiles, herreros, armeros, carniceros, todos portando armas; hoces, hachas, de todo y con cualquier cosa dirigiéndose al puente. En solo un momento se les unieron a los hombres de su padre listos para defenderse.

Kyra miró a Thomak el carnicero utilizando un cuchillo para cortar el brazo de un hombre, mientras que Brine el albañil golpeaba a un soldado con un martillo en el

pecho derribándolo. La gente del pueblo trajo una fresca oleada de energía a la batalla, y aunque eran muy torpes, sorprendieron a los Hombres del Señor. Peleaban con pasión liberando años de furia acumulada por la esclavitud. Finalmente tenían la oportunidad de defenderse ellos mismo, la oportunidad de vengarse.

Empujaban a los Hombres del Señor mientras pasaban entre ellos con fuerza bruta, derribando a hombres y caballos a diestra y siniestra. Pero después de unos minutos de pelea intensa estos guerreros novatos empezaron a caer, con el aire lleno de sus gritos mientras que los soldados mejor armados y mejor entrenados los atravesaban. Los Hombres del Señor los empujaron de vuelta y el impulso cambió de dirección.

El puente se vio más abultado mientras los refuerzos de los Hombres del Señor atacaban también. Los hombres de su padre se resbalaban en la nieve, estaban cansados, con más de uno gritando y cayendo al ser asesinados por los Hombres del Señor. El rumbo de la batalla se estaba poniendo en su contra, y Kyra supo que tenía que hacer algo rápido.

Kyra miró a su alrededor y tuvo una idea: saltó hacia el camino de piedra en la orilla del puente tomando el punto de ventaja que necesitaba, varios pies por encima de los demás, expuesta pero sin que esto le importara. Era la única lo suficientemente ágil para llegar hasta allí y sacó su arco, apuntó y disparó.

Con su ángulo superior, Kyra pudo derribar a un soldado tras otro. Apuntó a uno de los Hombres del Señor que levantaba un hacha hacia su padre que estaba distraído y lo impactó en el cuello antes de que pudiera apuñalar a su padre. Entonces disparó a un soldado que giraba un Mayal dándole en las costillas antes de que pudiera impactar a Anvin en la cabeza.

Disparando flecha tras flecha, Kyra derribó a una docena de hombres hasta que fue detectada. Sintió una flecha pasar por su rostro y se volteó para ver a arqueros disparándole. Antes de que pudiera reaccionar, gimió de dolor al sentir como una flecha rozaba su brazo haciéndola sangrar.

Kyra bajó de la orilla y volvió a la palestra. Rodó hasta quedarse de manos y rodillas y se quedó ahí sintiendo el dolor en su brazo mientras miraba como llegaban más refuerzos al puente. Vio cómo empujaban hacia atrás a su gente y observó cómo uno de ellos, justo a su lado, un hombre al que había conocido y amado, era apuñalado en el estómago y caía por encima de la barandilla hacia el foso, muerto.

Mientras estaba arrodillada un feroz soldado levantó su hacha y la dejó caer sobre ella. Sabía que no podría reaccionar a tiempo y se preparó cuando de repente Leo se abalanzó sobre él encajándole los colmillos en el estómago.

Kyra sintió movimiento en la esquina de su ojo y volteó para ver a otro soldado levantar su alabarda y apuntar hacia su cuello. Sin poder reaccionar a tiempo, se preparó para recibir el impacto esperando la muerte.

Pero entonces hubo un sonido metálico y levantó la vista para ver como el cuchillo estaba arriba de ella detenido por una espada. Su padre estaba a su lado

blandiendo la espada y salvándola del mortal golpe. Giró la espada alejando la alabarda y entonces se la clavó al soldado en el corazón.

Sin embargo, el movimiento dejó a su padre indefenso, y Kyra miró horrorizada cómo otro soldado se acercaba y cortaba a su padre en el brazo; él gimió y se hizo hacia atrás mientras el soldado se lanzaba sobre él.

Mientras Kyra estaba arrodillada, un sentimiento desconocido empezó a invadirla; era un calor que empezaba en su plexo solar e irradiaba desde ahí. Era una sensación extraña pero también una que aceptó inmediatamente al sentir que le daba fuerzas infinitas, que se extendía por todo su cuerpo una extremidad a la vez y corría por sus venas. Más que fuerza, le dio enfoque; al mirar alrededor, era como si el tiempo se moviera muy lento. En solo una mirada vio a todos los soldados, sus vulnerabilidades y vio cómo podía matar a todos y cada uno de ellos.

Kyra no entendió lo que le estaba pasando y no le importaba. Aceptó el nuevo poder que se apoderó de ella y se permitió sucumbir a su dulce ira para que hiciera con ella lo que quisiese.

Kyra se levantó sintiéndose invencible, sintiendo como que todos se movían muy lentos a su alrededor. Levantó su bastón y se arrojó sobre la multitud.

Lo que pasó a continuación fue un parpadeo, una imagen cegadora que apenas podía procesar y recordar. Sintió cómo el poder tomaba sus brazos y le decía a quién golpear, a dónde moverse, y se encontró atacando enemigos en un instante mientras pasaba por la multitud. Golpeó a uno de los soldados en el costado de la cabeza, entonces se volteó y golpeó a otro en la garganta; entonces saltó alto y tomando el bastón con las dos manos lo bajó sobre la cabeza de dos soldados. Giró su bastón a ambos lados mientras pasaba por el grupo como un remolino, derribando soldados a diestra y siniestra y dejando un rastro a su paso. Nadie podía atraparla y nadie podía detenerla.

El sonido del bastón metálico hacía eco en el aire con todo pasando imposiblemente rápido. Por primera vez en la vida se sintió siendo una con el universo; sintió como si ya no estuviera tratando de controlarse sino que se dejaba ser controlada. Sentía como si estuviera fuera de sí. No podía entender este nuevo poder, y esto la asustaba y la emocionaba al mismo tiempo.

En tan solo un momento había terminado con todos los Hombres del Señor en el puente. Se encontró de pie en el otro lado y golpeando a un último soldado en medio de los ojos.

Kyra se detuvo respirando con dificultad y entonces el tiempo volvió a ser rápido otra vez. Miró a su alrededor y examinó el daño que había hecho, impresionada ella más que los demás.

La docena de soldados que quedaban de los Hombres del Señor en el otro lado del puente la miraban con pánico en los ojos mientras se daban la vuelta y se iban corriendo resbalando por la nieve.

Entonces hubo un grito y el padre de Kyra guio el ataque mientras sus hombres

los perseguían. Los atravesaron a diestra y siniestra hasta que no quedó ninguno.

Sonó un cuerno. La batalla había terminado.

Todos los hombres de su padre y todos los aldeanos se quedaron de pie dándose cuenta de que habían conseguido lo imposible. Pero de manera extraña, no había el grito de júbilo que generalmente se esperaba después de una victoria como esta; no hubo regocijo ni hombres abrazándose, ni gritos de felicidad. En su lugar, el aire estaba extrañamente silencioso y con un aspecto sombrío; habían perdido a muchos buenos hermanos ese día, con sus cuerpos desparramados entre ellos, y tal vez esto ocasionó que se detuvieran.

Pero Kyra sabía que era más que esto. Esto no era lo que había causado el silencio. Sabía que lo que había ocasionado el silencio era ella.

Todos los ojos en el campo de batalla se voltearon y la miraron. Incluso Leo la miraba con miedo en los ojos como si ya no la reconociera.

Kyra se quedó ahí respirando fuerte, con las mejillas aún rojas y sintiendo todas las miradas. La miraban asombrados pero también con sospecha. La miraban como si fuera un extraño en medio de ellos. Ella sabía que todos ellos se estaban haciendo la misma pregunta. Era una pregunta para la que ella misma quería una respuesta, una que la aterraba más que cualquier cosa:

¿Quién era?

CAPÍTULO VEINTIUNO

Alec entraba y salía del sueño al estar de pie en el carro, aplastado entre una multitud de muchachos, soñando rápido con sueños perturbadores. Se miraba a sí mismo aplastado a muerte dentro de un ataúd lleno de muchachos mientras se cerraba la tapa en él.

Se despertó asustado y respirando fuerte dándose cuenta de que seguía en el carro. Se habían detenido en más ocasiones y habían metido a más muchachos en el carro que ya estaba en camino, un día más subiendo y bajando colinas, entrando y saliendo del bosque. Alec había estado de pie desde la confrontación sintiéndose más seguro de pie y su espalda lo castigaba. Pero ya no le importaba. Sintió que era más fácil dormir mientras estaba parado y especialmente con Marco a su lado. Los muchachos que lo habían atacado se habían retirado al otro lado del carro, pero en este punto ya no confiaba en nadie.

Las sacudidas del carro llegaron hasta el consciente de Alec, sin que pudiera ahora recordar lo que era estar en terreno firme. Pensó en Ashton y se consoló al pensar que al menos no era su hermano el que estaba de pie ahí. Esto le dio un sentimiento de propósito y le dio el valor para seguir adelante.

Mientras las sombras crecían sin que el viaje pareciera terminar, Alec empezó a perder esperanza, a sentir como que nunca llegarían a Las Flamas.

Pasó más tiempo y después de dormir en varias ocasiones, sintió un codazo en las costillas. Abrió los ojos para ver a Marco que le hacía un gesto con la cabeza.

Alec sintió una oleada de excitación que inundaba al grupo de muchachos, y esta vez supo que algo era diferente. Todos los muchachos se animaban a medida que empezaban a girar y observaban por entre las barras de hierro. Alec se volteó y trató de mirar, desorientado, pero no pudo ver nada con el grupo de muchachos enfrente.

—Tienes que ver esto, —dijo Marco mirando hacia afuera.

Marco se quitó para que Alec pudiera observar. Mientras lo hizo, Alec pudo ver una visión que nunca olvidaría:

Las Flamas.

Alec había escuchado acerca de Las Flamas toda su vida, pero nunca se había imaginado que pudieran existir. Era una de esas cosas difíciles de imaginar, e incluso si se trataba con fuerza, era difícil poder creerlo. ¿Cómo podían llegar las llamas a tan alto en el cielo? ¿Cómo podían arder para siempre?

Pero ahora que las miraba por primera vez, se dio cuenta de que todo era verdad. Lo dejó sin aliento. Ahí, en el horizonte, se elevaban Las Flamas como decía la leyenda hasta las nubes, tan gruesas que no se podía ver dónde terminaban. Podía escuchar el crijar, sentir el calor incluso desde ahí. Era impresionante y aterrador al mismo tiempo.

Alec vio posicionados a hombres todo a lo largo de Las Flamas, hombres y chicos, protegiendo, separados por unos cien pies. En el horizonte y al final del

camino, vio una torre negra de piedra con varios edificios a su alrededor. Era un centro de actividad.

—Parece que es nuestra nueva casa, —observó Marco.

Alec vio las hileras de barracas miserables llenas de chicos cubiertos de hollín. Sintió un hueco en el estómago dándose cuenta de que esta era una mirada a su futuro, al infierno que se había convertido su vida.

* * *

Alec se preparó mientras lo sacaban del carro los manejadores Pandesianos y cayó junto con una masa de muchachos en el suelo duro. Otros muchachos cayeron encima de él y mientras trataba de respirar se sorprendió al darse cuenta de lo duro que estaba el suelo; y de que estaba cubierto de nieve. No estaba acostumbrado al clima del noreste e inmediatamente se dio cuenta de que sus delgadas ropas de la región central no iban a servirle aquí. En Soli, aunque estaba a solo unos cuantos días de viaje hacia el sur, el suelo estaba blando y generalmente cubierto de exuberante musgo verde; allí nunca nevaba y el aire olía a flores. Aquí estaba duro y frío, sin vida, y el aire olía a fuego.

Mientras Alec se separaba de la masa de cuerpos, apenas si se ponía de pie cuando fue empujado por la espalda. Se tambaleo hacia adelante y se volteó para ver a un manejador detrás de él que guiaba a los muchachos como ganado hacia las barracas.

Detrás de él Alec observó como varias docenas de muchachos salían de su carro; y se sorprendió de ver que más de uno caía desplomado, muerto. Se maravilló de haber sobrevivido el viaje a pesar de todo lo que había pasado. Le dolían todos los huesos de su cuerpo y sus articulaciones estaban rígidas y, mientras marchaba, nunca se había sentido tan cansado. Sentía como si no hubiera dormido en meses y como si acabara de llegar al fin del mundo.

Un crujido llenaba el aire y Alec volteó hacia arriba a unas cien yardas hacia Las Flamas. Caminaron hacia ellas y estas se hacían cada vez más grandes. De cerca y en persona eran impresionantes, y él apreciaba su calor que crecía con cada paso que daba. Sin embargo, temía lo caliente que podrían llegar a estar de cerca cuando miró a los otros que patrullaban a unas veinte yardas de distancia. Notó que llevaban una armadura protectora inusual. Y a pesar de esto algunos estaban tirados habiéndose colapsado.

—¿Ves esas llamas chico? —dijo una voz siniestra.

Alec se volteó para ver al muchacho con el que había peleado en el carro acercándosele y con su amigo a su lado riendo.

—Cuando te acerque el rostro a ellas nadie te va a volver a reconocer, ni siquiera

tu mamá. Te voy a quemar las manos hasta que no te queden más que muñones. Aprecia lo que tienes antes de que lo pierdas.

Se rio con un sonido amenazador y oscuro que pareciendo toser.

Alec lo miró desafiante ahora con Marco a su lado.

—No pudiste derrotarme en el carro, —respondió Alec—, y no me derrotarás ahora.

El muchacho rio.

—Este no es un carro, chico, —dijo—. Esta noche dormirás conmigo. Esas barracas son todas nuestras. Una noche, un techo. Será tú y yo. Y yo tengo todo el tiempo del mundo. Puede ser esta noche, o tal vez la siguiente; pero una de estas noches, cuando menos te lo esperes, estarás durmiendo y entonces te atraparemos. Despertarás con tu rostro en esas llamas. Duerme bien, —concluyó con una risa.

—Si eres tan fuerte, —dijo Marco a su lado—, ¿qué estás esperando? Aquí estamos. Inténtalo.

Alec vio que el muchacho dudó al voltear a ver a los manejadores Pandesianos.

—Cuando llegue el momento, —respondió.

Con eso, desaparecieron en la multitud.

—No te preocupes, —dijo Marco—. Dormirás cuando yo esté despierto y después tú harás lo mismo por mí. Si esa basura se nos acerca deseará nunca haberlo hecho.

Alec asintió con agradecimiento mientras miraba hacia las barracas pensando. A unos pies de la amontonada entrada Alec ya podía oler el olor corporal que emanaba del edificio. Retrocedió cuando fue empujado dentro.

Alec trató de ajustarse a la oscuridad de las barracas que se alumbraba solo por una débil luz que entraba por unas altas ventanas. Miró hacia abajo hacia el piso de tierra y se dio cuenta que el carro, tan malo como era, era mejor que esto. Vio filas de rostros hostiles y sospechosos, con solo la parte blanca de sus ojos siendo visible y examinándolo. Empezaron a aullar y gritar claramente tratando de intimidarlos como los novatos y de delimitar su territorio, y las barracas se llenaron de voces fuertes.

—¡Carne fresca! —dijo uno.

—¡Pasto para Las Flamas! —gritó otro.

Alec tuvo un profundo sentimiento de aprensión mientras fueron empujados más y más profundo en la gran y única habitación. Finalmente se detuvo con Marco a su lado frente a un parche abierto de paja en el suelo, solo para ser empujado inmediatamente por detrás.

—Ese es mi lugar, chico.

Alec se volteó para ver a un recluta mayor mirándolo y sosteniendo una daga.

—A menos que quieras que te corte la garganta, —le advirtió.

Marco se acercó.

—Quédate con tu paja, —dijo—. Apesta de todos modos.

Los dos se voltearon y continuaron caminando más profundo en las barracas hasta

que en una esquina lejana Alec encontró un pequeño parche de paja entre las sombras. No vio a nadie cerca y él y Marco se sentaron a unos pies de distancia el uno del otro con sus espaldas a la pared.

Alec inmediatamente respiró con alivio; se sentía muy bien descansar sus piernas mientras no estaba en movimiento. Se sintió seguro en una esquina con la espalda en la pared y en donde no lo podrían emboscar con facilidad teniendo una vista de toda la habitación. Vio a cientos de reclutas rondando todos en estado de discusión y con docenas más entrando cada segundo. También vio cómo otros eran arrastrados hacia afuera por los tobillos, muertos. Este lugar era una visión del infierno.

—No te preocupes, se pondrá peor, —dijo una voz a su lado.

Alec se volteó mirando a un recluta que estaba en las sombras a unos pies de distancia, un chico al que no había visto antes recostado de espaldas, con las manos bajo la cabeza y mirando hacia el techo. Mordía un pedazo de paja y tenía una voz profunda y hastiada.

—Tal vez te matará el hambre, —añadió el muchacho sombríamente—. Mata a la mitad de los muchachos que vienen por aquí. La enfermedad mata a los restantes. Y si eso no te atrapa, entonces otro muchacho lo hará. Tal vez pelearás por un pedazo de pan, o quizá sin una razón en particular. Tal vez no le guste la forma en que caminas o cómo lo miras. Tal vez le recuerdes a alguien. O tal vez sea por simple odio sin razón. Aquí hay mucho de eso por todas partes.

Suspiró.

—Y si aun así sobrevives, —añadió—, esas llamas lo harán. Tal vez no en tu primer patrullaje o en el segundo. Pero los troles pasan cuando menos te lo esperas y usualmente en llamas tratando de matar algo. No tienen nada que perder y salen de la nada. Vi a uno la otra noche, le hundió los dientes a un muchacho en el cuello antes de que los demás pudieran hacer algo.

Alec volteó a mirar a Marco, cada uno preguntándose qué clase de vida les esperaba.

—No, —añadió el muchacho—, no he visto a ningún muchacho sobrevivir más de una luna de trabajo.

—Tú sigues aquí, —observó Marco.

El muchacho sonrió mordiendo su paja y mirando hacia arriba.

—Es porque yo aprendí cómo sobrevivir, —respondió.

—¿Cuánto tiempo has estado aquí? —preguntó Alec.

—Dos lunas, —respondió—. Más que todos ellos.

Alec tomó aire sorprendido. Dos lunas y era el sobreviviente más antiguo. Esta realmente era una fábrica de muerte. Se empezó a preguntar si había cometido un gran error al venir aquí; tal vez simplemente debió haber atacado a los Pandesianos cuando llegaron a Solis y haber tenido una muerte rápida y limpia en casa. Sus pensamientos ahora se posaron en escapar; después de todo ya había salvado a su hermano, ¿qué podía ganar quedándose aquí ahora?

Alec ahora estaba revisando las paredes, examinando ventanas y puertas, contando a los guardias y preguntándose si habría una manera.

—Eso es bueno, —dijo el muchacho aún mirando hacia el techo pero examinándolo de alguna manera—. Piensa en escapar. Piensa en cualquier cosa menos en este lugar. Así es como sobrevivirás.

Alec se enrojeció avergonzado de que el muchacho leyera su mente y sorprendido de que pudiera hacerlo sin siquiera voltear a mirarlo.

—Pero no lo intentes, —dijo el muchacho—. No puedo decirte cuántos de nosotros morimos cada noche intentándolo. Es mejor ser asesinado que morir de esa manera.

—¿Morir de qué manera? —preguntó Marco—. ¿Te torturan?

El muchacho negó con la cabeza.

—Peor, —respondió—. Te dejan ir.

Alec lo miró confundido.

—¿A qué te refieres? —preguntó.

—Escogieron bien este lugar, —explicó—. Esos bosques están llenos de muerte. Jabalíes, bestias, troles y todo lo que te puedas imaginar. Ningún muchacho nunca sobrevive.

El muchacho sonrió y lo miró por primera vez.

—Bienvenidos amigos, —dijo sonriendo todavía más—, a Las Flamas.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

Kyra caminaba por las calles de Volis con nieve crujiendo debajo de sus botas y aturdida después de su primera batalla. Todo había pasado tan rápido, y había sido más feroz y más intenso de lo que se había imaginado. Hombres murieron, hombres buenos a los que había conocido toda su vida de maneras horribles y dolorosas. Padres y hermanos u esposos ahora estaban en la nieve muertos, con sus cuerpos apilados afuera de la fortaleza y el suelo demasiado duro para poder enterrarlos.

Cerró los ojos y trató de olvidar las imágenes.

Había sido una gran victoria, pero también le había enseñado lo que era una batalla real, lo frágil que era la vida. Le había mostrado lo fácilmente que podía morir un hombre y también lo fácil que era matar para ella, encontrando ambos lados igual de perturbadores.

Ser un gran guerrero era lo que siempre había deseado; pero ahora podía ver que venía con un pesado precio. El valor era lo que deseaba, pero se dio cuenta que no había nada sencillo acerca del valor. A diferencia del despojo de guerra, esto no era algo que pudiera tomar en sus manos o colgar en la pared. Y eso era lo que los hombres buscaban. ¿En dónde estaba esto llamado valor? Ahora que había terminado la batalla, ¿a dónde se había ido?

Más que nada, los eventos del día habían obligado a Kyra a pensar en sí misma, en su misterioso poder que había llegado de la nada y se había ido igual de rápido. Trató de invocarlo de nuevo pero no pudo. ¿Qué era? ¿De dónde había venido? A Kyra no le gustaba lo que no podía entender, lo que no podía controlar. Preferiría ser menos talentosa y entender de dónde venían sus habilidades.

Mientras Kyra pasaba por las calles estaba confundida por la reacción de los aldeanos. Después de la batalla esperaba que todos estuvieran en pánico, que abarrotaran sus hogares o se prepararan para evacuar la fortaleza. Después de todo, muchos de los Hombres del Señor habían muerto, y seguramente pronto verían la furia de Pandesia. Un gran y temible ejército vendría por ellos; tal vez el día siguiente o pasado mañana o la próxima semana, pero seguramente vendrían. Eran todos muertos vivientes. ¿Por qué no tenían miedo?

Pero mientras convivía con las personas Kyra no detectaba miedo. Al contrario, vio a personas jubilosas y energizadas como rejuvenecidas; vio a personas que ahora eran libres. Caminaban en todas direcciones felicitándose el uno al otro, celebrando y preparándose. Afilaban armas, fortalecían las puertas, apilaban rocas, guardaban comida, y se apuraban con un gran sentido de propósito. Los Volisianos, siguiendo el ejemplo de su padre, tenían voluntad de hierro. Eran personas que no se retraían con facilidad y de hecho, parecía como si desearan la próxima confrontación sin importar el costo y lo mal que estuvieran las probabilidades.

Kyra también notó algo más mientras caminaba entre su gente, algo que la puso incómoda: la nueva forma en que la miraban. Claramente ya todos habían escuchado

lo que había hecho y podía sentir los murmullos a sus espaldas. La miraban como si no fuera uno de ellos, estas personas a la que había conocido y amado toda su vida. La hizo sentirse como si fuera un extraño y se preguntaba dónde estaría su verdadero hogar. Más que nada, la hizo pensar en el secreto de su padre.

Kyra se acercó a la pared gruesa de las murallas y subió los escalones de piedra con Leo detrás de ella subiendo a los niveles superiores. Pasó a todos los hombres de su padre que estaban en guardia cada veinte pies y pudo ver que ellos también la miraban de manera diferente, con un nuevo respeto en sus ojos. Esa mirada hizo que todo valiera la pena.

Kyra dobló la esquina y en la distancia, de pie arriba de las puertas arqueadas y viendo hacia el campo estaba el hombre al que había venido a buscar: su padre. Él se quedó ahí con las manos en las caderas y varios de sus hombres alrededor de él observando a la nieve que crecía. Parpadeaba con el viento sin que este o sus recientes heridas lo perturbaran.

Él la miró acercándose y les hizo un gesto a sus hombres. Todos se fueron dejándolos solos.

Leo se apuró y le lamió la mano y su padre lo acarició en la cabeza.

Kyra estaba de pie sola observando a su padre y no supo qué decir. Él la miraba de vuelta sin ninguna expresión y ella no sabía si estaba enojado con ella u orgulloso o ambas cosas. Era un hombre complicado incluso en los momentos más sencillos, y estos no eran tiempos sencillos. Su rostro estaba duro como las montañas detrás de él y tan blanco como la nieve que caía, y se parecía a la ancestral piedra de la que Volis había sido extraído. Ella no sabía si él era de este lugar, o este lugar era de él.

Se volteó y siguió mirando al paisaje y ella se puso a su lado mirando también. Compartieron el silencio interrumpido solo por el viento mientras esperaba que él hablara.

—Solía pensar que nuestra seguridad, nuestra vida segura aquí, era más importante que la libertad, —inició finalmente con una voz baja—. Hoy me di cuenta de que estaba equivocado. Me has enseñado lo que había olvidado: que la libertad y el honor son más importantes que todo.

Sonrió mientras volteaba a verla y ella sintió alivio al ver calor en sus ojos.

—Me has dado un gran regalo, —dijo—. Me has recordado lo que el honor significa.

Ella sonrió sintiendo sus palabras y aliviada de saber que no estaba enojado, sintiendo que se había cerrado la ruptura en su relación.

—Es difícil ver a hombres morir, —continuó él pensativo y viendo hacia el paisaje—. Incluso para mí.

A esto le siguió un gran silencio y ella se preguntaba si su padre mencionaría lo que había pasado; sintió que él quería hacerlo. Quería mencionarlo ella misma pero no estaba segura de cómo.

—Soy diferente, padre, ¿no es verdad? —dijo ella finalmente con una voz suave y

temiendo hacer la pregunta.

Continuó mirando al horizonte, inescrutable, hasta que finalmente asintió levemente.

—Se trata de algo relacionado con mi madre, ¿verdad? —Presionó—. ¿Quién era? ¿Siquiera soy tu hija?

Él se volteó y la miró con tristeza en los ojos mezclada con una nostalgia que ella no pudo comprender.

—Estas son preguntas para otro momento, —dijo—. Cuando estés lista.

—Estoy lista *ahora*, —insistió ella.

Él negó con la cabeza.

—Hay muchas cosas que tienes que aprender primero, Kyra. Muchos secretos que he tenido que ocultarte, —dijo con una voz pesada con remordimiento—. Me dolió el hacerlo, pero era para protegerte. Ya se acerca el momento para que lo sepas todo, para que sepas quién eres.

Ella se quedó ahí con el corazón golpeándola deseosa por saber pero también asustada.

—Pensé que yo podía criarte, —suspiró—. Me advirtieron que este día llegaría, pero no quise creerlo. No hasta ahora, no hasta que vi tu habilidad. Tus talentos... me sobrepasan.

Ella frunció el ceño, confundida.

—No te entiendo, Padre, —dijo—. ¿Qué estás diciendo?

Su rostro se endureció con determinación.

—Ya es tiempo de que nos dejes, —dijo con una voz llena de determinación, usando el tono que utilizaba cuando estaba seguro de algo—. Debes irte de Volis enseguida y buscar a tu tío, el hermano de tu madre. Akis. En la Torre de Ur.

—¿La Torre de Ur? —repitió impactada—. ¿Entonces mi tío es un Observador?

Su padre negó con la cabeza.

—Él es mucho más. Es él quien tiene que entrenarte; y es él y solo él quien puede revelar el secreto de quién eres.

Aunque saber el secreto la emocionaba, estaba abrumada por la idea de dejar Volis.

—No me quiero ir, —dijo—. Quiero estar aquí, contigo. Especialmente en estos momentos.

Él suspiró.

—Desafortunadamente, lo que tú y yo queramos ya no importa, —dijo—. Esto ya no se trata de tú y yo. Esto se trata de Escalon, de *todo* Escalon. El destino de nuestra tierra está en tus manos. ¿No lo ves, Kyra? —dijo volteando a verla—. Eres *tú*. Eres tú quién guiará a nuestro pueblo fuera de la oscuridad.

Ella parpadeó impactada apenas creyendo sus palabras.

—¿Cómo? —preguntó—. ¿Cómo es eso posible?

Pero él simplemente guardó silencio negándose a decir más.

—No puedo irme de tu lado, Padre, —le rogó—. No lo haré. No ahora.

Él volvió a mirar al campo con tristeza en sus ojos.

—Dentro de quince días todo lo que ves aquí será destruido. Ya no hay esperanza para nosotros. Debes escapar ahora que puedes. Eres nuestra única esperanza. Si mueres aquí con nosotros no podrás ayudar a nadie.

Kyra sintió dolor con sus palabras. No podía permitirse abandonar a su pueblo dejándolo morir.

—Regresarán, ¿verdad? —preguntó ella.

Era más una declaración que una pregunta.

—Lo harán, —respondió—. Cubrirán a Volis como una plaga de langostas. Todo lo que has conocido y amado pronto dejará de existir.

Sintió un agujero en el estómago con esta respuesta pero sabía que era verdad, y estaba agradecido al menos por eso.

—¿Y qué pasará con la capital? —preguntó Kyra—. ¿Qué pasará con el antiguo Rey? ¿No puedes ir a Andros y resucitar al antiguo ejército y hacer una defensa?

Él negó con la cabeza.

—El Rey se rindió de una vez, —dijo con nostalgia—. El momento para pelear ha pasado. Andros ahora es controlado por políticos y no por soldado, y no se puede confiar en ninguno.

—Pero seguramente se levantarán por Escalon si no por Volis, —insistió.

—Volis es solo una fortaleza, —dijo—, una que se pueden permitir olvidar. Nuestra victoria de hoy, tan grande como haya sido, fue muy pequeña para que ellos se arriesguen a juntar a todo Escalon.

Ambos guardaron silencio mientras miraban al horizonte y Kyra pensaba en sus palabras.

—¿Tienes miedo? —preguntó ella.

—Un buen líder siempre debe conocer el miedo, —respondió—. El miedo agudiza nuestros sentidos y nos ayuda a prepararnos. Pero no es a la muerte a la que temo, sino a no morir bien.

Se quedaron ahí examinando el cielo mientras ella entendía la veracidad de sus palabras. Un largo y cómodo silencio cayó sobre ellos.

Finalmente él volteó a verla.

—¿Ahora dónde está tu dragón? —le preguntó mientras de repente se dio la vuelta y se marchó como a veces lo hacía.

Kyra, sola, se quedó ahí examinando el horizonte; de manera extraña se había estado preguntando lo mismo. Los cielos estaban vacíos con nubes rodantes y ella seguía esperando en su mente poder escuchar un chillido, poder ver sus alas saliendo de las nubes.

Pero no había nada. Nada sino vacío y silencio y la pregunta pendiente de su padre:

¿Ahora dónde está tu dragón?

CAPÍTULO VEINTITRÉS

Alec sintió que lo despertaban con rudeza con una patada en las costillas y abrió los ojos, exhausto y desorientado, tratando de saber dónde estaba. Se quitó paja de la boca y miró que estaba de cara al piso, y entonces lo recordó: las barracas. Había estado despierto toda la noche cuidando su espalda y la de marco mientras la noche estaba llena con el sonido de muchachos peleando, entrando y saliendo de las sombras, llamándose el uno al otro de manera amenazadora. Había visto a más de un muchacho siendo arrastrado por los pies, muerto, pero no antes de que los muchachos se lanzaran sobre su cuerpo y le quitaran todo lo que tenía de valor.

Alec sintió otra patada y esta vez se rodó alerta preparado para lo que fuera. Miró hacia arriba parpadeando en la oscuridad y se sorprendió al ver no a otro muchacho sino a dos soldados Pandesianos. Estaban pateando a muchachos en toda la línea y agarrándolos trayéndolos hacia sus pies. Alec sintió unas manos ásperas debajo de sus brazos, y sintió que también lo jalaban y empujaban hacia afuera de las barracas.

—¿Qué está pasando? ¿Qué sucede? —murmuró apenas dándose cuenta de que estaba despierto.

—Hora del deber, —respondió un soldado—. No estás aquí por placer, chico.

Alec se había preguntado cuándo lo enviarían a patrullar Las Flamas, pero nunca se le había ocurrido que sería en medio de la noche y tan pronto después de tan largo viaje. Se tambaleó hacia adelante intoxicado por el cansancio y se preguntó cómo iba a sobrevivir esto. No les habían dado nada para comer desde que habían llegado y aún estaba cansado por el viaje.

Delante de él un muchacho se colapsó, si de hambre o de cansancio, no importaba, los soldados se le lanzaron pateándolo con violencia hasta que dejó de moverse. Lo dejaron muerto en el piso congelado y continuaron marchando.

Dándose cuenta de que no quería acabar como ese chico, Alec fortaleció su determinación y se obligó a mantenerse despierto. Marco vino a su lado.

—¿Durmiendo mucho? —preguntó Marco con una sonrisa irónica.

Alec negó tristemente con la cabeza.

—No te preocupes, —dijo Marco—. Dormiremos cuando estemos muertos, y estaremos muertos muy pronto.

Doblaron en una esquina y Alec fue cegado momentáneamente por Las Flamas, a casi unas cincuenta yardas de distancia pero sintiendo su calor hasta aquí.

—Si atraviesan troles, mátenlos, —dijo un soldado del Imperio—. Si no, no se maten entre ustedes, al menos no hasta la mañana. Queremos este lugar bien cuidado.

Alec recibió un empujón final y él y el grupo de muchachos fueron dejados cerca de Las Flamas mientras los soldados daban la vuelta y se marchaban. Se preguntaba por qué confiaban en que cuidarían y no huirían, pero entonces se volteó y vio torres de vigía en todos lados, tripuladas por soldados con ballestas, con sus dedos en los gatillos, esperando deseosos que un muchacho tratara de escapar.

Alec se quedó ahí sin armaduras ni armas, y se preguntaba cómo esperaban que fuera un buen guardia. Se volteó y miró que algunos de los otros muchachos traían espadas.

—¿Dónde la conseguiste? —le preguntó Alec a un muchacho.

—Cuando muera un muchacho, tómala de él, —le dijo—. Si no es que alguien te la gana.

Marco frunció el ceño.

—¿Cómo esperan que hagamos guardia sin armas? —preguntó.

Otro de los muchachos se rio con el rostro lleno de hollín.

—Los novatos no reciben armas, —dijo—. De todos modos esperan que mueras. Si sigues aquí después de algunas noches, encontrarás la manera de conseguir una.

Alec observó a Las Flamas, crujiendo con intensidad, con el calor calentando su rostro, y trató de no pensar en lo que había del otro lado tratando de atravesar.

—¿Y qué hacemos mientras tanto? —preguntó—. ¿Si pasa un trol?

Un muchacho se rio.

—¡Mátalo con tus propias manos! —gritó—. Puede que sobrevivas, pero también puede que no. Él estará en llamas y probablemente te queme junto con él.

Los otros muchachos se voltearon y se dispersaron cada uno yendo a su propia estación, y Alec, sin armas, se volteó y miró a Las Flamas con un sentimiento de desamparo.

—Nos han preparado para morir, —le dijo a Marco.

Marco, ahora a veinte pies de distancia de él y mirando a Las Flamas, parecía desilusionado.

—El cuidar de Las Flamas solía ser un noble llamado, —dijo con voz sombría—. Antes de que Pandesia invadiera. Los Guardianes recibían honor, estaban bien armados y bien equipados. Es por esto que fui voluntario. Pero ahora... parece ser algo totalmente distinto. Los Pandesianos no quieren que los troles atraviesen, pero no utilizan a sus propios hombres. Quieren que nosotros los protejamos y nos dejan aquí para morir.

—Entonces tal vez debamos dejarlos pasar, —dijo Alec—, y dejar que los maten a todos.

—Podríamos, —dijo Marco—. Pero acabarían con Escalon y matarían a nuestras familias también.

Los dos guardaron silencio de pie mirando hacia Las Flamas. Alec no supo cuánto tiempo había pasado desde que había estado mirando y pensando. No podía dejar de sentir como si observara hacia su propia muerte. ¿Qué estaba haciendo su familia en estos momentos? se preguntaba. ¿Estaban pensando en él? ¿Siquiera les importaba?

Alec se encontró perdiéndose en pensamientos deprimentes y supo que tenía que cambiar su ánimo. Se obligó a mirar hacia otro lado, a mirar por encima de su hombro y estudiar la oscura orilla del bosque. El bosque estaba completamente negro

como dando un mal presentimiento y los soldados en las torres ni siquiera se molestaban en observarlo. En vez de eso mantenían los ojos fijos en los reclutas, en Las Flamas.

—Tienen miedo de hacer guardia ellos mismos, —dijo Alec mirando hacia los soldados—. Pero igual no quieren que nos vayamos. Cobardes.

A penas si Alec acababa de decir estas palabra cuando sintió un gran dolor en la espalda tambaleándose hacia adelante. Antes de que supiera qué estaba pasando, sintió un mazo encajándosele en las costillas y cayó de rostro al suelo.

Escuchó una voz siniestra en sus oídos, una que reconoció:

—Te dije que te encontraría, chico.

Antes de que Alec pudiera reaccionar sintió unas manos ásperas tomándolo por detrás y moviéndolo hacia adelante, hacia Las Flamas. Había dos de ellos, el muchacho del carro y su amigo, y Alec trató de resistirse pero sin poder lograrlo. El agarre era muy fuerte y lo llevaban más y más cerca hasta que su rostro sintió el calor intenso de Las Flamas.

Alec escuchó movimiento y se volteó viendo sorprendido como Marco estaba encadenado, con dos muchachos sosteniéndolo por detrás y manteniéndolo en su lugar. Habían planeado esto bien. Realmente los querían muertos.

Alec peleó pero no pudo ganar ventaja. Lo arrastraron más cerca hacia Las Flamas, apenas a diez pies de distancia, con el calor tan intenso que ya empezaba a sentir dolor, sintiendo como si su rostro se fuera a derretir. Sabía que con tan solo unos pies más estaría desfigurado de por vida, si no es que muerto.

Alec se sacudió, pero lo tenía con tal agarre que no pudo liberarse.

—¡NO! —gritaba.

—Hora de la venganza, —dijo una voz en su oído.

Entonces vino un horrible grito, y Alec se sorprendió al ver que no era suyo. El agarre se aflojó en sus brazos y mientras lo hacía él inmediatamente se alejó de Las Flamas. Al mismo tiempo vio un despliegue de luz y observó, paralizado, cómo una criatura salía de entre Las Flamas quemándose y cayendo de repente sobre el muchacho a su lado atrapándolo en el suelo.

El trol, todavía quemándose, rodó con el muchacho en el suelo encajando sus colmillos en su cuello. El muchacho gritó muriendo instantáneamente.

El trol se volteó y miró agitado, con sus grandes ojos rojos posándose sobre los de Alec. Alec estaba aterrado. Aún estaba en llamas y respiraba por la boca, con sus largos colmillos ensangrentados y buscando una presa como un animal salvaje.

Alec estaba ahí paralizado de miedo sin poder moverse incluso si lo intentaba.

El otro muchacho corrió y el trol, detectando movimiento y para el alivio de Alec, se dio la vuelta y lo persiguió. En un solo movimiento lo derribó todavía quemándose y le encajó los colmillos en la parte posterior del cuello. El muchacho gimió mientras lo mataba.

Marco se quitó a los muchachos sorprendidos, tomó la cadena y la giró golpeando

a uno en el rostro y al otro entre las piernas derribándolos.

Campanas empezaron a sonar en las torres y el caos se desató. Los muchachos vinieron corriendo desde ambos extremos de Las Flamas para pelear contra el trol. Lo apuñalaban con lanzas pero siendo la mayoría inexperimentados, tenían miedo de acercarse. El trol los alcanzó, tomó una de las lanzas y jaló a uno de los muchachos abrazándolo fuerte y quemándolo mientras este gritaba.

—Ahora es nuestra oportunidad, —dijo una voz con urgencia.

Alec se volteó mirando a Marco corriendo a su lado.

—Todos están distraídos, tal vez esta sea nuestra única oportunidad.

Marco observó y Alec siguió su mirada: miraba hacia el bosque. Intentaría escapar.

La orilla del bosque estaba negra dando un mal y terrible presagio. Alec sabía que probablemente había peligros mayores ahí, pero sabía que Marco tenía razón: esta era su oportunidad. Y nada sino la muerte los esperaba aquí.

Alec asintió y sin decir otra palabra empezaron a correr juntos, alejándose más y más de Las Flamas y hacia el bosque.

El corazón de Alec le golpeaba en el pecho mientras esperaba en cualquier momento ser impactado en la espalda por una ballesta, y corrió por su vida. Pero al mirar por encima de su hombro vio que todos rodeaban al trol distraídos.

En un momento después entraron en el bosque cubierto por oscuridad, entrando, sabía él, a un mundo de peligros más grandes de lo que se podía imaginar. Sabía que probablemente moriría aquí. Pero al menos, finalmente, era libre.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

Kyra estaba de pie afuera de las puertas de Volis, estudiando el paisaje de invierno mientras caía la nieve con el cielo surcado de escarlata como si el sol intentara abrirse paso, y se inclinó hacia adelante en la pared emergente, respirando con dificultad mientras dejaba caer otra piedra. Kyra se había unido a los otros para juntar estas grandes piedras del río para levantar otra muralla alrededor del perímetro de Volis. Mientras el albañil a su lado untaba el yeso, ella dejaba caer una piedra tras otra. Ahora, con los brazos temblándole, necesitaba un descanso.

Kyra estaba acompañada por cientos de personas, todas alineadas contra la pared, todas construyendo más alto, más profundo, añadiendo anillos a los terraplenes. Otros del otro lado de la pared, trabajaban con palas haciendo zanjas nuevas mientras otros aún cavaban hoyos para los muertos. Kyra sabía que todo esto era inútil, que no podrían resistir al gran ejército Pandesiano cuando llegara, que sin importar qué hicieran todos iban a morir en este lugar. Todos lo sabían. Pero construyeron de todas formas. Esto les daba algo qué hacer y les daba algo de control mientras miraban a la muerte a la cara.

Mientras Kyra tomaba un descanso apoyándose contra la pared y mirando al paisaje, se puso a pensar. Ahora todo estaba tan quieto, con la nieve apagando todos los sonidos, como si el mundo no tuviera nada más que paz. Pero ella sabía que esto no era así; sabía que los Pandesianos estaban en algún lugar preparándose. Sabía que regresarían con un redoble ensordecedor y destruirían todo lo que ella amaba. Lo que veía enfrente de ella era una ilusión: era la calma antes de la tormenta. Era difícil entender cómo el mundo podía estar tan pacífico y tan perfecto en un momento, y tan lleno de caos y destrucción en el siguiente.

Kyra observó sobre su hombro y observó a su gente terminando de trabajar por hoy, bajando las palas y las paletas mientras la noche empezó a caer y se dirigieron a sus hogares. Humo salió de las chimeneas, velas se prendieron en las ventanas, y Volis se miraba tan cómodo, tan protegido, como si no pudiera ser tocado por el mundo. Se maravilló con esta ilusión.

Mientras estaba ahí no pudo evitar oír las palabras de su padre en sus oídos, su petición de que se fuera cuanto antes. Pensó en su tío al que nunca había conocido, en el viaje que requeriría a través de Escalon, a través del Bosque Blanco, todo el camino hasta la Torre de Ur. Pensó en su madre y en el secreto que le escondían. Pensó en su tío entrenándola para que se volviera más poderosa; y todo esto la emocionó.

Pero al volver y observar a su gente, supo que no podía abandonarlos en su hora de angustia incluso si eso significaba salvar su vida. Simplemente esa no era ella.

De repente se escuchó un suave cuerno señalando el final del día de trabajo.

—Cae la noche, —dijo el albañil parándose junto a ella y soltando su paleta—. No podemos hacer mucho en la oscuridad. Nuestra gente regresa para la cena.

Vamos, —dijo mientras filas de personas se dirigían hacia el puente y atravesaban las puertas.

—Voy en un momento, —dijo ella aún no estando lista, deseando más tiempo para disfrutar la paz y el silencio. Siempre estaba más feliz cuando estaba sola y en exteriores.

Leo se quejó y se lamió los labios.

—Llévate a Leo contigo, está hambriento.

Leo debió haber entendido, pues este saltó y empezó a seguir al albañil mientras ella todavía hablaba y el albañil se rio y regresó con él a la fortaleza.

Kyra se quedó fuera de la fortaleza, cerrando los ojos contra el ruido y perdiéndose en sus pensamientos. Finalmente el sonido de los martillos se había detenido. Finalmente había completa paz.

Miró hacia lo lejos y observó el horizonte, hacia la oscura línea del bosque, con las nubes grises cubriendo el escarlata y se puso a pensar. ¿Cuándo vendrán? ¿Qué tan grande sería la fuerza que traerían? ¿Cómo se miraría su ejército?

Mientras miraba, se sorprendió al detectar movimiento a la distancia. Algo llamó su atención y mientras miraba, se materializó un único jinete saliendo del bosque y tomando el camino principal hacia la fortaleza. Kyra alcanzó y tomó su arco de manera inconsciente, preparándose, preguntándose si era un explorador que anunciaba a un ejército.

Pero mientras se acercaba, dejó de tomar su arco y se relajó al reconocerlo: era uno de los hombres de su padre. Maltren. Galopaba y mientras lo hacía, guiaba a un caballo sin jinete por las riendas a su lado. Era algo muy curioso.

Maltren se detuvo de repente enfrente de ella y la miró con urgencia pareciendo estar asustado; ella no entendía lo que estaba pasando.

—¿Qué sucede? —preguntó ella preocupada—. ¿Ya viene Pandesia?

Él se sentó respirando con dificultad y negó con la cabeza.

—Es tu hermano, —dijo él—. Aidan.

El corazón de Kyra se desplomó cuando mencionó el nombre de su hermano, la persona a la que más amaba en el mundo. De inmediato se puso al borde.

—¿Qué pasó? —demandó—. ¿Qué le ha pasado?

Maltren recobró el aliento.

—Está herido de gravedad, —dijo—. Necesita ayuda.

El corazón de Kyra empezó a golpear. ¿Aidan? ¿Herido? Su mente giró con escenarios espantosos, pero principalmente con confusión.

—¿Cómo? —demandó—. ¿Qué estaba haciendo en el bosque? Pensé que estaba en el fuerte preparando la comida.

Maltren negó con la cabeza.

—Salió con tus hermanos, —dijo—. De cacería. Tuvo una mala caída de su caballo, sus piernas están rotas.

Kyra sintió una determinación pasar dentro de ella. Llena de adrenalina y sin

detenerse a pensarlo, se abalanzó hacia adelante y se montó en el caballo extra.

Si tan solo hubiera tomado un momento para voltearse y revisar la fortaleza, hubiera encontrado a Aidan dentro y a salvo. Pero impulsada por la urgencia no se detuvo a cuestionar a Maltren.

—Llévame a él, —le dijo.

Los dos siendo un par extraño, se fueron juntos alejándose de Volis mientras la noche caía y dirigiéndose hacia el oscurecido bosque.

* * *

Kyra y Maltren galopaban por el sendero sobre las colinas hacia el bosque, con ella respirando fuerte mientras apuraba al caballo ansiosa por salvar a Aidan. Un millón de pesadillas pasaban por su cabeza. ¿Cómo pudo haberse roto las piernas Aidan? ¿Qué estaban haciendo sus hermanos cazando por aquí cuando se acercaba la noche y sabiendo que la gente de su padre tenía prohibido salir de la fortaleza? Nada de esto tenía sentido.

Llegaron a la orilla del bosque y mientras Kyra se preparaba para entrar, se confundió al ver que Maltren detenía a su caballo antes de que lo hiciera. Se detuvo a su lado de repente y observó cómo él desmontaba. Ella también se bajó con los dos caballos ahora cansados, y lo siguió confundida mientras él se paraba a la orilla del bosque.

—¿Por qué te detienes? —preguntó respirando fuertemente—. ¿Pensé que Aidan estaba en el bosque?

Kyra miró a todos lados, y mientras lo hacía, tuvo un grave sentimiento de que algo andaba muy mal, cuando de repente vio con horro que, saliendo del bosque, aparecía el Señor Gobernador rodeado de una docena de hombres. Escuchó nieve crujiendo detrás de ella y se volteó para ver a otra docena de hombres que la rodeaban, todos apuntándole con arcos mientras uno tomaba las riendas de su caballo. Su sangre se enfrió al darse cuenta que había caminado hacia una trampa.

Miró a Maltren con furia sabiendo que la había traicionado.

—¿Por qué? —preguntó ella disgustada al verlo—. Tú eres un hombre de mi padre. ¿Por qué harías esto?

El Señor Gobernador caminó hacia Maltren y le puso un saco lleno de oro en la mano mientras Maltren volteaba hacia otro lado con culpa.

—Por suficiente oro, —dijo el Señor Gobernador mirándola con una sonrisa burlona en el rostro—, verás que los hombres hacen cualquier cosa que desees. Maltren será rico para siempre, más rico de lo que lo fue tu padre, y se librará de la muerte que se abalanza sobre tu fortaleza.

Kyra le frunció el ceño a Maltren apenas creyendo lo que pasaba.

—Eres un traidor, —le dijo.

Él la miró con disgusto.

—Soy tu salvador, —le respondió—. Habrían matado a toda tu gente gracias a ti. Gracias a mí, Volis será perdonada. Hice un trato. Puedes agradecerme por sus vidas. —Él sonrió satisfecho—. Y pensar que todo lo que tuve que hacer era entregarte.

Kyra de repente sintió unas manos fuerte que la tomaban por detrás y la levantaban en el aire. Peleó y se sacudió pero no pudo quitárselas al sentir sus muñecas y tobillos atados y sintiendo cómo la arrojaban en la parte de atrás de un carro.

Un momento después unas barras de hierro se cerraron delante de ella y el carro empezó a moverse rebotando por el campo. Sabía que, a donde sea que se la llevaran, nadie volvería a saber de ella nunca más. Y mientras entraban al bosque bloqueando toda vista de la noche, sabía que su vida como la conocía se había terminado.

CAPÍTULO VEINTICINCO

El gigante estaba postrado a los pies de Vesuvius, amarrado por mil cuerdas y sostenido por cien troles, y mientras Vesuvius se paraba sobre él muy cerca de sus colmillos, lo examinaba con asombro. La bestia doblaba su cuello gruñendo y tratando de alcanzarlo, pero no podía soltarse.

Vesuvius sonreía encantado. Se sentía orgulloso de tener poder sobre cosas indefensas, y más que nada, le gustaba ver sufrir a criaturas atrapadas.

El ver a este gigante aquí, de nuevo en su caverna, en su propio territorio, lo llenó de emoción. El poder pararse tan cerca de él lo hizo sentirse todopoderoso, como si no hubiera nada en el mundo que no pudiera conquistar. Finalmente después de todos estos años, su sueño se había vuelto realidad. Finalmente podría conseguir su meta de toda la vida, el crear un túnel que llevara a su gente por debajo de Las Flamas y hacia el Oeste.

Vesuvius se burló de la criatura.

—Ves, tú no eres tan fuerte como yo, —le dijo parándose sobre él—. *Nadie* es tan fuerte como yo.

La bestia rugió con un terrible sonido y se sacudió en vano. Mientras lo hizo, los troles sosteniéndolo se movían de izquierda a derecha con las cuerdas moviéndose pero sin soltarlo. Vesuvius sabía que tenía poco tiempo. Si iban a hacer esto, ahora era el momento.

Vesuvius se volteó y examinó la caverna: miles de trabajadores detuvieron su labor para observar al gigante. Al otro extremo estaba el túnel sin terminar, y Vesuvius sabía que esta sería la parte difícil. Tendría que poner al gigante a trabajar. De alguna manera tenía que convencerlo de que entrara al túnel y golpearla la roca. ¿Pero cómo?

Vesuvius se quedó de pie pensando hasta que se le ocurrió una idea.

Se volteó hacia el gigante y sacó su espada que brilló con las antorchas de la cueva.

—Cortaré tus cuerdas, —dijo Vesuvius a la bestia—, debido a que no te temo. Estarás libre y seguirás mis órdenes. Golpearás la roca en este túnel y no te detendrás hasta que hayas pasado por debajo de Las Flamas de Escalon.

El gigante lanzó un rugido de desafío.

Vesuvius volteó y examinó a su ejército de troles que esperaban sus órdenes.

—Cuando baje mi espada, —dijo con una voz resonante—, cortarán todas sus cuerdas a la vez. Entonces lo empujarán con sus armas hasta que entre al túnel.

Sus troles lo miraban nerviosos y todos aterrados por la idea de liberarlo. Vesuvius también estaba atemorizado pero nunca iba a demostrarlo. Pero aun así sabía que no había otra manera, este momento tenía que llegar.

Vesuvius no perdió tiempo. Se acercó decisivamente levantando su espada y cortó la primera cuerda gruesa que sostenía el cuello del gigante.

Inmediatamente cientos de soldados se acercaron, levantaron sus espadas a lo alto y las bajaron cortando las cuerdas, con el sonido de cuerdas destrozándose llenando el aire.

Vesuvius se retiró rápidamente pero sin hacerlo muy notorio, pues no quería que sus hombres vieran su miedo. Se deslizó por detrás de sus filas de hombres hacia las sombras de la roca y poniéndose fuera del alcance del gigante mientras este se ponía de pie. Esperaría a ver qué pasaba primero.

Un horrible rugido llenó la caverna mientras el gigante se ponía de pie, furioso, y sin desperdiciar un momento empezó a lanzar sus garras en todas direcciones. Tomó a cuatro troles en cada mano y los levantó por encima de su cabeza lanzándolos. Los troles salieron volando a través de la caverna hasta que chocaron con la pared y resbalaron colapsados, muertos.

El gigante hizo puños con las manos y las levantó dejándolas caer golpeando el suelo, utilizándolas como martillos y apuntando hacia los troles que corrían hacia todos lados. Los troles corrían por sus vidas pero era muy tarde. Los aplastó como hormigas con la caverna estremeciéndose con cada golpe.

Mientras los troles trataban de correr entre sus piernas, el gigante levantaba sus pies aplastando a otros.

Enardecido, mataba a troles en todas direcciones. Nadie parecía poder escapar de su furia.

Vesuvius observaba con un creciente temor. Le hizo una señal a su comandante e inmediatamente sonó un cuerno.

A la señal, cientos de troles avanzaron desde las sombras con largos picos y látigos en las manos, todos preparados para picar y empujar a la bestia. Lo rodearon tratando de empujarlo de todas las direcciones, haciendo lo mejor que podían por dirigirlo hacia el túnel.

Pero Vesuvius veía horrorizado cómo su plan fallaba delante de sus ojos. La bestia se hacía para atrás y pateaba a una docena de soldados a la vez; después giró su antebrazo y lanzó a cincuenta soldados más, aplastándolos contra la pared junto con sus picos. Aplastó a otros que sostenían látigos, matando a tantos y tan rápido que nadie podía acercársele. Estaban indefensos contra esta criatura, incluso con sus números y con todas sus armas. El ejército de Vesuvius se fue disolviendo delante de sus ojos.

Vesuvius pensó con rapidez. No podía matar a la bestia, la necesitaba viva, necesitaba utilizar su poder. Pero también necesitaba que le obedeciera. ¿Pero cómo? ¿Cómo podría empujarlo hacia el túnel?

De repente tuvo una idea: si no podía empujarlo, entonces tal vez podría atraerlo. Se giró y tomó al trol detrás de él.

—Tú, —le ordenó—. Corre hacia el túnel. Asegúrate de que el gigante te vea.

El soldado lo miraba con unos ojos llenos de miedo.

—¿Pero, mi Señor y Rey, qué hay si me sigue?

Vesuvius sonrió.

—Ese es precisamente el punto.

El soldado se quedó parado lleno de pánico y muy asustado para obedecer, y Vesuvius lo apuñaló en el corazón. Entonces se acercó al siguiente soldado y le puso la daga en la garganta.

—Puedes morir aquí ahora, —dijo—, por el filo de mi cuchillo, o puedes correr hacia ese túnel y tener la oportunidad de vivir. Tú eliges.

Vesuvius empujó la daga contra su garganta y el trol, dándose cuenta de que era en serio, se dio la vuelta y empezó a correr.

Vesuvius lo miró atravesar a caverna, encontrando su camino entre el caos, entre los soldados muertos, entre las piernas de la bestia, y corrió hacia la entrada del túnel.

El gigante lo miró y trató de golpearlo pero falló. Enfurecido y atraído por el soldado que escapaba de él, el gigante, como Vesuvius había esperado, lo siguió inmediatamente. Corrió por la caverna con cada paso estremeciendo el suelo y las paredes.

El trol corría por su vida y finalmente entró en el masivo túnel. Aunque era ancho y alto, el túnel no era muy largo y terminaba apenas a unas cincuenta yardas a pesar de años de trabajo, y mientras el trol corría hacia adentro, pronto se topó con una calle sin salida.

El gigante, enardecido, lo atacó sin detenerse. Al alcanzar al trol se lanzó golpes con sus grandes puños y garras. El trol se agachaba y el gigante golpeaba la roca en su lugar. El suelo se estremeció seguido por un gran temblor y Vesuvius sorprendido cómo la pared se derrumbaba mientras cayó una avalancha de rocas y creando una gran nube de polvo.

El corazón de Vesuvius se apresuró. Así era. Era exactamente lo que había soñado, exactamente lo que necesitaba, lo que había imaginado desde el día que encontró a la bestia. Golpeó de nuevo y se llevó otra parte de la roca, tomando casi unos cincuenta pies con un solo golpe, más que lo que los esclavos de Vesuvius habían logrado en un año entero de excavar.

Vesuvius estaba emocionado dándose cuenta de que podría funcionar.

Pero entonces el gigante encontró al trol, lo tomó levantándolo en el aire y le arrancó la cabeza con los dientes.

—¡CIERREN EL TÚNEL! —ordenó Vesuvius acercándose y dirigiendo a sus soldados.

Cientos de troles que esperaban listos se acercaron y empezaron a empujar la losa de roca Altusiana que Vesuvius había posicionado junto a la entrada del túnel, una roca tan gruesa que ninguna bestia, ni siquiera esta criatura, podría romper. El sonido de roca contra roca llenó el aire mientras Vesuvius observaba cómo se sellaba el túnel lentamente.

El gigante, viendo que se cerraba la entrada, se volteó y cargó.

Pero la entrada fue sellada un momento antes de que llegara el gigante. La

caverna entera se estremeció mientras chocaba, pero afortunadamente la roca resistió.

Vesuvius sonrió; el gigante estaba atrapado. Estaba justo donde él quería.

—¡Manden al siguiente! —ordenó Vesuvius.

Un esclavo humano fue lanzado adelante por sus captores una y otra vez hacia una pequeña apertura en la losa de piedra. El humano, dándose cuenta de lo que estaba por pasarle, se rehusó golpeando y sacudiéndose; pero ellos lo golpearon salvajemente hasta que pudieron meterlo por la abertura y dándole un último empujón.

Desde adentro vinieron los gritos apagados del esclavo, claramente corriendo por su vida tratando de alejarse del gigante. Vesuvius se quedó de pie escuchando con júbilo mientras escuchaba al enardecido gigante atrapado golpeando la roca y cavando el túnel por él.

Estaba cavando el túnel un golpe a la vez, sabiendo que cada golpe lo acercaba más a Las Flamas, a Escalon. Convertiría a los humanos en una nación de esclavos.

Finalmente la victoria sería suya.

CAPÍTULO VEINTISÉIS

Kyra abrió los ojos en la oscuridad recostada sobre un frío piso de piedra, con la cabeza y el cuerpo doliéndole, y preguntándose en dónde estaba. Temblando de frío, con la garganta reseca y sintiendo como si no hubiera comido en días, alargó la mano y sintió el piso de adoquines bajo sus dedos, y trató de recordar.

Imágenes inundaron su mente al principio incierta de si eran memorias o pesadillas. Recordó haber sido capturada por los Hombres del Señor, arrojada en un carro y una puerta de hierro cerrándose. Recordó un largo y sacudido viaje, recordó que se resistió mientras la puerta se abría tratando de escabullirse y como un mazo la golpeaba en la cabeza. Después de todo eso ahora todo lo que tenía era oscuridad.

Kyra alargó el brazo y sintió un golpe en la parte de atrás de la cabeza y se dio cuenta de que no había sido un sueño. Todo había sido real. La realidad le cayó como una piedra: había sido capturada por los Hombres del Señor, echada en un carro y encarcelada.

Kyra estaba furiosa con Maltren por su traición y furiosa consigo misma por haber sido tan estúpida de creerle. También estaba asustada pensando en qué pasaría ahora. Aquí ella estaba sola bajo la custodia del Gobernador, y solo le podían esperar cosas horribles. Estaba segura de que su padre y su gente no tenían idea de dónde estaba. Tal vez su padre pensaba que le había hecho caso y que se aventuraba hacia la Torre de Ur. Maltren de seguro mentiría y les diría que la había visto escapar de Volis para siempre.

Mientras Kyra pensaba en la oscuridad, de manera instintiva trató de tomar su arco y su bastón, pero se los habían quitado. Miró hacia arriba y vio una pequeña luz atravesando las barras de la celda y se sentó viendo antorchas alineadas en las paredes del calabozo, debajo de las cuales había varios soldados haciendo guardia. Había una gran puerta de hierro en el centro, y ahí abajo todo estaba en silencio, con el único sonido siendo el de un goteo en algún lugar de la celda y el de ratas escurriéndose por una esquina oscura.

Kyra se sentó contra la pared abrazando sus rodillas hacia su pecho tratando de calentarse. Cerró los ojos y respiró profundo tratando de imaginarse que estaba en otro lugar, en cualquier parte. Mientras lo hacía, vio los intensos ojos amarillos de Theos observándola. Podía escuchar la voz del dragón en su mente.

La fuerza no se mide en momentos de paz. Se mide en la dificultad. Acepta tus dificultades, no te alejes de ellas. Solo entonces podrás conquistarlas.

Kyra abrió los ojos asombrada por la visión y viendo a todos lados esperando a ver a Theos enfrente de ella.

—¿Lo viste? —dijo la voz de una chica de repente cortando la oscuridad y haciendo que Kyra saltara.

Kyra rodó aturdida al encontrar la voz de otra persona con ella en la celda viniendo de entre las sombras, y más impresionada aun al darse cuenta que era una

chica. Sonaba como de su misma edad, y mientras una figura salía de entre las sombras, Kyra miró que tenía razón: ahí estaba sentada una hermosa chica como de quince años, con cabello y ojos castaños, el pelo largo y enredado, su rostro cubierto de tierra y ropa desgarrada. Se miraba aterrada observaba a Kyra.

—¿Quién eres? —Kyra preguntó.

—¿Lo has visto? —repitió la chica con urgencia.

—¿A quién?

—A su hijo, —respondió.

—¿Su hijo? —preguntó Kyra confundida.

La chica se volteó y miró hacia afuera de la celda con terror y Kyra se preguntó qué clase de horrores había visto.

—No he visto a nadie, —dijo Kyra.

—Oh Dios, por favor no dejes que me maten, —rogó la chica—. Por favor. ¡Odio este lugar!

La chica empezó a llorar descontrolada acurrucándose en el piso de piedra y Kyra, con su corazón rompiéndose por ella, se le acercó y le puso un brazo alrededor de los hombros tratando de consolarla.

—Shhh, —dijo Kyra, tratando de que se calmara. Kyra nunca había visto a nadie en tal estado; esta chica parecía positivamente aterrada de quién sea que estaba hablando. Le dio a Kyra un sentimiento de vacío por lo que se avecinaba.

—Dime, —dijo Kyra—. ¿De quién estás hablando? ¿Quién te ha herido? ¿El Gobernador? ¿Quién eres? ¿Qué haces aquí?

Vio los moretones en el rostro de la chica, las cicatrices en su espalda, y trataba de no pensar en lo que le habían hecho a esta pobre chica. Esperó pacientemente hasta que ella dejara de llorar.

—Mi nombre es Dierdre, —dijo—. He estado aquí... no lo sé. Pensé que era un ciclo de luna, pero he perdido la noción del tiempo. Me arrebataron de mi familia desde la nueva ley. Traté de resistirme y me enviaron aquí.

Dierdre miraba hacia el vacío como si lo viviera todo de nuevo.

—Cada día me esperan nuevas torturas, —continuó—. Primero era el hijo, después el padre. Me pasan como si fuera un juguete y ahora... yo... soy nada.

Observó a Kyra con una intensidad que la asustó.

—Ahora solo quiero morir, —pidió Dierdre—. Por favor, solo ayúdame a morir.

Kyra la miró horrorizada.

—No digas eso, —dijo Kyra.

—Traté de tomar un cuchillo el otro día para matarme, pero se me resbaló de las manos y me capturaron de nuevo. Por favor. Te daré lo que sea. Mátame.

Kyra negó con la cabeza, pasmada.

—Escúchame, —dijo Kyra sintiendo una nueva fuerza interior elevándose dentro de ella, una nueva determinación al ver la petición de Dierdre. Era la fuerza de su padre, la fuerza de generaciones de guerreros que pasaba dentro de ella. Y más que

eso: era la fuerza del dragón. Una fuerza que no sabía que tenía hasta este día.

Tomó a Dierdre por los hombros y la miró a los ojos tratando de que la escuchara.

—No vas a morir, —dijo Kyra firmemente—. Y ellos *no* te van a hacer daño. ¿Me entiendes? Vas a vivir. Yo me aseguraré de eso.

Dierdre pareció calmarse tomando parte de la fuerza de Kyra.

—Lo que sea que te hayan hecho, —continuó Kyra—, ya está en el pasado. Pronto vas a ser libre, *vamos* a ser libres. Vas a empezar tu vida de nuevo. Seremos amigas y yo voy a protegerte. ¿Confías en mí?

Dierdre la miraba claramente conmovida. Finalmente asintió calmada.

—¿Pero cómo? —preguntó Dierdre—. No lo entiendes. No se puede escapar de aquí. No sabes cómo son.

Ambas saltaron mientras la puerta de hierro se abría. Kyra miró como el Señor Gobernador entraba seguido de media docena de hombres, y acompañado por un hombre que era su misma imagen, con esa misma nariz abultada y mirada de suficiencia, tal vez en sus treinta. Debió ser su hijo. Tenía el mismo rostro estúpido de su padre con la misma mirada de arrogancia.

Todos cruzaron el calabozo acercándose a las celdas y sus hombres sostenían antorchas alumbrando la celda. Kyra miró a su alrededor con la luz brillante horrorizada al ver por primera vez el lugar en el que estaba, al ver las manchas de sangre en todo el piso. No quiso ni imaginarse quién más había estado aquí o que les había pasado.

—Tráiganla aquí, —ordenó el Gobernador a sus hombres.

Se abrió la puerta de la celda y los hombres entraron mientras pusieron a Kyra de pie, con los brazos detrás de su espalda y sin poder liberarse por mucho que lo intentó. La trajeron cerca del Señor Gobernador y él la examinó de arriba a abajo como si fuera un insecto.

—¿No te lo advertí? —dijo suavemente con una voz baja y oscura.

Kyra frunció el ceño.

—La ley Pandesiana te permite tomar a las chicas no casadas como esposas, no como prisioneras, —dijo Kyra desafiante—. Estás violando tu propia ley al encarcelarme.

El Señor Gobernador les dio una mirada a los otros y todos se echaron a reír.

—No te preocupes, —dijo dándole una mirada—, voy a hacerte mi esposa. Muchas veces. Y mi hijo también; y cualquier otro que yo desee. Y cuando acabemos contigo, si es que no te hemos matado todavía, entonces te dejaré vivir tus días aquí abajo.

Él sonrió de forma maligna claramente disfrutando esto.

—Y en cuanto a tu padre y tu gente, —continuó—, he cambiado de opinión: los vamos a matar a cada uno de ellos. Pronto no serán más que una memoria. Y me temo que ni siquiera eso: Yo me encargaré de que Volis sea borrado de los libros de historia. Mientras hablamos, una división entera del ejército Pandesiano se acerca

para vengar a mis hombres y destruir tu fortaleza.

Kyra sintió una gran indignación crecer dentro de ella. Trató con desesperación de invocar su poder, lo que sea que le había ayudado en el puente, pero para su consternación este no vino. Trató de moverse y sacudirse pero no pudo liberarse.

—Tienes un espíritu fuerte, —dijo—. Eso es bueno. Voy a disfrutar rompiendo ese espíritu. Lo voy a disfrutar mucho.

Él volteó la espalda como si estuviera a punto de irse cuando de repente, sin ninguna advertencia, se volteó y la golpeó con el dorso de la mano con todas sus fuerzas.

Era un movimiento que ella no se esperaba, y Kyra sintió que el poderoso golpe impactaba su mandíbula y la mandaba rodando al piso junto a Dierdre.

Kyra, aturdida y con dolor en la mandíbula, se quedó ahí mirando hacia arriba observando cómo se iban. Mientras todos dejaban la celda cerrándola detrás de ellos, el Señor Gobernador se detuvo y miró hacia abajo entre las barras.

—Esperaré hasta mañana para torturarte, —dijo sonriendo—. He descubierto que mis víctimas sufren más cuando han tenido una noche entera para pensar en lo que les espera.

Dejó salir una horrible risa contento consigo mismo y entonces se volteó junto con sus hombres y salieron del calabozo, con la gran puerta de hierro cerrándose detrás de ellos como un ataúd en el corazón.

CAPÍTULO VEINTISIETE

Merk caminaba a través del Bosque Blanco al atardecer, con sus piernas doliéndole y el estómago gruñendo mientras trataba de mantener la fe de que la Torre de Ur estaba allá en el horizonte y que eventualmente llegaría a ella. Trataba de concentrarse en cómo sería su nueva vida una vez que llegara, en cómo se convertiría en un Observador y empezaría de nuevo.

Pero no podía enfocarse. Desde que se había topado con esa muchacha, desde que había escuchado su historia, lo había estado molestando. Él trataba de sacarla de su mente, pero sin importar lo que intentara no podía hacerlo. Estaba seguro de que se había alejado de una vida de violencia. Si volviera a buscarla y la ayudara a matar a esos hombres, ¿cuándo terminarían los asesinatos? ¿Es que no habría otro trabajo, otra causa justo detrás de esta?

Merk caminó y caminó golpeando el suelo con su bastón con hojas quebrándose bajo sus pies, furioso. ¿Por qué tuvo que habérsela topado? Era un gran bosque; ¿por qué no pudieron ir por caminos distintos? ¿Por qué la vida siempre le arrojaba este tipo de cosas, cosas que no podía entender?

Merk odiaba las decisiones difíciles y odiaba el dudar; en toda su vida siempre había estado tan seguro de todo, y había tomado esto como uno de sus puntos fuertes. Siempre había sabido quién era. Pero ahora, no estaba tan seguro. Ahora estaba dudando.

Maldijo a los dioses por hacerlo que se topara con esta chica. ¿Por qué las personas no podían cuidarse solas? ¿Por qué siempre lo necesitaban? Si ella y su familia no podían defenderse por sí mismos, ¿entonces por qué merecían vivir? Si los salvaba, ¿no vendría otro depredador tarde o temprano para matarlos?

No. No podía salvarlos. Eso no les ayudaría. Las personas tenían que aprender a defenderse por sí mismas.

Y aun así pensaba que tal vez había una razón por la que se la había topado. Tal vez estaba siendo probado.

Merk miró hacia el cielo, con la puesta de sol en el horizonte apenas visible entre el Bosque Blanco, y pensaba en su nueva fe.

Probado.

Era una palabra fuerte, una fuerte idea, una que no le gustaba. No le gustaba lo que no podía entender, lo que no podía controlar, y ser probado era precisamente eso. Mientras caminaba atravesando las hojas con su bastón, Merk sintió que su mundo cuidadosamente construido se colapsaba todo a su alrededor. Antes, su vida había sido sencilla; pero ahora se sentía como un desagradable estado de cuestionamientos. Se había dado cuenta de que estar seguro de cosas en la vida era fácil; el cuestionar las cosas era lo difícil. Acababa de salir de un mundo de blanco y negro y entraba a uno lleno con sombras de gris, y la duda lo incomodaba. No entendía en quién se estaba convirtiendo y esto era lo que lo molestaba más.

Merk subió una colina con hojas crujendo y respirando pesado pero no de cansancio. Mientras llegaba a la cima, se detuvo y observó y, por primera vez desde que había empezado este viaje, sintió un rayo de esperanza. Casi no podía creer lo que estaba viendo.

Ahí estaba, en el horizonte, brillando con la puesta de sol. No era una leyenda, no era un mito, sino un lugar real: la Torre de Ur.

Colocada en un pequeño claro en medio de un vasto y oscuro bosque, se levantaba una antigua torre circular de piedra, de tal vez cincuenta yardas de diámetro y elevándose junto con la línea de los árboles. Era la cosa más antigua que él jamás había visto, más antigua incluso que los castillos en los que había servido. Tenía un aura misteriosa e impenetrable. Podía sentir que era un lugar místico. Un lugar de poder.

Merk respiró profundo exhalando con cansancio y alivio. Lo había conseguido. El verla aquí era como un sueño. Finalmente tendría un lugar para estar en el mundo, un lugar al cual llamar hogar. Tendría una oportunidad de empezar su vida de nuevo, una oportunidad de arrepentirse. Se convertiría en un Observador.

Sabía que debería estar feliz, doblar el paso y ponerse en marcha para recorrer el último tramo del camino antes de que cayera la noche. Y aun así mientras trataba de hacerlo, no podía dar el primer paso. Se quedó ahí congelado con algo molestándole.

Merk se dio la vuelta pudiendo ver el horizonte en todas las direcciones, y en la distancia, contra la puesta de sol, vio humo negro elevándose. Fue como un golpe en el estómago. Sabía de dónde procedía: de la chica. Su familia. Los asesinos lo estaban quemando todo.

Siguiendo el rastro de humo se dio cuenta de que todavía no habían llegado hasta la granja. Aún estaban en las orillas de sus campos. Pronto llegarían. Pero por ahora, por estos preciosos últimos minutos, ella estaba a salvo.

Merk se tronó el cuello como solía hacerlo cuando estaba dividido por un conflicto interno. Se quedó parado moviéndose en su lugar, lleno de una gran sensación de incomodidad e incapaz de seguir adelante. Se dio vuelta y miró hacia la Torre de Ur, el destino de sus sueños, y sabía que debía continuar. Había llegado, y ahora quería relajarse y celebrar.

Pero por primera vez en su vida brotó un deseo en su interior. Era el deseo de actuar desinteresadamente, el deseo de actuar puramente por amor a la justicia. Sin ninguna cuota y sin ninguna recompensa. Merk odiaba este sentimiento.

Merk se hizo para atrás y gritó en guerra consigo mismo, en guerra con el mundo. ¿Por qué? ¿Por qué justo ahora?

Y entonces, a pesar de cada parte de sentido común que tenía, se encontró dándole la espalda a la Torre y caminando hacia la granja. Primero caminaba, luego trotaba y ahora corría.

Mientras corría algo dentro de él se estaba liberando. La Torre podía esperar. Era el momento de que Merk hiciera algo bueno en el mundo. Era tiempo de que esos

asesinos se encontraran con alguien de su tamaño.

CAPÍTULO VEINTIOCHO

Kyra se sentaba contra la fría pared de piedra, con los ojos rojizos mientras observaba los primeros rayos de luz que pasaban por las barras de la celda cubriendo la habitación con una luz pálida. Había estado despierta toda la noche como lo había predicho el Señor Gobernador, viendo en su mente le horrible castigo que se le avecinaba. Pensaba en lo que le habían hecho a Dierdre, y trataba de no pensar en las maneras en las que estos crueles hombres tratarían de romperla.

Kyra pensó en su mente en mil maneras de resistirse y escapar. El espíritu de guerrero en ella se rehusaba a romperse; preferiría primero morir. Pero mientras pensaba en todas las posibles maneras de desafiarlo y escapar, seguía volviendo a un sentimiento de desesperanza y desamparo. Este lugar estaba más bien vigilado que cualquier otro lugar en el que había estado. Estaba en el medio del fuerte del Señor Gobernador, una fortaleza Pandesiana, un complejo militar masivo con miles de soldados. Estaba lejos de Volis, e incluso si de alguna manera lograba escapar, sabía que no llegaría lejos antes de que la cazaran y la mataran. Y eso asumiendo que Volis todavía existía para que ella regresara. Peor aún, su padre no sabía en dónde estaba y nunca iba a saberlo. Estaba completamente sola en el universo.

—¿No dormiste? —dijo una voz suave rompiendo su meditación.

Kyra miró a Dierdre que estaba sentada junto a la otra pared con su rostro iluminado por la primera luz de la mañana, viéndose muy pálida y con círculos negros bajo sus ojos. Parecía estar completamente abatida y miraba a Kyra con ojos hechizados.

—Yo tampoco dormí, —Dierdre continuó—. Estuve pensando toda la noche en lo que te van a hacer, lo mismo que me hicieron a mí. Pero por alguna razón me duele más pensar en ellos haciéndotelo a ti que a mí. Yo ya estoy rota; no queda nada de mi vida. Pero tú aún eres perfecta.

Kyra tuvo una profunda sensación de temor al contemplar sus palabras. No podía imaginarse los horrores por los que había pasado su nueva amiga, y el verla de este modo solamente aumentó su determinación de pelear.

—Debe haber otra manera, —dijo Kyra.

Dierdre negó con la cabeza.

—Aquí no queda nada más que una vida de miserable existencia. Y después la muerte.

Entonces vino el sonido repentino de una puerta abriéndose en el pasillo del calabozo, y Kyra se levantó preparada para enfrentarse a lo que viniera, preparada para pelear hasta la muerte si era necesario. Dierdre de repente se puso de pie y corrió hacia ella tomándola del codo.

—Prométeme una cosa, —insistió Dierdre.

Kyra vio la desesperación en sus ojos y asintió.

—Antes de que te lleven, —dijo—, mátame. Estrangúlame si tienes que hacerlo.

No me dejes seguir viviendo así. Por favor. Te lo *ruego*.

Mientras Kyra la observaba, tuvo un sentimiento de determinación que crecía dentro de ella. Se sacudió su autocompasión, todas sus dudas. En ese momento supo que tenía que vivir. Si no por ella, entonces por Dierdre. No importaba lo sombría que se viera la vida, sabía que no podía rendirse.

Los soldados se acercaron con sus botas haciendo eco y haciendo sonar sus llaves, y Kyra, sabiendo que quedaba poco tiempo, se volteó y tomó a Dierdre por los hombros de manera firme y la miró directo a los ojos.

—Escúchame, —le imploró Kyra—. Tú vas a vivir. ¿Me entiendes? No solo vas a vivir, sino que vas a escapar junto conmigo. Vas a empezar una vida de nuevo, y va a ser una vida hermosa. Juntas, nos vamos a vengar de las basuras que te hicieron esto. ¿Me escuchas?

Dierdre la miraba dudando.

—Necesito que seas fuerte, —insistió Kyra y dándose cuenta que también lo decía para ella misma—. El vivir no es para los débiles. Morir, rendirse, eso es para los débiles, el vivir es para los fuertes. ¿Quieres ser débil y morir? ¿O deseas ser fuerte y vivir?

Kyra siguió mirándola con intensidad mientras la celda se llenó con la luz de las antorchas y llegaron los soldados, y finalmente pareció que pudo ver algo cambiar en los ojos de Dierdre. Fue como un pequeño destello de esperanza seguido por una pequeña afirmación con la cabeza.

Se escucharon las llaves y la puerta de la celda se abrió mientras ella veía cómo se aproximaban. Unas manos ásperas y callosas la tomaron de las muñecas y Kyra fue extraída de la celda con la puerta cerrándose detrás de ella. Dejó que se la llevaran con facilidad. Necesitaba conservar energía. Ahora no era el momento para pelear. Tenía que atraparlos con la guardia baja, encontrar el momento perfecto. Sabía que incluso un poderoso enemigo siempre tenía un momento de vulnerabilidad.

Dos soldados la sostenían y por la puerta de hierro apareció un hombre al que Kyra apenas reconoció: el hijo del gobernador.

Kyra parpadeó confundida.

—Mi padre me envió para llevarte, —dijo mientras se acercaba—, pero yo te voy a tener primero. Claro que esto no le va a gustar cuando se entere, ¿pero qué va a hacer cuando ya sea muy tarde?

El rostro del hijo se contorsionó en una sonrisa fría y maligna.

Kyra sintió un frío temor mientras observaba a este hombre enfermo que se lamía los labios y la examinaba como si fuera un objeto.

—Lo ves, —le dijo acercándose y empezando a quitarse su capa de pieles, con su aliento visible en la celda fría—, mi padre no necesita saber todo lo que sucede en este fuerte. A veces me gusta disfrutar yo primero de lo que pasa por aquí, y tú, querida, eres un buen espécimen. Voy a divertirme contigo. Después te voy a torturar. Pero te voy a dejar viva para tener algo que llevarle.

Sonrió acercándose tanto que podía oler su terrible aliento.

—Tú y yo, querida, nos vamos a poner muy cómodos.

El hijo le hizo una señal a los guardias y ella se sorprendió al ver que la soltaban y se hacían para atrás, cada uno retirándose hacia un lado de la habitación para darle espacio.

Y ahí estaba ella con sus manos libres, furtivamente analizando la habitación y analizando las probabilidades. Había dos guardias cada uno armado con una espada larga y el hijo mismo, que era más alto y más ancho que ella. No le sería posible derrotarlos a todos incluso si estuviera armada, que no lo estaba.

Notó que en la esquina más alejada y apoyadas en la pared estaban sus armas, su arco y su bastón junto con sus flechas, y su corazón empezó a latir más rápido. Lo que daría para tenerlas ahora.

—Ahh, —dijo el hijo sonriendo—. Buscas tus armas. Aún piensas que puedes sobrevivir a esto. Veo el desafío en ti. No te preocupes, pronto te romperé eso.

Inesperadamente el hijo la golpeó con el dorso de la mano tan fuerte que la dejó sin aliento, con el rostro entero pulsándole de dolor. Kyra se tambaleó cayendo de rodillas con sangre saliéndole de la boca, con el dolor despertándola con rudeza y zumbando en sus oídos y cabeza. Se quedó agachada de manos y rodillas tratando de recuperar el aliento, dándose cuenta de que esto era un poco de lo que estaba por venir.

—¿Sabes cómo domamos a nuestros caballos, querida? —preguntó el hijo mientras se paraba sobre ella y reía con crueldad. Un guardia le lanzó el bastón de Kyra y el hijo lo atrapó y sin perder ningún momento lo levantó y lo dejó caer en la espalda expuesta de Kyra.

Kyra gritó con un dolor insoportable y cayó de rostro a la piedra, sintiendo como si hubiera roto todos los huesos de su cuerpo. Ella apenas si podía respirar, y sabía que si no hacía algo pronto, quedaría lisiada de por vida.

—¡No! —grito Dierdre rogando detrás de las barras—. ¡No la lastimes! ¡Tómame a mí en su lugar!

Peor el hijo la ignoró.

—Se inicia con bastón, —le dijo a Kyra—. Los caballos salvajes se resisten, pero si los rompes una y otra vez, si los golpeas sin misericordia día tras día, en algún momento se van a someter. Serán tuyos. No hay nada mejor que infligir dolor a otra criatura, ¿no es verdad?

Kyra sintió movimiento y con la esquina de su ojo pudo ver cómo levantaba el bastón de nuevo con una mirada sádica, preparándose para un golpe mucho más fuerte.

Los sentidos de Kyra se intensificaron y su mundo se desaceleró. El sentimiento que había tenido en el puente vino de prisa como un calor familiar, uno que inició en el plexo solar y se extendió a todo su cuerpo. Sintió como se llenaba de energía, con mucha más fuerza y velocidad de la que podía soñar.

Imágenes aparecieron enfrente de sus ojos. Se vio a sí misma entrenando con los hombres de su padre, sus entrenamientos, cuando aprendió a sentir dolor sin paralizarse, el cómo pelear con varios atacantes al mismo tiempo. Anvin la había lastimado sin parar por horas, día tras día, hasta que había perfeccionado su técnica, hasta que se había vuelto parte de ella. Ella había insistido en que los hombres le enseñaran todo sin importar lo dura que fuera la lección, y ahora todo volvía hacia ella. Había entrenado precisamente para un momento como este.

Mientras estaba derribada con el impacto del dolor detrás de ella, con el calor posándose sobre su cuerpo, Kyra miró hacia el hijo y sus instintos se activaron. Moriría, pero no ahí, no hoy, y no por la mano de este hombre.

Recordó una antigua lección: *El piso te puede dar una ventaja. Mientras más alto sea un hombre, más vulnerable será. Las rodillas son un objetivo fácil si te encuentras en el piso. Bárrelas. Se desplomarán.*

Mientras el bastón caía sobre ella, Kyra de repente puso las palmas en la piedra, se levantó lo suficiente para tener ventaja y giró su pierna rápida y decisivamente apuntando a la parte de atrás de las rodillas del hijo. Con todas sus fuerzas, sintió la satisfacción de golpear el punto suave detrás de ellas.

Sus rodillas se doblaron y él estaba en el aire, cayendo de espaldas con un sonido y el bastón cayéndosele de las manos y rodando en el piso. Apenas si creía que había funcionado. Mientras caía, cayó con el cráneo en el piso crujiendo tan fuerte que ella estaba segura de haberlo matado.

Pero él debió haber sido invencible pues de inmediato empezó a sentarse, mirándola con el veneno de un demonio y preparándose para atacarla.

Kyra no espero. Se puso de pie y fue por su bastón que estaba en el piso a varios pies de distancia, sabiendo que si tan solo pudiera tomar su arma, tendría una oportunidad contra todos estos hombres. Pero mientras corría para tomarlo el hijo saltó tratando de tomarla por la pierna para detenerla.

Kyra reaccionó con su agilidad tomando el control y saltó como un gato por encima de él evitando que la tomara, y cayó rodando detrás de él tomando su bastón mientras lo hacía.

Ella se quedó de pie sosteniendo su bastón con cuidado delante de él, agradecida de tener su arma de vuelta con el bastón ajustándose perfectamente a sus manos. Los dos guardias se acercaron con sus espadas rodeándola y ella de inmediato miró a todos lados como un animal herido y acorralado. Se dio cuenta que era afortunada de que todo pasara tan rápido, pues esto le dio tiempo antes de que se unieran los guardias.

El hijo se puso de pie limpiándose sangre de la boca con el dorso de la mano y se rio de ella.

—Ese fue el error más grande de tu vida, —dijo—. Ahora no solo te voy a torturar.

Kyra ya había tenido suficiente de él y no iba a permitir que golpeará primero.

Antes de que terminara de hablar, Kyra se lanzó hacia adelante levantando el bastón y golpeando rápidamente, como el mordisco de una serpiente, justo en medio de los ojos. Fue un golpe perfecto, y él gritaba mientras ella le rompía la nariz con un crujido que había hecho eco.

Él cayó de rodillas gimiendo y tomándose la nariz.

Los dos guardias vinieron hacia ella con sus espadas apuntando hacia la cabeza. Kyra giró su bastón y bloqueó una espada con chispas saliendo del metal, e inmediatamente lo giró y bloqueó la otra justo antes de que la golpeará. Así continuó bloqueando un golpe tras otro, con ellos viniendo tan rápido que ella apenas tenía tiempo de reaccionar.

Uno de los guardias blandió muy fuerte y Kyra vio una apertura: levantó su bastón y lo bajó en su muñeca expuesta golpeándola y haciendo que soltara la espada. Mientras caía en el piso con un sonido metálico, Kyra golpeó de costado en la garganta del otro guardia, aturdiéndolo, y después lo giró golpeando al primer guardia en la sien, derribándolo.

Kyra no se quiso arriesgar: mientras uno de los guardias trataba de levantarse, saltó en el aire y dejó caer su bastón sobre su plexo solar, y entonces mientras se doblaba lo pateó en el rostro dejándolo noqueado. Y mientras el otro guardia rodaba tomándose la garganta y empezando a levantarse de nuevo, Kyra lo golpeó en la parte de atrás de la cabeza noqueándolo también.

Kyra de repente sintió unos brazos duros sosteniéndola por detrás y se dio cuenta que el hijo había vuelto; él trataba de sacarle la vida, de hacer que soltara su bastón.

—Buen intento, —le decía al oído, con su boca tan cerca que podía sentir su aliento caliente en la nuca.

Kyra, con un destello de energía pasando por ella, recobró la fuerza lo suficiente para empujar con los brazos, ajustar los codos, y escapar del abrazo del hombre. Ella entonces tomó su bastón y lo giró detrás de ella hacia arriba con ambas manos por en medio de las piernas del hijo.

Él gimió cayendo de rodillas y ella se acercó poniéndose encima de él, mientras él finalmente indefenso la miraba sorprendido con ojos llenos de dolor.

—Dile hola a tu padre por mí, —dijo levantando su bastón y golpeándolo con todas sus fuerzas en la cabeza.

Esta vez se colapsó inconsciente en la piedra.

Kyra, respirando con dificultad y aún enardecida, revisó su trabajo: tres hombres, hombres formidables, estaban en el suelo sin moverse. Ella, una chica indefensa, lo había conseguido.

—¡Kyra! —dijo una voz.

Se volteó y recordó a Dierdre, y sin perder otro segundo corrió a través de la habitación. Tomando las llaves de la cintura del guardia abrió la celda y, al hacerlo, Dierdre corrió hacia sus brazos abrazándola.

Kyra la hizo hacia atrás y la miró a los ojos queriendo saber si estaba

mentalmente preparada para escapar.

—Es hora, —dijo Kyra firmemente—. ¿Estás lista?

Dierdre se quedó de pie, pasmada, viendo lo que había pasado en la celda.

—Lo derrotaste, —dijo Dierdre mirando sus cuerpos sin creerlo—. No puedo creerlo. Lo derrotaste.

Kyra miró como algo cambió en los ojos de Dierdre. Todo el miedo se esfumó, y Kyra vio a una mujer fuerte saliendo de lo profundo, una mujer a la que no reconoció antes. Ver a sus atacantes inconscientes le hizo algo, le dio una nueva fuerza.

Dierdre caminó hacia una de las espadas que estaban en el piso, la tomó y caminó hacia el hijo que aún estaba derribado inconsciente. Miró hacia abajo e hizo una mueca de desprecio.

—Esto es por todo lo que me hiciste, —dijo.

Levantó la espada con manos temblorosas y Kyra pudo ver que había una gran batalla en su interior mientras dudaba.

—Dierdre, —dijo Kyra suavemente.

Dierdre la miró con un rostro de duelo.

—Si lo haces, —dijo Kyra—, serás justo como él.

Dierdre se quedó ahí con brazos temblorosos pasando por una tormenta emocional, y finalmente bajó la espada soltándola en la piedra. Resonó a sus pies.

Ella escupió en el rostro del hijo, se hizo para atrás y con su bota le dio una fuerte patada en el rostro. Dierdre, Kyra empezaba a ver, era una persona mucho más fuerte de lo que había pensado.

Volvió a ver a Kyra con ojos brillantes como si le regresara la vida, como si quien era anteriormente hubiera regresado.

—Vámonos, —dijo Dierdre con una voz llena de fuerza.

* * *

Kyra y Dierdre salieron del calabozo con la luz de la mañana encontrándose en medio de Argos, la fortaleza Pandesiana y el complejo militar del Señor Gobernador. Kyra parpadeaba con el resplandor sintiéndose bien de volver a ver la luz del día a pesar de lo frío que estaba, y al orientarse se dio cuenta de que estaban en el centro de un laberíntico complejo de cuarteles de piedra, todo rodeado por un alto muro de piedra y una inmensa puerta. Los Hombres del Señor apenas estaban despertando tomando sus posiciones lentamente en las barracas; debió haber miles de ellos. Era un ejército profesional y este lugar era más una ciudad que un pueblo.

Los soldados tomaban sus posiciones en el muro mirando hacia el horizonte; ninguno miraba hacia adentro. Claramente nadie esperaba que dos chicas escaparan de entre ellos, y esto les daba una ventaja. También todavía estaba lo suficientemente

oscuro para ocultarlas, y mientras Kyra miraba hacia adelante a la entrada bien protegida al final del patio, sabía que si tenían alguna oportunidad de escapar esta era ahora.

Pero era un gran patio para cruzar a pie, y sabía que tal vez no lo lograrían, e incluso si lo hacían, una vez que lo pasaran serían atrapadas.

—¡Ahí! —dijo Dierdre apuntando.

Kyra observó y vio en el otro lado del patio a un caballo atado con un soldado a su lado, sosteniendo las riendas y de espalda a ellas.

Dierdre volteó a verla.

—Necesitaremos un caballo, —dijo—. Es la única manera.

Kyra asintió sorprendida de que estuvieran pensando de la misma manera y de que Dierdre fuera tan perceptiva. Dierdre, quien al principio Kyra había pensado sería una responsabilidad, se estaba convirtiendo en una persona inteligente, rápida y decisiva.

—¿Puedes hacerlo? —preguntó Dierdre mirando al soldado.

Kyra apretó su bastón y asintió.

Juntas, corrieron saliendo de las sombras y cruzando silenciosamente el patio, con el corazón de Kyra golpeándole en el pecho mientras se concentraba en el soldado de espaldas a ella y acercándose con cada paso, rogando que no las descubrieran mientras tanto.

Kyra corrió tan rápido que apenas pudo respirar, tratando de no resbalar en la nieve y ahora sin sentir el frío con la adrenalina pasando por sus venas.

Finalmente alcanzó al soldado y, en el último segundo, las escuchó y se volteó.

Pero Kyra ya estaba en movimiento levantando el bastón y golpeándolo en el plexo solar. Mientras este gemía y caía de rodillas, ella lo giró y lo dejó caer en la parte de atrás de su cabeza, noqueándolo de cara hacia la nieve, inconsciente.

Kyra se montó al caballo mientras Dierdre lo desataba y saltaba detrás de ella, y ambas patearon y empezaron a correr.

Kyra sintió el viento frío en su cabello mientras el caballo avanzaba por el patio nevado dirigiéndose hacia la puerta en el otro extremo a unas cien yardas de distancia. Mientras lo hacían, los soñolientos soldados se dieron cuenta y voltearon hacia ellas.

—¡Vamos! —le gritaba Kyra al caballo pidiéndole que fuera más rápido, viendo la salida cada vez más y más cerca.

Un arco masivo de piedra estaba enfrente con el portón levantado llevando hacia el puente, y después de eso, Kyra sintiendo el corazón acelerarse, estaba el campo abierto. Libertad.

Pateó al caballo con todas sus fuerzas al ver que los soldados de la puerta se daban cuenta.

—¡DETÉNGANLAS! —gritó otro soldado desde atrás.

Varios soldados acudieron a las manijas de hierro y, para el temor de Kyra,

empezaron a girarlas bajando el portón. Kyra sabía que si se cerraba antes que lo alcanzaran sus vidas terminarían. Estaban a veinte yardas de distancia y cabalgando lo más rápido que nunca lo había hecho, y el portón, con treinta pies de alto, estaba bajando despacio un pie a la vez.

—¡Agáchate tanto como puedas! —le gritó a Dierdre, Kyra doblándose por completo hasta que su rostro estaba en le crin del caballo.

Kyra corría con su corazón latiéndole en sus oídos mientras pasaron por el arco con el portón tan bajo que tendrían que agacharse. Estaba tan cerca que no sabía si lo lograrían.

Entonces, justo cuando estaba segura de que morirían, el caballo pasó por debajo con el portón cerrándose detrás de ellas con un gran estruendo. Un momento después ya estaban cruzando el puente y, para el gran alivio de Kyra, bajo cielo abierto.

Los cuernos sonaron detrás de ella y un momento después Kyra se hizo a un lado sintiendo el silbido de una flecha que pasaba junto a ellas.

Miró hacia atrás y vio a los Hombres del Señor tomando sus posiciones arriba y abajo de las murallas disparándoles. Ella zigzagueaba en el caballo, dándose cuenta de que todavía estaban dentro del rango e instándolo a que fuera más rápido.

Estaban haciendo progreso ya casi a unas cincuenta yardas, lo suficientemente lejos para que la mayoría de las flechas no las alcanzaran, cuando de repente, para su angustia, vio cómo una flecha se clavaba en el costado del caballo. Este inmediatamente se asustó derribándolas a ambas.

El mundo de Kyra se volvió un caos. Ella golpeó el suelo con fuerza perdiendo el aliento mientras el caballo rodaba a un lado de ella fallando a penas por una pulgada.

Kyra ahora estaba de manos y rodillas, confundida, con un silbido en su cabeza y volteando a ver a Dierdre a su lado. Volteó hacia atrás y vio a la distancia cómo el portón se levantaba. Cientos de soldados esperaban alienados a que se abriera el portón casi rompiendo las puertas. Era un ejército a gran escala en camino a matarlas. No entendía el cómo se habían organizado tan rápido, pero entonces se dio cuenta: ya se estaban preparando al amanecer para atacar a Volis.

Kyra, de pie, miraba al caballo muerto, a la amplia planicie abierta delante de ellas y supo que finalmente su día había llegado.

CAPÍTULO VEINTINUEVE

Aidan marchaba impaciente hacia la habitación de su padre con Leo a su lado, con una profunda premonición de que algo andaba mal. Había estado buscando a su hermana Kyra por toda la fortaleza, con Leo a su lado, revisando todos sus lugares habituales, la armería, la herrería, la Puerta del Peleador, y aun así no podían encontrarla. Él y Kyra siempre habían tenido una conexión, siempre desde que había nacido y podía darse cuenta cuando algo la molestaba, ahora sentía signos de advertencia. No había estado en la cena y sabía que ella no se la hubiera perdido.

Pero lo más preocupante de todo, Leo no estaba con ella, lo cual *nunca* sucedía. Aidan había tratado de entender a Leo, pero el lobo, claramente tratando de decirle algo, no podía comunicarse. Simplemente se quedó al lado de Aidan sin dejarlo.

Aidan había pasado la cena con un nudo en el estómago, revisando la puerta constantemente por cualquier signo de Kyra. Había tratado de decírselo a su padre mientras comía, pero Duncan estaba rodeado de demasiados hombres, todos enfocados en discutir la batalla que venía sin que nadie lo tomara en serio.

A primera luz Aidan, que estuvo despierto toda la noche, saltó y corrió hacia su ventana tratando de ver alguna señal de ella. No hubo ninguna. Salió corriendo de su habitación pasando el corredor y pasando a todos los hombres de su padre y entró en la habitación de Kyra incluso sin tocar empujando con el hombro, corriendo adentro y buscándola.

Pero su corazón se desplomó al ver que la cama estaba vacía aún arreglada del día anterior. Entonces estuvo seguro de que algo andaba mal.

Aidan corrió por todo el pasillo hasta la habitación de su padre, y ahora estaba de frente a la gran puerta mirando a los dos soldados que la cuidaban.

—¡Abran la puerta! —ordenó Aidan con urgencia.

Los guardias intercambiaron una mirada inseguros.

—Fue una noche larga, chico, —dijo uno de los guardias—. A tu padre no le gustará que lo despierten.

—Hoy puede que haya una pelea, —dijo el otro—. Necesita estar descansado.

—No lo diré otra vez, —insistió Aidan.

Lo miraron escéptico y Aidan, sin poder esperar, se acercó y tocó con fuerza.

—¡Oye, chico! —dijo uno de ellos.

Entonces dándose cuenta de su determinación, dijo el otro guardia:

—Muy bien, pero será tu cabeza si algo pasa. Y el lobo se queda aquí.

Leo gruñó pero el guardia abrió la puerta solo un poco para que Aidan entrara y la cerró detrás de él.

Aidan se apresuró a la cama de su padre para encontrarlo dormido entre sus pieles, roncando, con una mujer sirviente semidesnuda a su lado. Él tomó el hombro de su padre y lo empujó una y otra vez.

Finalmente su padre abrió los ojos con una mirada feroz, mirándolo como si

estuviera a punto de golpearlo. Pero Aidan no se echó para atrás.

—¡Padre tienes que despertar ya! —Pedía Aidan—. ¡Kyra está perdida!

La mirada de su padre se transformó en una de confusión mientras lo miraba semidormido como si en una borrachera.

—¿Perdida? —dijo con una voz profunda y grave saliéndole del pecho—. ¿A qué te refieres?

—No regresó a su habitación anoche. Algo le ha pasado, estoy seguro. ¡Alerta a tus hombres cuanto antes!

Su padre se sentó esta vez pareciendo más alerta, tallándose el rostro y tratando de deshacerse del sueño.

—Estoy seguro de que tu hermana está bien, —dijo—. Siempre está bien, sobrevivió a un encuentro con un dragón, ¿crees que una pequeña nevada se la llevó? Simplemente está en un lugar en el que no puedes encontrarla para estar sola. Ahora vete. Retírate antes de que termines con unos azotes.

Pero Aidan se quedó ahí, con determinación y el rostro enrojecido.

—Si tú no la hallas, entonces yo lo haré, —gritó y salió corriendo de la habitación, deseando que de alguna manera lo haya convencido.

* * *

Aidan estaba afuera de las grandes puertas de Volis, con Leo a su lado, de pie orgulloso en el puente y observando cómo caía rocío sobre el campo. Miró hacia el horizonte buscando algún signo de Kyra, esperando que tal vez regresara de disparar flechas, pero no vio ninguno. Su presentimiento empeoró. Había pasado la última hora despertándolos a todos, desde sus hermanos hasta el carnicero, preguntando quién la había visto por última vez. Finalmente uno de los hombres de su padre le dijo que la había visto cabalgar hacia el Bosque de las Espinas con Maltren.

Aidan había tratado de encontrar a Maltren y le habían dicho que esta mañana había salido a cazar. Y ahora se quedó ahí esperando a que Maltren regresara, deseoso de confrontarlo y saber qué le había pasado a su hermana.

Aidan estaba con nieve hasta las espinillas, temblando pero ignorándolo, con las manos en la cintura, esperando, observando hasta que finalmente alcanzó a ver una figura que aparecía en el horizonte, que cabalgaba por la nieve portando la armadura de los hombres de su padre, con la cresta del dragón brillando en su coraza. Su corazón se animó al ver que era Maltren.

Maltren cabalgaba hacia la fortaleza con un venado atado a la parte de atrás de su caballo, y mientras se acercaba Aidan lo vio con desaprobación. Miró hacia abajo a Aidan y se detuvo reacio frente a él.

—¡Fuera del camino, chico! —dijo Maltren—. Estás bloqueando el puente.

Pero Aidan se quedó parado confrontándolo.

—¿Dónde está mi hermana? —demandó Aidan.

Maltren lo miraba de vuelta y Aidan alcanzó a ver un momento de duda en su rostro.

—¿Y cómo lo voy a saber? —le respondió—. Yo soy un guerrero, no me encargo de los paseos de las niñas.

Pero Aidan mantuvo su posición.

—Me dijeron que estuvo contigo anoche. ¿Dónde está? —repitió con firmeza.

Aidan estaba impresionado con la autoridad en su voz recordando a al de su padre, aunque todavía era muy joven y le falta la profundidad en el tono que tanto deseaba.

Debió haber convencido a Maltren pues este desmontó, con enojo e impaciencia en sus ojos, y caminó hacia Aidan de manera amenazante mientras le sonaba la armadura. Mientras se acercaba Leo gruñó tan ferozmente que Maltren se detuvo a unos cuantos pies, viendo del lobo a Aidan.

Se burló de Aidan apestando a sudor y, aunque trató de no mostrarlo, Aidan tuvo que admitir que estaba asustado. Le agradeció a Dios el tener a Leo a su lado.

—¿Sabes cuál es el castigo por desafiar a uno de los hombres de tu padre? —Maltren preguntó con voz siniestra.

—Él es *mi* padre, —Aidan insistió—. Y Kyra también es su hija. ¿Dónde está?

Por dentro, Aidan estaba temblando, pero no podía retraerse, no con Kyra en peligro.

Maltren miró sobre su hombro como asegurándose de que nadie los observaba. Satisfecho al ver que nadie estuviera cerca, se acercó sonriendo y dijo:

—La vendí a los Hombres del Señor, y por un buen precio. Ella era una traidora y causaba problemas, al igual que tú.

Los ojos de Aidan se abrieron y estaba pasmado y furioso por la traición.

—Y en cuanto a ti, —Maltren dijo tomando a Aidan de la camisa, acercándolo. El corazón de Aidan saltó al verlo poner su mano en una daga que llevaba en el cinturón—. ¿Sabes cuántos niños mueren en este foso cada año? Es algo muy desafortunado. Este puente es muy resbaloso y los banco muy empinados. Nadie nunca sospechara que esto fue algo más que un accidente.

Aidan trató de liberarse pero el agarre de Maltren era muy fuerte. Se sintió sonrojarse de pánico sabiendo que iba a morir.

De repente, Leo gruñó y saltó hacia Maltren encajándole los colmillos en el tobillo. Maltren soltó a Aidan y sacó su daga para apuñalar a Leo.

—¡NO! —gritó Aidan.

Entonces hubo el sonido de un cuerno seguido por caballos que salían por la puerta, galopando a través del puente y Maltren se detuvo con la daga en la mano. Aidan volteó y sintió su corazón aliviado al ver a su padre y a sus dos hermanos acercándose, acompañados por una docena de hombre apuntando al pecho de Maltren

con sus arcos.

Aidan se soltó y Maltren se quedó ahí pareciendo asustado por primera vez, sosteniendo la daga sintiéndose atrapado. Aidan tronó los dedos y Leo regresó reacio.

Duncan desmontó y se acercó junto con sus hombres, y mientras lo hacían Aidan se volteó hacia ellos.

—¡Lo ves, Padre! ¡Te lo dije! Kyra está perdida. Y Maltren la ha traicionado, ¡la ha vendido al Señor Gobernador!

Duncan se acercó y un silencio tenso cayó sobre todos mientras sus hombres rodeaban a Maltren. Él miraba nervioso sobre su hombro hacia su caballo como contemplando escapar, pero los hombres se acercaron y tomaron las riendas.

Maltren miraba a Duncan claramente nervioso.

—Así que ibas a poner tus manos sobre mi hijo, ¿no? —preguntó su padre viendo a Maltren a los ojos con un tono frío y duro.

Maltren tragó saliva y no dijo nada.

Duncan levantó su espada lentamente y la apuntó hacia la garganta de Maltren, con muerte en sus ojos.

—Nos llevarás hasta mi hija, —dijo—, y será lo último que hagas antes de que te mate.

CAPÍTULO TREINTA

Kyra y Dierdre corrieron por sus vidas en las planicies nevadas, tratando de recobrar el aliento mientras se resbalaban en el hielo. Corrieron por la mañana helada con vapor saliendo de sus bocas, con el frío quemando los pulmones de Kyra y su mano entumecida al sostener el bastón. El sonido de los miles de caballos llenaba el aire, y miró hacia atrás deseando no haberlo hecho: desde el horizonte atacaban los Hombres del Señor, con miles de ellos abalanzándose. Sabía que no tenía sentido correr. Sin refugio en el horizonte y con solo planicies abiertas delante de ellas, estaban perdidas.

Peor aun así seguían corriendo guiadas por un instinto de supervivencia.

Kyra resbaló cayendo de rostro en la nieve y perdiendo el aliento, y de inmediato sintió una mano bajo su brazo levantándola; volteó y miró a Dierdre ayudándola a ponerse de pie.

—¡No puedes detenerte ahora! —dijo Dierdre—. Tú no me dejaste y yo no te dejaré. ¡Vamos!

Kyra estaba sorprendida por la autoridad y confianza en la voz de Dierdre, como si hubiera nacido otra vez desde que dejó la prisión y con una voz llena de esperanza a pesar de las circunstancias.

Kyra empezó a correr otra vez, las dos de ellas muy cansadas, hasta que empezaron a subir una colina. Trataba de no pensar en lo que pasaría cuando este ejército las alcanzara, cuando llegaran a Volis y mataran a su gente. Y aun así Kyra había sido entrenada para no rendirse sin importar lo sombrío que fuera todo.

Subían la colina y mientras lo hacía, Kyra se detuvo pasmada por lo que veía. Desde ahí alcanzaba a ver el campo y una gran meseta que se extendía enfrente de ella, y su corazón saltó con alegría cuando vio que cabalgaba hacia ellas su padre guiando a cien hombres. No podía creerlo: había venido por ella. Todos estos hombres habían venido hasta aquí en una misión suicida para salvarla.

Kyra rompió a llorar sobrecogida por amor y gratitud hacia su gente. No se habían olvidado de ella.

Kyra corrió hacia ellos y mientras se acercaba, vio la cabeza cortada de Maltren atada a su caballo, y se pudo dar cuenta de lo que había pasado: habían descubierto su traición y habían venido a buscarla. Su padre parecía sorprendido de verla corriendo en campo abierto; él probablemente esperaba tener que rescatarla de la fortaleza.

Todos se detuvieron mientras se encontraban en el medio, su padre desmontó y se apresuró a abrazarla con fuerza. Mientras sentía sus fuertes brazos a su alrededor, se sobrecogió de alivio, sabía que todo iba a estar bien en el mundo a pesar de las abrumadoras probabilidades. Nunca se había sentido tan orgullosa de su padre como en este momento.

La expresión de su padre cambió de repente, su rostro se puso serio al mirar sobre ella y ella se dio cuenta de lo que había visto: el gran ejército de los Hombres del Señor pasando la colina.

Él llamó a un caballo que esperaba y mandó traer otro vacante para Dierdre.

—Tu caballo te espera, —dijo señalando a un hermoso semental blanco—. Ahora pelearás con nosotros.

Sin nada de tiempo para más palabras, Kyra de inmediato se montó a su caballo al igual que su padre y se alineó con todos sus hombres que miraban hacia el horizonte. Delante de ella, en el horizonte, vio a los Hombres del Señor que se extendían delante de ellos, miles de hombres contra solo cien. Pero aun así su padre estaba sentado orgulloso y ninguno se hizo para atrás.

—¡HOMBRES! —gritó su padre con una voz fuerte y resonante—. ¡PELEAMOS POR LA ETERNIDAD!

Ellos respondieron con un gran grito de batalla, sonaron los cuernos como uno solo y se abalanzaron para encontrarse con el enemigo.

Kyra sabía que esto era un suicidio. Detrás de los mil Hombres del Señor había otros mil, y otros mil más detrás de estos. Su padre lo sabía; todos los hombres lo sabían. Pero nadie dudo. Pues ya no estaban peleando por su tierra, sino por algo mucho máspreciado: su mismísima existencia, su derecho de vivir como hombres libres. La libertad era más importante para estos hombres que la vida, y aunque probablemente todos morirían, al menos morirían por elección como hombres libres.

Mientras Kyra cabalgaba al lado de su padre, al lado de Anvin, Vidar y Arthfael, estaba emocionada y llena de una oleada de adrenalina. Sintió que su vida pasaba por enfrente de sus ojos. Vio a todas las personas que había conocido y amado, los lugares en los que había estado, la vida que había llevado, y sabiendo que todo estaba por terminar. Mientras los dos ejércitos se acercaban, alcanzó a ver el horrible rostro del Señor Gobernador que los guiaba y tuvo un fresco sentimiento de rabia hacia Pandesia. Sus venas quemaban por venganza.

Kyra cerró los ojos e hizo un último deseo.

Si realmente está profetizado que seré un gran guerrero, que este tiempo sea ahora. Si en realidad tengo un poder especial, muéstramelo. Deja que venga ahora. Permíteme aplastar a mis enemigos. Solo en esta ocasión, en este día. Permite que se haga justicia.

Kyra abrió los ojos y de repente oyó un terrible rugido que cortaba el aire. Hizo que se le levantara el pelo de la nuca, y al voltear hacia el cielo examinándolo vio algo que la dejó sin aliento.

Theos.

El inmenso dragón volaba empinado directamente hacia ella, observándola con sus grandes y brillantes ojos amarillos, los ojos que había visto en sus sueños y cuando estaba despierta. Eran los ojos que no podía quitarse de la mente, los ojos que siempre sabía volvería a ver una vez más.

Con su ala curada, Theos bajó sus garras directo hacia ella apuntando a la cabeza como si fuera a matarla.

Kyra miró como todos los hombres de su padre miraban arriba pasmados con las

bocas abiertas, agachándose, preparados para morir. Pero ella no tenía miedo. Sentía la fuerza dentro del dragón, y esta vez se dio cuenta que ella y el dragón eran uno.

Kyra observó asombrada mientras Theos venía por ella, con alas tan extensas que bloqueaban el sol, y con un chillido tan poderoso que aterrorizaba a todos los hombres. Él se acercó y en el último momento se volvió a elevar con sus garras casi tocando sus cabezas.

Kyra se volteó y vio a Theos volar directo hacia arriba y después volver para dar vueltas de nuevo. Esta vez voló pasando a sus hombres, apresurándose como si quisiera pelear, directo hacia los Hombres del Señor.

Abrió sus grandes mandíbulas y volaba como si guiara a los hombres de su padre, precipitándose él solo para pelar primero con los Hombres del Señor.

Kyra miró con asombro mientras el dragón se acercaba y vio cómo el rostro del Señor Gobernador pasó de arrogancia a miedo; en realidad vio terror en el rostro de todos ellos cuando vio que se dieron cuenta de lo que se les avecinaba. Venganza.

Theos abrió la boca levantando la cabeza y con un gran silbido y crujido, respiró fuego, una corriente de fuego que encendió la nevada mañana. Los gritos de los hombres llenaron el aire, mientras una gran conflagración se extendió a través de las filas del ejército, matando a fila tras fila de hombres.

El dragón continuó volando en círculo y respirando fuego, matando a cada enemigo a la vista hasta que finalmente no quedó ninguno. Nada más que interminables montones de ceniza donde los hombres y caballos estaban parados.

Kyra miró cómo pasaba todo esto con una sensación surrealista. Era como ver su destino desplegarse enfrente de ella. En ese momento supo que ella era diferente, que era especial. El dragón había venido solo por ella.

Ahora no había vuelta atrás: los Hombres del Señor estaban muertos. Pandesia había sido atacada y Escalon había dado el primer golpe.

El dragón se posó delante de ellos en los campos de cenizas, mientras ella y todos los hombres se detenían a mirarlo con asombro. Pero Theos solo miraba a Kyra, con sus brillantes ojos amarillos fijados en los de ella. Él extendió sus alas que se alargaban sin final y emitió un chillido, un terrible grito de cólera que parecía llenar todo el universo.

El dragón lo sabía.

Era momento de que la Gran Guerra comenzara.



MORGAN RICE es una escritora estadounidense autora de libros para jóvenes, con un gran componente de terror y romance.

Además de conquistar el puesto número uno de la lista de *bestsellers* de Amazon con su serie *El anillo del hechicero*, de la que ya se han publicado cinco títulos, es autora de la serie juvenil *The Vampire Journals*, traducida a seis idiomas.

Además, tiene en marcha una serie de ciencia ficción titulada *The Survival Trilogy* de la que ya ha publicado dos títulos.